



La **señora Piñkerton**
y
sus demonios

Rosa Alcántara Menéndez

**La señora Pinkerton
y sus demonios**

Rosa Alcántara Menéndez

Copyright © Rosa Alcántara Menéndez 2017

ASIN: B073Z4R4ZY

Diseño Portada © R.A.M.2017

<https://www.rosamenendez.com>

<https://www.facebook.com/RosaMenendez/>

@RAlcantaraM

Los personajes, sentimientos y todas las situaciones de esta novela son ficticios, son producto de la rigurosa locura de mi imaginación y las experiencias que me ha proporcionado la vida, la literatura y todos los documentos que han servido para que esta historia sea creíble. Cualquier semejanza con la realidad no sería posible, siempre me quedaría corta.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación de un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del titular del *copyright*.

Índice

Prólogo

Friedrich von Schiller

1

Albert Einstein

2

Viktor Frankl

3

Jean Cocteau

4

Mika Waltari

5

Pablo Neruda

6

Cicerón

7

Charles Baudelaire

8

Francis Bacon

9

Emil Ludwig

10

Hermann Keyserling

11

Isaac Newton

12

Antonio Machado

13

Arthur C. Clarke

14

André Maurois

15

Pablo Picasso

16

Aristóteles

17

Federico Fellini

18

Antoine de Saint-Exupéry

19

Joseph Priestley

20

George Bernard Shaw

21

Leonard Cohen

22

Eric Hoffer

23

Omar Jayam

24

Rudyard Kipling

25

Françoise Sagan

26

Leonardo Da Vinci

27

Tennessee Williams

28

Hodding Carter

29

Marguerite Yourcenar

30

Oscar Wilde

31

Jean Paul Sartre

32

Miguel de Unamuno

33

Sun Tzu

34

Alejandro Dumas

35

Alphonse de Lamartine

36

Dante Alighieri

37

Niccolò Tommaseo

38

William Shakespeare

39

Cesare Pavese

40

George Orwell

41

Lord Byron

42

George Sand

43

Miguel de Cervantes

44

James Joyce

Epílogo

Pedro Salinas

Agradecimientos

Sobre la autora

Páginas de interés

A María y Elena

Prólogo

«La libertad existe tan solo en la tierra de los sueños»

Friedrich von Schiller

LLEGÓ, VIO Y VENCÍÓ, dijo Julio César. En mi caso, es más apropiado: llegué, callé y huí. Ni siquiera me he molestado en mirarlo a la cara, no quería que el rencor se me clavara en las retinas para los restos. En la puerta del juzgado, beso cariñosa en las mejillas a mi abogado. Tal es mi entusiasmo que me resulta imposible en este momento recordar cuánto me ha costado llegar hasta aquí. Estoy pletórica.

Cuando uno es consciente de estar malgastando su vida al lado de una persona que solo le aporta negatividad, esta decisión puedo considerarla como un paso adelante hacia el bienestar emocional que persigo. Esto es, sentirme a gusto conmigo misma. No voy a arrepentirme por haberme quitado una molesta piedra del zapato, al contrario, ahora podré andar más ligera. Haré lo que me plazca, pero sola. Aquí y ahora me prometo olvidar a los hombres durante una larga temporada, no me han traído más que problemas. Para dos satisfacciones que me han dado, no soy capaz de enumerar los disgustos; me irá mejor renegando de ellos.

1

«La mente intuitiva es un regalo sagrado y la mente racional es un sirviente fiel. Hemos creado una sociedad que honra al sirviente y ha olvidado el regalo»

Albert Einstein

—¡CYNTHIA! —GRITA Pierre—. ¡A mi despacho! ¡Ahora!

Aparto la vista de la pantalla del ordenador y la enfoco en mi jefe, Pierre LeBlanc. Es un hombre atractivo pese a su edad, que no confiesa, aunque yo la conozco porque si noto que alguien intenta ocultarla me intriga y no paro hasta averiguarla; soy así de curiosa. Pues como iba diciendo, el señor LeBlanc tiene un buen punto para sus sesenta añitos. Es alto, con un cuerpo bien cuidado al estar obsesionado por la imagen; de cabello espeso y plateado, sería el colmo de la ridiculez si lo llevara teñido, por ahí se salva; sus ojos azules son bonitos, claros pero intensos; y su rostro bronceado, donde apenas se ven arrugas, sugiere una genética bastante buena como para despertar admiración en muchas mujeres, que no en mí porque no me van los hombres tan maduros, prefiero a los de mi edad, unos espléndidos cuarenta y tres recién cumplidos, tanto que ayer mismo fue mi cumpleaños.

Me pongo en pie y avanzo hacia él sin apartar la mirada de sus ojos. Que está enfadado lo he sabido por el tono y el volumen de su voz, pero ahora, al tenerlo a pocos metros, soy consciente del nivel. Está hecho un basilisco, y no sé por qué. No quiero reparar en mis compañeros, disimulan

aunque todos están pendientes de nosotros. Me fastidia, lo saben. Y aún me fastidia más que anden perdiendo el tiempo cuando siempre están quejándose de ir con la lengua fuera para acabar sus artículos en el plazo insignificante que suelen darnos en la revista.

—Dime, Pierre —hablo de buen talante, incluso fuerzo una sonrisa discreta.

—Entra y cierra la puerta.

De nuevo, sonrío. Hago lo que me pide y vuelvo a ignorar las miradas curiosas de mis compañeros. Cerrar nos ofrece algo de privacidad auditiva, que no visual porque el despacho es una pecera donde Pierre es una orca hambrienta y yo la foca indefensa. Bueno, prefiero compararme con un estiloso delfín, así me animo ante una bronca inminente.

—¿Quieres verme en la indigencia?

Al oírlo, aprieto la frente.

—No, ¿por qué? —pregunto moviéndome hasta su mesa. Pierre se ha sentado. Sigo con el buen talante y unos modales correctos. Me siento frente a él y, al verlo coger de malos modos el ejemplar de *La Vie* del mes pasado, me pongo en guardia—. ¿Qué te pasa?

—Voy a decírtelo sin rodeos, Cynthia, estás despedida.

—¿Qué? —exclamo al levantarme como si me hubiera impulsado un cohete—. ¿Cómo que estoy despedida?

—Estoy harto de bregar con alcaldes encabronados, con concejales de turismo o con jefes de prensa. Y estoy todavía más harto de ti. Vas a buscarme una ruina. ¿Por qué te has empeñado en hundir mi revista? ¿No puedes escribir tus artículos de viaje dejando entrever algún aspecto positivo? ¿No entiendes que los lectores son sugestionables y los predispones a no ir a esas ciudades?

—¿Quién se ha quejado esta vez? —pregunto con ironía—. ¿El alcalde de Bruselas?

—Da igual quien haya sido, Cynthia —responde, y se coloca unas gafas de vista con la montura azul eléctrico—. ¿Tú crees que esto es normal? —Pierre hojea la revista hasta detenerse en el artículo de la discordia, titulado: *Cuervos y Paraguas*. Empieza a leer en voz alta—. *Bruselas, la ciudad europea considerada una joya, esconde sus brillantes tesoros para que los turistas no se extasíen y salgan zumbando de ella sin mirar atrás. La primera impresión mientras el avión tomaba tierra en el aeropuerto de Charleroi ya me dio varias pistas de la ciudad. Supongo que a todos os habrá pasado, es una impresión espontánea pero clave para saber a qué tipo de ciudad acabas de llegar. Desde ahora mismo tengo que advertir a los supersticiosos, la pista de aterrizaje estaba infestada de cuervos; peor presagio que ese: imposible. En el interior de la terminal, bastante pequeña e insulsa, también te desencantas. No se oye una mosca, ni siquiera a los*

niños, y más raro que eso: imposible. En esta ciudad pasa algo extraño. Pues sí, queridos lectores asiduos a viajar desde vuestro cómodo sillón, lo que ocurre en Bruselas, extendido a todo el país, aunque este mes solo escribiré sobre la capital, se llama “clima de mierda”. —Pierre me observa durante un instante—. ¿No podías haber descrito la lluvia de una forma más poética?

—Dudo que ningún turista, después de haber planificado sus vacaciones con ilusión, ahorrado o vete a saber qué, ante un aguacero detrás de otro, diga: “oh, el agua del cielo moja tristemente mis vacaciones, pero no importa... ¡Qué feliz soy!”. Si al político de turno le ha molestado, que emigre de país. En el suyo llueve a traición, y eso fastidia y mucho a los turistas.

—Muy bien, pues deja que lo descubran por sí mismos. Estamos en Londres, aquí llueve también casi a diario, imagina que alguien extranjero se dedicara a arremeter contra nuestro clima de esa forma.

—Pierre —empiezo a decir—, no creo que haya nadie en el planeta Tierra que no sepa que aquí llueve, y tenemos turistas en masa en cualquier época del año. ¿Por qué? Porque saben qué les espera, vienen preparados. Es más, se sorprenden cuando sale el sol. En cambio, Bruselas la conocen cuatro belgas y sus familias. Si eludo el clima estaría obviando un factor muy importante para decidir dónde va uno de vacaciones, teniendo en cuenta que no creo que mis artículos tengan tanto peso a la hora de que nadie elija un

destino turístico. Cuando empecé a escribirlos la idea fue destacar tres o cuatro detalles curiosos sin profundizar, y es lo que hago —hablo en un tono suave, aunque Pierre me conoce y advierte un reproche solapado. Él me animó a ser más irónica en cuanto empezaron a llegar a la redacción mensajes de lectores entusiastas—. Siento mucho que estés enfadado, pero siento mucho más haberme quedado sin empleo por hacer bien mi trabajo.

Con una dignidad que hasta me sorprende, doy la vuelta.

—Cynthia, espera.

Antes de girarme, sonrío. Reconpongo una expresión altiva y lo miro con seriedad. Pierre tiene los labios fruncidos y sigue mis pasos sin más muestras de expresión, pero sé que va a pedirme disculpas; nunca falla.

—No olvides dejar tu mesa bien limpia.

—¿Cómo?! ¿En serio estoy despedida?

Pierre disimula una sonrisa.

—¿Creías que iba a disculparme? —Coge un sobre blanco y me lo tiende—. Toma, una carta de recomendación.

—No voy a decirte por qué parte de tu anatomía podrías metértela porque me lo prohíbe mi educación, pero a buen entendedor *porcas* palabras bastan.

—Es pocas, no *porcas*.

—No, *porcas*; es latín —digo en plan chulo—. *Porcas, porcus,*

porcorum, para ti: cerdo. —Sonrío ante mi agilidad mental para inventarme una declinación, pero prefiero decirle eso a que me he equivocado al hablar. Tampoco tengo intención de rogarle por el empleo, antes muerta—. Adiós, Pierre. Ha sido una experiencia muy instructiva trabajar para ti estos últimos tres años. No los olvidaré.

—Cyn... —dice con voz amable. Ahora no pienso ser simpática, y sé que está reculando porque solo me llama por mi diminutivo cuando pretende convencerme de algo. Elevo la barbilla y meto las manos en los bolsillos del bonito vestido beige de Carolina Herrera que llevo puesto—. ¿Por qué no te tomas unas vacaciones? —pregunta con suavidad—. Estás superando un divorcio —dice diplomático. Y menos mal que ha elegido bien el artículo indefinido, si en vez de ese hubiese escogido “otro” nos enzarzamos en una discusión—. No quiero ser drástico, pero debes cambiar tu forma de escribir. La revista no gana para abogados...

—No me cuentes rollos, Pierre, bien que me animaste a que no me cortara. Tus palabras fueron: “Cynthia, esto funciona. A la gente le gusta tus artículos”. ¿Y ahora resulta que debo cambiar porque políticos de tres al cuarto se promocionan gracias a nosotros?

—Tienes parte de razón y yo también. ¿Llegamos a un entendimiento intermedio?

—Depende —admito al sentarme otra vez—. ¿Qué quieres realmente?

—Para empezar que recompongas tu vida.

—Pierre —corto rápido—, no sigas por ahí. Siempre he dejado mis problemas personales al margen de la revista, no entiendo por qué tienes hoy ese empeño...

—Porque todo afecta, Cyn. Te aprecio mucho, creo que eres una periodista estupenda, pero tienes que tomarte un respiro, descansar un poco para abrir de nuevo la mente.

—De momento, mi mente está bajo llave —comento enfadada—. Pero si de verdad estás proponiéndome que me tome unas vacaciones, acepto; me vendrán bien.

—Más que unas vacaciones, creo que sería más interesante para todos si trabajaras desde casa.

—¿Perdona? —pregunto a punto de saltar—. ¿Quiénes son todos? ¿Alguno de esos alelados te ha dado quejas de mí?

—Todos, Cyn —afirma moviendo la cabeza—. No destacas precisamente por ser amigable, la gente se cansa de aguantar tus desplantes. Eres muy borde.

—No soy borde. Ahora bien, si ellos lo confunden con sinceridad..., qué voy a hacerle, el mundo está lleno de hipócritas.

—¿Por qué no sales unas semanas de Londres? Si quieres, te presto la casa de Sherkin. Ahora, con el buen tiempo, es un paraíso para relajarse.

—Perdona mi ignorancia —digo cínica. No solo pretende darme un boleto sin retorno, encima, va de buen amigo preocupado por mi salud mental —, ¿dónde está ese paraíso?

—En Bélgica —dice, y suelta una risa al verme los ojos como platos —. Es broma. Es una islita al sur de Irlanda. Me extraña que siendo tan aficionada a los viajes no lo sepas.

—Será porque domino más las islas grandes... —comento torciendo una sonrisa—. ¿Por qué no sabía que tienes una casa en Irlanda?

—No sé... —Pierre me observa contento. Es una gran satisfacción ser la causante de sus desequilibrios—. Quizás porque nunca te he hablado de ella. No suelo ir con frecuencia.

—Es un detalle, pero Irlanda tampoco destaca por su buen clima — digo con retintín—. Prefiero pasar las vacaciones forzosas tumbada en una playa, bajo un sol abrasador. No te ofendas.

—Haz lo que quieras. Mándame antes del próximo lunes el nuevo artículo, que González lo edite y ya hablamos de tu futuro. ¿Qué ciudad te toca?

—Lisboa.

—¿La conoces o estás tirando de Google?

—Estuve hace algunos años —respondo medio ofendida—. Y, de momento, nunca he tirado de Google. —Hago una breve pausa—. Pero no lo

descarto.

—Procura no ensañarte con los portugueses, por favor.

—Y tú deja de pagar tu frustración conmigo, por favor.

—Lo intentaré —afirma sonriente—. Buen viaje, y aprovecha el tiempo para relajarte, Cyn, te mereces un descanso y ser feliz.

Me pongo en pie.

—Gracias, Pierre —digo amablemente, voy hasta la puerta y, antes de salir, me giro—. Y, para tu información, soy muy feliz con mi vida.

En unos minutos recojo la cantidad de papeles que abarrotan mi mesa, ignorando las miradas piadosas de algunos compañeros. Sin lugar a dudas, creen que Pierre me ha echado. Y, como me interesan tanto como yo a ellos, tengo la deferencia de ahorrarles una despedida hipócrita. Solo estoy dispuesta a hablar con González, el editor jefe, porque nos entendemos y noto su aprecio sincero. Lo busco con la mirada, pero, al no encontrarlo, salgo de la redacción hacia casa. Allí podré pensar con calma adónde ir.

2

«Cuando ya no somos capaces de cambiar una situación, nos encontramos ante el desafío de cambiarnos a nosotros mismos»

Viktor Frankl

HA ANOCHECIDO Y decido darme un baño. He estado gran parte del día enclaustrada en el piso del Soho organizando mi despacho, si a partir de ahora va a ser el centro neurálgico de mi actividad laboral qué menos que tenerlo bien ordenado. Reconozco no destacar por unas costumbres metódicas, tiendo al caos, pero como hasta hace un mes tenía una asistenta apenas lo notaba. Ese es el inconveniente que más va a pesarme tras mi segundo divorcio. Por lo demás, solo deseo no volver a ver a Samuel jamás. Ha sido un marido pésimo, un compañero desleal y muy mala persona durante el proceso de divorcio. Al meterme en la bañera intento no acordarme de él ni del último año de mi vida que he perdido a su lado. Me consuela pensar que he rectificado a tiempo, no como con Julian, con quien estuve casada diez años y podrían haber sido dos, los ocho restantes fueron un aburrimiento cansino. También me da algo de tranquilidad no haber caído en las trampas emocionales de ninguno, si no, ahora mismo tendría hijos y todo sería más complicado para mí y para ellos.

Cuando salgo de la bañera y me extiendo ante el espejo una crema hidratante en la cara, busco en mi piel las huellas del paso del tiempo con un

detenimiento casi científico, como quien analiza un cuadro al milímetro. Tengo suerte y no detecto nada nuevo en un rostro ovalado bien tratado por la edad y acabo por sonreírme a mí misma como si la mujer que veo no fuese yo; aunque todavía reconozco mi imagen: ojos azules alegres y grandes, cejas oscuras delineadas en arcos idénticos y primorosos, nariz recta y fina, y pómulos altos. Solo creo haber cambiado en los últimos años por el cabello, que ahora llevo corto, con la nuca descubierta; todo lo demás sigue como cuando tenía veinte, me refiero al cuerpo alto y delgado, mentalmente ni de lejos soy aquella chica inocente que creía en el amor y en la constancia. Me considero afortunada, pero también una escéptica convencida a base de desengaños con las personas. Encontrar al hombre que me complemente ya ha dejado de importarme; tengo claro que no existe, y de hacerlo debe ser en otra dimensión. Y con respecto a eso de entregarte en cuerpo y alma al trabajo porque algún día llegará tu recompensa, hoy puedo gritar hasta quedarme ronca para decir que es una mentira como un templo. Dejarte la piel puede ser satisfactorio y dignificante, pero no es primordial; hay varios factores determinantes a la hora de que se valore tu capacidad, y tras el descalabro de esta mañana en *La Vie*, desde luego, el esfuerzo que he hecho durante mucho tiempo me lo he quedado en exclusiva para mí.

Tras ponerme un cómodo pijama, me siento en el sofá del salón y paso unos minutos perdida observando un espacio despejado, de paredes claras,

apenas adornado con unos pocos muebles. Nunca me ha gustado decorar mis casas con demasiados objetos, llevo grabado en el cerebro la máxima de Mies van der Rohe que mi diseñadora de cabecera ha hecho suya: «Menos es más». Es un lema que practico en todos los ámbitos de la vida y no me ha fallado nunca. Siempre he preferido pecar por defecto que por exceso, y quizás a veces no haya sido acertado, sobre todo, en mis relaciones personales con los amigos o mis parejas, pero no me arrepiento porque quien ha querido escarbar un mínimo en mi personalidad ha podido descubrir a la persona que oculto bajo una fachada distante y me siento afortunada porque esas personas son únicamente a quienes considero mis amigos. La lástima, según se mire, que son solo dos: Imogen Rodgers y Beatrice Marshall. Somos amigas desde la universidad, tenemos la misma edad y unas vidas paralelas pero dispares. Así como Beatrice lleva casada con Steve diecisiete años —los mismos que podríamos llevar Julian y yo—, Imogen se divorció poco después de casarse y ahora es feliz con un novio bastante más joven que ella, Mark. No soy quién para darle consejos, sin embargo a veces lo he hecho y hago, porque me ha costado aceptar su relación y eso que él tiene treinta y cinco, es abogado y un encanto. Aun así, yo no podría. Con los hombres puede que mis prejuicios me limiten, es posible, pero también es de sobra sabido que son más inmaduros que nosotras, por eso solemos fijarnos en hombres algunos años más mayores, para equilibrar, en cambio, si ellos son

una generación más jóvenes, obviando el sexo, ¿qué puedo esperar?. Pues no sabría decir, pero los videojuegos los tendría garantizados, la lectura descartada y las conversaciones profundas se quedarían en saber el resultado del fútbol. Respeto la decisión de Imogen y me alegro de que haya encontrado en Mark al hombre de su vida, pero nunca podría enamorarme de un chico; tan claro como el agua. Además, como tampoco estoy en esa fase y de momento me conformo con disfrutar de un merecido descanso para replantearme el enfoque de mi carrera profesional ni voy a perder más tiempo en unos pensamientos que no me llevan a ninguna parte.

Por ir a alguna parte, abro el portátil y empiezo a buscar un destino que no conozca en Europa y que sea asequible. No voy apurada económicamente, aún, pero soy previsora y con la perspectiva laboral que me aguarda es posible que entre en una etapa delicada. Veamos. Tenerife, he ido varias veces; lleno de alemanes, es un geriátrico. Casablanca, también la conozco, pero sola no voy, demasiado moro suelto. La Costa del Sol, soy asidua, la tengo muy vista. El sur de Portugal, no me mata y en esta época no podría bañarme en la playa; descartado.

Al cabo de un rato agoto los destinos lógicos donde podría encontrar sol. ¿Me voy al Caribe? Nada más pensarlo me da pereza, el viaje es largo y aquello estará atestado de parejitas de recién casados. Tras una hora dando vueltas por Internet, me pica la curiosidad y veo dónde queda Sherkin. Está al

sur de Irlanda, frente a Baltimore. No tiene mala pinta, como poco parece un sitio tranquilo. Investigo más y veo que podría llevarme el coche si cojo el ferri en Pembroke, llegaría a la costa irlandesa en cuatro horas. A pesar de que es algo tarde, llamo a Pierre para confirmar que su oferta siga en pie antes de comprar ningún pasaje.

—*Me alegro de que hayas escogido Sherkin, Cyn* —dice contento—. *La casa es pequeña, pero tiene lo básico y está en un sitio precioso. Pásate mañana por la revista y te doy las llaves y algunas instrucciones.*

—Supongo que tendrá wifi, ¿no?

—*Supones fatal, aquello está perdido de la mano de Dios.*

—¿Ni siquiera tienes contratada una línea de teléfono?

—*¿Para qué? Ya te he dicho que voy de tarde en tarde.*

—Entonces, no sé cómo voy a poder enviarte el artículo.

—*Sé resolutiva, tienes el móvil* —habla animoso—. *Ya verás cómo te sienta la soledad.*

—No sé... —Estoy dudosa. Una cosa es buscar algo de sosiego y otra muy diferente vivir aislado—. Déjalo, Pierre. Prefiero ir a algún sitio sin menos limitaciones.

—*Vaya, Cynthia, ¿eres de esas personas que no pueden vivir sin estar conectadas a Internet? Me sorprendes, te hacía por alguien más aventurera.*

—Ya... —digo molesta—, no es solo por Internet, eso puedo

resolverlo. Es por estar en un sitio que no conozco más sola que la una.

—*Cobarde.*

Pierre está consiguiendo cabrearme.

—No soy cobarde; pero... ¿y si me pasa algo?

—*¿Qué va a pasarte?*

—¡Y yo qué sé! ¡Donde está el cuerpo está la muerte!

—*Eres un caso de estudio... Miedosa y muy cobarde.*

—Dios... qué cruz —rezongo, pensando que ya no se valora la sensatez—. ¿Por qué te has empeñado en que vaya?

—*Acabas de llamarme tú. A mí me da igual dónde pases las vacaciones mientras estés alejada de la redacción.*

—Ya —admito, torciendo una sonrisa—. ¿Y dónde está la trampa?

—*Cyn, que seas cobarde porque te dé miedo verte sola en un sitio donde hay cuatro pescadores y unas pocas ovejas, puedo comprenderlo. Pero que desconfíes de mí cuando solo pretendo ayudarte, eso me molesta bastante. Decídetes de una vez.*

De pronto, el tono malhumorado de Pierre es un revulsivo para que aleje rápidamente la negatividad.

—Muy bien, mañana iré a por las llaves.

3

«El verdadero realismo consiste en revelar las cosas sorprendentes que se mantienen cubiertas por el hábito y nos impiden ver»

Jean Cocteau

ALAS SIETE MENOS cuarto del miércoles, llego al puerto de Rosslare tras más de cuatro horas de trayecto desde Pembroke. He tenido suerte y he podido dormir sin dificultad en el ferri. Salgo en el Tiguan en dirección hacia Baltimore después de tomarme un desayuno ligero en la cafetería del edificio de la terminal del puerto, que estaba tan vacía como el ferri. Empiezo a acusar el cansancio cuando todavía me quedan varias horas hasta llegar a Baltimore, dudo si ha sido una buena idea traerme el coche, aunque me habría supuesto una preocupación dejarlo en Londres aparcado en la calle y un trastorno enorme estar aislada sin poder moverme a mi antojo. Las instrucciones de Pierre sobre la casa no son precisamente para que ande imaginando un paraíso idílico, y encima, con lo poco que destaco en destreza, tengo que apañármelas por mí misma. Quiero ser optimista, sin embargo, no lo consigo; tengo un presentimiento extraño con estas vacaciones.

Un poco antes del mediodía atravieso Baltimore hasta detener el coche en el pequeño muelle del ferri. Esto, desde luego, no es ni Rosslare ni Pembroke. A lo lejos veo la isla; y, acercándose a esta costa, un barquito rojo. Conforme va acortando la distancia creo que la vista me engaña. Pero no.

Este barquito es el ferri, así lo leo en grandes letras blancas escritas en uno de sus costados. Me pregunto si cabrá el coche, que no es excesivamente grande, pero debe rondar los cuatro metros y medio de largo. Optimismo, Cynthia, sé positiva.

Espero dentro del coche a que descieran las cinco personas que iban en la cubierta del barco, y me bajo diligente para hablar con el que supongo es el patrón. Con una paciencia infinita me mantengo a unos metros de él mientras se va despidiendo de cada uno de los pasajeros. El hombre es corpulento, de facciones anchas y barba pelirroja canosa y larga. Rondará los cuarenta o cincuenta, aunque no soy capaz de precisarlo por la piel áspera y gruesa de su rostro, similar a la de los elefantes; al menos en la textura; el tacto lo dejaré como incógnita porque no pienso tocársela. Cuando se percata de mi presencia, esboza una sonrisa amistosa.

—Hola —saludo amable—. Voy a Sherkin, pero no he encontrado la taquilla para sacar el billete.

—Normal, solo funciona en verano —comenta con un acento cerrado que me cuesta entender, y mira alrededor con unos ojillos azules vivarachos; parece nervioso—. Tendría que salir ya, señora, pero tengo que miccionar.

—¿Disculpe?

—Mear, guapa —comenta resuelto—. Como no mee, exploto.

Trato de no mostrar la vergüenza ajena que siento ahora mismo y

sacudo la cabeza afirmando. Me encierro en el coche y busco la cartera en el bolso, pensando en que no he cambiado el dinero con el despiste, tampoco contaba con que tendría que pagar en efectivo, y si intento buscar ahora un banco perderé este ferri. Pero, ya que estoy comprobando que aquí el personal parece funcionar de manera más pausada que en Londres, sería conveniente hacer el intento y de paso aprovisionar el coche con víveres por si estoy contando con una tienda en la isla y me llevo otro chasco.

Justo cuando maniobro en el puerto para salir, veo al *Miccionador* hablando con dos hombres, de aspecto tan cuidado con el de él: barbas, ropas viejas de faena y mugre no solo visible, sino también aromática.

—¡Señora! —grita con una potencia que hace vibrar las lunas del coche. Piso a fondo el freno y se acerca corriendo—. ¿Pa qué se va?

—Voy al cajero —respondo con el cuello rígido—. No sé preocupe por mí. Si tiene que marcharse, cogeré el próximo ferri.

—No, mujer —dice sonriendo—, la espero.

—No, de verdad, máchese, no sé cuánto tiempo voy a tardar. También tengo que comprar comida en algún supermercado.

—¿No se aloja en The Islander's? —pregunta confuso.

—No, tengo casa.

—Ah —admite poco convencido—, es raro, no la había visto nunca.

—No, es la primera vez que vengo —habló empezando a saturarme de

dar explicaciones—. Bueno, voy a comprar...

—Tranquila, la espero por aquí.

Al escuchar que repite lo mismo, decido dejarlo por imposible; él sabrá cómo cumplir con su trabajo.

Recorro algunas calles antiguas, grises por las calzadas, y sin embargo alegres por los colores de las casas, y no tardo en localizar un banco y un supermercado. Tras cambiar quinientas libras en euros, gano casi ochenta euros, voy directa al supermercado para abastecerme a conciencia. Ni media hora después, cargo el coche con mis básicos: verduras, huevos y lácteos, y varios caprichos golosos para los ratos de depresión.

—¿Nos vamos? —pregunta el patrón del ferri al verme llegar de nuevo.

Que estoy sorprendida es poco, pero es así. Sin bajarme del coche, le digo:

—Gracias por esperarme... —hablo con la esperanza de que me diga un nombre para poder dirigirme a él, como no lo hace, añado—. Soy Cynthia Pinkerton, y usted es...

El hombre sonrío abiertamente, se toquetea la barba y me extiende esa misma mano. Me hago la loca, también sonrío. Si cree que voy a rozarlo, va listo.

—Ewan O'Driscoll, para servirle.

Entiendo que está siendo cortés, en cambio, por si acaso, inclino la cabeza con cierta severidad.

—Pues cuando usted me diga, señor O’Driscoll, le pago y subo el coche al barco.

—Es mejor que lo suba yo, y por el dinero no se preocupe —comenta—, siempre puedo buscarla en la isla.

¿Qué habla el loco este? ¿Pretende montarse en mi coche nuevo, dejarlo atufando a zorruno, no cobrarme el viaje y presentarse cuando le dé la gana en mi ansiado retiro para cobrar? ¿Y no estará pensando que voy a pagarle diez euros en carne, verdad? Está visto que una no puede ser simpática, siempre me funciona mejor marcar distancias siendo borde.

—No se ofenda, pero sé maniobrar sola, y en cuanto al billete, prefiero abonarlo ahora; no me gusta tener deudas.

—Menuda deuda, mujer —habla sin perder esa sonrisa bonachona—, no voy a salir de pobre. Se lo he dicho porque no sé si ha podido sacar dinero. Y en cuanto a subir usted sola el coche en mi barco, me he ofrecido porque la pasarela es estrecha y tengo más práctica que usted —comenta repitiendo mis fórmulas bordes, aunque él lo hace con sorna—, pero..., ya que sabe maniobrar sola..., adelante. No creo que tenga ningún problema. —En cuanto termina, se gira para encaminarse hacia el ferri. Sin mirarme, hace una indicación con la mano—. ¡¿Lo tiene con una buena aseguradora?!

Hago oídos sordos. Llevo conduciendo desde los dieciocho años, he tenido pocos percances, pequeñas insignificancias al aparcar siendo novata —como llevarme por delante algún que otro retrovisor o estamparme contra un coche que estaba estacionado porque por aquel entonces no tenía dirección asistida en el volante y no anduve rápida cuando lo giré al acelerar a fondo para salir—; creo que más o menos como todo el mundo, ni soy una fiera ni tampoco torpe; aunque tener ahora mismo a O’Driscoll pendiente a cualquier fallo me supone manejar más nervios de la cuenta por no quedar como una prepotente cuando solo pretendía que no me subestimara por ser mujer y evitar de paso una fragancia a sudor poco estimulante.

Como una tortuga enfilo la pasarela, concentrada siguiendo la única indicación que O’Driscoll me hace. Lo que viene siendo un movimiento con la mano para que avance más rápido. Parecía sencillo, y debía serlo, para él. A mí estos escasos cuatro metros están agobiándome. En cuanto noto cómo las ruedas pisan la cubierta del barco, suelto el volante como si quemara. Tengo los dedos agarrotados. Abro y cierro las manos varias veces para reactivar la circulación, resoplo aliviada y bajo del coche.

Con formalidad, O’Driscoll me entrega un recibo, le abono los diez euros y, sin abrir la boca, hace una leve reverencia. En unos minutos retira la pasarela y sube al puente de mando. El día despejado me incita a seguirlo para sentarme en un banco de la cubierta que hay detrás del puente. Soy la

única pasajera.

Se respira el olor vivo del mar, la salmuera, sopla una ligera brisa fresca, pero llevo una chaqueta de hilo y no siento frío, que hace de la travesía un paseo muy agradable. El sonido de las gaviotas que sobrevuelan la costa y el del motor son toda mi compañía mientras las bellas imágenes de la isla Sherkin me tienen los ojos capturados. Pierre tenía razón; es un lugar precioso.

Los diez minutos del viaje se hacen cortísimos, tanto como el pantalán donde atraca O'Driscoll. De nuevo, con una amabilidad sobrada, en cuanto le muestro el plano que me dibujó Pierre para llegar hasta su casa, él me explica por dónde debo ir. Luego se despide sonriente, y llego a reprocharme mi poco tacto.

No tardo en descubrir las inmensas extensiones verdes a ambos lados de la estrecha carretera. Por suerte no topo con vehículos en dirección contraria, si no, dudo cómo podríamos seguir circulando. No conduzco rápido ni me apetece por no perderme este paisaje de abrumadores tonalidades verdes, salpicadas de motas amarillas, de flores silvestres, y de azules, suaves los del cielo y profundos en el mar.

La casa de Pierre está en el suroeste, según me ha explicado O'Driscoll, a poca distancia del diminuto muelle. No más de tres millas de las

cuatro en total del largo de la isla. No voy contando cuántas casas veo, no superan la veintena, ni tampoco me preocupa que algunas parezcan hechas exclusivamente para el turismo; estoy entusiasmada recorriendo este silencioso paraíso.

A los quince minutos llego a la casa que será mía durante el próximo mes y no me defrauda. Está muy cerca del borde escarpado que forman varias rocas enormes, rodeada de arbustos y un caminito de piedras. Es como la imaginaba: pequeña, blanca, de forma cuadrada y tejados grises a dos aguas. Detengo el coche y me acerco caminando con lentitud, admirada por la sencillez de un hermoso paraje casi indómito.

Recuerdo a mis padres, sé que esto les habría encantado, pero no permito a la nostalgia borrar la imagen que contemplo. Ellos están muertos; mi padre, tras luchar mucho tiempo contra un cáncer, se fue hace cinco años; y mi madre, por un tonto accidente doméstico, cuatro meses atrás. De los dos guardo buenos y malos recuerdos, aunque fueron mis incondicionales pese a algunas decisiones que tomé siendo joven. Ahora sé que erróneas, nos distanciaron, y aun así siempre me apoyaron. Volver la vista atrás a veces es dañino para el alma, tiene la capacidad de azotar la conciencia y de incrementar unos remordimientos poco edificantes. La inexperiencia de la juventud me llevó a aquellos errores. El más grave fue casarme con Julian a los veinticinco, desoyendo sus consejos. Imagino que ellos supieron ver

nuestras diferencias, las que más tarde nos separarían. A mí me costó una década asumirlas. De aquel tiempo elijo guardar la unión con mi madre. Se convirtió en una amiga, y mantuvimos esa amistad hasta su muerte. No quiero sucumbir a la tristeza, pero el sigiloso rumor de las olas es tan agradable como la fuerza de la especie de misticismo que se apodera de mi cabeza, apabulla la energía que siento, me arenga una voz subconsciente, susurrante, y hablo en voz alta:

—Qué sitio más bello para morir.

4

«La soledad es patrimonio de la edad adulta»

Mika Waltari

EL LIGERO SONIDO DE la llovizna me despierta, con tacto, como disculpándose por interrumpir un plácido sueño. Observo el paisaje costero sin moverme de la cama: unos islotes difuminados en la bruma, algunos barcos de pesca; y más allá, en un acantilado frente a Baltimore, un faro blanco con forma cónica vigila la entrada al puerto. Estoy tranquila descubriendo detalles de una vida apacible, aprendiendo cosas de mí misma hasta ahora desconocidas.

Al levantarme para ir al baño, observo la sencilla habitación abierta a toda la planta: suelo de madera oscura, paredes blancas donde se notan algunas irregularidades, una chimenea de piedra en un rincón, y la barandilla circular de la escalera de caracol, que ya domino pero me supuso bajarla con cautela los primeros días. Entro en el pequeño cuarto de baño, que tiene la bañera pegada a la ventana por donde veo el mismo paisaje que en el dormitorio, la vista del mar es hermosa, y me lavo la cara con agua bien fría, helada.

En la cocina de la planta baja, moderna y básica, mientras desayuno con apetito una buena ración de huevos revueltos y un café con leche, pienso

que dentro de unos días deberé coger el ferri para reponer la despensa en Baltimore. A no ser que haya por aquí donde comprar, cosa que todavía desconozco porque tras una semana de buen tiempo me he dedicado a la vida contemplativa, tomando el sol sentada en las rocas que hay en la parte delantera, y he limitado la exploración a los alrededores de la casa.

Después decido vestirme con unos cargo verde oscuro, un jersey de mangas largas y unas botas de agua para salir a dar un paseo hasta el sur de la isla.

Al salir me cercioro bien de dejar la puerta cerrada, aunque dudo que la tasa de delincuencia sea alta, y me dirijo por el camino hacia la rústica carretera. No tengo más remedio que ponerme la capucha del impermeable.

La paz y la soledad de esto son únicas, realmente unos tesoros, y no solo por la belleza de la costa abrupta, que no es alta, tiene recovecos y pequeñas calas de arena blanca, sino por la seguridad. Es muy reconfortante pasear por esta larga y vieja carretera con la certeza de estar a salvo de cualquier indeseable; es una sensación nueva, me da confianza. Caminando puedo pensar en el artículo que quiero escribir de Lisboa. Recuerdo los viajes a esa ciudad, supongo que habrá cambiado porque fui hace años y ya entonces vi obras por todas partes. Si bien, como tengo intención de no profundizar, haré como siempre, me centraré en los detalles que más llamaron mi atención hasta escribir las doscientas cincuenta palabras que me

exige Pierre. Si las sobrepaso pueden ocurrir dos cosas: que las mantengan porque haya suficiente espacio o directamente que González haga recortes; aunque tiene la deferencia de consultarlo conmigo.

A una milla escasa de Clomacow, el destino que he elegido, el ruido de un motor a mi espalda me sorprende por desagradable. No llego a girarme cuando pasa por mi lado una Nissan blanca de estilo pick-up. Tampoco me da tiempo a apartarme cuando de golpe siento encima una lluvia de barro que evapora al instante una grata tranquilidad. Durante unos segundos maldigo al conductor, pendiente al chucho que va en la parte trasera mojándose el pelaje negro y ladrando poseído por algún demonio. A veces creo que la Ley de Murphy realmente se cumple conmigo. Eso de que “si algo puede salir mal, probablemente saldrá mal”, incluso lo rebaso: “si algo puede salir mal, probablemente saldrá muy mal; será patético”. A manotazos me quito el barro de la cara, acordándome del conductor, del chucho asqueroso y de la mala leche que uno debe tener para poner perdido a alguien cuando habría sido fácil tocar el claxon o aminorar la marcha. Por suerte, gracias a la escasez de habitantes en la isla, sobrepasan por los pelos los cien, creo que no coincidiré con nadie; me daría un síncope si alguien me viera con esta pinta de vagabunda. Para intentar que la lluvia se lleve algo de mugre, me quito la capucha y sigo andando sin alejar de la cabeza la pick-up blanca. El agua me limpia durante un rato, pero ahora empieza a arreciar y está calándome hasta

la ropa interior.

Miro alrededor buscando algún refugio provisional y, en la lejanía de una pradera inmensa, veo una diminuta casa con el tejado de paja. Corro cuanto puedo a través del campo, que no es mucho porque la tierra está blandengue y no me fío de que la hierba alta oculte algún hoyo. Y, de nuevo, la Ley de Murphy para mí solita. Si antes pienso en hoyos, antes meto el pie en uno. Encima, al caerme, acabo con el tobillo torcido. No tengo moral para levantarme, duele mucho. Hasta podría decirse que encuentro cierta comodidad en mitad de este prado poniéndome como un pollo, sucia como una de esas mujeres que luchan en el lodo, sin erotismo, lo mío es más *porcus, porcorum* y más cutre. Muevo el tobillo para comprobar si lo tengo roto, y no; parece seguir intacto pero resentido, tanto como yo con el maldito conductor de la camioneta. Todo esto es por su culpa. De no haberme salpicado, no me habría quitado la capucha, no estaría calada de agua hasta los huesos y no habría tenido la brillante idea de correr por el campo para buscar guarecerme. En este momento de profunda rabia, me pongo en pie con intención de regresar a mi plácido hogar sin importarme el aguacero. Ahora mismo me paso a Murphy y su ley por el forro; no puedo mojarme más, ya no hay nada peor; la meteorología ha dejado de importarme.

Apresurando el paso, me muevo en dirección a la carretera. Súbitamente, algo duro impacta contra mi hombro. Me giro con un brillo

endemoniado en los ojos, no veo a nadie. De pronto, otro impacto, y otro, y otro. Miro alrededor cuando las bolas de granizo, que parecen huevos, lo han cubierto todo de frío blanco. Protegiéndome con los brazos, como si un ejército de fantasmas estuviera lapidándome, inclino la cabeza hacia arriba solo unos segundos, sin dar crédito a este ensañamiento. Debo resultar ridícula, por no decir trastornada o loca de remate, aunque me ampara un único consuelo: la soledad.

—¡Señora Pinkerton! —grita una voz femenina.

¿Quién me llama?! ¡Por Dios! ¿Es que no puedo tener un mal día de incógnito?! He dejado de acordarme del conductor de la camioneta, ahora me centro en Murphy. ¿Por qué, Señor? ¿Por qué ese hombre tuvo que formular una ley sobre mí?

A poca distancia de la casa donde pretendía refugiarme, descubro a una mujer andando con agilidad por el prado. Viene hacia mí sosteniendo un paraguas negro. Es mayor, de estatura baja, delgada, viste ropas oscuras y lleva el cabello plateado recogido en un moño.

—Vamos —apremia la mujer—, venga.

—Gracias —hablo al colocarme bajo el paraguas. La mujer tiene la piel clara, ojos azules con la mirada limpia, tanto como su sonrisa dulce; parece sinceramente preocupada—. ¿Nos conocemos?

—No.

La mujer camina diligente hacia la casa, estirando el brazo hasta su tope. No me atrevo a ofrecerme para llevarlo, no estoy segura de no estar viviendo una alucinación; aunque el paraguas es real porque no siento los golpes del granizo.

Nada más entrar en la pequeña casa, similar a una choza de lujo por los muros de cemento, la mujer desaparece tras una de las dos puertas que hay en el penumbroso salón, más amplio de lo que esperaba. Olfateo un aroma a algún guiso con carne y verduras, sobre todo detecto col, recorro con una mirada curiosa la pulcra cocina, tiene varios fuegos antiguos de leña, y me acerco a dos cosas alargadas que cuelgan de un cordel al lado de la ventana que hay delante de un viejo fregadero de piedra.

—¿Le gusta el salmón?

—¿Esto es salmón? —pregunto asombrada. Pensándolo bien, se parece; aunque es la primera vez que lo veo disecado y con piel—. ¿Lo hace usted?

—Sí —responde, y me tiende una toalla blanca de rizo muy desgastado—. Por aquí, valerse por uno mismo es fundamental.

—Antes no me ha contestado —digo mientras me seco la cara. Ya me he quitado las botas, imitando lo que ha hecho la mujer, y el impermeable—. ¿Cómo sabe mi nombre?

—Lo sabe todo el mundo —habla despreocupada y vuelve a

desaparecer por la misma puerta.

No sé qué pensar de Ewan O’Driscoll, es el único que puede haber ido hablando de mí. La mujer sale con un vestido horroroso en la mano — supongo que será suyo— y, con una sonrisa, me lo da.

—No se moleste —digo con cortesía—. En cuanto mejore el tiempo me iré.

—Cámbiese antes de coger una pulmonía —comenta, ignorando mi intención de no ser un incordio para ella—. ¿Quiere un té?

—No se preocupe por mí, siga con su tarea, no tardaré en volver a casa.

—Deje de decir lo mismo, no tengo otra cosa que hacer. Me llamo Odele Canavan, para servirla.

Esbozo una sonrisa rancia y aparto la vista de sus ojos azules. Por aquí parecen aficionados a servir a los demás, aparte de cotillear. Por no contradecirla, termino de desvestirme y me pongo su vestido, que apenas llega a taparme los muslos, fijándome en la inmaculada limpieza del interior. No hay señales de ninguna presencia masculina. Mientras tanto, Odele dispone un cazo con agua en uno de los fuegos.

—¿El patrón del ferri ha hablado de mí en el pueblo? —pregunto al cabo de unos minutos, refiriéndome al pueblo como la zona donde vi varias casas juntas y un pub cerca de la Marina, así llaman al muellecito.

—No lo sé, a mí me habló de usted John McNamara.

—¿Y ese quién es?

—El dueño del pub —responde sencillamente, coloca dos tazas en la mesa y me hace un gesto con la mano para que me siente—. John y su mujer, Bonnie, son los dueños del pub. Tienen un hijo, Lonnie.

Bonnie, Lonnie, empiezo a creer que el aislamiento afecta a la cordura. Mantengo la boca cerrada siendo prudente, no me gustaría ofender a esta amable mujer. Pruebo el té y sonrío; está bueno y caliente. En un momento sé que es viuda desde hace algunos años y que no tiene hijos. Luego, me satura con información de su marido. Hace un resumen extendido de toda su vida, y me apena porque noto cuánto lo echa de menos; tuvieron un matrimonio feliz. Antes de que indague en mi pasado sentimental, pregunto:

—¿Sabe usted quién tiene una camioneta blanca?

Odele no responde de inmediato, se toma su tiempo saboreando el té.

—Sí —dice, y pasea la mirada esquivando mis ojos.

Como no añade nada más, comento:

—Es que me ha puesto perdida cuando venía andando por la carretera.

—Ese Kerry... —Odele chasquea la lengua—. Es tan huraño como su abuelo.

Por el tono advierto que el tal Kerry y su abuelo no son del agrado de

Odele.

—¿Viven por aquí?

—El viejo O'Driscoll vive en Clomacow, no suele salir. Kerry lo visita todas las semanas para llevarle la compra. Es el único que va a verlo.

—¿Son familia de Ewan?

—Sí, todos los O'Driscoll están emparentados. Hace muchos años el clan O'Driscoll fue muy poderoso; era dueño de la isla y de casi todo el suroeste de Irlanda, en Baltimore todavía está el castillo donde vivieron.

—Pues parece que el de la camioneta no ha evolucionado mucho.

—Es una lástima que esté tan apegado al viejo, es un gruñón insoportable; en cambio, Patrick, el padre de Kerry, es una bellísima persona, pero no vive aquí. Él y su esposa se fueron a Cork hace años. Patrick y el viejo no se llevan bien —comenta animada. Me da la impresión de que está muy sola y estoy sirviéndole de distracción, aunque tanta información sobre la familia O'Driscoll me sobra. Odele no advierte el aburrimiento que me llega a modo de bostezo, y continúa—. Tuvieron problemas cuando Patrick se casó con Annie. Al viejo no le gustaba para él, decía que era una señorita de ciudad, pero lo que le molestó en el fondo fue que Patrick hiciera lo que quiso. El viejo se empeñó en que Annie se quedó embarazada de Kerry para pillarlo. Patrick es profesor, ¿sabe? Creo que Deirdre también está estudiando Historia como él.

—Qué bien —digo por aportar algo, sin mostrar interés por la tal Deirdre—. Bueno..., Odele, ya le he robado demasiado tiempo, es mejor que me marche ahora que ha dejado de llover.

—¿Por qué no come conmigo? He hecho pan de soda y *coddle* — comenta. Al ver mi cara, sonrío—. Siempre lo hago con las sobras del fin de semana. —Trago despacio. El último dato, además de rácano, podía habérselo ahorrado—. Está delicioso, pero necesita mucha cocción a fuego lento, si no, las salchichas de cerdo y el tocino no le sueltan el sabor a las verduras. —Con “sobras” ya tenía poco apetito, y añadiendo a la explicación “cerdo” y “tocino” tengo que componer una cara de circunstancia que camufle el asco que me invade la garganta—. ¿No lo ha probado nunca?

—No —respondo y, por no explicarle que soy vegetariana, miento—. Otro día me paso por aquí y lo pruebo. Hoy me he dejado la comida preparada antes de salir.

Tengo que espabilar o acabaré comiendo esa delicada receta, que siendo sincera no huele mal. Me levanto para atajar la charla y la invitación.

—¿De verdad va a irse ya? —pregunta incrédula—. No me ha contado nada de usted —reprocha amigable. ¿Cómo?, pienso de pronto. ¿Acaso he tenido oportunidad de meter baza en un monólogo sobre todos los habitantes de la isla? ¡Por Dios! Si ya soy íntima de los O’Driscoll, creo que conozco más cosas de sus vidas que ellos mismos—. ¿A qué se dedica?

Los pensamientos que bullen en mi cabeza no afectan a la curiosidad de Odele.

—Soy periodista, trabajo para la revista *La Vie*. ¿La conoce?

—No. Tráigame un ejemplar cuando venga de nuevo.

Asiento con una ligera sonrisa. A continuación espero unos minutos a que Odele me guarde la ropa mojada en una bolsa de plástico y me envuelva un buen trozo del pan de soda casero en varias hojas de periódico, y por fin consigo despedirme para regresar a casa.

Andando por el camino siento el viento que llega mimoso en débiles ráfagas desde el mar, reina una gran tranquilidad tras la granizada. Ni siquiera hay charcos grandes que puedan mojarme las piernas, esta fértil tierra lo absorbe todo. De ahí los verdes tan variados que recortan estos campos, incluso envueltos en la triste luz del día gris sobresalen coloridos. Intento recordar la conversación con Odele, en cambio no logro centrarme observando la costa. Sentí el misticismo la tarde que llegué y se fortalece en mi interior; nunca había tenido una sensación tan inquietante. Cualquiera pensaría que estoy deprimida, y nada más lejos de la realidad; es una sensación feliz, o de sosiego, o incluso pienso que sea madurez emocional, o puede que esté desvariando al pasar tanto tiempo a solas. Me da igual, no le hago daño a nadie. Si acaso, me evado para afrontar la incertidumbre laboral. Afortunadamente, a Sam lo tengo más que superado. Es interesante

comprobar cómo la mente selecciona de manera inconsciente nuestras preocupaciones, y no puedo estar más de acuerdo con la elección que ha hecho conmigo; me equivoqué al casarme con él y creo que eso está definiendo que sobrelleve tan bien este divorcio a un mes de que nos lo hayan concedido. Es increíble, con Julian estuve varios meses tocada, aun habiendo sido quien promovió el divorcio, quizás porque fueron diez años de compañerismo; en cambio, olvidar a Sam me ha costado medio minuto, quizás porque nunca lo amé como a Julian. Incluso me planteo que nunca lo amé, así de simple. Es posible que confundiera atracción y sexo con enamoramiento y amor. Como sea, ahora mismo está beneficiándome.

De manera súbita, el sonido de un vehículo me pone en guardia. Giro la cabeza y confirmo que el O'Driscoll prehistórico se aproxima a toda pastilla. Veo la camioneta ascender por los montículos de la accidentada carretera y cómo se pierde para reaparecer dando botes.

Cuando la tengo casi encima, me meto en el prado escuchando la música que lleva puesta a todo volumen. Justo al sobrepasarme, frena con brusquedad y detiene la marcha. Los ladridos del perro se confunden con la música folk y un portazo. No me muevo del sitio.

El hombre que avanza en mi dirección, calculo que tendrá treinta y cinco años; de cabello rubio, con mechones dorados y largos, lo lleva por los hombros; es alto y recio, de tez muy blanca aunque sus brazos largos y

musculosos se ven bronceados, y sus piernas parecen interminables bajo unos vaqueros viejos. Lleva una camiseta negra que se amolda a su torso. En cuanto está frente a mí, inclino la cabeza hacia arriba para observarle el rostro, se adivina atractivo pese a la espesa barba rubia que lo cubre: facciones proporcionadas y bien dibujadas, boca con labios ni delgados ni gruesos; propios para probarlos —me asombro ante esa apreciación, pero es espontánea—, sus cejas son un poco más oscuras que el cabello y tiene unos ojos azules salpicados de diminutos toques grises y verdes; brillan con un efecto seductor.

Parpadeo y vuelvo a la realidad para sentir cómo me da un repaso lento. Al instante, aprisiona los labios. Creo que disimula una sonrisa. Acabo de darme cuenta de que el vestido anticuado de Odele, las botas de agua y el impermeable pueden ser los responsables de esa reacción.

—Hola, imagino que eres la señora Pinkerton.

Su voz profunda me ha gustado, pero que me haya llamado “señora” consigue que recuerde al instante el chapuzón de barro.

—La misma. Y tú eres el señor O’Driscoll, ¿no? El que se sacó el permiso de circulación a distancia, ¿verdad?

—Soy Kieran Mullen —habla seco—. Iba a llevarte, pero olvídale.

—Cuánto derroche de amabilidad y paciencia, señor Mullen.

Kieran me traspasa con una mirada fija, recorre de nuevo mi cuerpo

moviendo la cabeza y da la vuelta. No pierde el tiempo en arrancar la camioneta para dejarme en mitad del paraje solitario. Por un instante dudo de la información de Odele. ¿Kieran Mullen? Ella se ha referido a él como Kerry O'Driscoll. ¿Son la misma persona o he metido la pata hasta el fondo? No puedo estar equivocada, la pick-up Nissan es la misma. Aun así, pienso que posiblemente he pagado mi cabreo con un extraño.

Por terminar cuanto antes este paseo que empezó como una escapada breve y al final me ha costado la mañana entera, reanudo la marcha sin dejar de revivir en mi mente un azul vivo tan pagado de soberbios verdes como de pesados grises. En los extraordinarios ojos de Mullen se confundían el mar indomable, la amalgama de los pastos y la incertidumbre del cielo nuboso; una mezcla certera capaz de obnubilarme durante gran parte del camino, capaz de distraerme y hacer que casi olvide el enfado.

5

«Algún día en cualquier parte, en cualquier lugar indefectiblemente te encontrarás a ti mismo, y esa, sólo esa, puede ser la más feliz o la más amarga de tus horas»

Pablo Neruda

SENTADA EN EL ÚNICO SOFÁ que hay en el salón, una hora después, me como una ensalada y un trozo de pan de soda, delicioso, mientras organizo mis recuerdos de Lisboa para destacar varios en el artículo. De aquel viaje tengo sentimientos encontrados. Fue la segunda vez que visité la ciudad, en esa ocasión más a fondo que la primera vez, y me produjo una grata sorpresa. En cambio, percibí involución en aspectos cívicos de sus ciudadanos más jóvenes, sin que esto sea una exclusiva de esa ciudad, es algo generalizado en capitales que en poco tiempo pretender equipararse a otras más cosmopolitas.

Con este pensamiento acude a mi mente la imagen del señor Mullen. Es un hombre guapo, pero carece de modales. ¿Por qué se hará llamar Mullen y no O'Driscoll? Pierdo un rato rememorando su cuerpo, qué gustazo sería estar con un hombre tan bien definido. Ni Julian ni Sam pueden compararse con él. Ninguno está mal, son atractivos, pero sus cuerpos están a años luz del poderío viril de Mullen. Imagino el tacto de sus músculos, ¿estarán muy duros? Qué pena quedarme con la incógnita. Sé que sería incapaz de tener sexo con él, y ya no solo porque sea más joven, sino por mi timidez. Es patético, como siempre, yo misma me lo repito, pero conozco cuáles son mis

puntos fuertes y los defectos que jamás corregiré. Por ejemplo, suelo envalentonarme con la boca o tener más pudor que toda una congregación de monjas. Quizás por esto último no me plantee tener nada con un hombre más joven. O puede ser que prefiera a los de mi edad o algo más mayores porque sería más complicado que físicamente estuvieran mejor que yo, a veces lo pienso aunque reconozco que es una inquietud algo inmadura para una persona inteligente que ha sobrepasado los cuarenta. Al darme cuenta de mi embrollo mental, retomo el artículo. Si no me centro no seré capaz de cumplir con Pierre, y esta vez me juego mucho. Debo demostrarle que soy capaz de seguir en mi línea sin cebarme en lo negativo, aunque tampoco voy a defraudarme siendo hipócrita.

Cuando preparo el portátil, al lado dejo un vaso con tres dedos de whisky y enciendo un Marlboro. Es una especie de ritual que llevo haciendo desde que empecé a escribir estos artículos y, como soy un poco maniática, no me hallo si no lo hago a pesar de fumar muy poco y ser una bebedora social porque solo pruebo el alcohol en reuniones o salidas con mis amigos. Empiezo por ponerle un título, otra costumbre. No es algo invariable, puedo cambiarlo una vez he terminado, pero al tener que ir salvando el archivo prefiero hacerlo en una carpeta con nombre. Así, sin más preámbulos, me coloco las gafas de vista que solo uso cuando escribo —son pequeñas y rectangulares, con la montura de pasta negra— para dejar fluir las palabras de

la cabeza a las manos.

A las siete la noche está cerrándose. Me levanto con la espalda dolorida, tardo unos segundos en mantenerme erguida y enciendo la lámpara de pie. Voy a tener que buscarme otro sitio para trabajar porque en unas condiciones tan pésimas como las que tengo en esta pequeña mesa, al no ser dada a hacer parones en plena euforia creativa, pasar encorvada varias horas puede dejarme con las lumbares destrozadas en pocos días.

«Fados, peligro y engaño. En Lisboa, pintoresca por sus siete colinas, antiguos tranvías y ascensores para ahorrar escaleras en las calles, no todo reluce como el sol que brilla en su cielo despejado. La ciudad sorprende nada más llegar por el color de algunos edificios de los barrios altos, la decadencia mezclada con modernidad y la impresionante desembocadura del río Tajo con la Torre de Belém como ejemplo de algunas de las joyas arquitectónicas que se pueden admirar. Sin embargo, y pese a esa primera impresión positiva, al cabo de unas horas deambulando por sus calles, la percepción entusiasta puede ir decayendo en picado hasta desear lanzarte rodando por alguna de sus empinadas colinas adoquinadas. Tened en cuenta, si os diera por ahí, que llegaríais destrozados a la gran Plaza del Comercio, eso si la suerte está de cara y antes no os atropella uno, varios o todos los coches que circulan con un frenesí temerario.»

»Para ver la ciudad en toda su amplitud lo más recomendable es subir hasta el Castillo de San Jorge. Al atardecer puede resultar romántico si vas con pareja, si no, es preferible que no hagas el esfuerzo por si decides lanzarte hacia abajo absorto en la música triste de uno de los fados que escucharás en cualquier rincón. Y dos advertencias finales: la cartera hay que llevarla bien oculta para evitar a los amigos de lo ajeno y las almendras recubiertas de caramelo están más duras que el cemento.

»Es una capital tan irregular como bella y difusa, con más cuevas y timos a los turistas de los deseables, con poco inglés, más miserias de las imaginables, no apta para minusválidos y un edén para los glotones porque harían falta varias vidas para vaciar las innumerables pastelerías de la auténtica y nostálgica Lisboa, cuna de grandes navegantes y futbolistas, corazón y estandarte en alza de Portugal.»

Tras releerlo varias veces me doy por satisfecha. A través de Bluetooth paso el archivo al teléfono y lo envío al correo de González. Prefiero que sea él quien lo lea primero, también confío en que note la suavidad de mi tono en este nuevo estilo. He contado lo que pretendía sin ensañarme y sin mentir, desde mi punto de vista totalmente subjetivo. Nunca he buscado aconsejar a los lectores, ni siquiera que estuvieran de acuerdo con mis impresiones, hago el trabajo basándome en mi experiencia como turista. Como tal, habrá quienes opinen igual y quienes disientan, pero esa es la

grandeza de la inteligencia humana: saber discernir y valorar para decidir por nosotros mismos. El equivocarse o acertar no cuenta, lo importante es que cada uno configure el puzle de su vida con las experiencias que haya acumulado. Intento poner un granito de arena en los factores que se comparan a la hora de elegir un destino turístico, no soluciono problemas existenciales metafísicos y no estafo ni arruino economías por más que algunos estén empeñados en acabar con mi sección.

Con este ánimo que derrocho cuando siento que he cumplido, cojo el vaso y salgo fuera para terminarme el whisky escocés contemplando el cielo nocturno. Me tumbo en la hamaca de lona con el armazón de madera y me dejo acariciar por la suave brisa mientras descanso la mente bajo la solemnidad de un millón de estrellas. Es estupendo sentirse relajado, aprecio tanto esta calma que empiezo a plantearme prolongar la estancia unas semanas más, no quiero que terminen estas vacaciones; es la primera vez que no echo de menos mi casa. Supongo que es algo involuntario, pero siempre ha habido un punto de inflexión cuando he estado de vacaciones para desear volver a casa, a mi cama, espacio o rutina; sin embargo, aquí en ningún momento lo he pensado. Contrariamente, la isla Sherkin me permite creer que este es mi hogar.

Con la llegada del fin de semana, salgo en dirección al pub de mis

vecinos más cercanos, los McNamara, para abastecerme de pan de soda con frutos secos porque me he hecho adicta desde que probé el de Odele. Fue una suerte topar hace varios días con Bonnie McNamara y que en nuestra primera charla saliera a colación el delicioso pan. Diariamente voy a por uno. Sería más práctico llevarme varios y congelarlos, muchísimo mejor, pero como a Pierre se le pasó por alto instalar un congelador en la cocina es una bonita idea irrealizable. Por otro lado, estar en el pub cuando no hay nadie me permite sociabilizar un rato con Bonnie. La mujer me ha contado su vida y milagros, algo que he asumido como una afable costumbre de entretenimiento en esta zona. Es sobrina del viejo Eoghan O'Driscoll, madre de Lonnie, a quien de momento no conozco, prima hermana de Patrick O'Driscoll y tía segunda de Kieran Mullen (el Cavernícola) y Deirdre O'Driscoll.

Bonnie ha sido la que ha resuelto mi intriga sobre Kieran, o Kerry para la familia y amigos. Al parecer usa el apellido materno porque estaba harto de tanta repetición, aunque no es oficial. También sé que tiene un barco, que es pescador y que ahora mismo está faenando con Lonnie y otro hombre, Nicky O'Moore, en la recién iniciada campaña del centollo. Normalmente tanta información de alguien a quien apenas he visto cinco minutos habría durado en mi disco duro menos de uno, en cambio, cualquier dato de Kieran Mullen lo retengo para los restos. No estoy obsesionada con él, ni mucho

menos, es algo que hace mi mente de forma inconsciente y aleatoria; imagino que está afectándome la soledad y tiendo a mimetizarme con el vecindario.

La suspensión del Tiguan deja el meneo al abandonar el camino terrizo cuando circulo despacio por la carretera de asfalto, entre pastizales protegidos con vallas de madera para evitar fugas del ganado. Ante una curva pronunciada, cambio suavemente de marcha. Empiezo a vislumbrar las ruinas de la abadía franciscana al lado del muelle, donde el mar tranquilo refleja, como una simetría perfecta en cristal, la imagen de la costa, las parcelas de tierra bien delineadas y pocas casas solitarias. Respiro el frescor del aire que entra por la ventanilla abierta, huele a salitre y a hierba y, por un instante, me recreo en el placer de conducir. La primavera en la isla está más viva que en ningún otro sitio, las pequeñas flores, los alegres pájaros trinando y los hambrientos corderos saciándose la perciben y la disfrutan, sabeedores de lo efímero del buen tiempo; siempre reacio a lentas y prolongadas despedidas.

Aparco antes de entrar en el pantalán de La Marina, ahora mismo sin el ferri atracado, y me dirijo calle arriba. Llegando al pub, con la fachada de un blanco níveo y dos cristaleras curvas enmarcadas en madera azulona, escucho la voz profunda de John McNamara; parece enfadado con Bonnie; es posible, aunque no sé si es su forma habitual de comunicación porque hasta ahora, en ellos, solo he podido observar brusca complicidad. Me asomo a la puerta con cautela, John está de espaldas colocando sillas en círculo. Es un

hombre grande, algo obeso, con un aspecto tan rudo como su comportamiento; barba pintando canas entre vello pelirrojo, cara ancha como el cuello y hombros, y ropa limpia pero desgastada. En cambio, Bonnie, que sonríe al verme, es menuda, muy tranquila y la personificaci3n de la dulzura. No diría que destaca en su rostro una belleza rotunda, pero tiene encanto: ojos azules curiosos, rasgos finos y un cutis cuidado, bien tratado para su edad. Rondará los cincuenta y pocos años, aunque no lo aseguro ya que procuro no hacer preguntas acerca de la edad a nadie, y menos a mujeres, cuando yo me he plantado en los cuarenta porque es una cifra abstracta pero concisa a la vez y la prefiero a estar en plan meticuloso dando pelos y señales.

—Hola, Cynthia —saluda Bonnie amable, y se recoge con una horquilla un mech3n suelto de su cabello oscuro y rizado—. Te he guardado el pan —dice al rodear la barra.

—Gracias, vengo a recogerlo. —Me dirijo hacia ella, echando un vistazo al amplio interior, hoy bastante desordenado. Veo el z3calo de madera a media altura con asientos fijos alrededor de las paredes claras, llenas de cuadros y algunos objetos difíciles de clasificar, y una decena de pequeñas mesas redondas—.  Qu  est is haciendo?

—Esta noche viene un m sico de Baltimore —responde, observando a John—, tenemos que hacer sitio para la actuaci3n.

—¿Así te parece bien?

—Sí, está mucho mejor —dice Bonnie sin enfado; tampoco el tono de John ha sido rudo. Él se acerca a nosotras, me hace una leve inclinación de cabeza y entra en la cocina que hay detrás de la barra—. John, tráele a Cynthia una ración de sopa de verduras. Te va a gustar —comenta mirándome—, la tenemos en el menú de hoy.

—Gracias. Si te sale tan buena como el pan, estoy segura de que repetiré.

—No entiendo por qué no vienes a comer aquí, es aburrido comer solo.

—Estoy acostumbrada.

John sale de la cocina con un cuenco de barro tapado con un pedazo de papel de aluminio y lo deja en la barra junto a varios botellines de sidra.

—¿Vas a venir esta noche? —pregunta John—. Por veinte euros puedes probar cinco tipos diferentes de cerveza, sidra, ron o whisky, lo que más te guste. ¿Quieres un ticket?

—No sé si vendré, John, pero gracias por ofrecérmelo.

—Como quieras —admite sin insistir, se dirige a Bonnie y añade—. ¿Necesitas que haga algo más?

—No, pero antes de irte llama a Ewan para confirmar las reservas.

Luego, me entero de que la mayoría de los asistentes al concierto y

degustación de bebidas locales contratan el servicio del ferri por adelantado. Bonnie me vende el evento como el acontecimiento de la temporada, y me pica la curiosidad. Quizás me pase aunque me incomode asistir sola. Es otra de mis tonterías, tengo edad para que ciertas cosas no me afecten, pero es parte del pudor que no sé remediar. Puedo ir sola a la playa, al gimnasio, por supuesto, a comprar, pasear y un sinfín de actividades más; en cambio, el cine o salir a tomar una copa son dos de las cosas que me gusta hacer acompañada y no sé el porqué cuando, por ejemplo, en el cine no soporto que me hablen mientras estoy viendo la película.

Dándole vueltas a los rasgos de mi carácter que soy incapaz de entender, me dirijo al coche. Observo algunos veleros pequeños navegando; la atmósfera, el silencio y el olor de la isla cada día me gustan más, hasta creo que están suavizando esa vergüenza natural que me pone a la defensiva con extraños porque, con cierta audacia, decido asistir al concierto.

6

«No todo error debe calificarse de necesidad»

Cicerón

LA TEMPERATURA DE LA NOCHE es agradable, sopla una leve brisa, y en el cielo despejado brillan infinitas estrellas. No llevo puesta ninguna chaqueta ni he cogido el paraguas. Visto un pantalón negro —tobillero— una camisa estampada —sin mangas— sandalias rojas —de tacón medio pero cómodas—, y me he esmerado con el maquillaje. Ando tranquilamente por la carretera, que no tiene la más escasa iluminación, atenta al paisaje costero: calas de arena blanca bañadas por suaves olas, las luces de Baltimore difuminadas en el horizonte; y la luna llena reflejada en el mar con un halo romántico para alumbrar mis cautelosos pasos.

Al empezar a subir la ligera cuesta del pub, tengo un momento de pánico y ralentizo el ritmo. He estado pensando, ahora reconozco que absurdamente, en que Bonnie exageraba con el aforo previsto del concierto. Trato de encontrar un poco de valor, aunque me siento perdida entre tantas personas; parecen alegres, al menos, vociferan y ríen como si lo fueran. Me abro camino hacia la barra sin llamar la atención de nadie, incluso tengo la sensación de ser invisible. No veo a Bonnie ni a John, sino a tres chicas, que, por su destreza, diría que dominan el arte de servir cervezas y sidras.

Cuando consigo que una de ellas me atienda, como no compré el ticket de veinte euros que me ofreció John para degustar cinco rondas, abono cuatro euros con cincuenta por una botella de sidra Stonewell *dry*. En cuanto la tengo por delante, la sirvo en un vaso alto y ancho, no soporto beber a morro, y le doy un sorbo apreciando el intenso sabor a manzana, más fuerte y dulce de lo que esperaba. Satisfecha con mi elección, busco un hueco en el bullicioso interior que ahora parece haber encogido.

No pasa mucho tiempo hasta que seis músicos cargados con guitarras y violines se sientan en las sillas, el único espacio que el público ha respetado, y empiezan a tocar. Con los primeros acordes se hace el silencio; y me sorprende, todo; la música porque es melancólica y esperaba un alocado frenesí, y los asistentes porque de pronto han olvidado el cachondeo, parecen hipnotizados.

Aprovecho para echar un vistazo al personal, hay una mezcla interesante: edades, de treinta a setenta; físico, es complicado valorarlo entre greñas, barbas y camisas de cuadros, mucho pelirrojo, ojos azules mayormente, y de estaturas altas. No me detengo en las mujeres por dos motivos: soy hetero y no quiero que se fijen en mí. Tengo imán para atraer a las personas equivocadas, o a las que no debo. En líneas generales, el ambiente es como el de cualquier pub de pueblo, nada que ver con los que conozco en Londres. Allí, en los pub del centro, la clientela es la misma que

horas después sigue la fiesta en los clubes de moda. Sonrío al pensar en los modernillos que se ven en Londres, no en la calle a plena luz del día, a esos llevo acostumbrada toda la vida y no los considero modernos, sino extravagantes; y los admiro por su falta de pudor; defino como moderno al público con el que coincido en los clubes por la noche. Esa gente se cree distinta al resto, con más personalidad, y pretenden que sea visible en su forma de vestir cuando todos van cortados por el mismo patrón y usan prendas iguales: calzoncillos CK bajo pantalones desmesurados, chaquetas de chandal con franjas blancas, calcetines multicolor rayados y macrobolsos si son chicas, y algunas hasta los agarran con medio brazo haciendo fuerza como puso de moda la señora de David Beckham, no sabrán que con eso pasan de modernas a ultrapijas. Otro rasgo en común son los cortes de pelo, sin un gran flequillo que ciegue un ojo no son nadie; eso aquí no lo veo, estos prefieren la ceguera absoluta; y además eluden peinarse resoplando continuamente como los londinenses. También, dudo que sean amantes de la comida japonesa, aunque admito que el sushi me encanta y es una de las excepciones que hago en mi dieta. De pronto me asusto, qué horror: ¡soy una modernilla!

Un hombre joven, de los que no me interesan, se acerca. No me hace falta verlo para sentir sus ojos observándome.

—¿Te gusta la música?

—Sí —respondo sin dignarme a girar la cabeza hacia él.

—Como no estás mirándolos...

—Que sepa, la música se percibe por los oídos; aunque puedo estar equivocada y la naturaleza puede haberte dotado de alguna cualidad asombrosa.

—Alguna tengo —comenta sobrado—, sé adivinar cuándo alguien se aburre.

—Pues deberías pulirla, es una lástima que se te haya pasado detectar cuándo estás dando el coñazo.

—Lo siento, solo pretendía hablar un poco.

—Si usases mejor los oídos te habrías dado cuenta de que aparte de la música no se oye a nadie —hablo ignorando su cara de pasmado—, hazme caso y céntrate en el concierto. Y ya que tu habilidad no es fiable, mi consejo seguro que no falla.

Con la última frase tengo el placer de quitármelo de encima. Las canciones se van sucediendo, ahora son más alegres, me animan a moverme y a repetir con la sidra. Al cabo de una hora me he tomado tres, necesito ir al baño. Cuando vuelvo tras muchos minutos termina la actuación. Voy a la barra para despedirme de Bonnie, pero al verla atareada prefiero salir sin molestarla.

Concluyo mi primera incursión en solitario cansada, con un dolor de

pies más intenso por momentos y bastante satisfecha. Me apruebo con nota mientras ando por la carretera, pensando en la de veces que me ha apetecido salir por Londres y no lo he hecho al carecer de compañía. Desde luego, eso se ha acabado. Esta noche he aprendido que no necesito a nadie para pasar un rato agradable, depende solo de uno mismo, de encontrarse cómodo, y, además, es gratificante liberarse de una tonta atadura mental.

—¿Tanto? ¡Joder, tíos! —exclama una voz grave y hueca que reconozco. Giro la cabeza y veo a cuatro hombres parados en el muelle, a poca distancia de la Nissan blanca. El que ha hablado es Ewan O’Driscoll, el único que no porta una mochila colgada del hombro—. ¡Qué potra!

—Tuvimos un día malo —dice otro de los hombres en un tono similar. Es moreno y alto—. El jueves mejoró y ayer fue la hostia. —Le suelta una palmada fuerte en la espalda al Cavernícola apuesto, que advierte mi presencia y me ignora—. Pero de potra nada, tío —sigue hablando entusiasmado sin dejar de molerlo a palos y tironearle de las greñas—. Kerry tiene un radar especial para encontrar los caladeros.

—¡En el puto culo! —exclama el otro con una risotada. Este es también grandullón, y se suma a esa paliza amistosa—. ¡Te quiero, tío!

—Vete a la mierda, so payaso.

Me río cuando les dejo atrás; no parece que a Mullen le haya gustado esa declaración de amor. Por lo que he entendido, la pesca les ha ido bien y

supongo que irán a celebrarlo. Y me parece normal; son jóvenes y habrán estado cuatro días encerrados en un barco trabajando como mulos; debe ser una vida dura. Aunque no creo que sea peor que soportar estas malditas sandalias un minuto más y me decido en favor de la comodidad.

Respiro aliviada en cuanto siento los pies libres de sus tiras. Todavía me queda un trecho hasta el desvío donde termina el asfalto, pero esto es andar en las nubes. Quitarme los zapatos en Londres habría sido impensable, y es algo que muchas veces se me pasó también por la cabeza y nunca hice por vergüenza y porque sus calles no ofrecen garantías en cuanto a higiene, en cambio, atreverme a andar descalza por aquí es el colofón perfecto a una noche muy importante para mi autoestima; he ido de proeza en proeza, superándome como una campeona.

Conforme avanzo, voy sintiendo el agotamiento. Calculo que tengo por delante más de una milla hasta casa. Al girar en el desvío, para evitar las piedras, sopeso meterme en el prado y seguir andando en paralelo al camino; aunque tengo varias cosas en contra: mis adorados hoyos y los excrementos del ganado, pero pienso asumir otro riesgo gracias a la iluminación de la luna llena, esta parece la noche apropiada. Detecto el lejano ruido de un motor. Intento localizar algún coche, y no obtengo ningún resultado. Me la juego al traspasar la valla de madera que separa el campo del camino, claramente es una propiedad privada, sin embargo, merece la pena ser una delincuente; es

un gustazo sentir la húmeda suavidad de la fina hierba bajo los pies. No llevo ni cinco minutos al margen de la ley cuando me agazapo para evitar ser vista por el Cavernícola. La pick-up acaba de pasar por el camino, he distinguido a Kieran conduciendo y al grandullón que está enamorado de él, así que deduzco que es Lonnie McNamara. Preocupada por no caerme ni llenarme de mierda, alejo cualquier pensamiento referente a ellos y me concentro en la hierba.

Poco después, escucho un sonido que identifico como agua, parecido al discurrir de un chorro a cierta altura. De pronto, cesa. Al instante, de nuevo empieza a caer. Con cautela, y pese al agobio que siento, avanzo despacio. Unos metros más allá, me arrepiento. No estaba preparada para ver a los señores Mullen y McNamara compitiendo mientras orinan en plena naturaleza, ninguno se percata de mi presencia; aunque para mí es imposible apartar los ojos de sus manos. Esas que me conducen directas a las siluetas de unos aparatos que habría preferido no ver. Ahora mismo tengo dos opciones, seguir inmóvil hasta que acaben o pasar fuera de su alcance para continuar mi camino.

—Buena micción —digo sin mirarlos andando por delante de los dos con la nariz encogida, apestan a pescado—, que gane el mejor.

—¡Coño! —exclama McNamara. Así como su apariencia deja bastante que desear, demasiado de todo, veo un bonito azul centelleante en

unos ojos abiertos de par en par—. ¿Quién eres tú?

—Nadie, buenas noches, que ustedes meen a gusto.

—Déjala, Lonnie —comenta Kieran—, no está bien de la cabeza.

Tenía pensado ignorarlos, pero me fastidia ese comentario y vuelvo sobre mis pasos. A pocos metros, distingo los ojos burlones de Kieran y una sonrisa contenida. Ni él ni McNamara han guardado aún la artillería, y no parecen con prisas. No me molesto en desviar la vista cuando se las sacuden y las ponen a buen recaudo.

Lonnie extiende la mano hacia mí después de habérsela limpiado en el pantalón.

—Hola —saluda contento, con el brazo apuntándome.

—¿No pensarás que voy a tocarte, verdad?

—Me he limpiado —comenta sonriente—. ¿Qué haces vagando a estas horas?

—Lonnie, no preguntes... —Kieran habla entre dientes, observando mis pies—. Acabo de decirte que desvaría.

—Escúchame bien —empiezo a decir dirigiéndome al Cavernícola engreído—, el que está mal de la cabeza eres tú. Yo no voy por ahí fastidiando a la gente, conduciendo como un loco ni orino en sitios públicos haciendo un concurso como si tuviera diez años.

—Señora —dice Lonnie—, esto es el campo...

—Lonnie, cállate —murmura Kieran—. Está como una regadera, no la provoques.

—Eso, Lonnie —digo entonando con mala leche—, hazle caso a tu amorcito.

Kieran me mira con ferocidad.

—Señora Pinkerton, olvídate y sigue tu camino —comenta hablando despacio—, haz como si no nos conociéramos, ¿podrás?

—Señor Mullen, por supuesto que haré como si no nos conociéramos porque no nos conocemos, no tendré problemas en olvidarte porque tu huella me la borré con agua caliente en dos minutos, es tan profunda como la de un mosquito, a la par que tu cerebro, y habría seguido mi camino sin detenerme si te hubieses mordido la lengua mientras hacías un concurso de críos. — Aunque mi tono es agresivo, a Kieran no le afecta. Tampoco a McNamara. Ambos parecen dos torres aguantando la reprimenda de una maestra—. Y ahora, buenas noches, ya he perdido bastante tiempo por hoy.

—Adiós, señora...

Qué manía con el dichoso “señora”. Miro a Lonnie un instante y decido no añadir nada más. Escucho sus murmullos durante unos metros y después el motor de la camioneta, y por fin descanso de la imagen desvergonzada de Kieran Mullen y de su opinión sobre mí.

Es indignante que después del impune baño de barro tenga la

desfachatez de creer que no estoy en mis cabales; y todo porque puse en duda dónde habría conseguido el permiso de circulación. No me queda otro remedio que pensar que todo lo que tiene de guapo le falta de inteligente. Es una lástima, dentro de unos años podría ser un hombre espléndido, sin embargo está condenado a ser un niño toda su vida, es algo ineludible; no madurará nunca. Acelerada por el encuentro, no les presto atención cuando los veo hablando en la puerta de los McNamara.

—¡Buenas noches, señora Pinkerton!

Imbécil. Apresuro el paso con la voz divertida de Kieran Mullen resonando en mis oídos. El buen hombre ha tenido la cortesía de fastidiarme la noche, aunque por otro lado confirma que por mucho cuerpo, vozarrón o artillería pesada —que debe servirle para ganar otras batallas aparte de concursos pueriles— está muy lejos de entrar en mis planes ni siquiera como escarceo. Así pues, me quedo con esta valiosa reflexión y me prometo no volver a divagar con él. Nunca me han gustado los niños, de haberlo hecho tendría alguno mío, propio, pero como no es el caso no voy a complicarme para dos minutos de gloria porque, encima, dudo que tenga más aguante. Si carece de experiencia en aspectos tan sencillos como ser cívico o mantener la boca cerrada, ¿va a ser un buen amante? ¡Mierda! Ya estoy otra vez pensando en el sexo con él, y ahora con conocimiento de causa. ¿Cómo hago para borrar esa imagen de mi cabeza?

En cuanto llego a casa, suelto las sandalias en el salón y me sirvo un whisky cargadito, creyendo que con esta ayuda aliviaré la tensión mental que Kieran me ocasiona. Unos minutos después, sentada en una roca, percibo un olor pestilente. Juraría que es de alguna clase de pescado.

—¿Por qué eres tan borde?

Doy un brinco al escuchar la pregunta. Kieran está en la esquina de la casa, apoyado en la pared con los brazos cruzados.

—No sé qué habrás entendido —comento sin mirarlo—, evidentemente me atrevería a decir que nada, pero no soy borde, llámame realista.

—¿Te comportas así con todo el mundo? ¿O tengo la exclusiva?

Sonrío con disimulo, centrada en el precioso cielo estrellado.

—Ni una cosa ni otra. Te lo repito: soy realista. ¿Te has preguntado que quizás, y solo quizás —recalco suficiente—, seas el responsable de “mi comportamiento”?

—¿Por qué? No nos conocemos.

—¿Ves? Estás progresando, ya eres capaz de enlazar una pregunta con una respuesta. No es muy difícil, con un poco de práctica lograrás tener una conversación tú solo.

—Señora Pinkerton, el otro día intenté ser amable, igual que ahora, pero veo que no hay manera.

—Para empezar, como vuelvas a llamarme “señora” vas a meterte en un lío muy gordo —digo amenazante, me incorporo y veo sus cejas elevadas—, y para continuar, el otro día, gracias a tu maravillosa manera de conducir, me bañaste en barro, me fastidiaste el paseo y, para colmo, me vi obligada a ponerme un vestido de Odele Canavan. Esperaba una disculpa, no una presentación social como si tal cosa.

—Conque era eso... —Kieran sonrío—. Qué alivio, pensaba que estabas loca.

—Sí, he notado que esa apreciación se la has dejado clara a tu amigo varias veces.

Kieran avanza hacia las rocas, mirándome fijamente.

—No soy gay.

—¿Acaso te he preguntado dónde la metes?

—No, pero ya que estamos aclarando malos entendidos, quiero dejarlo claro.

—Muy bien —admito a desgana—, es un dato innecesario, pero, si te hace feliz ir contando a extraños tu orientación sexual, creo que deberías hacerte un tatuaje en el brazo o en la mano, así te ahorrarías darlo, sería más sutil.

—Prefiero ir de frente —dice al sentarse demasiado cerca.

—Ya. —Sin pretenderlo encojo la nariz—, y comido de mierda

también.

Kieran se olisquea la camiseta y suelta una risa, preciosa y divertida.

—¿Huele mucho? —Con la nariz arrugada asiento, pero esbozo una sonrisa—. Aún no he podido ducharme, lo haré en cuanto llegue a casa.

Esa naturalidad me relaja de inmediato.

—Creo que se os dado bien la pesca, ¿no?

—Sí, no podemos quejarnos.

—¿Qué pescáis? —pregunto con interés.

—Un poco de todo. Este mes ha empezado la campaña del centollo, saldremos un par de veces más. El próximo iremos a por la langosta roja y la cigala porque en julio empieza la del buey de mar y solemos alternarlos, y desde septiembre hasta diciembre vamos a por camarones, que también alternamos con las cigalas porque en Navidad la demanda aumenta bastante y los beneficios son proporcionales.

—Creía que cada pescador se especializa en un tipo.

—Los barcos se adaptan a las capturas, no es lo mismo pescar sardinas que langostas, las nasas son diferentes, entre otras cosas. Pero nuestro caso es bastante atípico porque nosotros hacemos los arreglos en el barco, vamos por libre y solo vendemos a dos clientes.

—¿No subastáis como el resto?

—Sí y no —responde, al instante añade—. El barco es mío, no

salimos para hacer campañas largas y forrarnos una o dos veces al año. Nosotros estamos de tres a cinco días, pescamos siempre en los mismos caladeros y volvemos en cuanto tenemos las cantidades que necesitamos. Las capturas pasan por la lonja todos los controles, pero nuestros clientes siempre pujan para llevárselas.

—¿Eso es legal?

—¿Por qué no va a serlo? —pregunta soltando una risa. Encojo los hombros y doy un sorbo a mi vaso—. ¿Me invitas a un whisky?

—Sigo esperando una disculpa.

—No puedo ofrecértela —comenta resuelto—. No sé tu nombre, y no me atrevo a llamarte..., ya sabes..., por no meterme en un lío muy gordo.

Entorno los ojos y amplío la sonrisa alegre que tenía en la cara.

—Cynthia. —Al ver extendida la mano de Kieran, aprieto los labios. Él me observa divertido y desiste.

—Cynthia, te pido disculpas por llenarte de barro cuando no te vi porque conducía despistado hablando por teléfono —dice con ironía, se detiene y durante unos segundos un silencio abrumador nos envuelve—. Será mejor que me vaya... —Kieran no parece querer obedecer sus propias intenciones, no se mueve. Para ayudarlo, me levanto—. Creo que necesito una buena ducha.

No hace falta que añada nada en referencia a su olor, estamos

atufados.

—Gracias por venir, no lo esperaba.

—¿Pero te ha gustado?

—Una barbaridad —respondo yendo a su lado hacia la parte delantera de la casa. Es tan alto que mi cabeza no sobrepasa sus hombros—, esta noche no dormiré pensando en ti —hablo bromeando y él se ríe.

—Otro día me paso y me invitas a ese whisky.

—Claro, cuando quieras.

Kieran Mullen desaparece por el camino. Tardo unos minutos en entrar, ausente, sin ver nada ni pensar hasta que una ráfaga de brisa me devuelve a la realidad. ¿Qué ha pasado aquí? Un rato antes estaba indignada con él y, sin embargo, ahora me siento contenta. Quizás Kieran tenga algo de razón y no esté en mis cabales; desde luego, no es normal que haya mantenido una charla agradable con él. Aunque siendo honesta conmigo misma sé que ha sido porque él ha tenido el aplomo suficiente para escuchar mi malicia sin molestarse y mucho sentido del humor.

Suspiro cansada al subir la escalera, el día no podía haber resultado más completo. Este sábado ocupará un lugar especial en mi recuerdo por el cúmulo de emociones que he sentido y, la mejor, la que consigue arrancarme una sonrisa bobalicona, es sin duda la que viene de la mano del hombre más inesperado; el mismo que llevaba varios días colándose a traición en mi

mente y hoy va a regalarme un sueño imposible.

7

«La fatalidad posee una cierta elasticidad que se suele llamar libertad humana»

Charles Baudelaire

EL SOL ENTRA A bocajarro por la ventana del dormitorio mientras mantengo los ojos entornados pensando en quién puede estar llamándome por teléfono. Con la lentitud que empieza a ser costumbre desde que me he adaptado a la vida rural, me levanto de la cama y respondo desganada:

—Hola, Gene. ¿Cómo estás?

—*Muy bien, Cyn, ¿y tú?*

El tono de Imogen es enérgico.

—Aún medio dormida... Anoche me acosté muy tarde.

—*Vaya, no creía que hubiese ambiente en tu retiro espiritual.*

—Estuve trabajando —replico—, pero sí, aunque parezca raro, la gente sabe divertirse también por aquí.

—*Me alegro. Si convenzo a Mark, a lo mejor te hacemos una visita.*

—Imogen hace una pausa y añade—. *Tengo que darte una noticia...*

—¿Te han ascendido? —pregunto intrigada, al instante digo—. ¿O te casas?

—*¡Voy a tener un hijo!*

¿Cómo? Bueno, mejor dicho: ¿Por qué?

—Qué sorpresa, Gene —hablo disimulando el impacto que siento—. Aunque me imagino que para Mark y para ti no lo habrá sido.

—*No, llevábamos un tiempo buscándolo. No os lo he querido decir porque me deprimía un poco.*

—Ya —hablo de forma mecánica, dejando entrever un leve reproche—. Bueno, pues ahora tendrás que cuidarte bastante. ¿De cuánto estás?

—*De tres meses. Mi ginecóloga cree que no habrá ningún problema, ahora es muy normal que seamos madre pasados los cuarenta.*

—Eso parece... —digo con ironía.

—*¿Por qué me da la impresión de que estás enfadada?*

—Porque me conoces —respondo rápido, al darme cuenta de la brusquedad, intento rectificar—, pero no te preocupes, se me pasará pronto.

—*Más te vale, porque es una noticia feliz para nosotros y no tienes ningún derecho a molestarte.*

—No me tires de la lengua, Imogen —digo seca—. Para empezar puedo mosquearme por lo que me dé la gana, y para continuar creo que si durante veinte años he estado escuchando tus pensamientos sobre la maternidad y de buenas a primeras me vienes con que estás esperando un hijo de tu novio... —Me detengo para no aludir a su diferencia de edad—, es normal que me hayas dejado fuera de juego.

—*Comprendo tu postura, en serio, pero veo las cosas de otra manera*

desde que estoy con Mark. Así que procura alegrarte por nosotros, los dos estamos muy felices.

—Me alegro, Gene.

—*Estupendo, porque serás su madrina.*

—¿Qué?! —pregunto alucinada. Ahora sí que me hace ilusión. No tengo sobrinos, los niños de Beatrice son lo más parecido y últimamente apenas los veo—. ¿En serio?

—*Claro, tonta* —dice Imogen contenta—. *¿Quién mejor que tú para malcriarlo?*

Me emociona y se me escapa una lagrimita. Imogen se da cuenta y no duda en halagar las virtudes de mi carácter que a veces no soy capaz de ver. Durante unos minutos cualquier rastro de enfado desaparece y me dejo arrollar por la alegría de mi amiga. Por supuesto, también ha pasado a otro plano el que piense que Mark ha tirado de ella; todo es secundario ante un cambio tan definitivo en su vida.

Imogen es una mujer responsable, tiene un buen trabajo en una asesoría fiscal y un historial sentimental lleno de descabros hasta que Mark apareció para darle la esperanza de creer en el amor. Él es joven, y serio, y trabajador, y divertido, y atento, en definitiva, hacen buena pareja, están enamorados y si han querido ser padres no soy quién para reprocharles nada, es su vida y como dueños de ella están en su derecho de tomar las decisiones

que consideren oportunas, aunque Imogen haya contradicho sus propios principios y sepa que el mérito de este embarazo es sin duda de Mark; es lícito cambiar de opinión cuando ya no se ven problemas donde antes los había. Está claro que en función de nuestro estado anímico podemos ser positivos o negativos, y aún está más demostrado que en buena compañía somos capaces de hacer cosas impensables y arriesgadas como afrontar la maternidad a los cuarenta y tres años cuando tu pareja es casi diez años más joven que tú. En este momento no me apetece pensarlo, pero supongo que Imogen le habrá dado sus vueltas a esa diferencia de edad que ahora no es visible y conforme el tiempo vaya pasando lo será. Para ellos no es importante y para mí, aunque lo sea porque la vejez no perdona, han logrado alegrarme la mañana. Qué ilusión, ¡voy a ser madrina!

Tras desayunar y organizar las notas de *Ámsterdam*, el destino de mi próximo artículo, me visto con ropa deportiva y salgo con el coche hacia Clomacow para ver a una artista local de la que he escuchado maravillas. De camino, tengo pensado hacerle una visita a Odele para aprender a hacer el pan de soda.

Conduciendo entre estos vastos prados donde pastan ovejas y vacas, recuerdo la conversación que mantuve la semana pasada con Pierre. No solo me felicitó por el artículo de Lisboa, sino que también no objetó nada a

prestarme la casa hasta septiembre. Visto desde un prisma egoísta me ha venido de perlas su generosidad, sin embargo, si me paro a analizar su reacción puedo sonsacar en conclusión que se alegró porque así sigo alejada de la redacción, y eso me molesta. Por tanto, para continuar con la tendencia positiva de la que hago alarde en este retiro espiritual, como lo llaman mis amigas aunque tampoco les entro al trapo, me quedo con lo bueno: una casa preciosa en el lugar perfecto. Y con la facilidad pasmosa que también me caracteriza para enlazar ideas a veces con surrealismo, en cuanto pienso en perfección acude a mi mente el Cavernícola apestoso. Sonríó al recordarlo. Me hizo pasar un rato divertido. La verdad es que lleva haciéndome más cosillas desde aquella noche, es un asiduo en mis momentos de morbo solitario. Puedo recrearme en su cuerpo durante horas y con algo de fantasía hasta imagino el buen olor de su piel. No hemos vuelto a coincidir, supongo que estará pescando, porque como ahora soy positivista no puedo plantearme que esté rehuyéndome. No me pareció de esa clase de hombres que dicen y hacen cosas opuestas, tampoco me baso en un conocimiento de causa absoluto, ciertamente apenas lo conozco, pero creo que fue sincero cuando dijo que él iba de frente. Suelo notar cuando un hombre está cómodo conmigo y sé que a Kieran le costó marcharse de mi casa porque se sintió tan bien como yo. Sigo pensando en que algo entre nosotros está vetado, pero no me importaría conocerlo más. Tiene una cualidad esencial para mí: sentido

del humor. Del mismo modo que rechazo otra clase de relación con él, estoy abierta a que seamos amigos. No creo en rangos de edades para mantener una amistad con nadie. Al contrario, cada edad te aporta experiencias diferentes, valiosas enseñanzas para formar tu personalidad. Esas etapas por las que todos pasamos, en función de cómo asuma cada uno su vivencia, determinan nuestra capacidad para relacionarnos, disfrutar, afrontar problemas y resolverlos. También es natural que en cada una tengamos necesidades distintas porque cada momento de la vida tiene su propia lógica y sentido. Por eso pienso que Mark es quien ha convencido a Imogen acerca de la maternidad. Él debe estar ahora sintiendo la llamada biológica que se olvidó en su momento de mi amiga, a mí directamente me hizo la cobra, porque están en etapas diferentes; y han tenido suerte porque ella todavía es fértil, si no, habrían tenido un grave problema capaz de terminar con su relación. En mi caso nunca tendré ese problema. Dadas mis preferencias con el sexo masculino puedo encontrarme tres variantes: divorciados con hijos, divorciados sin hijos y solteros sin hijos. Pensándolo ahora con detenimiento, también puedo conocer a viudos con o sin hijos o solteros con hijos. En cualquier caso, los hombres con una cierta edad suelen tener ya su descendencia en el mundo y es casi seguro que quienes no la tengan no estarán esperando a conocerme para dejarme ese honor.

Con las constantes idas y venidas de mi mente las millas se suceden en

una grata tranquilidad. Llego a Clomacow en quince minutos, prácticamente los mismos que tardo en ir al pueblo gracias a que esta carretera no tiene curvas y está asfaltada hasta que acaba de forma abrupta sin ninguna indicación. Tampoco es muy necesaria, o detienes el coche o te lanzas en picado al mar.

El día sigue despejado y la temperatura cálida me incita a dejar la chaqueta en el Tiguan. Bordeo los acantilados, pensando en que la próxima vez vendré dando un paseo para hacer algo de ejercicio. Me acerco al borde y veo una cala diminuta, con la arena cubierta de algas. No lo pienso, de manera automática empiezo a bajar por las rocas resbaladizas. Centrada en no caerme, me detengo dos veces para afianzarme sin advertir otra cosa que no sean mis manos y pies. Estoy a punto de conseguirlo cuando aparece de la nada un espectro oscuro, gruñendo y moviéndose rabioso. Muerde una de mis deportivas. Grito como una loca, pero el perro no me suelta. Es pequeño, con el pelaje oscuro, patas cortas, ojos saltones y mucha mala leche.

—¡*Guapo!* —grita una voz grave—. ¡Ven aquí!

No sé qué pensar. De entrada, que su dueño le ha puesto el nombre sin saber su significado en español. Por suerte, el engendro maligno es obediente y corre alejándose. Echo un vistazo a la playa desde el sitio. Descubro a un anciano poco inquieto por el comportamiento del perro, que, a pesar de haber visto solo una vez, creo reconocer porque esa guapura es difícil de olvidar, no

para de hacerle carantoñas.

El anciano, de aspecto saludable con la piel bronceada, el pelo rizado peinando hebras de plata, los ojos azules relucientes que no reparan en mi persona, debe ser Eoghan O'Driscoll. Terminó de bajar y me acerco a él. En otro tiempo seguro que fue un hombre atractivo, aunque lastimosamente no tuviera modales.

—El perro me ha roto la zapatilla —hablo con dureza. El anciano levanta la cabeza y mira de reojo la deportiva blanca con dos franjas rojas que le muestro. Estas Adidas las tengo hace por lo menos cinco años, son comodísimas y me encantan—. Me costaron sesenta libras.

—¿Y? —pregunta en un tono desdeñoso.

—¿Cómo que y? Usted es el responsable de su perro, si el animal no sabe comportarse tendría que llevarlo con correa —digo acelerada—, y bozal.

—¿Está insinuando que le pague unas zapatillas nuevas?

—Claro que estoy insinuándoselo, es su obligación. Y tiene suerte de que sean buenas y hayan evitado que me diera un mordisco, si no, tendría que denunciarlo.

—¿Al perro o a mí?

Entrecierro un ojo, advirtiéndole que no está por la labor.

—A ambos. Usted me pagaría una indemnización y a él lo sacrificarían.

—Déjenos en paz, so chiflada.

—¿Acaba de insultarme? —exclamo. El hombre me ignora por completo y se dirige a paso rápido hacia las rocas, con Lucifer bien manso abriendo camino. Al correr tras ellos, por el agujero que tengo en el pie derecho empieza a colarse arena—. Esto es el colmo. ¡Oiga!

Trato de subir con la misma agilidad que el viejo y el paticorto, pero entre la práctica de ellos y la torpeza que se alía conmigo cuando menos la necesito, hincó una rodilla en un saliente puntiagudo y le hago un desgarró al pantalón, aparte de desollarme las palmas de las manos. Me siento en la roca, desisto de perseguirlos más preocupada por la sangre, el siete en otra prenda a la que le tenía mucho cariño y en cómo voy a llegar hasta arriba y conducir. Está visto que Clomacow me odia, es la segunda vez que intento pasar un rato por aquí y termino hecha un guiñapo.

Mientras estoy examinándome las manos, ya he visto que en la rodilla solo tengo un corte poco profundo y varios arañazos, unas gotas empiezan a mojarme. Inclino la cabeza hacia arriba. No había notado el cambio en la luz ni la llegada de unos nubarrones muy grises nada agoreros. Hasta aquí me da tiempo a pensar. En tromba, la lluvia cae con fuerza, acompañada por rayos violentos y truenos que resuenan con un grave estrépito. Si antes las rocas me suponían un peligro por resbaladizas, ahora voy a arriesgar la vida. Veo muchas grietas, algunas con un ancho suficiente para guarecerme, pero no me

atrevo a deslizarme entre ellas; prefiero mojarme intentando trepar hasta el coche. Dentro de lo que cabe tengo suerte al estar sola, aunque no voy a pensarlo más por si acaso Murphy no ha tenido bastante.

Después de un periplo patético, respiro aliviada al meterme en el coche. La lluvia arrecia. Voy quitándome la ropa y el frío me pone la piel de gallina. Arranco el motor, enciendo la calefacción y poco a poco el aire caliente envuelve el habitáculo. Sopeso quitarme el sujetador y las bragas, están empapados, al menos hasta que la camiseta se seque. Ni siquiera hago el amago de volver a la carretera, no podría conducir dada la escasa visibilidad. Rebusco en la guantera por si en un alarde de sensatez hubiese guardado algún paquete de toallitas húmedas para limpiarme las heridas, pero solo encuentro un chaleco reflectante, varios cables que no sé para qué sirven ni cómo han llegado hasta aquí, y la documentación del coche.

Un rato después, cuando la tormenta amaina, compruebo la humedad de la camiseta que tengo extendida sobre una de las salidas de aire del salpicadero. No está seca, pero me servirá durante el breve trayecto hasta casa y al menos podré quitarme el sujetador.

Dirijo un último vistazo al extenso prado, bajo el freno de mano y empiezo a circular con mucha prudencia. Estoy descalza, pero como la suspensión del coche es buena, tiene tracción en las cuatro ruedas, me da cierta seguridad. A estas alturas pospongo la visita a la pintora y a Odele. Es

una lástima porque tendré que seguir comprando el pan de soda y me apetecía aprender, en cambio, es la mejor opción para ahorrarme otro de sus modelitos.

No he hecho aún la mitad del camino, siempre sosegada y sin agarrar el volante con firmeza para evitar el dolor en las manos, cuando escucho un ruido extraño. Al momento, pierdo la estabilidad del coche. No es peligroso porque la carretera está entre parcelas de campo, pero tengo que detenerme para ver qué pasa. Me pongo el pantalón mojado, no me molesto en calzarme las deportivas y no tardo en comprobar el pinchazo en la rueda trasera derecha. Está claro que hoy no es mi día, habría sido mejor idea volver a Baltimore, pasear por sus calles, con tráfico y gente para auxiliarte en alguna emergencia. Recuerdo que Odele me dijo que era imprescindible valerse por uno mismo cuando se vivía aislado, y lo comparto, sin duda. Por eso tenía intención de aprender a hacer el pan de soda, pero esto... esto es inhumano. Puedo buscar el gato, con el manual del coche no será complicado; también, encontraré la rueda de repuesto; ¿y para qué va a servirme el esfuerzo? Absolutamente para perder el tiempo bajo la lluvia. Jamás he cambiado una rueda. Si no me equivoco, esta es la segunda vez que pincho, y en aquella ocasión llamé a la grúa, esperé media hora y el propio conductor allí mismo me sustituyó la rueda, con eficacia y cierta prepotencia masculina; aunque me importó más bien poco, era él quien se esforzaba mientras yo le daba

conversación. Ahora, puedo hablar conmigo misma sin ni siquiera intentar ver cómo funciona el gato, sentarme en una piedra a divagar y esperar a que alguno de los propietarios de las cinco o seis casas que he dejado atrás tengan a bien regresar a ellas antes del verano. También, gracias al trasiego inexistente, puedo abandonar el coche y buscar ayuda en el pueblo.

Sentada tras el volante observo la lluvia con la esperanza de que pare. He decidido volver a mi casa caminando, pero no me apetece mojarme más. Considero bastante el nivel de humedad que tengo y no soy dada a abusar de esta suerte bárbara, parezco gafada en las situaciones más absurdas. Soy muy consciente de mi torpeza, aunque la mañana que llevo es digna de que no la olvide en mucho tiempo. Reviso de nuevo el móvil por si de manera puntual he recobrado la cobertura; y no, para qué ver una mísera rayita.

Cuando creo que no voy a tener más remedio que empaparme, distingo un vehículo blanco en la distancia. Al aproximarse, me siento desbordada por la alegría. Kieran detiene la pick-up y se acerca a mi coche observando la rueda, sonrío, y no imagina que en este momento he dejado de pensar en la rueda. Centrarme en él es mucho más grato. Viste una camiseta blanca algo sucia, pantalones vaqueros y unas botas desatadas; lleva el pelo recogido en un moño, aunque tiene varios mechones en la cara. Sigo con la vista sus ojos alegres, muy contenta, hasta que abre mi puerta y tengo claro que acaba de bajarse del barco. Disimulo sonriendo para no empezar con mal

pie.

—Un pinchazo, ¿no? —comenta como saludo.

—Sí, entre otras cosas —digo saliendo del coche. Kieran recorre mi cuerpo con una mirada lenta que me pone nerviosa. Llevo la camiseta húmeda, sin el sujetador, y creo que se me marcan los pezones aunque no pienso comprobarlo para no darle importancia, los pantalones pegados a los muslos y sigo descalza—. Es mejor que no preguntes nada.

Kieran aprieta los labios y traga lentamente mientras afirma de cabeza.

—¿Tienes rueda de repuesto?

—Sí —respondo rápido. Durante un rato he leído el manual del coche y, aunque no me he tomado la molestia de comprobarlo, sé dónde está el kit completo. Por parecer desvalida para darle pena, así me ayudará haciendo gala de esa genética varonil que le sobra, añado—. Creo que en el maletero, pero no he sido capaz de encontrarla, si no, habría intentado cambiarla yo.

Le veo alzar una ceja, parece escéptico.

—No sé si habrías podido —dice yendo hasta la parte trasera del coche, al instante levanta el falso suelo del maletero y descubre la rueda de repuesto, nuevecita, el gato y varias llaves de forma extraña—. Esto lo hago en un momento.

Con una habilidad increíble, Kieran tarda poco en soltar los tornillos y cambiar la rueda. En ese tiempo, me limito a observar los músculos de sus

brazos y a darle una de las llaves cuando me la ha pedido.

—Vaya... Se te da muy bien hacer esto.

Me mira divertido al guardar en el maletero la rueda pinchada.

—No es nada del otro mundo. ¿Vas a contarme qué te ha pasado?

—Es una historia larga. He tenido una mañana completita, y gran culpa de lo que me ha pasado ha sido de tu perro.

—Venga ya... —dice riendo—. ¿Qué te ha hecho? —pregunta. Estoy tratando de buscar las palabras apropiadas para detallárselo, aunque interrumpa mis pensamientos—. ¿Por qué no me invitas al whisky que me debes y me lo cuentas?

—¿Ahora? Aún no he comido y tú... —No quiero decirle que apesta—. Tendrás hambre y... ganas de darte una ducha.

¡Mierda! Lo he soltado

—Entonces será mejor que lo dejemos para otra ocasión.

No sé si está ofendido o piensa que soy una desagradecida. Se dirige a la camioneta despidiéndose igual que me saludó.

—¿Te apetece cenar conmigo?

¡Madre mía! Estoy metiéndome en un jardín muy frondoso.

—¿En plan cita?

—¡No! —exclamo rauda—. ¿Cómo voy a tener una cita contigo?

—Teniéndola —responde, y encoge los hombros—. ¿Qué hay de

malo?

—Nada, pero no vamos a tener ninguna cita, déjate de chorradas. Es una cena de agradecimiento, como amigos.

Durante unos segundos Kieran sostiene la manilla de la puerta y me observa como si no viese nada, cuando reacciona, sube a la camioneta y la arranca.

—Iré a las siete. —Sonríe de una manera rara, acelera con brusquedad y, al pasar por mi lado, levanta una ola de fango que baña el Tiguan—. ¡Hasta luego, señora Pinkerton!

—¡Te has sentenciado! —grito y sonrío, a pesar de que hablo totalmente en serio. Espero que ame las verduras, porque esta noche serán el menú estrella. Estaba pensado preparar huevos rellenos por ser condescendiente, pero voy a dejarlo ahí, en el recóndito lugar donde guardo los buenos pensamientos hacia él.

8

«El requisito del éxito es la prontitud en las decisiones»

Francis Bacon

SOBRE LAS SEIS SUBO al dormitorio para ducharme cuando he pasado más de una hora en la mini cocina, atareada en dos recetas facilonas pero delicadas. Como no me gusta estar pendiente de que la comida se enfríe con invitados en casa, he hecho brochetas de champiñones y calabacines rellenos; esto último ya está en el horno. Hacía mucho tiempo que no me esmeraba tanto, y no sé el porqué de este afán por sorprender a Kieran cuando estoy segura de que no va a apreciar el esfuerzo.

Poco después de maquillarme, al elegir un elegante conjunto de falda recta, camisa de solapas anchas, y unos tacones altos que realzan las piernas me doy cuenta de estar preparándome para una cita. Desde luego, nunca cuidó tanto mi imagen ni me tomo tantas molestias en la cocina cuando Imogen o Beatrice vienen a casa. Es más que posible que el subconsciente me traicione como efecto secundario a las fantasías eróticas que me concedo con el Cavernícola multifunción más guapo de la isla.

A las siete menos cuarto meto las brochetas de champiñones en el horno, me sirvo una copa de vino tinto y rebusco en los escasos muebles del salón y la cocina para encontrar algún mantel medio decente. En un rato, pasa

por elegante la mesa de madera tipo picnic que hay en la parte delantera. Coloco bien distribuidos los cubiertos y la vajilla de cerámica, las copas, una botella de vino y un plato con quesos surtidos. Tras comprobar que las brochetas están listas, las saco y las espolvoro con perejil. Echo una breve ojeada al reloj de diseño que llevo en la muñeca izquierda, con la esfera grande metálica y la correa de red, y, es justo en este momento, mientras pienso en los diez minutos de retraso, cuando creo que Kieran no va a aparecer.

Bastante decepcionada y, sobre todo, enfadada conmigo misma, retiro los calabacines del horno. He hecho cuatro, por lo que acabo de garantizarme la comida para varios días seguidos. A las siete y media me quito los zapatos, relleno la copa de vino y me da por contemplar la mesa embargada en la desolación más patética que puedo consentirme. Es la primera vez que un hombre me deja plantada, y precisamente me ocurre con quien tengo claro que no me conviene. Como consuelo puedo olvidar estos pensamientos negativos y volver a la idea inicial de esta cena: no era una cita. Si se hubiese tratado de alguno de mis amigos no estaría decepcionada, comprendería que no asistieran por cualquier motivo. Sé que debo enfocarme en este punto de vista, es más sensato y menos dañino.

Sirvo en un plato una brocheta y un calabacín y lo llevo a la mesa, pero no he empezado a comer cuando oigo el motor de la camioneta, pasos en

la parte trasera de la casa y, al cabo de unos segundos, Kieran aparece respirando de forma atropellada. Lleva un pantalón oscuro que hace más largas sus piernas, un polo negro que se ajusta a su pecho, hombros y brazos, mantiene la barba espesa y dorada, pero se ha peinado bien el cabello hacia atrás, y huele a gel de baño. Esa fragancia sencilla y fresca aleja algo mi enfado.

—Siento el retraso —comenta, mira el plato que tengo servido y se muerde el labio—. Lo siento mucho, Cynthia. He tenido un problema doméstico.

—Más lo siento yo —digo seca, y sigo comiendo, ignorándolo.

—¿Está bueno? —pregunta sin moverse.

—Mucho. Si te apetece, sírvete tú mismo.

Así, en plan borde. No me da la gana levantarme. Kieran sonrío breve y entra en la casa. Ni cinco minutos después, vuelve con un plato cargado de brochetas y dos calabacines.

—La cena es solo esto, ¿no? —pregunta al sentarse.

—Sí. Tan solo champiñones balsámicos y calabacines rellenos de queso de cabra y albahaca.

—¿Puedes untarte estos champiñones en las quemaduras?

No sé si Kieran está tomándose el pelo o realmente no conoce el vinagre de Módena, en cualquier caso, no tengo ganas de responderle. Lo

observo concentrada y cojo la copa de vino. Al verlo comer con apetito, sin rechistar y deleitándose en los sabores, decido deponer ligeramente la hostilidad.

—¿Quieres vino?

A partir de este momento, cuando nota que me relajo, empieza a contarme la versión de su abuelo sobre el encuentro conmigo en la playa. Es considerado y se ofrece a pagar las deportivas, aunque lo rechazo porque el responsable ha sido su abuelo y después de cambiarme la rueda del coche me parece un abuso. Hablamos sin parar de todo un poco: trabajos, estudios, amigos, y edades.

—¿Cuarenta y tres? —pregunta asombrado. Como lo repita otra vez, es hombre muerto. Parece leerme la mente, y sonrío—. No los aparentas, en serio.

—Tú tampoco —replico a los treinta y un años de él—, te echaba cinco o seis más.

—Siempre me lo dicen... —comenta contento. Ya verá la alegría que le entra cuando eso mismo le pase a los cincuenta—. Si me afeito, la cosa cambia.

—¿No te pica? —hablo con una curiosidad verdadera, creo que debe ser molesto llevar la cara cubierta de pelo.

—Tiene sus pros y sus contras, como todo en la vida.

—Supongo —admito, y relleno las copas—. ¿Cómo se os ha dado la pesca esta vez?

—Bien, aunque tuvimos dos días de temporal y se rompió una línea de aparejos; hemos perdido cinco nasas.

Kieran me cuenta que han estado en Baltimore arreglando el *Bandit*, así se llama el barco, y que probablemente no volverán a faenar hasta que Nicky O'Moore regrese de su luna de miel. Se casa la próxima semana, con celebración por todo lo alto en el pub de los McNamara, y él y Lonnie serán sus padrinos.

Pasamos el tiempo charlando y comiendo, bueno, él come, yo hace rato que terminé y me limito a beber vino tinto y a picotear queso. No hablamos de nuestras familias, ni siquiera breves referencias de nuestros padres, es en otra de las cosas que hemos sintonizado, con contarnos vivencias divertidas tenemos bastante. Tampoco me pregunta por mi estado civil y no se me ocurre interesarme por el suyo. Imagino que debe olerse algo, pero me alivia no tener que recordar a mis exmaridos; me gusta su elegante prudencia.

Kieran está sorprendiéndome a base de bien. Ya no porque es un gran conversador, más maduro de lo que pensaba, sino también por la naturalidad con que se levanta de la mesa en cuanto entro a buscar una chaqueta para mitigar el frescor de la noche. Sin preguntar, recoge la mesa a pesar de mi

insistencia en que no lo haga. Tampoco vacila al fregar los platos, sigue charlando como si tal cosa, ajeno a que me tiene bloqueada. Nunca nadie con quien haya cenado en casa, a excepción de mis amigas, ha hecho lo que él está haciendo. Mientras termina, lleno dos vasos de whisky, se ha ganado los que quiera, y los llevo a la impoluta mesa.

—Creo que soy una anfitriona pésima.

—¿Por qué?

Se sienta frente a mí y estira las piernas.

—Hago que te sirvas la cena, recoges la mesa, friegas los platos...

—Sé que estabas enfadada cuando he llegado —explica con sencillez—, y el recoger y fregar creo que es lo justo. Tú has puesto la mesa —dice y bebe un sorbo de whisky—, muy bien puesta, por cierto. —Sonríe encantador—. Y has tenido el detalle de cocinar. No he hecho nada extraordinario. Los amigos están para complementarse, ¿no?

—Claro —hablo fijándome en sus ojos vivaces e inteligentes, no dejan de observarme sin perder detalle; me encantaría saber qué piensa de mí. Es otra de las cosas que no me atrevo a preguntarle, prefiero no entrar en profundidades que quizás le incomoden—. ¿Dónde puedo arreglar la rueda por aquí?

—No puedes. Dámela y te la llevo al taller de Baltimore donde suelo ir.

—No hace falta, con que me des la dirección es suficiente. Tengo pensado ir en unos días, puedo dejarles el coche mientras hago mis cosas.

—Te cuesta admitir ayuda, ¿por qué?

—No es cierto —contesto a la defensiva—. Hoy me has ayudado con el pinchazo y, que yo sepa, no he puesto pegas.

—Porque las tías pasáis de pringaros, en eso no sois nada feministas. Cuando me has visto se te ha iluminado el cielo.

Vaya, creía haber sido más sutil.

—Es posible... —digo sonriendo—, también es noble admitir que los hombres tenéis algunas habilidades que a nosotras nos superan. —Veo su expresión irónica y me apresuro en añadir—. Hablo de fuerza bruta.

—Y yo de cara dura.

Suelto una carcajada. Kieran también ríe. Y así, entre pullas y una conversación amena vamos encajando nuestra estrenada amistad. Olvido que es mucho más joven, aunque no dejo de pensar en él como pareja; es una lástima no haber coincidido en el tiempo. Cuando llega la hora de despedirnos, al levantarme noto el efecto del alcohol y me tambaleo un poco, pero él no se da cuenta ocupado recogiendo la botella de whisky y los vasos.

—Me lo he pasado muy bien, Cynthia. —Se inclina sobre mí y me besa la mejilla—. Cuando quieras, repetimos.

—Ven otro día —digo controlando los nervios por tenerlo tan cerca—.

Yo también me lo he pasado muy bien contigo.

—Te tomo la palabra.

Sale sonriendo. Estoy parada en la puerta, pensando en su cuerpo alto y esbelto, en esas piernas largas que mueve hasta la camioneta a paso lento, con una cadencia que insinúa poco ánimo por marcharse. Y es ahora, al verlo desaparecer, cuando me planteo qué perdería si fuese más allá, si de verdad olvidara un lastre que contradice la sensación de bienestar que he tenido con él. Quizás haya llegado el momento de lanzarme sin red y superar otro reto, un límite infranqueable: mantener una relación con un hombre más joven que yo, doce años para ser exactos. ¿Seré capaz?

9

*«La decisión del primer beso es la más crucial en cualquier historia de amor,
porque contiene dentro de sí la rendición»*

Emil Ludwig

TUMBADA EN UNA HAMACA de la terraza, aprovechando el día fantástico con un sol de justicia y la temperatura más cálida que hasta el momento he disfrutado, releo el nuevo artículo: *«Marihuana, canales y bicicletas. Ámsterdam tiene un encanto único, un aroma a hierba inconfundible y un gusto por el arte que puede sorprender o aburrir, dependerá de lo que uno busque. En cambio, sin pretenderlo, a cada paso topará con alguna bicicleta, aunque los holandeses son muy educados y pegan el dedo a los timbres para advertir su presencia, ese sonido llega a meterse en el cerebro para instalarse de por vida, a no ser que decidas detener el tiempo y fumar porros sin miedo en algún coffee shop, donde no sirven alcohol para no confundir más al personal; entonces dejará de existir todo: los mercadillos abarrotados de innecesarias antiguallas, las prostitutas en sus cabinas de cristal, los tulipanes y las estrechas casas donde prima el ancho para eludir impuestos. La gente es hospitalaria mientras no se les toquen las bicicletas, comprensible al ser extensiones de sus cuerpos. El tren es caro, igual que los museos, pero como la cerveza está buena y el ambiente de sus numerosas callejuelas incita a pasear, si el clima acompaña, es preferible centrar el afán aventurero en la ciudad sin olvidar la precaución en el barrio rojo, por*

aquello de evitar a los traficantes de drogas, o mantenerse sobrio en las barcazas que recorren los numerosos canales. En definitiva, Ámsterdam tiene una oferta cultural para todos los gustos, tulipanes por doquier, arenques nauseabundos, pintores insignes como Van Gogh y Rembrandt, bonitos rincones curiosos para perderse y más tipos de maría que habitantes y puentes.»

Sé que aún debo pulirlo, pero estoy satisfecha al ir bien de tiempo. Para mí es básico cumplir en mis obligaciones, es más, desde que era estudiante me acostumbré a abordar primero los problemas difíciles para terminar con los fáciles. Eso siempre me ha dado seguridad, aunque sea una lástima no haber encontrado nunca ninguna estrategia para eludir las complicaciones en las que a veces me he metido y sigo metiéndome. La más reciente, por ejemplo, es la de ayer. Como todos los días fui al pub a buscar el pan, Nicky O'Moore estaba viendo los preparativos de su boda con Bonnie, que nos presentó, y mantuvimos una charla agradable. Luego, acepté su invitación para asistir dentro de un rato a la boda. No sé muy bien qué me llevó a hacerlo, supongo que la presencia de Kieran quizás influyó porque hace más de una semana que no sé nada de él o porque la insistencia de Nicky no me dejó otra opción y me dio vergüenza negarme de forma cansina. Logré eludir la ceremonia, pero al banquete debo ir, y entre unas cosas y otras será también una nueva experiencia porque jamás he ido sola a una

boda, y menos sin conocer a los novios. El arrepentimiento hace que busque alguna excusa creíble para faltar, dudo que nadie me eche de menos si de repente me pongo enferma; no notarán mi ausencia. Sí es una buena idea, decidido.

Por evadirme, cojo una novela de John Verdon, *Deja en paz al diablo*. Es un placer sumergirse en una lectura amena sin sonidos que despisten, reconforta y logra que me concentre durante horas. Encima, estoy bronceándome. Llego a perder la noción del tiempo de tal manera que me doy cuenta de la hora porque escucho la alarma del móvil. Son las dos. Lo sé porque las anteriores sonaron a las siete, las ocho y las ocho y media, la siguiente sonará a las tres. Tengo como diez alarmas diarias para no olvidar levantarme, volver a levantarme por si no tenía que madrugar, recordar que no me he levantado, luego, para comer, insistir en que coma por si no he hecho caso, y así todas. Unas son para avisar y otras para recordarme los avisos. Con la tontería, la musiquilla petarda del teléfono es algo a lo que ya me he acostumbrado y no suelo prestarle atención; y de momento me niego a poner alarmas para recordar el aviso del aviso del recuerdo del aviso; demasiados avisos y una barbaridad de recuerdos para terminar haciendo lo que me da la gana. Acepto la tozudez mecánica del teléfono y al pensar que voy a comer sola cuando podría estar en el pub pasando un buen rato me entra un absurdo remordimiento. Me voy de boda.

En el muelle aparco un poco sorprendida. Esperaba no encontrar un hueco, en cambio, solo veo dos coches. Supondré que los invitados han venido en ferri, porque hay uno atracado y también es más lógico. Antes de bajarme me echo un vistazo en el espejo del retrovisor. No me he maquillado mucho, aunque he pasado más de una hora arreglándome. Llevo un vestido estampado sin mangas, con el largo por las rodillas, y unos tacones muy altos responsables de que haya venido en coche. Cojo el bolso negro de mano, compruebo que dentro está mi kit de supervivencia básico: monedero con efectivo y tarjetas, las llaves de casa, una barra de labios y el móvil, y me dirijo al pub sin apremiar el paso.

En cuanto empiezo a subir la cuesta ya oigo música y alboroto, y al acercarme me impacta una oleada de gente que supera con creces la noche del concierto. Noto algunas miradas examinándome con curiosidad mientras atravieso el patio de la entrada. Han vestido las mesas alargadas de madera con manteles blancos. Están llenas de servicios colocados con bastante esmero, centros florales, tablas con aperitivos y botellas de vino y cerveza. Me muevo hacia el interior del pub con la intención de encontrar a Nicky, aunque me conformo con Bonnie o Kieran, suponiendo que dentro estarán los invitados importantes o, como poco, los familiares directos de los novios. No veo a nadie conocido, y en este preciso instante me gustaría ser invisible, me

da vergüenza y me siento fuera de lugar.

—¡Miss Pink!

Lo que me faltaba, ¡qué cruz! Giro la cabeza buscando la procedencia de esa voz en grito, enfoco la vista en la mesa más alejada de la entrada y durante unos segundos no soy capaz de identificar a Lonnie; realmente ni siquiera estoy segura de que sea él. Es extraño que la ausencia de barba y un traje puedan afectar tanto en la imagen de una persona. Levanto la mano con discreción y le sonrío, sin ganas de recorrer sola todo el salón. Lonnie me hace una señal, apremiándome con unos ojos celestes divertidos, pero muevo la cabeza dándole a entender que no voy a acercarme. En su mesa hay un grupo demasiado jocosos de hombres y mujeres, todos desconocidos y no me apetece llegar tan tarde para convertirme en el centro de atención. No hago más que repetirme que no debería haber venido, aquí no pinto nada.

Doy la vuelta para salir y no alargar más este suplicio. Ha sido una locura presentarme en esta boda sin compañía; lección aprendida. Salgo de manera tranquila, como la que no quiere la cosa, y camino más rápido en cuanto voy dejando atrás el pub, directa hacia el muelle.

—¡Cynthia! ¡Espera!

De inmediato me detengo. Al girarme, se me corta la respiración. Sabía que era Kieran, pero jamás habría imaginado este impacto. Intuía su rostro atractivo, desde el primer momento supe que era un hombre guapo, sin

embargo, al verlo sin barba y con el cabello bien recogido en un moño, no estaba preparada para un despliegue de belleza masculina en todo su esplendor tanto por sus rasgos simétricos como por la juventud que aparenta, o, mejor pensado, por su juventud tal cual es. Viste un traje negro, camisa blanca y corbata torcida, imagino que llevará un rato dándose tirones. Pese a sentarle de maravilla, debo reconocer que me gusta más cuando lleva vaqueros y camisetas desgastadas. Aunque es comprensible que hoy haya prescindido de ellos. Si no vistiera un traje sería raro, pero parecería él y no un modelo a quien no sé adónde mirar. Me concentro en sus ojos y, sonriendo con timidez, le digo:

—Vaya, señor Mullen, estás espléndido. No te habría reconocido si no llego a escucharte.

—Gracias —admite, y recorre lentamente mi cuerpo con una mirada de arriba abajo—. Tú impresionas —comenta con los ojos fijos en mis labios—. ¿Pensabas irte? —pregunta cuando vuelve a mirarme a los ojos.

—Sí. Me he sentido como una intrusa —explico y muevo rápido los hombros—. No sé por qué acepté la invitación de Nicky, la verdad. No conozco a nadie.

—Me conoces a mí —dice y me ofrece el brazo—. ¿Me acompañas?

Durante unos segundos no reacciono.

—No quiero molestar, Kieran. Estarás con tus amigos, o con tu

pareja... Es mejor que me vaya a casa.

—¿En serio estás rechazándome? —pregunta teatrero—. Vamos..., Cindy.

—No sé si prefiero el “miss Pink” de Lonnie —digo sonriendo.

—Me gusta Cindy —dice, e insiste en ofrecerme el brazo—, es cariñoso.

—E infantil —comento antes de sujetarme a él. Sonríe. Verdaderamente, hoy voy a permitirle algunas licencias, no porque esté guapísimo, sino porque tiene la habilidad de alegrarme con sencillez. Mientras andamos hacia el pub, una duda me asalta y debo aclararla para no llevarme una sorpresa—. ¿Has venido con alguna chica?

—Sí —responde, y me detengo en seco—. ¿Y qué? —Kieran aprieta las cejas, imagino que estará viendo la incomprensión en mi rostro—. Vamos, Cindy, no seas tonta... Tú y yo somos amigos, ¿no? ¿Qué hay de malo?

Al escucharlo, recuerdo que es la segunda vez que me pregunta lo mismo. ¿Acaso no ve la diferencia de edad? ¿O no quiere verla porque no le interesa?

—Hombre, para ti está claro que nada —hablo irónica, sin moverme del sitio—, aunque dudo que a tu pareja no le moleste. Venga, Kieran, déjame tranquila —digo al soltarle el brazo—. Me voy.

—Que haya venido con una chica no quiere decir que sea mi pareja — explica caminando detrás de mí. No me giro, esta situación es más surrealista por momentos—. He venido con mi hermana, ¿vale?

Cierro un ojo, y ahora sí dejo de andar. Me vuelvo con la cabeza un poco torcida para encontrarme de frente con sus ojos azules brillando burlones.

—¿Te gusta oírme?

—Más o menos, tienes tu punto.

—¿Y qué punto es ese?

—Uno que me pone mucho —responde con una sonrisa amplia, inclina la cabeza hacia delante y la deja a unos pocos centímetros de la mía. Elevo las cejas por su descaro, y me guiña un ojo—. ¿Quieres ser mi pareja? —pregunta, con el brazo otra vez como aliado.

—¿Estás loco? —exclamo. Debo tener una cara de susto impresionante—. ¿Cómo voy a ser tu pareja?

—Igual que cenamos juntos y lo pasamos muy bien —dice resuelto, me sujeta la mano y la coloca en su brazo—. Hablo de hoy, Cindy, de ahora, no de que seas mi pareja para los restos, tampoco te columpies de esa manera —explica y hace un gesto muy gracioso con la boca.

—Ah, bueno —admito aliviada.

Está claro que no había pensado casarme con él, pero he tenido un

momento de pánico creyendo que quería algo más. Con él me siento confusa por su actitud, es algo contradictoria. El otro día, en mi casa, me dio la impresión de que a veces flirteaba, aunque no sé si fue una apreciación porque soy yo quien tiende a soñar con él y veo fantasmas donde no los hay o si se comporta así con las mujeres en general porque no he tenido oportunidad de verlo interactuar con ellas.

Entramos de nuevo en el pub y me guía en dirección a la mesa donde está Lonnie y varios hombres más, en este momento, tampoco hay mujeres para que pueda comprobar mi hipótesis y no estoy muy segura de querer confirmarla a favor o en contra. Ahí ando, en un mar farragoso de dudas tontas cuando sé que es absurdo plantearme nada con él porque no sería capaz de tratarlo igual que a cualquiera de mis parejas.

Al cabo de unos minutos, el grupito de la mesa que bebe cerveza como si fuese agua embotellada y estuvieran sedientos deja de interesarse por mí para continuar con las conversaciones cruzadas llenas de bromas y comentarios subidos de tono donde en cada frase de cinco palabras tres son tacos y uno siempre tiene que ver con el acto sexual. No sé hacia dónde mirar. No porque piense que este tipo de charla no es habitual entre chicos jóvenes, sino porque no miden el volumen de sus vozarrones cada vez que sueltan una guarrería, ríen como locos, y el resto de invitados nos miran con una mezcla inquietante de comprensión, extrañeza, vergüenza ajena y

reprobación.

Kieran bebe al ritmo de sus amigos, aunque es más comedido en sus aportaciones y está esforzándose por integrarme pese al poco interés que muestro. Una camarera se acerca a la mesa con una bandeja y reparte nuevos platos. De manera amable, Kieran le pide que traiga un servicio para mí, y solo sonrío porque no me parece correcto rechazarlo, aun sabiendo que no voy a comer asado de cordero. Cuando tengo por delante un plato con una porción enorme de carne, patatas fritas y una salsa oscura bañándolo todo, es el momento en el que decido saborear el vino, pendiente al apetito canino de mi grupito. Hasta las dos chicas que se han sentado con nosotros hace un instante comen con voracidad. Durante unos segundos me fijo en Deirdre, que es bastante parecida a Kieran con la estatura más baja. No ha hablado conmigo más allá de un saludo breve, prefiere desplegar su cortesía con Lonnie y el chico que está a su lado. Y la otra mujer, si bien ha sido más extensa al saludarme, tampoco se ha alargado. Es morena, con el cuerpo desdibujado por curvas demasiado sinuosas y un gusto pésimo para vestirse. Lleva un vestido de color turquesa que parece raso, y no me pondría aunque me pagaran. Trato de disimular cuando la miro, hago lo que puedo, pero me da que detecta algo en mi expresión porque no aparta los ojos de los míos. Bastante con no querer observarla para hacerlo de manera inconsciente.

—¿Qué te pasa? —pregunta Kieran. Respondo con otra mirada

silenciosa y una breve negación de cabeza—. ¿No te gusta la comida?

—Sí, está buena.

—No la has probado.

—Claro que la he probado —replico arisca.

—Cindy, solo mueves el tenedor.

—Fíjate en tu plato y deja el mío tranquilo —hablo en voz baja—, y no me llames Cindy, por favor.

Me observa un instante, creo que no conforme con mi ánimo, pero lo admite y sigue hablando con uno de sus amigos. Echo un vistazo a la mesa, creyendo que alguien más puede haberme escuchado, y solo encuentro a la dueña del vestido turquesa mirándome. Sonrío para no parecer molesta. Ella no cambia su expresión, desvía los ojos hacia Kieran y es justo cuando me doy cuenta de que me controla porque está interesada en él.

Entre copa y copa de vino consigo relajarme gracias a la desinhibición del alcohol. Empiezan a retirar los platos y los invitados se dispersan de la mesa, todos, hasta Kieran me hace el vacío para sumarse al jolgorio de una danza folk alegre y rápida. El volumen de la música está altísimo, tanto como las palmas de quienes no bailan. Voy siguiendo el ritmo con la cabeza y los pies, sentada, sonriendo al ver cómo los demás se divierten.

—Vamos, miss Pink —apremia Lonnie al pasar por delante de mí dando botes. Sacudo la cabeza, pensando en concederle alguna licencia

misericorde al alcohol que soporta su sangre, y no lo disuado. Tira de mi mano bruscamente, y de pronto estoy engullida por un torbellino de desenfreno—. ¡Vamos! ¡Vamos! ¡Vamos!

Hago lo que veo, moverme pegando saltos mientras me río sin pensar en otra cosa que en seguirles la corriente. Pierdo la noción del tiempo y la vergüenza hasta dejar de sentir los pies a pesar de los tacones, solo bailo con una gratificante audacia. Incluso me atrevo a coger la mano de Kieran para hacerme perdonar. No he estado acertada durante la comida cuando él únicamente parecía preocupado porque me integrara. Ahora no me lo tiene en cuenta, con agilidad, me gira entre sus brazos en unos pasos poco complicados pero demasiado veloces. El interior del pub es un frenesí de diversión acelerada, se suceden los empujones y los gritos, hasta las personas más mayores se unen a la danza, y a nadie le importa: esto es una boda en la Irlanda rural.

—¡Bailas muy bien! —grita Kieran una de las veces que chocamos.

Él sí que sabe moverse con garbo.

—¿En serio? —pregunto en plan casual, nos alejamos con la masa y al instante volvemos a estar juntos—. ¡Es muy divertido! ¡Nunca lo había hecho!

Kieran sonrío, pendiente a mis labios de una forma que me cohíbe; aunque no puedo evitar sonreír a gusto porque realmente me siento feliz, y

algo borracha.

El día se evapora con la velocidad de la música celta, no noto que ha anochecido hasta salir a tomar el fresco. La terraza sigue concurrida de invitados, que hablan en corrillos sin prestarme atención, y me dirijo hacia la esquina más tranquila. Apoyo las manos en la barandilla de madera, fijándome en el paisaje marítimo, las pequeñas embarcaciones faenando cerca de la costa como luciérnagas y el enjambre difuso de las luces en Baltimore cual verbena.

—¿Qué haces? —escucho la voz de Kieran a mi espalda, muy cerca. Inclina el cuerpo hacia delante y me encierra entre sus poderosos y largos brazos. Solo me roza ligeramente con el pecho, apoya las manos en la barandilla al lado de las mías. Y el corazón se me desboca, noto un nerviosismo peligroso; me alerta de su intención. Esa que llevo horas observando, eludiendo, y ya no me cabe duda: Kieran Mullen pretende traspasar la barrera de nuestra incipiente amistad. Su forma de mirarme, el modo en que me atiende y los gestos seductores de sus labios al mojárselos con la lengua cuando le hablo son claros; debo rechazarlo. No estoy preparada para dejarme arrollar por su joven ímpetu. Sin embargo, acorralada bajo su cuerpo, soy incapaz de articular ninguna palabra, tampoco me muevo —. ¿Te gusta el mar? —pregunta en un susurro pegado a mi oído.

La calidez de su aliento acaba de ponerme el vello de punta, tengo que

frenarlo.

—Sí —respondo—. ¿Puedes apartarte un poco?

—¿Por qué? —murmura, y me acaricia la mano con un dedo—. ¿Estás incómoda?

Vuelve a hacerlo. Arrastra la pregunta por mi cuello y, en vez de darme espacio, pega las caderas a mi espalda, logrando acobardarme por un contacto sensual y disimulado.

—Tengo que irme a casa —digo nerviosa.

—Te llevo. —Kieran por fin se aparta, y me giro—. No puedes conducir.

—Puedo y voy a hacerlo —replico al ver su expresión satisfecha—. Tengo bastante más experiencia que tú.

—No lo dudo, Cindy —dice tranquilo—, pero prefiero llevarte. Has bebido mucho y conozco mejor que tú la carretera. —Me sujeta la mano y tira de mí hasta el interior del pub—. Voy a despedirme de Nicky, coge tu bolso.

—¿Quién te has creído que eres? —hablo a poca distancia de él—. Me voy sola, me da igual tu opinión.

—Eso lo tengo claro. —Se inclina sobre mi cabeza—. Igual que tengo claro que eres testaruda y que no te gusta pedir ayuda a nadie. —Sonríe—. ¿Y si pinchas otra vez?

—¿Y si te dejas de tonterías conmigo?

—Ni de coña, ya te he dicho que me pones.

—Pues tú a mí, no.

Kieran aprieta los labios, amagando chulería.

—Recoge el bolso y no discutas. Voy a llevarte a tu casa porque me da la gana, y porque me da igual tu opinión. Así estaremos equilibrados.

Nos desafiamos unos segundos sin percatarnos de otra cosa que no sean nuestros ojos. Él cruza los brazos, insolente, preparado para un ataque verbal; aunque me retiro de su vista por evitar un enfrentamiento que a todos visos he perdido. Encamino mis pasos hacia la mesa. Deirdre está sentada con la chica del vestido turquesa. Al llegar, sonriendo ligeramente, les digo:

—Me voy. —Cojo el bolso—, ha sido un placer conoceros.

—¿Te vas con Kerry? —pregunta Deirdre.

—Eso parece, se ha empeñado en acompañarme.

Mientras Deirdre sonrío y desvía la vista a la barra, donde Kieran está hablando con Lonnie y Nicky, la otra me observa con una cara bastante extraña. Estoy en que es asco, pero de inmediato lo dudo; son celos. El objeto de su deseo se acerca a nosotras con un andar seguro y los ojos fijos en los míos.

—Dee, me voy ya —dice casual, le tiende las llaves de la camioneta y añade—. Ten cuidado. Nos vemos mañana.

En este instante no sé si desaparecer o darle un bofetón para que baje de su nube. La chica de azul me observa como si tuviera dragones en la cabeza, en cambio, Deirdre no parece extrañada, asiente y sonrío con picardía alternando la vista entre nosotros. Por dejar de ser el foco de sus pensamientos, me muevo hacia la puerta de una forma lenta al sentir los pies embotados. Es curioso que bailando no me hayan dolido y ahora, cuando me hace falta andar rápido, apenas puedo dar dos pasos seguidos sin ver las estrellas. Sería fantástico agacharme, quitarme los zapatos y olvidar este martirio, pero no estoy sola en mitad del campo y, aunque muera yendo hasta el coche a la velocidad de los caracoles, no lo haré.

El problema de ir amargada repercute de manera insidiosa en mi empeorado malhumor desde que Kieran le ha dado a entender a su hermana alguna clase de relación conmigo. Si llevaba histérica un rato con él, ahora tengo dos opciones: guardar silencio o explotar. De momento parece cauteloso a mi lado, algo de agradecer porque no me apetece discutir ni montar ninguna escena delante de los asistentes a la boda que recorren la carretera con mayor o menor sobriedad.

—¿Estás bien?

—Sí —respondo cortante.

No le miro. Sé de sobra cuál es su aspecto: mechones de cabello rubio cayéndole por la cara, lleva horas sin el moño; ausencia de la corbata, no

recuerdo cuando dejé de vérsela; y camisa remangada con varios botones desabrochados.

Necesito detenerme y respirar con calma para controlar el dolor, es un último esfuerzo. Siempre los metros finales hasta alcanzar la gloria son los peores, los que requieren mayor concentración y sacrificio.

—¿Qué te pasa?

Kieran está cavando su tumba con esa expresión preocupada.

—Nada.

Al hablar, tuerzo el gesto. Este dolor es inhumano, debo tener rozaduras, ampollas o las dos cosas, lo que sea resulta un martirio infame.

—¿Te duelen los zapatos? —pregunta con cara de asombro. Me muerdo el labio, apretando a conciencia para hacerme daño, así olvido durante unos segundos los pies—. No me extraña —dice atento a mis zapatos. Intento retraer algo los dedos, pero es peor; y estar de pie sin moverme no me ayuda; y que él sea tan perspicaz tampoco—. Menos mal que estoy contigo —suelta vanidoso. No llego a comprenderlo. De repente me levanta del suelo con facilidad—. Soy tu ángel salvador.

—¡Bájame ahora mismo! —grito nerviosa, rodeándole el cuello con los brazos. Pensaba que era un cavernícola, pero de manera figurada—. ¡¿Estás loco o qué te pasa?!

—Ya sabes que tu opinión me importa poco —comenta risueño, y

avanza a paso rápido hacia el muelle.

—¿Pero qué va a pensar la gente?

—Cindy, pasa de ellos, están borrachos como piojos. A mí no me importa, tú no puedes andar, ¿qué más te da? ¿No vas así mejor?

Tiene razón, esto es incomparable; aunque no quiero que se las prometa muy felices y digo:

—Gracias, y deja de llamarme Cindy. Es demasiado... —Me freno porque la palabra que iba a decirle es “íntimo” y puedo dar pie a que la conversación derive por un derrotero incómodo—, infantil. Mis amigos me llaman Cyn.

—Llámame Kerry y te llamaré Cyn.

Sonrío al verle la expresión satisfecha pintada en el rostro.

—Kerry también es infantil —digo, a pesar de intuir que él esperaba esta opinión—. No me gusta.

—Entonces, nos llamaremos como queramos —resuelve sin molestarse.

Debo ser honesta ante todo conmigo misma. Para empezar, la personalidad de Kieran tiene destellos que me deslumbran. Es sensato, algo que he puesto en duda a veces, o siempre, de los hombres jóvenes; posee templanza, un valor práctico para no entrar en discusiones que no llevan a ninguna parte; y no es rencoroso. He podido observar las veces que hemos

estado juntos cómo sabe canalizar su temperamento, he disfrutado con su sentido del humor fino y mordaz, denota una inteligencia brillante, y, por descontado, este detalle impulsivo de llevarme en brazos es lo más descabellado que nadie ha hecho jamás por mí para ahorrarme el mal trago de los zapatos. Ni siquiera ninguno de mis exmaridos lo hizo, y recuerdo no una, sino varias ocasiones donde podrían haberse lucido como está haciendo él.

—Hemos llegado —anuncia a pocos metros del coche.

—Gracias —digo cuando me deja en el suelo. Durante un breve espacio de tiempo nos miramos a los ojos, juro que me encantaría besarlo como en mis noches fantasiosas; pero él no toma la iniciativa y mi timidez es insalvable. Abro el bolso, saco las llaves del coche y se las doy—. ¿Sabrás conducirlo?

—Sé hacer muchas cosas. ¿Quieres una demostración?

Me reta. Es muy bueno soltando matices sexuales.

—Me conformo con verte conducir.

Lo primero que hago al sentarme es quitarme los zapatos. Kieran echa un vistazo a los mandos del salpicadero, arranca y maniobra marcha atrás hasta la carretera. De momento no parece tener dificultades, tampoco habla mientras me devano los sesos sin saber cómo aclararle la situación de manera amable.

—¿Desde cuándo eres vegetariana?

—Varios años —respondo asombrada por su perspicacia—, pensaba que no lo habrías notado.

—Soy infantil, que no tonto.

—Yo no he dicho que seas infantil —comento incómoda—, tu diminutivo me lo parece.

—Es cariñoso, como Cindy. Y puedes retractarte o decirme ahora lo que sea, pero te molesta estar conmigo porque tienes muchos prejuicios por mi edad.

—No es cierto —hablo seria, dispuesta a mentir—, pero si somos amigos no sé a qué viene tu actitud. Te he dicho que no va a pasar nada entre nosotros, y no dejas de intentarlo. Eso me violenta.

—Porque sabes que te gusto, pero prefieres quedarte con las ganas a probar.

—¿Probar o echar un polvo? —pregunto empezando a enfadarme de verdad—. No sé qué pretendes, en serio. Nos conocemos desde hace menos de un mes, no sé qué tipo de relaciones tienes con las chicas, ni a qué viene este empeño. Voy a estar aquí hasta septiembre, pero sola y tranquila. No he venido a liarme con nadie, no me apetece.

—A mí tampoco —replica, pendiente a la oscura carretera—, nunca he tenido novia, prefiero otro tipo de relaciones.

—Y has pensando que como soy nueva y estoy de paso no me

importaría enrollarme contigo, ¿no?

—No, para serte sincero, no me gustas —dice casual. Porque no me mira, si no, estaría ardiendo por combustión espontánea—. Es algo extraño, no es racional.

—Desde luego, no sigas, por favor.

—¿Has estado casada?

—¿No sabes conducir sin hablar?

—Lo siento, no quería incordiar, te lo pregunto por entender tu comportamiento con los hombres.

—Partes de una premisa errónea —digo en un tono chulo—, me da la impresión de que te has colado en el concepto “hombres” porque para mí no lo eres. Pero como soy amable, te responderé: sí, he estado casada; dos veces para ser exactos. Me divorcié de mi último marido hace dos meses.

—Gracias por este derroche de amabilidad —dice con ironía—, aunque será mejor que te aclare dos cositas. La primera es que soy un hombre, pese a tu distorsión obsesiva por la edad. Y la segunda, y me la trae al fresco que te joda, es que tus dos exmaridos, que imagino serán unos tíos maduros con pasta, te han dejado más jodida que una silla de tres patas.

—Estás completamente equivocado —hablo indiferente, imaginándome una destartalada silla—. La que puso fin a los matrimonios fui yo, en los dos casos; pero quizás tengas algo de razón al decir que estoy

jodida, aunque yo lo definiría como decepcionada con las relaciones de pareja.

—¿Ves? Soy un niño muy listo. Te tengo más que calada, te gusto.

—Creo que lo confundes todo. —Suspiro, entornando los ojos—, en fin, cada uno es libre de pensar como quiera...

De forma brusca, Kieran detiene el coche. Giro la cabeza y topo con la de él, que invade mi campo visual. Me sostiene la cara con las manos, con una agresividad medida, y me besa la boca. No me deja pensar. Invade con la lengua mis recodos más íntimos, suavemente pero veloz, guardando un equilibrio inesperado, tan grato como excitante.

—Ahora —empieza a decir al apartarse—, puedes seguir mintiéndome.

Sin más, baja el freno de mano y retoma la conducción.

—No vuelvas a hacerlo.

Hablo en un tono bajo y severo, sin saber qué siento. Yo misma me daría un Nobel si lo supiera. De entrada, me ha gustado; sería absurdo no reconocerlo; pero... ¿Me lanzo al vacío y lo invito a casa cuando lleguemos? Seguro que está pensándolo. Sin embargo, me asusta tanto, han pasado demasiados meses desde la última vez que mantuve relaciones con Sam, y ni siquiera puedo contárselo sin sentirme estúpida aunque desee sacarme a tortazos este pudor absurdo.

Al desviarnos derechos hacia mi casa, creo que el corazón me late desbocado.

—¿Te importa prestarme el coche?

Tardo unos segundos en procesar la pregunta.

—No —respondo navegando entre la decepción y el alivio—. ¿Te quedas con tu abuelo?

—Sí —dice al volver a detener el coche en la puerta de casa—. Mañana te lo devuelvo.

—No te preocupes —hablo en un tono tranquilo—, no tenía pensado usarlo. —De golpe me asalta un pensamiento súbito y lo suelto a bocajarro—. ¿Tan mal beso?

Kieran sonrío y baja la cabeza moviéndola, no me mira y está confundiéndome.

—Buenas noches, Cindy. Me lo he pasado muy bien contigo.

De acuerdo, no es capaz de ser sincero. Y si me ha dicho que no le gusto y después de besarme no intenta avanzar, eso son dos señales inequívocas. No seré pesada, ni amable ni amistosa, ni un poco educada. Me bajo del coche y voy a paso rápido hasta la casa mientras Kieran tampoco pierde el tiempo en salir de mi camino.

Cierro la puerta con más fuerza de la necesaria, enfadada conmigo misma. Al entrar lanzo los zapatos como armas arrojadas y subo la escalera

con un propósito fijo: olvidar la última media hora con él. Voy a ser tan severa que no le permitiré colarse en mis fantasías, hoy, desde luego, porque no pienso tenerlas, y mañana, pasado y el resto de mi vida porque me ha cabreado como nadie. ¿Quién se ha creído que es el niño de mierda? ¿Me acosa, besa y desafía para desearme buenas noches? Definitivamente, Kieran Mullen se ha sentenciado. Jamás de los jamases me había pasado nada parecido con un hombre. Doy muchas vueltas intentando recordar, pero no hallo nada que me consuele. No me definiría como una mujer fuera de lo común en el sexo, imagino que soy del montón, pero nunca he tenido quejas ni una huida en estampida como esta.

Al cabo de un rato, tras repasar mi lista de amantes, creo no haber olvidado a nadie, por fin encuentro algo de lucidez. No hay otra explicación. ¡No es un hombre, está en proyecto! ¡Eso es! Ahí está el quid del asunto. Menos mal que me he quitado la venda de los ojos, podría haberme amargado la existencia pensando que beso fatal cuando no soy el problema. Y, como siempre desde que habito en Sherkin, saco una conclusión productiva para conocerme mejor. En cuestiones relacionadas con hombres y sexo mi instinto es infalible: nada de chicos, como amigos hasta el fin del mundo; pero como parejas no me he equivocado al preferir a los maduritos. Aunque será mejor no empezar a repasar a mis exmaridos, el día ya ha sido bastante intenso para terminarlo recordando malos tiempos. Me niego en rotundo. El problema es

que mi cabeza va por libre y no atiende al sueño, así pasaré la noche en vela. Quizás con un baño me relaje. En dos segundos me levanto de la cama y me dispongo a preparar el escenario acorde a este desánimo que me mantiene como un búho en plena actividad nocturna: unas sales con fragancia a lavanda, agua muy caliente para desentumecer los músculos y una melodía agradable, *Lost on you* de LP, que elijo de forma inconsciente porque me llega al alma, o porque estoy decepcionada y perdida en Kieran o, posiblemente, porque necesito compadecerme un rato al sentirme ridícula.

10

*«La vida es un constante proceso, una continua transformación en el tiempo,
un nacer, morir y renacer»*

Hermann Keyserling

CAMINO DE BALTIMORE en el ferri tengo que bajar de la cubierta al aire libre para resguardarme de la llovizna, me siento en uno de los bancos y contemplo el paisaje a través de las ventanillas sin dejar de pensar en el comportamiento de Kieran. No logro entender por qué no ha sido capaz de avisarme cuando esta misma mañana me ha dejado aparcado el coche en la puerta de casa. Creo que un saludo y unas palabras de agradecimiento no habrían estado de más teniendo en cuenta su falta de prisa para devolvérmelo. Están claros sus modales y experiencia; a no ser que por alguna razón me rehúya. Y esa es desde la boda una inquietud horrorosa, la que peor sobrellevo y la más insistente.

Ayer pude medio olvidarla centrándome en el artículo de Edimburgo del próximo mes que pretendo escribir en cuanto sea capaz de hilar dos frases seguidas, cosa imposible por ahora aunque lo haya intentado varias veces. Me fastidia bastante tener la mente colapsada por un hombre con el que no quiero mantener una relación. Tiene la inmadurez propia de su edad pese a que, según él, era un prejuicio mío. Sí, claro, a las pruebas me remito. Desde que cenamos empezó a tantear el terreno —o sea, a mí, de forma figurada—,

estuvo a punto de meterme mano en la boda delante de mucha gente, no contento, me llevó en brazos hasta el coche y luego me besó, ¿para qué?; no tengo respuesta, pero sí el porqué. Kieran lo hizo porque estaba algo borracho y quiso hacerme caer rendida a sus encantos. Como fui casi rotunda, debió acobardarse y fin. No hay otra explicación, si no, habría intentado continuar en mi casa. Suspiro agobiada, llevo con esta retahíla tantas horas que estoy saturada de mí misma.

En Baltimore, encuentro sin problemas cerca del muelle el taller para que arreglen el pinchazo de la rueda y la coloquen de nuevo. En todo el pueblo la mayoría de las casas son de dos plantas con las fachadas claras o llenas de color, sin un término medio, y en algunos casos, como este del taller, utilizan la planta baja para los negocios. No hay masificación ni edificios modernos, se respira la misma tranquilidad que en Sherkin pero con unos pocos más alicientes.

Salgo satisfecha por la amabilidad del mecánico, dispuesta a entretenerme comprando durante las dos horas que tardarán en tenerlo listo. A paso tranquilo me dirijo hacia el centro por una estrecha acera empinada, resguardándome de la intensa lluvia bajo el paraguas hasta detenerme delante de una tienda de productos ecológicos. En la pizarra que hay sobre un caballete en la entrada, leo una interesante oferta de productos y entro con la intención de comprar algún jabón natural. Una dependienta morena, que

rondará los treinta años, se acerca sonriendo. Lleva un delantal verde con el logo de la tienda. Al momento me indica dónde buscar los artículos que le pido y me aconseja dándome explicaciones que revelan su dominio del trabajo, algo que valoro en cualquier tipo de establecimiento. Ignorando los precios, me dejo llevar por un afán consumista capaz de evadirme y termino comprando dos mascarillas para la cara sin aditivos ni conservantes, un champú sólido llamado *Godiva*, aceite de jazmín para un buen masaje y tres pastillas de sales de baño, a cual con el nombre más excitante: *Pop in the bath*, *Sex bomb* y *Huevo de dragón*, sobre esta última tengo mis dudas pese a la opinión de la dependienta, que saca algunos contenedores de una nevera y empieza a rellenar los envases. Lo cierto es que me llevo un arsenal con el propósito de disfrutar de mis baños, capaces de darme paz y mitigar el efecto de un maldito beso.

La lluvia ha cesado cuando dejo la tienda, hay algunas personas recorriendo las húmedas calles, el tráfico es más intenso y en general el pueblo parece revitalizado. Justo al franquear el portón del taller me quedo inmóvil al ver la Nissan de Kieran, noto cómo se me acelera el pulso. ¡Esto es el colmo! ¿Soy una mujer o una adolescente atontada? Compongo una expresión de indiferencia, centrada en el mecánico que me atendió antes sin permitirme echar un vistazo alrededor para ahorrarme un encuentro que ansío tanto como detesto. Hasta que no lo tenga enfrente no sé a ciencia cierta

cómo voy a reaccionar, y de momento la incógnita me vale.

El mecánico, que lleva un mono azul bastante sucio, es un hombre cincuentón con entradas en el pelo canoso y el cuerpo delgado, de una estatura media. Durante unos minutos se molesta en contarme paso a paso el proceso para reparar el pinchazo, ajeno a la desidia de mi mente poco abierta a una tarea que jamás realizaré. No sé si tanta explicación es por justificar el sablazo en la factura o porque realmente cree que es un trabajo interesantísimo; aunque considero absurdo ir ofreciendo tantos datos. Es como si yo fuese explicando a los lectores de *La Vie* con pelos y señales mi proceso al escribir los artículos por el simple hecho de que me hayan halagado.

—Hola, Cynthia —saluda Kieran a mi espalda. Giro el cuerpo y sonrío brevemente. ¡Vaya, ya no soy Cindy! Otra vez la barba rubia le repuebla la cara, unos vaqueros viejos ocultan sus piernas y una camiseta negra con la lengua de los Rolling marca la contundencia de su torso. Me pregunto si sabe quiénes son. El cabello no se ha molestado en recogerse—. Estaba esperándote.

—¿Y eso? —pregunto con desdén.

El mecánico nos mira un instante, entiende que sobra y se aleja. Kieran no habla, supongo que estará pensando alguna excusa.

—Bueno..., he visto el coche... —empieza a decir inseguro—, y he

pensado que podríamos comer por aquí.

—Lo siento, tengo que volver a casa.

—Conozco un restaurante vegetariano que te gustará.

—Gracias, pero ya he comido —miento sin pestañear—. Hasta otra, Kieran.

No me apetece tenerlo delante mucho tiempo, es preferible desaparecer y seguir con mi táctica. Cuando abono el importe de la reparación, me subo en el Tiguan y salgo del taller dejando a Kieran bloqueado. Así aprenderá a no jugar con “señoras” mientras yo voy asumiendo que él no puede aportarme nada.

A pocas calles, detengo el coche en un semáforo y al mirar por el retrovisor veo a Kieran detrás, con el semblante serio. Volvemos a circular, es cauteloso manteniéndose a una distancia prudente hasta el muelle.

Ewan O’Driscoll, alias el *Miccionador*, me hace una señal con la mano para que suba el coche al ferri por la pasarela. Aunque no puede decirse que lo domine, ya tengo cierta práctica, que ahora no va a fallarme porque sepa que los O’Driscoll están pendientes a mí. En cuanto piso el barco con las ruedas, Kieran accede con la pick-up y abarrota la cubierta.

—Señora Pinkerton, lo ha hecho muy bien —comenta Ewan—, dos veces más y me quita el puesto.

—No creo —hablo sonriendo por camuflar la ironía. No hay otros

pasajeros, incluso pienso que no sea un negocio muy rentable—. Si no le importa, llámeme Cynthia y de tú, por favor.

—Faltaría más —admite amable—, te digo lo mismo. —Ewan observa a su primo—. ¿De dónde venís?

—No estábamos juntos —hablo rápido.

—Ah, creía que... —Ewan hace una pausa, miro a Kieran y veo cómo desorbita los ojos—, nada..., tonterías mías.

—¿Qué creías? —le preguntó a Ewan con mucha curiosidad.

—No sé..., os fuisteis juntos de la boda de Nicky..., os vi... —Sonríe—, bueno..., ya sabes, en plan tortolitos... —suelta medio avergonzado—, y tú estuviste el domingo con su coche... —concluye centrado en Kieran.

—¿Y por eso ya estamos liados? —pregunto enfadada—. ¿No has podido pensar que de tortolitos nada? ¿Que él me llevó en brazos en un acto de cortesía?

Ewan aprieta la cara entera.

—¿Adónde la llevaste en brazos? —pregunta asombrado.

Kieran resopla por la nariz, negando sutilmente con la cabeza.

—¿Y a ti qué te importa, so cotilla? Llévanos a la isla y déjate de gilipollices.

El tono duro de Kieran sugiere un cabreo considerable, Ewan así lo entiende y desaparece en el puente.

En silencio, voy hasta la cubierta de arriba para disfrutar del tímido sol que intenta abrirse paso entre las nubes y me siento en uno de los bancos. Ewan arranca el ferri y en pocos minutos el viento fresco me azota la cara, igual que la presencia de Kieran cuando decide sentarse a mi lado.

Pasan unos minutos hasta que no aguanto más y le pregunto:

—¿Por qué no me has avisado al devolverme el coche?

—Porque estabas durmiendo —responde seco—. ¿Por qué no has querido comer conmigo?

—Porque no quería verte —contesto también borde.

—No entiendo qué te he hecho, te juro que por más vueltas que le doy, no logro entenderlo. ¿Es por el beso?

—No —respondo, incómoda.

—¿Entonces...? ¿Puedes explicármelo?

—No, no puedo —hablo con una mirada breve, sin ánimo para contarle que me sentí decepcionada, que a veces las mujeres decimos una cosa para que los hombres hagan lo contrario. Por cambiar a otro tema menos personal, le pregunto—. ¿Cuándo saldréis a faenar otra vez?

—Pronto. —Kieran, que ha estirado las piernas en el pasillo, coloca un brazo en el respaldo del banco cerca de mi hombro—. ¿Tantas ganas tienes de no verme?

Su voz acaba de llegarme susurrante, me ha vibrado en el cuello.

—No sé por qué dices eso.

—Entiendo mucho más de lo que piensas.

—Me temo que no —digo con una sonrisa leve.

—Yo diría que sí —replica—. Estás enfadada conmigo desde el sábado por la noche, supongo que esperabas algo más y, como no lo tuviste, porque te pusiste muy chula diciéndome que no volviera a besarte, todo hay que decirlo, por eso estás que muerdes.

—No tengo ganas de hablar —comento, nerviosa. Desde luego, será joven pero es bastante espabilado—. Piensa lo que quieras, yo soy responsable de lo que digo, no de lo que tú entiendas.

—Está claro, Cindy —afirma—, igual que yo soy responsable de mis actos y de mis omisiones. Pero —añade, y me sujeta la nuca—, omitir por respetar la opción de una mujer no es algo para enfadarse. De haber sabido que tu negativa era una invitación, ten por seguro que no me habría ido.

—¿Invitación? —pregunto, con el pulso desbocado. Sé que desea besarme, está tan cerca que respiro su aliento—. ¿Para qué?

—Para esto —al terminar de hablar sucumbe y me besa en los labios. Es un roce indeciso hasta que abro la boca aceptando la dulce invasión de su lengua. Me gusta la suavidad, el ritmo sosegado de una unión capaz de detener el tiempo. No esperaba ternura, pero he vuelto a equivocarme con él; el sábado me besó exactamente igual—. Lo siento —dice cuando se aparta.

—Besas muy bien —admito—, no lo sientas, me ha gustado.

—Me alegro —dice sonriendo, gira la cabeza pendiente a la isla y se levanta—. Estamos llegando. Y... como has rechazado comer en un vegetariano que te habría encantado, ¿me invitas a cenar?

—Tienes mucha cara dura —digo sonriendo, y me pongo en pie.

—Pero te gusto.

Sonrío al ver su confianza a modo de guiño.

—Una cosa no quita la otra —hablo andando delante de él, que no se corta un pelo y me lleva sujeta por las caderas. Creo que ahora mismo está pensando en que tiene un pase directo a mi cama—. Suéltame y no te columpies.

—Vaya..., miss Pink, hablas como una niñaata.

—Acabas de sentenciarte. No hay cena.

—¿A qué hora voy? —pregunta en voz baja, rozándome el lóbulo de la oreja—. Podemos cocinar entre los dos.

—No escuchas cuando hablo. —Me giro y veo una sonrisa amplia—. No te he invitado a nada.

—¿Y qué? Esperas que vaya —comenta con burla—. No voy a arriesgarme a otro cabreo, te estoy pillando el punto.

Lo observo un instante y no me queda más remedio que claudicar, tiene razón de nuevo; tengo tantas ganas de que venga a mi casa como él por

venir.

—A las seis, y sé puntual, por favor.

Nos despedimos de Ewan en un momento, cada uno nos montamos en nuestros coches y enfilamos la carretera hacia el sur.

En el desvío, Kieran toca el claxon y sigue su camino mientras me dirijo hasta mi casa apreciando este día que amaneció gris con llovizna y se ha convertido en un día primaveral espléndido donde el sol ha ganado la batalla a las nubes igual que Kieran ha salvado los obstáculos que tontamente le he ido poniendo. No sé qué ocurrirá dentro de unas horas, ni si es una idea acertada traspasar una barrera que hasta conocerlo jamás me había planteado, solo sé que me apetece acostarme con él y que voy a hacerlo; tampoco es un delito ni vamos a comprometernos. Ese es mi mantra, atosigarme con ideas positivas sin ponerme límites tal y como vengo haciendo desde que llegué. Por una vez en la vida me gusta un hombre más joven que yo, y si esta noche me convence, repetiré, como poco no me habré quedado con las ganas; con él, desde luego, no voy a arrepentirme por algo que no he hecho.

11

«Puedo calcular el movimiento de los cuerpos celestes, pero no la locura de la gente»

Isaac Newton

CON EL SOL HERIDO de luz anaranjada antes del anochecer, contemplándolo desde la ventana del dormitorio, me visto para cenar. No quiero que parezca una cita romántica, así que elijo unos pantalones cortos y una camiseta negra. Voy con retraso porque he pasado un buen rato pintándome las uñas de los pies, y como soy presumida, me he maquillado con dedicación intentando que apenas se note. Mentiría si no reconociera que también se me ha ido el tiempo pensando qué vamos a cocinar. Tengo un surtido extenso de verduras, pastas y arroces, nada de carne y algunos lácteos. Espero que Kieran venga con la mente abierta y el estómago satisfecho, porque como traiga la intención de depender de mi pericia culinaria va a llevarse un chasco de los gordos. La noche que lo invité a cenar agoté mi repertorio para sorprender, así que hoy dejaré que él decida dentro de la oferta disponible.

A las seis y cuarto empiezo a desesperarme en el salón, escuchando a Imagine Dragons, mientras me bebo una copa de vino intento no enfadarme; pero no soporto la impuntualidad y más si encima se la he recordado.

De pronto, llaman a la puerta. Antes de abrir suelto un suspiro hondo para relajarme. Y cuando por fin estoy delante de Kieran cualquier emoción

negativa se evapora. Contemplo una sonrisa alegre, una mano extendida que me ofrece un ramo de flores silvestres y unos ojos dándome un repaso tan lento como excitante. Está muy guapo. La ropa informal acentúa su aspecto juvenil —vaqueros azules, camisa blanca y zapatillas deportivas—, sus facciones atractivas mejoradas por un afeitado cuidado y el cabello peinado en un moño. Por un instante aspiro el intenso olor de un gel de baño, es agradable. Tras un saludo cordial nada incómodo entra en el salón, sonrío un poco y me sigue hasta la cocina.

—¿Has venido andando?

—Casi —responde. Aprieto la frente. ¿Cómo ha podido venir casi andando? ¿De rodillas? Prefiero no indagar—. Siento el retraso —añade sin más explicaciones—. ¿Te gustan las flores?

—Sí, es un detalle muy bonito, gracias.

Veo que Kieran observa un inesperado orden. Saco un bote de cristal, lo medio lleno de agua y meto las flores.

—¿Qué vamos a cenar?

—Ni idea, estaba esperando que tú me lo dijeras.

—¿No has preparado nada? —pregunta, asombrado.

—No. Te has invitado solo y te has comprometido a cocinar conmigo.

¿Qué pensabas?

—No sé, Cindy —dice, y encoge los hombros—, va a resultar que

tienes razón y eres una anfitriona pésima.

—Estás acumulando méritos para quedarte sin cenar —cojo mi copa y bebo—. Si te apetece, sírvete tú mismo.

—Parece que voy a tener que hacérmelo yo todo.

—Si hubieses sido puntual...

—¿Las flores no cuentan?

—No, has quedado como un rey, pero no van a librarte de colaborar.

—Siempre colaboro, Cindy. —Coge una copa, la llena de vino y da un sorbo largo sin apreciar la sutileza de un tinto francés fantástico, más interesado en observarme fijamente—. ¿Hacemos las brochetas de champiñones y algo más?

—¿Te gusta cocinar?

—Sí, no se me da mal.

Vaya, otro tanto a su favor. Me pregunto si habrá algo que se le resista. ¿El sexo? De momento, aprecio a un hombre sorprendente muy alejado de las ideas que durante años he ido amontonando. No duda al remangarse la camisa y asumir el mando cuando empezamos a cocinar. Capta rápido cómo deben cortarse los champiñones, es observador, curioso y atrevido; tres cualidades imprescindibles para aprender.

Mientras está entretenido cortando rabitos, pico unos dientes de ajo y los mezclo en un bol con el vinagre de Módena, el aceite de oliva, el orégano

y la albahaca.

—Me gustaron mucho cuando los probé —comenta, ensartando cinco champiñones por brocheta.

—Son socorridos y facilones. —Enciendo el horno y saco harina para hacer unas verduras en tempura—. Yo no suelo complicarme mucho, tampoco se me da demasiado bien.

—Para mí, tanto en la cocina como en cualquier otra actividad, que las cosas salgan bien depende de la voluntad que uno le ponga al hacerlas.

—No estoy de acuerdo —digo, y le paso el bol para que impregne las brochetas—, hay personas que tienen una facilidad innata para que todo les salga bien.

—Nada es casual —habla tranquilo—, nadie nace con la lección aprendida.

—Muy bien, pero no todos estamos capacitados para hacer lo mismo.

—No estoy muy seguro de eso. Con esfuerzo uno puede conseguir lo que se proponga.

—Discrepo otra vez. Como razonamiento teórico es precioso, pero la realidad no es tan bonita. Hay muchísimas personas que luchan arduamente por lograr sus sueños y no lo conseguirán jamás. Sin ir más lejos, ahora hay una saturación en la televisión de programas que buscan estrellas de la canción, ¿sabes cuánta gente se presenta a los castings y nunca se acercarán a

ser profesionales? ¿Cuántos actores hay intentando abrirse camino? —pregunto con ironía—. Pues ese es el mundo real, unos pocos lograrán cumplir sus sueños y la inmensa mayoría se quedará en el camino para terminar amargados en trabajos rutinarios.

Kieran está apoyado en la encimera, escuchando atento. Bebe un sorbo de vino.

—¿Por qué eres tan negativa? ¿No te gusta tu trabajo?

—Soy realista, no es lo mismo. Y sí, me encanta mi trabajo —comento al referirme a la esencia de mi trabajo, no realmente al que desempeño en la revista. Por matizar, agrego—. Elegí ser periodista porque me gusta la comunicación, escribir y opinar; nunca he querido ser otra cosa.

—No pretendo menospreciar lo que haces —dice en un tono serio—, pero escribir artículos sobre ciudades no es un periodismo muy profundo. ¿En serio estudiaste una carrera para eso?

—No siempre he hecho lo mismo —respondo, algo molesta—, antes tenía una sección de actualidad política.

—Pues menudo cambio... ¿Por qué ya no?

—Porque no —contesto con sequedad. No me apetece hablarle de un despido que me humilló, es un tema desagradable que tengo guardado bajo llave e intento no recordar. En *La Vie* estoy mínimamente a gusto, gano un buen sueldo y tampoco me supone un sacrificio escribir de ciudades dando

mi visión personal. El ambiente distendido ha cambiado, se percibe la tensión —. ¿Tú piensas pescar durante toda la vida? —pregunto con ironía.

—No. —Kieran es más educado que yo, responde mostrando una sonrisa—. Me gustaría tener un centro de cultivo de salmón, estoy en ello.

—¿Acuicultura? —pregunto, sorprendida—. Qué interesante.

—Sí, pero requiere una inversión muy alta —dice, y admira cómo ha embadurnado las brochetas—. ¿Están bien?

—Perfectas —admito—. ¿Quieres aprender a hacer tempura?

—Claro —responde rápido. Me gusta esa sencillez suya, es natural. Saco un calabacín, una berenjena, pimientos y un brócoli, los pongo en la pequeña encimera y antes de que busque la tabla de madera para cortarlos él ya la ha limpiado y colocado delante de mí. Coge la berenjena y empieza a laminarla, tal y como iba a decirle que debía hacerse—. Si otro día preparo salmón, ¿comerías?

—Sí. —Sonrío contenta—, no soy una vegetariana radical, llevo años sin comer carne, pero de vez en cuando hago alguna excepción con el pescado, y el salmón precisamente es uno de mis favoritos. ¿Cómo lo haces?

Kieran está muy cerca, me gusta su proximidad. Sostiene mi mirada unos segundos y después sonrío breve y ligeramente en un alarde de orgullo, agradeciéndome de ese modo el interés por su faceta culinaria. Pasa a detallarme la receta heredada de su madre que parece bordar y espero tener el

placer de probar cuando quiera corresponderme con una invitación en su casa.

Luego, compartimos inquietudes, proyectos, ideas y sueños. Kieran es una caja de sorpresas de esas que incitan a querer ir descubriendo más. Para mí no hay nada más agradable que una buena conversación con alguien interesante. Logra cautivarme hasta el punto de no apreciar cómo se ha cerrado la noche. Estoy sentada en la terraza divagando mientras habla, contenta al reconocer que me había equivocado con él. Tenemos tantos gustos en común que me abruma la conexión, jamás habría imaginado que en este hombre hallaría a un buen compañero. Quizás sea precipitado pensar algo así, pero me agrada saberlo para no basar mi objetividad solo por su físico.

Cuando terminamos de cenar, me levanto con la intención de traer a la mesa la botella de whisky.

—¿Adónde vas?

—No tengo nada de postre —respondo—, voy a por el whisky.

Kieran sonrío, mirándome con sus ojos alegres. Durante unos segundos nos envuelve una corriente cálida, como una brisa sutil que captura nuestras voluntades. Él se pone en pie, camina hacia mí lentamente, y soy incapaz de mover un músculo al tenerlo delante. Cuando reacciono, inclino la cabeza hacia arriba para mantener el contacto visual. Levanta la mano

derecha sin dejar de sonreír y me acaricia la mejilla, le dedico un parpadeo de aceptación. Entiende el permiso y une sus labios a los míos, pero no tantea con indecisión, ataca reverente tomándose su tiempo. Y me vence. Le rodeo el cuello con las manos, me estrecha a su cuerpo por la cintura y empezamos a luchar sumergidos en un deseo apasionado que gana en intensidad. Es osado; soy atrevida. Me han besado antes, pero no de esta manera, sin vacilar ni descanso. Su sabor es masculino, totalmente deseable, me sacia incitándome a continuar aun cuando empieza a faltarme el aire. Impetuoso, Kieran destroza mis defensas y toma el control de la situación. De repente, se aparta, pero no puedo separar los brazos de su cuello porque me siento inestable.

—Quiero que seas mi postre —murmura, y me roza de nuevo los labios con los suyos—, ahora.

Trago despacio ante el azul borroso de sus ojos nublados por el deseo, le acaricio el pelo y me atrapa su suavidad. Noto unas manos grandes ascendiendo en una lenta caricia sobre mis costillas, perdida en él, gimiendo de puro placer con su cálido aliento sobre el cuello, una lluvia ardiente ansiosa por derretirme. El corazón me palpita alocado, sigue el ritmo perverso que Kieran va marcando, profundo, endemoniado y sin ánimo para desplazarnos hasta el dormitorio.

Él se arquea contra mí sin dejar de besarme, recorriendo con esas

manos enormes mis pechos. No quiero que pare, me da igual dónde estamos, solo necesito seguir para abrasarme en este delirio de sensaciones.

—Vamos a tu dormitorio ya o no respondo —dice jadeando.

—No respondas...

—Joder, pues prepárate porque estoy como una piedra.

Voy a callarme. Nos enredamos con velocidad al desnudarnos, desatamos dos lenguas hambrientas y unas manos que parecen multiplicarse. Kieran empieza quitándome la camiseta y el sujetador mientras mantengo una disimulada lucha con los botones de su pantalón. Luego, durante unos segundos, con una ligera sonrisa, contempla mi cuerpo completamente desnudo sin que sienta ese pudor que me había hecho rechazar a amantes más jóvenes que yo. Con él todo es natural, incluso mucho mejor de lo que esperaba porque me tiene aturdida al despojarme de sensatez. No pienso de forma racional, me limito a seguir el impulso salvaje que aprecio a través de los cinco sentidos. Veo su sólido torso, ancho y bien contorneado por una musculatura robusta; oigo unos leves gemidos cuando lame mis pechos; el aroma de su piel, que se confunde en mi olfato con el frescor de un gel de baño; le saboreo la boca con un beso arrollador; y, por fin, siento en las manos la sedosidad temblorosa del deseo más ardiente.

Con fuerza, Kieran me levanta y encierro sus caderas entre las piernas, se mueve en dirección a la fachada de la casa hasta que me apoya la espalda

contra el muro. Está al límite, puedo percibirlo en sus ojos enturbiados. De pronto, retira el insistente asedio de sus labios.

—Tengo que coger un preservativo —dice resollando. Asiento con la cabeza, expuesta por completo y agradecida por una sensatez sorprendente cuando ni siquiera he sido capaz de recordar que desde finales de marzo no llevo el DIU—. ¿Te gusta lo que ves? —pregunta al ver la mirada que le dedico a su esplendorosa belleza masculina en pleno apogeo.

—Mucho —respondo contenta, con las expectativas altísimas y las emociones palpitando en cada una de mis terminaciones nerviosas—. ¿Y a ti?

—Eres una mujer hermosa, Cindy —dice con una ternura inesperada—. Tenía ganas de esto desde la primera vez que nos vimos. —Invade mi espacio y vuelve a alzarme en brazos. Me besa los labios, ahora sin exigir, con pausada calma—. ¿No quieres que entremos?

—No, quiero hacerlo aquí.

Hablo susurrando, y aferro con firmeza su cuello. Quizás en otro momento le cuente que prefiero esto para recordarlo siempre como una primera vez, porque necesito que sea especial, porque con este hombre atractivo, arrebatador y fogoso como una hoguera infernal, estoy alejando otro de mis demonios con la noche por testigo de nuestro éxtasis y de mi adiós definitivo a los complejos. En una persuasión para las emociones más primitivas, nos enzarzamos como una pieza única para perdernos en la

urgencia de un adictivo delirio. Kieran despliega con furia contenida el poderío de su fortaleza física, me sostiene con las palmas de las manos, incansable, acelerando unas embestidas indoloras sin darme más opción que estallar a gritos.

Más tarde, apoyada en el muro de la casa relajándome frente al mar calmado, intento racionalizar mi comportamiento. Kieran empieza a vestirse, observándome. No sabe que no puedo guardar el equilibrio.

—¿Me he pasado?

—No —contesto rápido—, ha estado muy bien.

Se acerca abrochándose la camisa, y trato de sonreírle. Con su envergadura por delante mitigo un súbito escalofrío. Debería ponerme la ropa, pero no tengo fuerzas para moverme. Él me roza los labios, inclinado sobre mí, y le acaricio el cabello despeinado. Es uno de esos momentos donde asusta la intimidad, mucho más presente que durante el acto sexual.

—¡Kerry! —grita Lonnie—. ¡Tío, ¿dónde coño estás?!

Acaba la pregunta y aparece por la esquina de la casa. No puede ser verdad.

—¡Lárgate! —exclama Kieran sin moverse. Como se le ocurra desplazar el cuerpo medio metro estaré perdida. Lonnie se queda petrificado—. ¡Largo! —insiste.

—¡La madre que te parió! —Lonnie suelta una carcajada—. Joder...

—¿Puedes largarte de una puta vez?!

—Vale, vale... Te espero en la puerta.

Hace un instante tenía un poco de frío, pero justo en este momento estoy helada. Lonnie ha conseguido congelarme la sangre.

—Lo siento —dice Kieran apurado. Se agacha recogiendo mi ropa y me la da—. Voy a ver qué coño quiere.

Asintiendo, inclino la cabeza varias veces, le doy un tirón al pequeño montón de ropa y entro corriendo en el salón.

Subo la escalera hasta el dormitorio aún a más velocidad. No me preocupa lo que Lonnie haya visto porque estoy segura de que no ha sido nada; en cambio, se lo ha imaginado de inmediato. Y ese es el problema, con la afición a cotillear que hay por aquí mañana será de dominio público el mejor polvo que he echado en mi vida. ¿Por qué? ¿Por qué me suceden estas cosas? ¡La primera vez! ¡La primera maldita vez que tengo sexo al aire libre! ¡En mi puñetera casa! ¡Dentro de mi propiedad! ¿Por qué, Señor?

—¿Qué tienes en mi contra?! ¿Eh? —grito como una loca, no puedo contener la rabia—. ¡Maldito Murphy! ¡¿No conoces a nadie más?! ¡¿Por qué yo?! ¡¿Qué te he hecho?! ¡Explícamelo!

—¿Cindy? —Kieran aparece en la escalera, mirando alrededor—. ¿Con quién hablas?

—¡Con nadie! —Saco con brusquedad el camisón de debajo de la

almohada y me dirijo al baño—. Buenas noches, Kieran, voy a ducharme.

—No te enfades —dice antes de que dé un portazo y me encierre para olvidar los últimos cinco minutos—. No te ha visto.

—¿Y qué? —hablo desde el baño—. Sabe lo que hemos hecho, mañana seremos la comidilla de la isla.

—*¿Eso es lo que tanto te preocupa?*

—¡Sí! Detesto estar en boca de nadie.

—*Sal para que hablemos.*

—No, no tengo ganas de hablar. Haz el favor de dejarme sola.

—*Muy bien* —dice en un tono arisco—, *pero por Lonnie puedes quedarte tranquila, no va a contarle nada a nadie.*

—Seguro... —digo en un murmullo—. ¿Cómo sabía que estabas aquí?

—*Porque lo vi al pasar por su casa cuando llegué esta tarde* — explica—, *le dije que iba a cenar contigo y le presté la camioneta.* —Al escucharlo, abatida, sacudo la cabeza—. *Me voy, buenas noches.*

No me despido de él. Contemplo mi cuerpo desnudo en el espejo y me arrepiento de una decisión impulsiva. Toda la euforia, la alegría por la naturalidad con la que había actuado, se evapora en mi cabeza y la sustituye un pesimismo abrumador. Ahora no puedo ver con nitidez nada bueno, los comentarios maliciosos que invaden mi cerebro tienen la capacidad de

ennegrecerlo todo. La gente hablará de mí, porque doy por sentado que nadie opinará sobre Kieran, seré la “señora” que ha seducido a un chico; nuestra diferencia de edad les escandalizará y me señalarán como a una perversa. ¿En qué estaría pensando? Necesito relajarme, concederme algo de tiempo para planear una excusa creíble y, por supuesto, olvidar el pan de soda del pub de los McNamara.

12

«Si es bueno vivir, todavía es mejor soñar, y lo mejor de todo, despertar»

Antonio Machado

SENTADA EN LA MESA de la terraza, esta soleada tarde, con retraso por una ligera jaqueca que ha desaparecido hace un rato, me preparo el ritual para escribir: chupito de whisky, paquete de Marlboro, encendedor, un bloc con las anotaciones que tengo de Edimburgo y el portátil. Voy a titularlo: *Gaitas y airosas faldas*. Estructuro en mi cabeza la información, cierro los ojos para visualizar el casco antiguo de la ciudad y empiezo a escribir: *La capital de Escocia es especial sin ser una maravilla*. Me detengo, recordando el castillo que sobresale en lo alto de una colina, majestuoso, las calles empinadas que son un martirio para recorrerlas con tacones, por los adoquines; los viejos edificios de piedra con pasadizos y las escaleras estrechas que me sorprendieron en algunos patios. Intento centrarme. *Con una amalgama de presente, pasado y futuro; de cultura y turismo masivo*. Sonrío viéndome en un establecimiento cercano al castillo, donde experimenté en un vagón de tren el proceso de fabricación de su tesoro más apreciado, por supuesto, el whisky. Hasta hice una cata y aprendí a diferenciarlos según la región de origen. Bebo un sorbito, evocando la memoria, pero no soy capaz de continuar escribiendo. Enciendo un cigarrillo y contemplo el paisaje costero

dispersa en la preocupación que me mantiene enclaustrada desde el lunes. No debería posponer más ir a Baltimore porque tengo casi agotadas las existencias de comida y los productos de higiene. Bueno, a decir verdad, de tantos baños relajantes ya no me quedan sales. No puedo seguir así, pero si Kieran hubiese dado señales de vida podría saber a qué atenerme, aunque tuvo el detalle de recogerlo todo antes de esfumarse, algo de agradecer. No sé si está embarcado, en Baltimore, con su abuelo o sencillamente escondido. Como empiece a darle vueltas me saturó y no doy pie con bola durante todo el día cuando ya debería tener el artículo medio acabado para cumplir con el plazo límite de entrega. Falta una semana, y si la apuro sería la primera vez desde que trabajo para la revista que incumplo mis propias exigencias. Maldito Kieran Mullen, Lonnie McNamara y todas sus familias.

—*¡Cyn!*—grita Imogen.

Pego un bote de la silla y rodeo corriendo la casa. Me acerco a Imogen con la boca abierta, soltando exclamaciones alegres mientras Mark nos observa con resignación. Tras unos abrazos, compruebo que se le aprecia el embarazo, pero le siento de maravilla. Imogen es esbelta, con cuerpo de bailarina. Tiene el rostro sereno, de tez pálida; ojos azules enormes y una larga cabellera rubia con mechas y un corte escalonado. Viste con comodidad unos pantalones anchos y un blusón amplio. Mark es más clásico incluso con bermudas y camiseta, debe ser por la actitud sosegada que rara vez cambia.

Su estatura sobrepasa un poco la de Imogen y es robusto, con brazos y piernas musculosos. De cabello castaño, muy corto, tanto como una barba bien cuidada, y con rasgos varoniles pero finos; y ojos azules parapetados tras unas gafas de sol.

—Qué alegría que hayáis venido. ¿Por qué no me lo habías dicho?

—Porque queríamos darte una sorpresa —responde Imogen cuando entramos en casa—. Es mona —comenta echando un vistazo—, enana, pero no está mal.

—Dormiréis en mi habitación —digo resuelta—, me apañaré en el sofá.

—Estamos alojados en The Islander's —dice Mark.

—Ah... —Los observo un poco decepcionada, aunque sea la mejor solución para todos—. Vaya..., pensaba que os quedaríais conmigo.

—Sabía que esto era pequeño, Cyn, por eso hemos cogido una habitación allí. No hay mucha oferta... —comenta Imogen con un matiz irónico—. De todas maneras vamos a estar contigo todo el tiempo.

—Hemos venido dando un paseo —dice Mark—, no me extraña que quieras quedarte.

—Bueno, Pierre me deja la casa hasta septiembre —explico con la intención de ahorrarles ahora mismo lo mucho que he pensando en huir durante los últimos días—, pero no sé si me iré antes.

—El sitio es ideal —afirma Imogen, mirando la panorámica de la costa—, si estás bien, aprovecha la ganga; Londres es un agobio.

No tardamos en acoplarnos en la terraza una vez que retiro mis objetos de trabajo. Pospongo el artículo por una causa de fuerza mayor, esta visita ha conseguido que aleje el pesimismo para volver a ser positivista. Durante un rato charlamos del embarazo. Ambos se muestran radiantes, totalmente implicados en la decisión, por lo que me retracto de aquellos pensamientos sobre la responsabilidad de Mark convenciendo a Imogen. No me cabe la menor duda de que los dos desean formar una familia. Y me alegro por haberme equivocado, no me pesa reconocerlo al percibir su felicidad en un estado tan puro que hasta siento sana envidia.

Más tarde, subiendo la cuesta hacia el pub, Mark habla de unos planes laborales bastante halagüeños. Noto un ligero nerviosismo ante la idea de cenar aquí. Si bien, no he tenido otra alternativa debido a la escasez en mi nevera. Antes de acceder por la terraza, oigo el vozarrón de Lonnie para incrementar un desasosiego pueril hasta este preciso momento bajo control.

En cuanto abro la puerta, de golpe, trastabillo. Mark, con buenos reflejos, me sujeta el codo.

—Cuidado, Cyn, vas a matarte —dice Imogen.

—He tropezado con algo —hablo disimulando el cúmulo de

emociones que galopan por mi cerebro.

Efectivamente, Lonnie McNamara está aquí; sin embargo, no contaba con la presencia de Kieran. Cuando entramos, los dos ríen sentados en una mesa delante de la barra. Ahora se han callado, y no pienso darme la vuelta para ver qué hacen. Nos acoplamos en unos taburetes, esperando que John o Bonnie salgan de la cocina para atendernos. Es la hora de la cena, pero como es temprano somos los únicos clientes. Escucho el sonido de una silla al arrastrarla por el suelo de madera y el latido vertiginoso de mi corazón se me agolpa en la garganta.

—Hola, miss Pink —saluda Lonnie sonriente.

Despacio, giro la cabeza y le dedico una mirada severa con una sonrisa forzada.

—Hola, Lonnie, ¿cómo estás?

—De fábula —responde, echando un vistazo a mis amigos. Rodea con rapidez la barra para situarse frente a nosotros, inclina ligeramente el cuerpo y apoya las palmas de las manos en la encimera adornada con tapetes regalados por las marcas de licores—. ¿Qué os pongo?

—Queremos cenar —contesta Imogen.

—Muy bien, sentaos donde queráis —dice Lonnie con amabilidad—.

Ahora os llevo la carta. ¿Os voy sirviendo las bebidas?

—Sí —responde Mark, y mira a Imogen—. ¿Prefieres un refresco o

sigues con agua?

—Ponme un zumo de melocotón —dice ella, mirando a Lonnie.

—Lo siento —replica de inmediato y chasquea la lengua—, no tenemos. ¿Te vale de piña?

—Sí, está bien.

—Miss Pinkkkkk —dice Lonnie alargando la palabra y terminando con guasa haciendo eco—. ¿Qué te sirvo?

—Una catana —hablo despacio y sonrío breve.

Estoy convencida de que Kieran le ha contado “su hazaña” con pelos y señales. También, cuánto me fastidia que me llamen anteponiendo el dichoso “señora” y aún más esta nueva versión con el divertido recorte de mi apellido. Imogen y Mark comparten una mirada con los ojos abiertos de par en par.

—No servimos cócteles. —Lonnie hace una mueca de contrariedad.

—Qué lástima —digo en un murmullo, conteniendo las ganas de estrangularlo—, no te preocupes. Ponme una sidra, la Finnbarra seca.

—Marchando —admite risueño—. ¿Y a ti? —pregunta, centrándose en Mark.

—Cerveza local, una pinta.

—La mayoría son de la zona. ¿Cómo te gusta? ¿Negra, roja, rubia, poco amarga, muy amarga...?

—La que tú prefieras —responde—, tengo intención de probarlas todas.

—Pues no sé yo... —Lonnie parece dudar de la capacidad de Mark—. Te sirvo para empezar la Red Rebel de Franciscan Well y luego me cuentas. Sentaos y ahora os lo llevo todo.

Tuerzo una sonrisa cínica y doy la vuelta para elegir una mesa. Adrede ignoro la única ocupada, aunque solo sea por fuera pretendo no mostrar ninguna clase de malestar. De forma conveniente, opto por la más alejada de la barra y me siento dándole la espalda a Kieran. Así podré ahorrarme verle la cara, o sus ojos vivos escudriñadores, o el cabello que hoy lleva suelto por los hombros o la camiseta negra. No lo he tenido a tiro ni cinco segundos, pero han sido suficientes para escanearlo rápida y eficazmente.

—¿Qué te ha hecho el pobre chico? —pregunta Imogen—. He estado a punto de reírme en su cara.

—Es un poco... simple, da igual.

—¿Y por eso le hablas así? —pregunta Mark, arrugando las cejas.

—Tampoco le he dicho nada del otro mundo... No tengo la culpa de que le persiga la inteligencia y él corra más rápido.

Entornando los ojos, Mark sonrío.

—Pobre chico —dice Imogen—, no le des mucha caña. —Cambia la expresión relajada del rostro por una pose demasiado risueña—. El amigo se

ha levantado y viene hacia aquí.

Por suerte, ninguno repara en la tensión que manejo.

—Hola —saluda Kieran. Mantengo una postura hierática. Al instante, se mueve y deja en la mesa tres cartas de menús. Posa sus ojos en los míos y, con el semblante serio, habla—. ¿Cómo estás, Cindy?

—Bien, gracias —contesto cortante.

Kieran hace una leve inclinación de cabeza.

—Cuando sepáis qué vais a pedir, decídmelo.

—Muchas gracias —dicen a la vez Imogen y Mark. Ella sigue con la mirada a Kieran, que se aleja, y, centrada en mí, abre la boca en plan sorprendida—. Mi madre..., menudos elementos hay por aquí, Cindy...

Voy a ignorar la ironía porque lleva implícita curiosidad.

—Gene, ¿te recuerdo que tienes pareja?

—Prefiero que no se corte delante de mí —dice Mark tolerante.

—Pues yo preferiría que sí lo hiciera.

—Cyn —dice Imogen—, ¿qué te pasa? ¿Estamos perdiéndonos algo?

—Nada en absoluto —hablo en un tono frío, y cojo una carta—.

¿Podemos decidir? No me gustaría estar aquí hasta las tantas.

—No vas a engañarnos, Cyn. —Imogen mete una mano en el bolso, saca las gafas graduadas de Mark y se las tiende—. Elije para los dos, tengo mucha hambre —dice dirigiéndose a él. Gira la cabeza y me mira con una

expresión menos amable—. ¿Tienen alguna especialidad?

—Solo he probado la sopa de verduras y el pan de soda —respondo—, no sé cómo estará lo demás. Supongo que bueno porque es comida casera.

Lonnie se acerca con las bebidas en una bandeja, nos coloca a cada uno la nuestra y se saca del bolsillo delantero de la camisa una pequeña libreta y un bolígrafo. De golpe, suelta un estornudo escandaloso y se lleva la mano a la cara.

—Por Dios, Lonnie —espeto encogiendo el rostro entero—, ten cuidado, no vaya a ser que pierdas más cerebro por la nariz.

—Disculpad —dice poco afectado—, ¿os tomo ya la nota?

—El otro camarero nos ha dicho que lo avisáramos —dice amable Imogen.

—No pasa nada. —Lonnie le sonrío—. Lo compartimos todo —dice con sorna. Levanto la vista y lo fulmino. Me guiña un ojo—, incluso las propinas.

—¿Ahora trabaja para ti? —pregunto sin poder reprimirme.

—No, miss Pink —responde burlón. Cada vez que me llama así, aprieto los dientes—. Nos ha fallado la camarera y está echándome una mano.

—¿Y tus padres?

—En Cork, celebrando su aniversario de boda —aclara manteniendo

las pupilas azules, suaves, fijas en mí.

Asiento y sonrío mientras lidio con un ligero arrepentimiento por el trato que le he dispensado. Tras una breve charla, seguimos la insistente recomendación de Lonnie y los tres pedimos unos sencillos sándwiches. Imagino que le toca a él prepararlos y no habrá querido arriesgar con otros platos más elaborados. De nuevo a solas en la mesa, Imogen alza el vaso de zumo y bebe un sorbo.

—Cindy, Cindy —dice Imogen—, ¿qué te traes entre manos con estos dos?

—¿Qué hablas? No me traigo nada. Los conozco de verlos por aquí.

—Uno te llama miss Pink y el otro Cindy —comenta Mark—, y siendo tú, es un poco raro.

—Eres un encanto —digo, y muestro una sonrisa fugaz—, pero no controlo el nivel de confianza que se toman. Como comprenderéis, ni a uno le he dicho que me llame Cindy ni al otro miss Pink, no sé por qué lo hacen.

Oigo voces masculinas y giro la cabeza para ver a los cuatro hombres que acaban de entrar al interior del pequeño salón. Los ojos de Kieran coinciden durante unos insignificantes segundos con los míos, rápidamente, vuelvo a centrarme en Imogen y Mark aunque tengo la parabólica sintonizada en el canal de la barra. Sobresalen los efusivos saludos de los hombres a Kieran y los comentarios simpáticos cuando él alega que está ayudando a

Lonnie.

Imogen, desviando la mirada hacia la barra, sonrío.

—El rubio está haciéndote un marcaje durillo.

—Que haga lo que quiera, es un hombre libre.

—¿Cómo llevas por aquí tu nueva soltería? —pregunta Imogen.

—Si te refieres a tranquilidad, estupendamente.

—¿No tienes a nadie a la vista?

—Qué pesada, Gene —digo haciendo un mohín de desagrado—. ¿A quién voy a tener aquí? ¿Ves las pintas de los tíos de la barra? —pregunto a la defensiva—. Pues esos son de lo mejorcito, el nivel deja bastante que desear.

—Porque te da la gana —dice Imogen—. ¿Cómo se llama el rubio?

—Ni idea, déjame en paz.

—Venga, no te enfades. —Imogen me conoce, aunque ahora mismo esté perdida con la antigua Cynthia Pinkerton—. Vamos a pasar un rato agradable.

Conforme los minutos se suceden consigo aislarme de la presencia constante de Kieran para hablar con cierta normalidad y cenar un sándwich aceptable conversando de forma relajada.

Salimos a la terraza cuando los clientes que han ido llegando a cuentagotas empiezan a desmadrarse sin la más mínima consideración. El

ruido sigue siendo molesto, pero la puesta de sol lo compensa con una iluminación anaranjada en la distancia. Prestando atención a la voz de Mark, veo a Kieran salir presuroso. Al momento hace una batida por los bancos de madera, recogiendo los vasos vacíos hasta que tiene las dos manos llenas. Como ha ignorado los nuestros, supongo que no tardará en reaparecer.

—Gene —digo—, no me gustaría irme muy tarde, odio conducir de noche.

—Vete si quieres. Nosotros nos quedaremos un rato más.

—Sí, vete —dice Mark—, el Islander's está cerca, daremos un paseo.

A Gene le viene bien moverse.

—Vale —digo poniéndome en pie—, llamadme mañana cuando os levantéis y vemos lo que hacemos, podíamos ir a Clomacow o donde queráis.

—Mañana lo decidimos —resuelve Imogen—, ten cuidado conduciendo, has bebido bastante.

—Tranquila, por no haber, aquí no hay ni policía. No creo que vengan de Baltimore a poner un control de alcoholemia para tres gatos.

—Con tu suerte, nunca hay que dar nada por hecho —comenta Imogen bromista—. Mándame un Whatsapp cuando llegues.

—Gene, por favor, ni que fueses mi madre.

Me despido de ellos dándole un beso en la cara a cada uno y salgo hacia el muelle en busca del coche. No aligero el paso hasta alejarme varios

metros por el camino. Entonces, cuando me siento a salvo, prácticamente corro sin otro pensamiento que maldecir al niño que está robándome el sueño. Nunca he destacado por comprender la mente masculina, dos divorcios avalan esta creencia, tampoco he sido una mujer de relaciones casuales, que no son lo mismo que esporádicas, de esas he tenido unas pocas; ahora bien, tal y como ocurrieron las cosas el lunes, con cómplice naturalidad y una fiereza abrumadora, pensaba que tendríamos más comunicación; sin embargo no he podido estar más desacertada con él. Me fastidia muchísimo concluir que al conseguir lo que quiso ha perdido el interés, la idea me revuelve las entrañas.

13

«La única forma de descubrir los límites de lo posible es yendo más allá de ellos, a lo imposible»

Arthur C. Clarke

EL MISMO ENFADO QUE juega a descentrarme malogra el plan de acostarme y descansar. La solución más recurrente es por descontado darme un baño aunque tendré que conformarme con echarle al agua unas gotas de fragancia a lavanda porque no tengo sales relajantes. Como soy metódica en ciertos aspectos de mi vida, empleo un buen rato en preparar un escenario que invite a desconectar: unas velas aromáticas repartidas en el suelo, música suave, una toalla doblada para apoyar el cuello y un vaso con whisky.

La sensación al meterme en la bañera ya es de por sí agradable, cierro los ojos y reclino la cabeza hacia atrás. Aspiro el aroma placentero para el olfato y acaricio la superficie espumosa, otra delicia para el tacto. Intento dejar la mente en blanco, me esfuerzo por conseguirlo; pero a duras penas se suceden los minutos sin Kieran colapsándome los pensamientos. Entre el desorden que me asedia la cabeza se cuela una idea preocupante. Desde que llegué a la isla he ido superando mis temores, incluso pensé que el Destino me había traído para conseguirlo, para cerrar así una etapa, como una especie de círculo donde el principio y el final consistían en aceptarme y conocerme mejor. En cambio, ahora creo que este viaje estaba escrito en mi vida para

callarme por presuntuosa y bocazas, quizás porque es cuando me siento utilizada por un hombre que ha vuelto a la categoría de chico. Nunca digas de esta agua no beberé. Y así ha sido. Tantos años renegando de las relaciones con hombres jóvenes para terminar obsesionada con el primero que se cruzó aquí conmigo. Soy realista, asumí antes de caer que prefería vivir la experiencia a quedarme con las ganas, lo que no calibré es este machaque enfermizo. ¿Qué me ha dado para meterse en mi cabeza de esta manera tan violenta? Parece absurdo que a mi edad me sienta decepcionada con un hombre cuando hace tiempo dejé de esperar nada de ellos, pero no soy capaz de evitarlo. Eso es lo más hiriente; la crueldad retorcida de una mala decisión. Parece como si un demonio encaprichado conmigo pretendiera llevarme al límite del aguante. ¿Por qué? ¿Estará ese demonio esperando cualquier fallito insignificante, como desear tener sexo, para abofetearme la cara sin compasión? Porque es curioso cómo conocí a Kieran, las casualidades que lo pusieron en mi camino, algunas ridículas, otras bochornosas, pero todas llevándome derecha hasta él. ¿He estado en el lugar exacto y el momento idóneo? ¿O todo es un plan urdido por el demonio maquiavélico que rige mi destino? No lo sé. Extiendo la mano fuera de la bañera, tanteando el suelo. No encuentro el vaso de whisky, y me apetece un buen trago para ahogar las penas.

—¿Buscas esto?

Abro los ojos de golpe. Kieran está sentado en el inodoro, con el cuerpo hacia delante y sus largas piernas despatarradas.

—¿Qué haces tú aquí?! —grito indignada. Esto es el colmo. ¿Me tiene el cerebro fundido y encima va a colarse en mi casa cuando le dé la gana?—. ¿Cómo has entrado? —pregunto asombrada por su sigilo.

—Por el salón —responde con tranquilidad, y tiene la desfachatez de sonreír clavando los ojos en mis pechos, que con el aspaviento del susto han quedado visibles pero algo ocultos por la espuma. Casi puedo oírlo pensar y me sumerjo de nuevo. Él le da un sorbo al whisky, nada contrariado—. ¿Por qué no me has llamado estos días?

—¿Perdona? ¿Qué yo te llame a ti?

—Sí, qué menos después de que me echases.

—Creo que se te está yendo la cabeza —hablo cínica—. Te dije que me dejaras sola, no te eché. Y para que lo tengas bien clarito, jamás he llamado a un tío después de enrollarnos por primera vez. Y, ahora, si eres tan amable, lárgate por dónde has venido.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? —pregunto al borde de la histeria—. ¡Porque es mi casa! ¡No te he invitado! ¡Y porque me da la gana! ¡Largo!

—Después dices que no estás loca —habla sin moverse del sitio—, pero vas a permitirme que lo dude un pelín.

—¡Haz lo que te salga de los huevos! ¡Pero no en mi casa! ¡Largo!

—Cindy, o te relajas y hablamos con calma, o te saco de la puta bañera y no respondo de mis actos.

—Como hagas que te lo repita, tú y yo vamos a tener un problema muy gordo.

—Vale... —dice, y bebe otro trago—, sin prisas... Cuando tengas frío, avísame.

El niño está poniéndome de una mala leche sin precedentes.

—Estás muerto.

Kieran menea la cabeza, sonriente.

—¿No piensas salir?

—Sal tú primero —respondo.

—No —dice con sencillez—, tú.

Está venciéndome, no sirvo para lidiar con niños; me superan.

—Por favor —hablo en un tono más sosegado, pendiente a unos ojos azules con motas de risueña esperanza—, vete fuera mientras salgo.

—Quiero verte, creo que está clarito, clarito —recalca imitándome.

—¡Joder, Kieran! Pareces un crío.

—Sabes el valor que le doy a algunas de tus apreciaciones, así que no seas tan tímida; ya nos hemos visto desnudos. No entiendo a qué viene ahora tanto pudor.

—Viene porque no quiero que se repita, y porque no me gusta que nadie se cuele en mi vida como un ladrón. Sal del baño, por favor.

—Se acabó —dice de pronto.

Lo siguiente que oigo son mis propios gritos cuando me saca del agua. Es tan bruto que no me coge en brazos, me carga a la espalda como un saco de patatas, o de nubes de algodón. Por el rastro que suelto y el poco esfuerzo que él hace, quizás el algodón sea más apropiado. También por cómo me lanza en la cama.

—¡Eres un cavernícola!

—Y tú una cabezona —exclama al ponerse a horcajadas sobre mí—. Dime qué esperas.

—¡Estás loco! —Le doy manotazos para moverlo, inútilmente—. ¡Déjame!

—¿Por qué tendrás que gustarme? —habla, y se quita la camiseta. La pasa con suavidad por mis pechos, todavía algo húmedos aunque la espuma haya desaparecido. Es malo, listo, perverso y muy lento. Recorre mi piel con una parsimonia que lo aleja del comportamiento rudo de hace unos minutos. Sin ser consciente, gimo encantada. Él muestra una sonrisa victoriosa, inclina el cuerpo hacia abajo y empieza a lamerme los pezones. Hasta aquí llego con la negación de lo evidente. Otra vez claudico ante el deseo, deslizo las manos por unos hombros anchos, suaves y sólidos, y las paseo con lentitud por su

espalda. Kieran levanta la cabeza, se sabe ganador. Nos besamos arrollándonos como el otro día contra la dura fachada, hoy cómodos en mi cama.

—Quiero ir despacio —dice Kieran, sujeta mis manos, que tratan de quitarle los pantalones—, déjame hacerlo a mi aire.

Sonrío y le rozo la boca con los labios en una lánguida muestra de aceptación. Poco después, el juego sugerente nos atrapa en unas caricias eléctricas, piel sobre piel, mecidos en temblorosos jadeos de un placer exigente e infinito. No puedo asimilar estas sensaciones, tibias y abrumadoras a la vez. Siento de nuevo la profundidad de nuestra unión en sus delicados movimientos, incluso elegantes mientras marca con las caderas una cadencia pausada. Retrocede y empuja sacudiendo mis defensas, las destroza y expone a una voracidad intensa, apremiante como la sed, o necesaria, y juntos caemos engatusados por el placer.

Esta noche donde esperaba soledad termino aturdida en brazos del hombre que está metiéndose en mi vida con la fuerza de un ciclón, maravilloso, hallado sin buscarlo, dándome un soplo de felicidad, satisfacción y el sosiego que ansiaba para dejar de envenenarme con mis pensamientos.

—He estado muy enfadada contigo —digo con la cabeza apoyada en el hueco de su hombro, le acaricio con una mano los músculos contorneados

del estómago—, pensaba que no querías repetir.

—Lo he notado —admite, y sonrío despacio—, si te soy sincero, cuando te he visto en el pub, he estado a punto de soltarte varias cositas delante de tus amigos.

—¿Qué le has contado a Lonnie?

—Poco, lo básico.

—¿Puedes ser más conciso? Me gustaría saber a qué atenerme con él.

—Aunque creas que no se entera de nada, es más listo que el hambre.

—Desde luego, es una fiera —hablo sonriendo—. Seguro que siempre cruza la calle por los pasos de peatones para no caerse al vacío y morir.

—Piensa lo que quieras —comenta sin molestarse—, pero no tuvo problemas en suponer lo que habíamos hecho.

—Lo dicho... Si me ve en bolas y a ti casi encima, ha deducido como un lince —hablo, y suspiro—. ¿Y qué opina el señor McNamara?

—¿Te preocupa Lonnie?

—No, pienso más en Bonnie. No me gustaría copar las noticias de la isla.

—Ya deberías saber que vamos a hacerlo. Hablarán de nosotros hasta que encuentren otro tema más interesante. Yo no pienso ocultarlo, ¿y tú?

Suelto un suspiro largo.

—No sé si es lo mejor.

Atento, Kieran encara los ojos en los míos y me sujeta la barbilla.

—¿Cuál es el problema? Me dijiste que ya tenías el divorcio de tu marido. ¿Hay algo más?

—No —hablo con un nudo en la garganta.

En este instante me falta ánimo para volver a la carga con la diferencia de edad, aunque tenga claro que será el centro de esas hipotéticas habladurías. Debo concienciarme para afrontarlo a pesar de no sentir con él ningún tipo de distanciamiento generacional, porque todo está en la cabeza y cómo seamos capaces de entendernos entre nosotros. Ni más ni menos. Haré piruetas para lidiar con cualquier obstáculo del mismo modo que las hice con mis exmaridos al empezar con ellos, en este caso ya no tengo que salvar a unos padres detractores, todos se basarán en la edad y la distancia, y como es pronto para pensarlo por ahora solo quiero dejarme llevar siguiendo la jugada que me depara una alineación perfecta de los astros, el Destino o un demonio gamberro. Cuento con buenas cartas y un gran compañero de juego que, de momento, es sensato, inteligente y, lo más importante, vive el juego con entrega y apasionamiento.

14

«Precisamente porque el destino es inmutable, la suerte depende de nosotros mismos»

André Maurois

EL DÍA SIGUIENTE AL despertarme, lo primero que hago es remolonear en la cama y bostezar sintiendo los músculos doloridos. Con la cabeza apoyada en la almohada, aparte de entrecerrar los ojos por la molesta luz radiante que se cuele a estas horas, escucho ruido de cubiertos en la cocina. Tengo una sensación de bienestar que podría confundirse con alegría al recordar la noche anterior. Debería levantarme para ver al causante, pero me cuesta.

No me gustaría que terminase pronto esta recién estrenada relación. He conseguido dormir sin preocuparme por el qué dirán, aceptando cuanto me depare el futuro y entregada por completo al cavernícola más delicado con el que he compartido horas de placer y al que no he sido capaz de reconocerle que también me gusta. En ese aspecto él es mucho más natural y sincero, admite el mutismo porque sabe que es recíproco.

Tras pasar unos minutos en el baño, salgo con la cara lavada y el cabello peinado hacia atrás, me visto con unos pantalones cortos y una camiseta blanca. Descalza, encamino unos pasos calmados hasta la escalera. A la mitad del sinuoso recorrido, la perspectiva que contemplo de la minúscula cocina hace que sonría. Kieran está de espaldas, mostrando un

torso desnudo que me he hartado a acariciar. Solo lleva puestos los vaqueros, y tiene el pelo mal recogido en un moño. Oye el crujido de mis pies en los peligrosos escalones y gira el cuerpo.

—Buenos días —dice, mirándome de arriba abajo con minuciosa atención—, veo que madrugar no es lo tuyo.

—Estaba cansada —admito acercándome, dudo un segundo si besarlo o no; aunque él parece leerme el pensamiento y me roza los labios con la boca—, ¿qué has podido preparar?

—Bueno... —dice al volver a la limitada encimera—, café, tostadas con mermelada y poco más. No tienes huevos, leche, mantequilla ni salchichas, no entiendo cómo puedes sobrevivir.

—Hay cereales. —Abro el armario bajo, al lado de los dos fogones, y saco una caja de muesli—. ¿Te gusta?

—¿Sin leche?, a palo seco va a ser que no. —Kieran examina la caja y su expresión cambia conforme lee los ingredientes—. Si fuese un pájaro...

Cojo la caja.

—Esto es muy sano, tiene cereales integrales y frutas sin azúcar, es energético y viene muy bien para ir al baño.

—Tómatelo tú, no vas a convencerme.

Kieran sirve los cafés en las tazas que hay colocadas en la encimera, las coge y se dirige hacia la terraza. Con el resto del desayuno en una

bandeja, salgo también y me siento frente a él. No he mirado la hora, y no recuerdo que haya sonado ninguna de las alarmas, o bien porque el móvil está descargado o porque la que tengo puesta a las diez me ha pillado profundamente dormida. El sol es molesto, y por la altura, me da la impresión de que estoy algo confundida con el tiempo.

—¿Qué hora es?

—Ni idea —responde, muerde la tostada que ha untado con un dedo de grosor de mermelada—, pero entre la una y las dos.

—¿Tan tarde?

—Eso parece —contesta masticando, observándome los ojos—. Tendríamos que ir a Baltimore para hacer la compra o moriré de inanición.

—Hoy no puedo. He quedado con mis amigos. —Al decirlo siento una ligera preocupación por ellos, aunque no creo que hayan tenido ninguna incidencia. Me pongo en pie de pronto, consciente de que es complicado recibir llamadas si el móvil no tiene batería. Cuando regreso del salón con el teléfono en la mano, compruebo que es la una y cuarto y la ausencia de comunicación por parte de Imogen—. Qué raro, iban a llamarme cuando se levantarán.

—¿Viven en Londres?

—Sí. Imogen y yo somos amigas desde hace... —Bufo— un montón de años. Había pensando llevarlos a Clomacow, a ver si hoy tengo más suerte

y puedo disfrutar del paisaje sin perritos asesinos.

—*Guapo* es un trozo de pan —dice indulgente—, ese día se le cruzarían los cables por algo.

—No es por ser borde, pero es el perro más feo que he visto nunca. ¿Quién le puso el nombre?

—Yo, es español —responde, y disipa una duda que me pareció surrealista—, me hizo gracia.

—Es divertido —afirmo risueña, le doy un sorbo al café y, tanteando, pregunto—. ¿Tienes que ir hoy a ver a tu abuelo?

—Si vamos a Clomacow —dice, invitándose solo; y no me molesta, al contrario—, pasaré a darle una vuelta.

—¿No tienes que ayudar a Lonnie esta noche?

—No, me ha mandado un mensaje, va la camarera.

—Qué bien —comento, pensando que lo tendré a mi disposición. Mientras lo observo comer con apetito la ridícula tostada, me asalta una duda curiosa—. ¿Por qué en vez de tener un apartamento en Baltimore no te has instalado aquí con tu abuelo?

—Por varios motivos; el principal es que el barco está allí, y otro bastante importante es su carácter. Algo vislumbraste cuando tuviste el accidente con *Guapo*.

—Sí, parece que tiene genio —hablo y sonrío, recordando los

comentarios despectivos de Odele Canavan, que también lo incluyó a él aunque ni de lejos pueden compararse—. Y no lo definiría como un accidente, fue un ataque —digo con un leve indicio de ironía—, pero sí, tu abuelo no parece un hombre fácil. —Kieran mueve la cabeza, asintiendo. Durante unos minutos comemos en silencio, hasta que pregunto—. ¿Estar tantos días sin faenar no es un descalabro para tu economía?

—No, llevamos algo más de una semana —comenta con pasividad—. Nicky y su mujer vuelven el miércoles, quiero salir del jueves al lunes. ¿Hasta cuándo se quedan tus amigos?

—Se van mañana por la tarde, ¿por qué?

—Estaba pensando en invitarte al barco, podríamos recorrer parte de la costa. Si te parece bien, vamos pasado mañana y aprovechamos para comprar en Baltimore.

Dudo un instante. ¿Está haciendo planes conmigo? ¿Barco y compra conjunta?

—Nunca he estado en un pesquero... —hablo sonriendo—, vale, me apetece.

—No esperes aromas florales —comenta casual—, solemos tenerlo bastante limpio, pero el olor a pescado no se va ni de coña.

—No te preocupes, me adapto a todo.

Kieran arquea una ceja, se levanta con su taza en la mano y regresa a

la cocina.

Pensando en esta nueva complicidad que me resulta muy agradable, sigo con el frugal desayuno. Tengo la boca llena cuando llaman a la puerta. Casi me atraganto al escuchar las voces de Imogen y Mark. Saludan a Kieran y, al momento, le acompañan aquí. Pillada. La sonrisa leve de Imogen es algo cínica, opuesta a la mirada alegre que le dedica a la espalda de Kieran, que apurado se quita de en medio para ponerse la camiseta. Tanto ella como Mark se sientan a la mesa sin pronunciar palabra hasta que dejamos de oír los pasos de Kieran por la escalera.

—Lo sabía. —Imogen habla en un tono bajo—. ¿Por qué lo negaste?

—Porque es la segunda vez que estoy con él. No quería darle importancia.

—Ya —suelta molesta—, ¿no será que pensabas ocultárnoslo?

—Gene —dice Mark—, no tiene por qué compartirlo todo.

—Gracias por tu apreciación —comenta, y lo observa severa—, pero he tenido que aguantarle muchas retahílas sobre... —duda unos segundos. Espero que sea cauta y obvие mencionarlo a él. Es verdad que Mark fue un blanco fijo para mí durante meses, sin embargo, Imogen sabe que he terminado aceptándolo, que lo admiro y que siento por él un gran cariño—, sobre los hombres —concluye.

—Tienes razón —digo en un tono sumiso—, y te pido disculpas,

Gene. Hablaba desde una perspectiva poco realista.

—¿Qué te ha hecho cambiar de idea además de su físico? ¿O solo es sexo para distraerte?

—No lo sé —reconozco, encogiendo los hombros—, nos conocimos cuando llegué. Al principio me cayó fatal, pero después empezamos a hablar, a conocernos realmente y... el lunes nos liamos. —Hago una breve pausa, manteniendo las pupilas fijas en ella—. Es muy diferente a los hombres con los que he estado.

—¿Estás enamorada?

—No —exclamo con un gesto torcido—, es encantador y por ahora me gusta, pero de ahí a estar enamorados hay un abismo.

—O un paso —dice rápido—. ¿Y el otro?

—¿Lonnie? —pregunto asombrada. Imogen afirma con la cabeza—. ¿Piensas que estoy con los dos? —hablo elevando el tono de voz—. ¿Estás loca o qué?

—Cosas más raras se han visto...

—¿En mí? —pregunto enfadada, me pongo en pie y cojo mi taza—. Te has pasado. —Entro en la casa acelerada, dejo la taza en el fregadero, donde no está la otra, y subo la escalera de caracol pisando tan fuerte que cimbrea. Al llegar al dormitorio, la cama está hecha. Kieran sale del cuarto de baño, vestido por completo y con el cabello peinado en una pequeña coleta

—. ¿Sigues queriendo venir con nosotros a Clomacow?

—Sí, ¿por qué?

—Por nada —respondo atenta a unos ojos perturbadores que varían la tonalidad azul en función de la luz. Estamos tan cerca que huelo su fresco aliento y, de nuevo me agrada la proximidad, debo hacer un esfuerzo de voluntad para no lanzarme a su cuello. Él parece notar el deseo, sonrío breve y ligeramente antes de colocar las manos en mi cintura para apretarme contra la robustez de su cuerpo. Nos besamos la boca con suavidad, tanteando con las lenguas los sutiles recovecos del placer sencillo. Acabo de admitirlo delante de mis amigos, Kieran es diferente al resto de hombres que he conocido por esta calma que lo aleja de los tópicos, por la buena disposición que tiene para el orden e incluso por su inexperiencia en relaciones anteriores. Eso no significa que sea peor amante, en ese terreno no ha perdido el tiempo, y pese a una edad de la que podría esperarse urgencia o rapidez, tiene temple y es generoso; no puedo quejarme por cómo me ha ido con él, sería injusto y falso. Sin intención de socavar esta sensación de felicidad, no me planteo compartir la conversación que acabo de tener con Imogen. Precisamente, con ella y Mark son con quienes más cómoda puedo estar con él—. Me apetece mucho que pases el día con nosotros, eres el mejor guía que podíamos tener.

—Soy bueno en muchas cosas. —Kieran sonrío despacio—. ¿Qué te

han dicho de mí?

—Se han sorprendido un poco, sobre todo Imogen, pero más que por ti, por mí. —Entorno los ojos meneando la cabeza, sin apartar los brazos de su cuello—. Es una larga historia... En otro momento te la cuento.

—No hace falta, Cindy. Me imagino por dónde van los tiros. ¿Está relacionada contigo y la edad de los hombres?

—¿Cómo lo sabes? —pregunto asombrada.

—Porque estás obsesionada con la edad, aunque ahora sé que no es en sí por la edad. A ti lo que realmente te preocupa son las habladurías; y no sé qué es peor, la verdad.

—Eres muy perspicaz, Mullen. Podrías donarle algunas neuronas a tu amorcito.

—Ayer te quemaste con él, y vuelves a equivocarte. Lonnie no tiene un pelo de tonto, confundes nobleza con estupidez. Si una tía me hubiese pedido una catana como hiciste tú —comenta para dejarme bien clarito que me escuchó—, te juro que entro en la cocina y salgo con un cuchillo. No te respondió porque no conocía a tus amigos, si llegas a estar sola la cosa habría sido diferente. A eso lo llamo prudencia de profesional.

—No te ofendas —digo conciliadora, al instante añado—, pero no me negarás que es más espeso que el chocolate.

Kieran entrecierra un ojo.

—Y tú muy borde sin motivos. Lonnie no te ha hecho nada.

—Bueno, está por ver —replico, pensando en la información que maneja—, pero tienes razón, fui desagradable sin venir a cuento. Le pediré disculpas cuando lo vea.

—No hace falta. —Besa breve mis labios—. Pagaste el cabreo que tenías conmigo con él, pero como es listo y las caza al vuelo me dejó salir antes de cerrar para que viniera a verte. Por eso te digo, de tonto nada de nada.

—No, si todavía voy a tener que estarle agradecida...

—Ser amable, pedir ayuda o agradecer no es malo, Cindy.

—No —admito con una tibia sonrisa, me aparto y saco del armario unas chanclas negras. Cuando las tengo puestas, levanto la vista y lo veo con las manos en los bolsillos traseros del pantalón, con los ojos fijos en mis pies—. ¿Bajamos?

—Sí —responde tras parpadear varias veces, como salido de una fantasía—. Tenemos que ir en tu coche, la pick-up se la dejé anoche a Lonnie.

—¿Viniste andando?

—Tengo las piernas largas, es un paseíto.

Desde luego, estoy de acuerdo con esas dos observaciones. Echo un vistazo a sus piernas, que me llamaron la atención al minuto uno de

conocerlo, y callo una sarta de pensamientos obscenos para cumplir con mis amigos. Ahora bien, si no estuvieran aquí..., si no hubiese nadie esperándonos, no saldría de la cama recorriéndolas con esmero y dedicación hasta quedarme sin huellas dactilares o papilas gustativas; me da igual, los dos sentidos colman de sobra mis aspiraciones. Bajo detrás de él intentando no fijarme en el balanceo de su culo prieto para alejar los sueños que me despierta. Al menos, hasta que regresemos debería comportarme como una persona adulta, y puede parecer fácil; pero ante semejante espécimen la sensatez o cordura ocupa un resquicio tan minúsculo en mi cabeza que hallarla para actuar como una mujer equilibrada es casi un acto de fe. Creo que antes de ignorarlo hay más posibilidades de que me abduzcan unos extraterrestres, seguro.

15

«Puede quien cree que puede, y no puede el que cree que no puede. Esta es una ley inexorable»

Pablo Picasso

CAMINO DE CLOMACOW, Kieran propone parar en una pequeña cala de arena blanca. La había visto varias veces, es parecida a otra que hay cerca de casa, aunque el acceso lleno de rocas y el desnivel no me incitaron a bajar tras la “bonita” experiencia con el viejo O’Driscoll y su dócil engendro maligno.

Tres millas atrás en el cielo apenas había nubes, ahora la tarde ha puesto bastante incertidumbre para que al observarla no pueda adivinarse qué nos espera. Kieran ha conducido a velocidad reducida, imagino como deferencia hacia Imogen y Mark, y en los diez minutos que hemos estado en el coche me ha sorprendido su buena sintonía con Mark, ya que a simple vista no parecen tener nada en común. Mark es un hombre tranquilo, simpático cuando tiene algo de confianza y muy educado; de él no esperaba menos; en cambio, el encanto desplegado por el Cavernícola ha sido otro mazazo contundente contra mis prejuicios. No solo ha mantenido una conversación amena, sino que también ha bromeado sin soltar las vulgaridades que a veces he escuchado en el pub.

Al llegar a la cala, Mark, pendiente a la seguridad de Imogen, le agarra con firmeza la mano cuando empezamos a descender por las rocas, tan

peligrosas por unos vértices afilados como traicioneras por la humedad. Y por no llamar la atención al no confiar en mí misma, también porque soy la única con chanclas y tengo más posibilidades que ninguno de salir maltrecha, bajo en último lugar fijándome por dónde piso. Para variar, mi mente se dispersa al recordar de nuevo la aventura que me costó las Adidas y el cargo, meto el pie izquierdo en una grieta y se atasca la puñetera chancla.

—¡Cindy! —grita Kieran ya desde la playa—. ¿Estás bien?

—¡Sí! —respondo, tratando de sacar el pie sin que se note mi incompetencia. Levanto la mano, en una especie de gesto tranquilizador—. ¡No te preocupes!

Vuelvo a intentar salir airosa del tonto obstáculo y, al no conseguirlo, saco el pie de la chancla creyendo que así será más fácil. Y lo es para mi pie, pero dándole tirones a la chancla no logro desencajarla de la grieta, como si el ínfimo resquicio estuviese hecho adrede con la intención de fastidiarme otra hazaña a priori facilona incluso para una embarazada. Kieran aparece de pronto, con los ojos clavados en mi mano, intentando sacar la chancla, y sonrío al negar con la cabeza.

—Deberías haberte puesto otro calzado.

—No tengo —replico—, y tampoco sabía que íbamos a hacer montañismo.

—¿Montañismo? —repite torciendo el gesto—. Si son diez metros de

nada...

—Lo que tú digas —hablo, y retomo los tirones.

—Aparta, anda. —Kieran mueve la chancha hacia los lados, tal y como estaba haciendo yo, y misteriosamente consigue sacarla. Cuando me la pone con una expresión triunfal, me besa los labios—. ¿Te llevo en brazos?

—No —contesto ofendida—. Gene ha bajado sola, no voy a ser menos.

—Como quieras, pero dame la mano y ten mucho cuidado.

Sin más problemas para no terminar con el orgullo por los suelos, llego a la playa bien sujeta por Kieran. Nos acercamos a la orilla donde Imogen y Mark se han sentado, y Kieran se deja caer en la arena, tira de mí y me sienta entre sus piernas. No protesto, aunque esté desconcertada por un trato cariñoso que no esperaba y suma más enteros en pos de mi comodidad.

Al tibio sol le cuesta por momentos brillar mientras las nubes van copando el cielo, en cambio, los cuatro disfrutamos de un paisaje salvaje hablando entretenidos. Con la cabeza apoyada en el pecho de Kieran, mantengo los oídos bien atentos pero soy incapaz de no cerrar los ojos al sentir unas manos grandes y calientes colándose bajo mi camiseta.

—Quédate quieto —susurro cerca de su oído.

Kieran no me escucha, pasea las manos con disimulo por mi vientre y desliza los pulgares rozándome el contorno de los pechos. Mark sigue

hablando:

—Es una buena idea —dice, refiriéndose al plan que Kieran, ilusionado, acaba de explicarles: la granja de cultivo de salmón—, pero te conllevará un proceso burocrático bastante arduo ponerla en marcha.

—Lo sé, cuento con ello —admite, sin dejar de acariciarme—, no pretendo montarla hasta dentro de unos meses, aunque me gustaría ir moviendo los papeles con las Administraciones.

—Si tienes el terreno —dice Mark—, ya cuentas con un adelanto considerable. ¿Sabes algo del plan costero de Cork?

—Están empezando a conceder autorizaciones. Hasta la fecha, la costa oeste nos lleva mucho adelanto. La mayor parte del salmón que consumimos procede de las granjas de Mayo y Galway.

—Deben estar viendo el negocio —comenta Imogen casual—, si hay buenas cifras de por medio, no creo que te pongan muchas pegas.

—Tengo que hacer un estudio de rentabilidad, pero tal como quiero montarla seguro que es positivo. Mi prioridad es entregar al consumidor un salmón excepcional, de lento crecimiento, con carne más firme y niveles de grasa menores que los de la costa oeste, aunando la protección del medio ambiente con la salud y el bienestar de los peces.

Al escucharlo, sonrío. Me gusta que sea un soñador.

—Si necesitas ayuda —dice Imogen—, cuenta conmigo. No sé si Cyn

te ha dicho que soy asesora fiscal.

—No lo sabía, gracias. Lo tendré en cuenta.

—Te digo lo mismo para el papeleo —añade Mark—, soy abogado.

—Vaya... —exclama Kieran alegre—, con los dos cubro los temas que más me agobian.

—Yo puedo redactarte los artículos para la web —hablo y me incorporo.

—No vayas tan rápido —dice Kieran, parece receloso.

—Mientras no te ensañes... —murmura Imogen.

La observo con una mirada desafiante, que cambio de inmediato cuando descubro una silueta oscura, pequeña y femenina, en las rocas.

—Mierda —digo alucinada—, tenemos compañía.

Trato de moverme, pero Kieran lo impide apretándome la cintura.

—Actúa con normalidad —susurra en mi oído, con una sonrisa.

¿Está loco? Odele Canavan se acerca a nosotros, diligente.

—Qué sorpresa —dice Odele con los ojos atentos a los míos, los desvía a las manos de Kieran—. Hola, Kerry, cuánto tiempo sin verte.

—¿Cómo está? —pregunta él, seco.

—Bien, como siempre —responde, y se centra en mí—. Usted también está estupenda. ¿Por qué no ha vuelto?

—No he tenido tiempo, Odele. —De nuevo, intento disimuladamente

levantarme, y Kieran sigue sin ceder en el agarre—. Tengo pendiente pasarme para que me enseñe a hacer el pan de soda.

—Tranquila, comprendo que esté liada.

Ahora mismo, es más acertado decir que estoy bloqueada. Me molesta cómo nos observa sacando conclusiones.

—La tengo bastante entretenida —suelta Kieran en un tono cínico.

Me tenso como una vara, definitivamente, está buscando guerra.

—Ya te veo —afirma con un deje donde se advierte ironía—. ¿Cómo está tu abuelo?

Kieran aprieta los labios.

—Bien, gracias por preguntar.

Entre ellos dos ocurre algo extraño. Camuflan la hostilidad con cortesía, pero se percibe la tensión.

—Dale recuerdos cuando lo veas.

Él mueve la cabeza en una muda afirmación, y por fin decide ponerse en pie. Al instante, Odele se despide y camina alejándose por la orilla.

—¿Quién es? —pregunta Imogen.

—Una vecina —responde Kieran—. ¿Nos vamos?

Sujeta mi mano y esquiva la mirada atenta que le echo. Este no es el momento oportuno, pero no voy a pasar por alto la explicación que sin venir al caso le ha dado a Odele, ni la curiosidad que siento por saber el porqué de

la animadversión que he presenciado.

Cuando cae la tarde, después de que nos hayamos hecho fotos en los acantilados de Clomacow y de ir a una pequeña aldea cercana donde hemos comido un guiso de cordero bastante bueno en una especie de albergue rústico —pese a que habría preferido un restaurante y no probar la carne, ha sido otra experiencia diferente que me ha gustado—, Kieran detiene el coche delante de la casa de su abuelo. Ninguno hacemos amago de acompañarle en la visita y él tampoco dice nada. Durante su ausencia damos un paseo por el vasto prado que rodea el antiguo caserón. No tengo intención de averiguar cómo Eoghan conserva el interior, y no soy optimista por el lamentable estado que presenta la fachada blanca, llena de desconchones; el tejado oscuro, con hierbajos; y el coche en el chasis que hay junto a un granero de madera.

Andando sobre la hierba húmeda, atiendo a Imogen sin alzar la vista para no pisar ninguna boñiga de las vacas y ovejas que tenemos a una distancia escasa. Mi amiga no para de alabar a Kieran, y no sé si este entusiasmo es realmente porque está impresionada o para empujarme sin contemplaciones a una relación parecida a la de ella con Mark. Puedo entenderla y no dejo de darle vueltas a las continuas sorpresas que me llevo con él, desde su ternura, que a veces considero inapropiada al haber

compartido solo varias sesiones de sexo, hasta la valentía que ha mostrado delante de Odele dejándole claro que entre nosotros está cociéndose “algo”. Quisiera ser así, segura, cariñosa y amable; sin embargo, no son los rasgos más marcados de mi carácter, soy capaz de distorsionar la realidad transmitiendo lo contrario.

—No lo estropees, Cyn —dice Imogen—. Has tenido mucha suerte al conocerlo.

—No quiero ser repetitiva, Gene, pero no puedo plantearme ahora mismo nada serio o estable —comento en un tono bajo, afligido. Imogen eleva las cejas—. No es por su edad, de verdad —matizo apresuradamente—. No siento que sea un obstáculo entre nosotros. —Miro un instante a Mark, y me sostiene las pupilas—. Es porque apenas lo conozco y porque nuestras vidas son muy opuestas.

—Siempre que uno inicia una relación —empieza diciendo Mark—, no conoce a la otra persona, es cuestión de tiempo e interés.

—Sí —admito—, pero él seguirá aquí en septiembre y yo volveré a Londres.

—¿Entonces? —habla Imogen—. ¿Estás pasando el rato con él? — Parece enfadada. Encojo los hombros—. Eres muy egoísta, Cyn. Ese hombre está enamorado de ti y lo estás usando sin tener en cuenta sus sentimientos.

—¿Qué estás diciendo? —pregunto, saltando por los aires—. ¿Él te ha

dicho que está enamorado? ¿Cómo va a estar enamorado? Una cosa es que nos gustemos, y eso lo sabemos los dos porque lo hemos hablado, y otra muy diferente estar enamorados. ¡Joder, Gene! ¡El embarazo te ha trastocado el cerebro!

—Cyn, no grites —dice Mark, tocándome el brazo—. Pero yo también estoy de acuerdo con Gene. No hay más que ver cómo te mira, está enamorado.

—¿Tú también? ¡Sois tal para cual!

Espoleada por la incompreensión, murmurando, con las grandes zancadas que me permiten las piernas y las chanclas me aparto de ellos dirigiéndome hacia un reducido número de ovejas reunidas pastando. El enfado no me permite otra cosa que maldecir, hasta que la oveja más gorda y grande de la reunión olvida alimentarse para distraerse conmigo. Que sepa, son animales mansos; pero estoy empezando a dudar por la forma de mirarme y avanzar hacia mí de esta en concreto. Inmóvil, no reacciono unos segundos; y la oveja sigue acercándose. Reculo varios pasos, ella me embiste, y voy más rápido.

Satisfecha al ver que se detiene perdiendo el interés, sin apartar los ojos de ella, me relajo un poco y ralentizo el ritmo para convencerla de mis buenas intenciones. Súbitamente, hundo un pie en algo blando, una especie de masa caliente. ¡Apesta! ¡Qué asco! Horrorizada, levanto la pierna. Tengo

mierda hasta en el tobillo. ¡¿Por qué?!

Desde aquí escucho las carcajadas de Imogen y Mark, sin ninguna consideración ni piedad ante mi desgracia. Kieran, que acaba de salir de la casa, se acerca caminando decidido.

—¿Qué coño estás haciendo? —pregunta arrugando la cara, y me tira del codo.

—¡Nada! ¡Tu abuelo podía tener el campo más limpio!

—No digas gilipollecies —espeto, guiándome hacia el granero—. A ver si eres capaz de quedarte quieta un momento. —Me suelta al lado del coche desguazado y rodea el granero. Oigo un chirrido metálico, y al instante aparece con una manguera en la mano. El agua a presión arrastra la mierda del pie y la esparce en un charco—. Quítate la chancla —ordena.

Aturdida, no replico, con sentirme limpia me conformo. La operación termina rápido, y él recoge la manguera mientras voy al coche ignorando la guasa de mis amigos.

De vuelta a casa, empieza a llover y a Kieran se le ocurre ir a campo través bordeando la costa. No objeto nada confiando en su conocimiento del terreno. Pasados unos minutos, ya no estoy segura de ese pensamiento. Esta lluvia no es de la estación, viene acompañada por ráfagas de viento que empujan el coche y lo desestabilizan. Además, las gotas dispersas en el parabrisas dificultan la visibilidad. Kieran parece tranquilo, no así Imogen,

que de vez en cuando me mira con ojos asustados. Subimos por una pequeña ladera, dando saltos bruscos, con las ruedas hendidas en la tierra mojada o rebotando. Mark sujeta el asidero de la puerta, callado. No sé si va disfrutando de este paisaje verde y solitario o, como nosotras, está rezando.

—¿Dónde vamos a cenar? —pregunta Kieran, desviando la vista por el espejo interior.

—En casa —respondo, pensando en su afán por engullir. De inmediato caigo en la escasez de mi nevera, y resoplo—. Será mejor que vayamos a The Islander's. —Observo los ojos sonrientes de Kieran, supongo que la duda le ha surgido por eso—. ¿Te parece bien?

—Perfecto —contesta rápido.

Imogen coloca una mano en mi pierna, sonrío e inclina levemente la cabeza en un gesto de aprobación.

—No seas tonta —susurra—, ama y deja que te ame.

Exhalo una bocanada de aire, asintiendo pensativa. ¿A qué me enfrento? ¿Podré olvidar el daño que otros hombres me han causado y amar a este sin lastres? ¿Cómo? ¿Qué pasará cuando regrese a Londres?

Así, en un silencio que interrumpe el chaparrón, el viento y el motor del coche, llegamos al hotel. Y, como lleva siendo habitual desde esta mañana, Kieran se muestra gentil conmigo y me conduce con la mano en el hombro hasta el porche de madera lleno de mesas con velas en el centro.

Pasaremos aquí la última velada de mis amigos en la isla, en un entorno romántico con la panorámica de la ensenada bajo la lluvia, en esta noche que gana al día mientras tomo una decisión importante: sucumbir a Kieran sin pensar en las consecuencias. ¿Lo conseguiré o será otro de los nobles propósitos hacia mí misma que nunca cumplo?

16

«Solo hay una fuerza motriz: el deseo»

Aristóteles

KIERAN SE MOLESTA cuando le suelto la mano a pocos metros del pub. Parece una chiquillada por mi parte, no dejo de reconocerlo, pero una cosa es comportarme de forma natural cuando estamos a solas, o como hace un momento al despedir en el muelle a Imogen y Mark, que hacerlo en público delante de sus conocidos. A veces la simpleza de un gesto cariñoso encierra más intimidad que el sexo. Debe comprenderlo aunque para él solo sea una muestra más de la cercanía que pretende. Puedo percibir su rigidez, me incomoda igual que el aceleramiento de nuestra relación, y le sostengo la mirada unos segundos antes de atravesar la terraza. El ambiente esta noche es tranquilo, solo hay varios clientes en los bancos. Dentro, un par de mesas ocupadas. Tratando de parecer segura por no dar pie a suspicacias, camino decidida hacia la barra pendiente a la ligera sonrisa de Lonnie. Este desvía los ojos por encima de mi hombro estableciendo un diálogo visual con Kieran.

—Hola —saluda Lonnie—, miss Pink.

—Lonnie, déjalo.

Kieran le habla severo. Durante un instante se observan. No me agrada ser la causante de ningún tipo de enfrentamiento entre ellos, leve o grave, e

intervengo:

—Quiero pedirte disculpas —digo con suavidad, enfocada en los ojos risueños de Lonnie—, el viernes me pasé un poco.

—¿Sí? —pregunta, frunciendo el espeso ceño oscuro—. No me cuenta, soy bastante despistado; pero gracias, es un detalle.

—De nada, y los sándwiches estaban muy buenos —digo en un alarde de amabilidad.

—¿Os gustaron?, ¿de verdad?

—Sí, tus padres pueden irse tranquilos.

Kieran apoya los codos en la encimera de la barra y repiquetea los dedos de una mano, en un gesto de impaciencia.

—¿Puedes ponerme una birra o me la sirvo yo?

El tono que escucho no me gusta, y lo miro extrañada. Cuando salimos a la terraza con las consumiciones que Lonnie nos ha servido, tardo medio segundo en preguntarle:

—¿Qué te pasa? ¿Sigues enfadado?

—No estoy enfadado —replica—, pero ya que lo preguntas, me toca las narices que trates a Lonnie como si tuviera cinco años. ¿Tus padres pueden irse tranquilos? —repite con cinismo—. Es un hombre, lleva en este negocio desde que nació, no necesita que nadie le diga cómo lo hace o deja de hacer.

—He pretendido ser amable, no era una ofensa.

—Te dije que no hacía falta que te disculparas, pero lo has ignorado porque te importa una mierda mi opinión.

—Espera, espera —digo empezando a enfadarme—, esto no es por Lonnie, todo tu cabreo es porque no he querido darte la mano.

—No, veníamos de la mano tan tranquilos, pero no quieres que nos vean juntos; eso es lo que me jode.

—Sí —admito, y suspiro—, porque aún no estoy preparada para aguantar que hablen de nosotros, es muy pronto. Tú quieres ir demasiado rápido, y yo no puedo seguirte.

—No quieres seguirme, es diferente.

—Puede, tengo mis motivos.

—Cuéntamelos —dice desafiante—, si no son muy complicados, podré comprenderlos.

Es difícil decirle que piso el freno porque asumo que lo nuestro durará tres meses, hasta que regrese a Londres, o porque no quiero enamorarme de él para ahorrarme otra decepción.

—Cuando estés más receptivo —digo sin ánimo, con ganas de levantarme y desaparecer.

—Detesto que me trates como a un gilipollas cuando no estamos solos. No soy ningún adolescente para que me hables así.

—Quítate tus malditos complejos de encima, y precisamente ese, porque la diferencia de edad siempre estará entre nosotros. ¿No decías que no te importaba? Pues no lo parece.

—Porque no eres clara conmigo —espeta con genio, y se pone en pie. Está sorprendiéndome—. Me voy.

—Haz lo que te dé la gana.

No me muevo del banco ni intento seguirle los pasos con la mirada, centrada en las luces como brillantes intermitentes de los barcos que pescan en la costa. Bebo tranquila, oyendo el rumor de unas conversaciones vecinas pero tan alejadas como los pensamientos que me invaden la cabeza. Esta pataleta de Kieran viene a confirmar las ideas que siempre he mantenido de la inmadurez de los hombres. No creo estar siendo confusa con él, al contrario. Trato de hablarle con sutileza al hacerle comprender que incluso estando muy a gusto debemos ir con calma; aunque vista su actitud o no lo capta o prefiere empujarme para terminar así. Porque, desde luego, si su intención es que me deje llevar tampoco está consiguiéndolo. O encontramos un punto intermedio que a los dos nos satisfaga o estamos abocados a fracasar mucho antes de que regrese a Londres.

Veinte minutos después llego a casa, y Kieran vuelve a sorprenderme. Está en la puerta, sentado en el suelo con las piernas estiradas. No esperaba verlo, pero me alegra comprobar que tiene intención de dialogar. Se levanta

en cuanto aparco y me acerco.

—Siento haberte dejado sola —dice con suavidad.

Trago despacio, atenta a sus ojos.

—No voy a mentirte. No me ha hecho ni la más mínima gracia, pero entiendo que cada uno gestionamos los enfados de diferentes formas.

—Yo... —Kieran parece envarado—, tú... —habla sin encontrar las palabras, nervioso. Sonrío para tranquilizarlo, me encanta la inseguridad que percibo; pero no por la propia inseguridad, sino porque muestra valentía—. Me gustas mucho, Cyn —dice por fin—. Y me gustaría más seguir conociéndote, como tú quieras.

—Yo también quiero seguir, pero sin correr un sprint.

—Lo siento, no sé muy bien cómo comportarme. Nunca he tenido novia, me falta experiencia con las mujeres.

—¿Me consideras tu novia porque nos hemos acostado tres veces?

—Han sido muchas más. No llevo la cuenta, pero de tres nada, por lo menos diez. —Se inclina hacia delante—. ¿Quieres ser mi novia?

Sacudo la cabeza, entornando los ojos. Tengo la impresión de que no ha escuchado nada de lo que acabamos de hablar.

—De momento, seremos amigos.

Ahora es él quien niega ligeramente, acercando la boca a la mía.

—Y novios —susurra—, no beso a mis amigas y a ti me muero por

besarte.

Busca mis labios, los roza con lentitud y tantea, y empieza a librar una dulce batalla que me rinde al deseo. No resisto y cedo a la ternura que está dispuesto a darme, y se la devuelvo aunque no sea como él pretende. Más que un beso, es una seducción sin palabras, provocándome con la calidez de su lengua sin exigir ni apresurar. Sé lo que intenta, trata de engatusarme; sin embargo, no le hace falta porque me tiene en sus redes desde el mismo momento que hicimos el amor la primera noche. Solo queda que acepte la fluidez que persigo para no dar un paso en falso por precipitarnos. Antes de reconocer abiertamente esta relación debo asegurarla o tener muy claro qué siento por él. Con Sam confundí el deseo con amor, no funcionó y ambos salimos perjudicados. Y ahora, cuando empiezo a descubrir al hombre que hay detrás de Kieran O'Driscoll, y pese a una excelente química sexual capaz de aturdirme, necesito basarme en la experiencia para no cometer errores pasados. Quizás no sea justo desde su punto de vista; en cambio, desde el mío los pros son menores a los contras. Y, de continuar juntos, no espero más que complicaciones que solo solventarían un amor mayúsculo y, por desgracia, a ese jamás he tenido el placer de conocerlo ni en Julian ni en Sam. ¿Puede ser Kieran? No lo sé. Con la edad he aprendido que para conseguir un sueño no basta con actuar —aunque sea imprescindible—, también hay que creer y planear a conciencia. Por eso, con sensatez, sin forzar ni apremiar, tal y como

sabe besarme, conforme avancemos deberíamos ir salvando obstáculos porque de todos siempre hay uno sobrevolando mi mente con una pesadez agobiante, tan depresiva, que limita no solo la naturalidad de mis gestos, sino la esperanza propia del inicio en una relación: la distancia. Esa es la mayor angustia para no afrontar a Kieran como merece, el freno más potente para reclamar sosiego aun cuando únicamente desee perderme en sus brazos mientras nos amamos. ¿Qué pasará en septiembre?

17

«No hay un final. No hay un principio. Lo único que hay es pasión por la vida»

Federico Fellini

EL DÍA SIGUIENTE LLEGAMOS al puerto de Baltimore a las once de la mañana.

El *Bandit* tiene veintisiete metros de eslora, es algo viejo pero no más que los demás barcos que he visto amarrados. El puente de gobierno está en el centro de la cubierta, sobre el habitáculo, y tiene una hilera de pequeñas ventanas alrededor. Me llama la atención la grúa que hay en la proa y un montón de nasas cuadradas, metálicas, bien ordenadas. Antes de zarpar, Kieran me explica por encima el proceso de pesca, cómo seleccionan las capturas en una superficie de acero inoxidable que hay en la cubierta, parecida a un contenedor, por dónde caen hasta la bodega, y me guía dentro a hacerme un recorrido. Bajamos por una estrecha escalera hasta un pasillo donde hay tres cabinas; una con dos literas, otra es un aseo y la última es una pequeña sala con una mesa anclada al suelo, rodeada por un banco de madera y una encimera con aparatos para cocinar. Me indica dónde está la sala de máquinas, pero no me la muestra; no sé si porque advierte poco interés o porque realmente no es nada interesante. Hace lo mismo con la cámara donde se conserva el pescado, señala con la mano una compuerta de hierro, y nos dirigimos al puente.

Con la ayuda de dos operarios del muelle que desamarran el barco, zarpamos hacia la isla Cape Clear. Desde aquí se divisa toda la cubierta. Kieran pilota con seguridad, pendiente a los aparatos de orientación. Desde luego, no parece un trabajo sencillo. Sentada, observo la cantidad de pantallas que debe controlar.

Cuando salimos de la ensenada natural del puerto, pasamos por una especie de estrecho y diviso en la cima de una colina el faro de forma cónica. Es un monolito blanco de piedra construido en 1849, al que Kieran se refiere como *La mujer de Lot*. Al dejarlo atrás, se nota la fuerza del oleaje atlántico. Recorremos la costa de nuestra isla, que es abrupta y oscura, hablando de las novelas policíacas que Kieran tiene encima de la zona de control. Es gratificante compartir una afición, aparte de otra sorpresa, y ya van unas pocas con él en un breve intervalo de tiempo, y de derribar otro de mis prejuicios acerca de los jóvenes. Puedo parecer una tarada mental porque solo nos llevamos doce años y no es tanta diferencia, o eso creo cuanto más estoy con él, por haber pensado que la juventud en sí limitaba la lectura, o el aprendizaje de cualquier cosa que no estuviese relacionada con la informática o electrónica, y empiezo a asumir mi error. Ciertamente, es una cuestión de curiosidad individual que depende en exclusiva de cada uno y es independiente al género y la edad. Gracias a Kieran destierro otro cliché absurdo para pasar un rato admirándolo; algo que jamás me había ocurrido

con mis exmaridos porque ambos se limitaban a leer obligados por sus trabajos y nunca comprendieron que para mí fuese vital enfrascarme entre líneas de todo tipo de lecturas. Es otro punto a tener en cuenta en la lista de pros del Cavernícola que me hace muy feliz. También me detalla cómo quiere enfocar la granja de cultivo; percibo unas ganas tremendas por ponerla en marcha y lo incito a que se explaye. Interesada, pregunto y le planteo posibles problemas, que él argumenta con el tipo de soluciones atrevidas que damos cuando a toda costa queremos cumplir lo soñado, cuando agudizamos el ingenio para realizar esas ideas que pueden rozar la utopía pero tienen el poder de alegrarnos la vida.

—En septiembre empezaré un curso de Gestión Empresarial — comenta—, me vendrá bien para tener una visión global aunque en la granja no me encargaré personalmente de algunos temas.

—Siempre es bueno tener una base. ¿Dónde vas a hacerlo?

—En Cork, dura tres meses. Tendré que faltar a algunas clases para que Lonnie y Nicky no pierdan pasta por mi culpa, pero ya me organizaré.

—Estoy segura de que te sacarás el curso sin problemas. Eres ambicioso y estás motivado, con dedicarle unas horas al día a los estudios será suficiente.

—Eso espero. Ir por libre y estudiar siempre se me ha dado bien.

—¿Te arrepientes por no haber hecho una carrera en su momento?

—¿Cuál es ese momento? —pregunta dejando en el aire una connotación sarcástica.

—Al terminar el instituto —respondo, y muevo los hombros—. No digo que no se deba estudiar cuando a uno le apetezca o pueda, sino que lo habitual es hacerlo de corrido.

—Tú lo has dicho, Cindy, “lo habitual” que no lo obligatorio. A los diecisiete no tenía ni puta idea de lo que quería en la vida. Sabía lo que no quería ser, pero no encontraba nada que me gustara para dedicarle cuatro o cinco años más. Así que empecé en un barco como marinero realizando todas las funciones de pesca, desde la izada del arte hasta la descarga en la lonja, luego mi abuelo me animó para que me sacara el título de patrón y lo fui combinando con el curro sin que me pesara —explica convencido—, pero porque ya me había enamorado de esta profesión. ¿Tú tenías claro de siempre que querías ser periodista?

—Si te soy sincera —empiezo a decir, sonriendo al sentirme algo tonta—, cuando era niña soñaba con ser neurocirujana.

—Joder... —Kieran se ríe sin pudor—, menos mal que se te iluminó la bombilla porque con lo torpe que eres no habrías dejado vivos ni a los celadores.

—No soy tan torpe, lo que pasa es que me has visto en el medio inadecuado.

—Rocas, coche, campo... —Se detiene, observándome divertido.

—En cada ocasión tuve alguna ayudita tuya —digo solo por verle los ojos brillantes y risueños—, tú conduciendo a lo loco, tu perro persiguiéndome, los excrementos de los animales de tu abuelo —recalco—, lo demás han sido casualidades, y todavía puedo achacárselas a tu isla. Si no, que las carreteras estuviesen mejor asfaltadas y los accesos a las playas con pasarelas como en todas partes.

—¿Dónde hay accesos a las playas con pasarelas?

—En toda playa que se precie, ¿nunca has visto ninguna?

El rostro de Kieran ahora mismo es comestible. Una sonrisa enorme lo invade por completo, mostrando la perfección blanca de su dentadura y dos hoyitos en las mejillas que ni la barba oculta; realmente es un placer estar en su compañía.

Una hora después, Kieran detiene el motor frente a la costa de Cape Clear. Por una parte me alivia dejar de oír un ruido bronco e impertinente, aunque noto más el oleaje en el movimiento del barco y eso puede convertirse en un suplicio para mi cabeza o, lo que sería peor, un revulsivo para mi estómago. Intentaré distraerme como pueda con tal de no ser la diana perfecta de ninguna jugarreta de Murphy, hoy no voy a permitirle incrementar mi mala fama. Así pues, positivista, nada arruinará esta agradable travesía. Por ser complaciente, le sigo hasta la cubierta para que me

enseñe a pescar con caña y carrete. Ya sabe que no soy ducha en tareas manuales, pero está ilusionado y le quita importancia.

—Te va a gustar —comenta mientras ensarta una sardina en el anzuelo—. Los atunes rojos son unos luchadores, resisten mucho tiempo antes de rendirse. A veces se necesitan horas para cobrarlos.

—Menuda alegría —digo irónica—. Voy a intentarlo, pero como me aburra lo dejo. Sin haberlo hecho nunca, puedo asegurar que no es lo mío.

—Es bueno probar cosas nuevas. —Se acerca, pone la caña entre mis manos y... mentiría si me adjudicara el mérito del lanzamiento. Él sonrío—. Lo has hecho muy bien.

—Pescar con las nasas llevo a entenderlo, pero esto es más... —Hago un gesto de desagrado con los labios—. ¿Salvaje?

Kieran meneaba la cabeza, termina de preparar otra caña y la lanza con destreza a una distancia considerable.

—Dicen que pescar atún rojo es un noventa por ciento preparación, un nueve por ciento decepción y un uno por ciento éxito.

—Mejor no sigas —digo bromeando—. Los pescadores estáis locos.

Algo después, de pie y con buena voluntad, espero contemplando el horizonte; nada. El tiempo va pasando y me remuerde la conciencia estar haciendo el tonto cuando tengo que terminar el artículo de Edimburgo. Pierre me ha llamado hace un rato, y no le he contestado para evitar excusarme.

Tengo la intención de enviárselo antes del viernes, aprovechando que Kieran estará faenando y volveré a quedarme sola.

—La paciencia es la fortaleza del débil y la impaciencia la debilidad del fuerte —dice cuando resoplo por enésima vez.

—Vaya, no sabía que te gustaba Kant.

—No sé quién es.

—¿Y por qué lo citas?

—Ah. —Sonríe—. Es una de las frases favoritas de mi padre. Es profesor de Historia.

—¿Quieres hablarme de tu familia?

—No hay mucho que contar. Mi padre, como acabo de decirte, es profesor de Historia en la Universidad de Cork, y mi madre es psicóloga pero nunca ha ejercido. Llevan casados treinta y un años, son felices, y tengo una hermana dos años más pequeña que yo; la conociste en la boda de Nicky.

—¿Qué le pasa a Odele Canavan con tu abuelo?

—Nada —responde cambiando el tono, pasa de simpático a arisco.

—Si no quieres contármelo, lo entenderé; pero no niegues que le ocurre algo porque es evidente.

—Está amargada desde que murió su marido.

—¿Y eso en qué afecta a tu abuelo?

—Lo culpa de su muerte. —Kieran eleva un instante las cejas—. Mi

abuelo era el armador del barco en el que Canavan tuvo el accidente. Todos los testigos dijeron que fue mala suerte —explica. Aprieto la frente, y aclara—. Se rompió un cable de acero y lo degolló. Odele es bastante injusta desde entonces.

Evito comentar que la mujer tampoco siente simpatía por él, debe saberlo.

—¿Tenía muchos barcos?

—Bastantes —contesta evasivo. Al cabo de unos segundos, agrega—. Este me lo regaló él, también me ha dado el terreno donde voy a montar la piscifactoría.

—Pues no parece que ande sobrado de dinero. Al menos en su casa no invierte mucho.

—Siempre ha sido un hombre sencillo, le gusta esa casa y vivir aislado.

—La soledad a veces es reconfortante, pero en exceso puede convertirte en un huraño.

—Mi abuelo no es ningún huraño —dice ofendido—, es un hombre recto con una forma algo antigua de ver las cosas, pero es honrado y no se va por las ramas para darte su opinión. Prefiero eso a charlatanes que intentan manipularme con buenas palabras.

Durante un instante creo que es una indirecta, y me molesta. Guardo

un silencio prudente enfocando la atención en la caña, hartándome por momentos de la pesca.

—Esto es un aburrimiento. ¿Podemos dejarlo?

—Claro —responde con una sonrisa. Cuando sujeta mi caña, de repente el hilo se tensa con brusquedad—. ¡Han picado!

A partir de aquí, Kieran se acelera. Entre exclamaciones, tirones hacia atrás, insultos y recoger el carrete, paso a ser la espectadora excepcional, alucinada, incluso me contagia su entusiasmo cuando vislumbro al pez emerger luchando. Más insultos, más fuerza en los movimientos de sus brazos, más exclamaciones, el pez por segundos acercándose al barco y una cara donde se refleja la pasión por la pesca. Esos son mis referentes hasta que iza el atún y lo deja caer en la cubierta.

—¡Es enorme! —grito—. ¿Cuánto pesará?

—Unos veinte kilos —responde sofocado sin apartar los ojos del pez moribundo, coleteando—. Apártate, es peligroso.

—Bueno, pues estamos dentro del uno por ciento de afortunados.

Kieran levanta la mirada, satisfecho.

—Me has traído suerte, pero te toca limpiarlo.

—Vas listo... —Me aparto y saco el móvil del bolsillo—. Cógelo y te hago una foto.

Como un niño risueño, capto una imagen que en otras circunstancias

me habría irritado; en cambio, ante él sujetando el impresionante atún, después de haberlo visto luchar, no pienso en injusticias medioambientales; prefiero quedarme con la felicidad del cazador victorioso. Luego regresamos a Baltimore haciendo planes culinarios. A Kieran no le afecta que sea vegetariana, directamente lo ignora hasta escucharme admitir que probaré el atún. Claudico. Lleva horas sorprendiéndome, no solo por la conversación o la euforia de la pesca, sino por el comedimiento de su actitud conmigo. No ha intentado besarme ni siquiera una sola vez. ¿Porque anoche volvimos a hablar de nosotros y de nuevo insistí en tomarnos las cosas con calma? ¿Será una forma de respeto? ¿O no le ha apetecido? No sé qué pensar y yo misma vuelvo a contradecirme. No es normal exigirle una cosa para después decepcionarme esperando otra. ¿Qué busco realmente?

18

«Haz de tu vida un sueño, y de tu sueño una realidad»

Antoine de Saint-Exupéry

LA TIENDA DONDE COMPRÉ los productos de baño ecológicos no se libra de otra visita tras desembarcar en Baltimore. Está muy cerca del apartamento de Kieran, que es más bien un estudio minimalista dentro de una casa individual de dos plantas con entrada independiente por la escalera de madera que hay en el lateral de la fachada. Cuando me proveo de sales, aguanto una mofa absurda al coger la *Sex bomb* y me deja bloqueada al preguntarle a la dependienta por aceites para masajes. Compra uno llamado *Hottie* bajo la observación fija que soy incapaz de disimular.

—¿Para qué lo quieres? —pregunto al salir.

—Para usarlo —responde, y se inclina para besarme la mejilla—, contigo —susurra.

Consigue alentarme. Andamos por la calle animados con una charla intrascendente hasta entrar en el supermercado. Entonces, recorremos los pasillos centrándonos en la variedad de productos —no es vastísima, pero sí completa—. A mi lado, Kieran parece indiferente cuando meto en el carro los artículos que me interesan; aunque, casi de inmediato, por cada uno, él incluye otro. De momento llevamos carne de ternera para un regimiento, porquerías tipo: patatas fritas, galletas de chocolate y *Doritos*, que hace siglos

no pruebo, y tampoco se queda corto con la selección de cervezas. Eso sí, tiene el detalle de darme a elegir entre dos botellas de vino blanco. ¡Cuánta consideración!

Terminamos, y una vez en la caja, Kieran no consiente que saque la tarjeta de crédito. No discuto, en público, al sentir una extraña mezcla de emociones. Estoy oscilando entre miedo y humillación. Pero mientras guardamos la compra en el maletero del Tiguan antes de ir al muelle del ferri, no puedo reprimirme y le pregunto:

—¿Piensas vivir en mi casa sin que lo hayamos hablado?

—No —responde serio—, pero no me apetece alimentarme del aire cuando esté contigo.

—¿Y hasta cuándo será eso? Porque llevas carne para varios meses y sabes que no tengo congelador.

—Tenía intención de quedarme en tu casa hasta el jueves —dice, y cierra de un portazo el maletero—, pero será mejor que me quede aquí. —Me suelta las llaves del coche en la mano—. Hasta luego, Cindy.

Kieran da la vuelta, saluda con una inclinación de cabeza a las cinco personas que están esperando el ferri y camina a paso rápido por el muelle hacia la rampa que da a la carretera.

—¡¿Por qué te vas si estamos hablando?!

En cuanto termino de gritar, él se detiene y tarda unos segundos en

acercarse.

—Porque me he equivocado y es estúpido discutir —dice controlando el volumen de la voz, imagino que por no llamar más la atención de sus conocidos, que no apartan los ojos de nosotros—. No voy a estar yendo a la isla diariamente para verte, iré cuando vuelva de faenar. Creía que te apetecía estar estos días conmigo. —Tuerce la boca en un gesto despectivo—. Pero como no es así, pues bien, lo admito.

—No he dicho que no quiera que estés conmigo, solo te he preguntado porque me ha sorprendido tu compra.

—¿Podrías ser sincera una puta vez? —Kieran no disimula el enfado—. Estás flipando porque piensas que voy muy rápido y hasta se te habrá pasado por la mente que voy a meterme en tu casa de ocupa —dice rotundo, hace una pausa, y mantengo los labios tan apretados que me duelen, menos quizás que sus palabras—. No se te habrá ocurrido pensar con un mínimo de lucidez que no tengo casa en la isla y que no voy a estar yendo y viniendo de Clomacow por dos motivos: el primero es porque no me apetece darle explicaciones a mi abuelo, y el segundo es porque tengo claro que no seré capaz de dejarte por las noches.

Sostengo su mirada soberbia unos segundos y, tragando despacio al reconocer en sus palabras la cordura que me falta, alzo la mano para acariciarle la mejilla agradeciéndole de esta manera su dosis de realismo.

—Perdóname —hablo en un murmullo—, me da mucho miedo perder el control de mi vida, y al verte haciendo la compra... —Espiro largamente. Kieran inclina la cabeza hacia abajo para besarme los labios. Me alivia su perdón y ternura—. Quédate, por favor.

—Con una condición —replica desafiante, manteniendo los ojos azules alegres fijos en mí—, olvida el miedo que te acobarda conmigo.

—Lo intentaré. —Sonrío, sin moverme, muy cómoda sintiendo el calor de su cuerpo—. ¿Puedo devolverte el dinero de la compra?

—No —contesta categórico—, aunque no lo parezca, soy un caballero.

—Eso veo.

Vuelvo a darle las llaves del coche, nos montamos y, envueltos en más intimidad, unimos nuestras bocas en el fogoso beso que anhelaba y él parece desear con igual ímpetu. No medimos la profundidad de unos movimientos deliciosos, perdidos en un placer tan aturdidor como el palpar frenético de dos corazones unidos por la pasión; se nos va la vida besándonos.

—¡Kerry! —grita el *Miccionador*—. ¡Deja el magreo y sube el coche ya!

Nos apartamos sin prisas. Ewan está con los brazos en jarras en la cubierta del barco, detrás hay dos coches y algunos pasajeros mirándonos fijamente. Kieran aparca el Tiguan en el sitio que Ewan le ha indicado con su

único gesto, saca la llave del contacto y salimos ajenos a una curiosidad nada vergonzante.

Sin dudarlo acepto la mano de Kieran, compartimos sonrisas, y dejo que me guíe hacia un banco de la cubierta al aire libre. No voy a seguir luchando contra él; no es justo. Igual que no volveré a compararlo con nadie porque nada de lo que siento es parecido a lo que he vivido con los hombres anteriormente. Podré equivocarme, incluso creer que esto es descabellado, que es imposible pensar ya en el amor; sin embargo, la desesperación y oscura necesidad por él difuminan todo el desencanto que le tenía a las relaciones estables. Noto cómo me altero si está cerca, el bienestar que me aporta su equilibrio entre pasión alocada y lenta dulzura y, sobre todo, el goce de la plenitud al sentirlo mi pareja ideal. ¿Es esto amor a primera vista? Tendré que averiguarlo. Por ahora es un gran paso admitir que estoy enamorándome de él aunque no tenga valor para decírselo. He intentado ignorar, o disimular, las emociones que me provoca logrando hacernos daños a los dos, y no quiero eso cuando me siento vulnerable al pensar en su ausencia. Kieran me complementa y entiende; hace que a su lado brille divertida, que me crea indestructible y exultante de felicidad. Por todo, en conclusión, reconozco que esto es un flechazo en toda regla. Este hombre, de un disparo certero al centro de mi corazón, ha llegado para colmar mi vida de ilusiones sin un tiempo definido, porque ¿desde cuándo la duración del amor

es importante para medir su profundidad?

Admirando la belleza costera de la isla Sherkin, estoy convencida de que el Destino me ha colocado aquí para conocerlo y para librarme de todo aquello que me alejaba de la verdad sin permitirme ser quien soy. Desde el primer momento que puse un pie en esta isla hubo algo misterioso que me empujó a desear encontrarme, y ahora empiezo a comprender el mazazo inconsciente en mi alma al sentir la poderosa energía que todo lo impregnaba; quizás intuyendo que en mi vida habría un antes y un después a Kieran, que estaba a punto de cambiar y que no podría hacer nada para evitarlo porque en el fondo de mi ser él es cuanto necesito.

—Estás muy callada —dice en un susurro.

Kieran se fija en las personas que nos acompañan en la cubierta y deshace el contacto de nuestras manos.

—Voy pensando en muchas cosas. —Aferro con más firmeza su mano grande de dedos largos, la levanto, observándole las pupilas, y acerco los labios rozándola—, todas son buenas y en todas estás tú.

—Cuéntamelas —sugiere, acomodando las piernas en el pasillo.

—Luego, cuando estemos a solas.

—Nadie nos mira.

—Lo sé, pero son demasiado íntimas.

Entrecierra un ojo, imaginando cualquier escena subida de tono, y se

inclina sobre mi cabeza.

—Estás pervirtiéndome —susurra en mi oído.

Beso sus labios, y sonrío.

—Y tú liberándome.

19

«Al completar un descubrimiento nunca fallamos obteniendo un conocimiento imperfecto de los demás»

Joseph Priestley

EL CANSANCIO ESTÁ vencíéndome, pero releo las últimas líneas: «... y para los turistas no solo interesados en comprar recuerdos en las cientos de tiendas del casco antiguo, mientras se escucha una versión de Star Wars con la gaita, es posible que la visita a la ciudad escondida bajo tierra, la Edimburgo original, resulte amena. No lo garantizo porque la claustrofobia me lo impidió y preferí perder el tiempo averiguando si el chico sueco que me vendió una botella de whisky llevaba ropa interior bajo el kilt; fue toda una desilusión, parecida al mal olor de los callejones y a la saturación de huevos escoceses. En cambio, la ciudad ejerce un enorme poder de seducción debido, sobre todo, al carácter hospitalario de sus gentes, sociables por naturaleza, y al equilibrio entre modernidad y tradición, o arte y alcohol, o, en definitiva: bulliciosa diversión.»

Por fin puedo enviárselo a González. Este artículo es uno de los más trabajosos que he escrito nunca, y no por el contenido ni el estilo literario, si es que lo tiene, sino por el esfuerzo que me ha supuesto concentrarme y evocar mis recuerdos. No quiero echarle la culpa al Cavernícola por varios motivos —sigo pensando en él como un salvaje, pero ya solamente sexual—,

el primer punto para eximirlo por mi retraso es obvio: soy yo quien tiene la obligación y por tanto la responsabilidad, y, partiendo de esa base, huelga decir que cualquier otra excusa sería absurda, si bien todas han sido placenteras y reveladoras. Reclinada en el sofá, cierro los ojos al recordarlas; estos cuatro días han sido una delicia. Es un buen cocinero, ordenado y limpio, atento y muy divertido, no le encuentro ningún defecto. Sonrío pensando en que volverá dentro de tres días y podré dedicarle mi tiempo sin la preocupación de tener trabajo pendiente. De golpe, la fastidiosa alarma del móvil suena para interrumpirme con la primera advertencia de la comida. Al momento, la musiquilla de una llamada. Leo en la pantalla el nombre de Pierre y, después de darle largas toda la semana, respondo en un tono alegre:

—Hola, jefe, ¿cómo estás?

—*Déjate de peloteo* —dice seco—. *González acaba de pasarme el artículo. ¿Qué te pasa?*

—¿Hablas en el plano personal o de trabajo?

—*Hablo del artículo, Cyn. Una cosa es que te moderes y otra estos últimos cantos sensibleros. Ámsterdam lo pasé porque aún se te veía tras las líneas, ¿pero este? ¿Dónde está el sarcasmo?*

—¿Disculpa? Estoy haciendo lo que me pediste, ¿o no lo recuerdas?

¿En qué quedamos? ¿Lectores o demandas?

—*Lectores, siempre* —responde rotundo—. *Vuelve a escribirlo, como*

te dé la gana pero con el toque Pinkerton.

—¡No puedo! —exclamo nerviosa—. ¿Sabes cuánto tiempo me ha costado? No lo tendré listo.

—*Rehaz solo las partes más suaves. ¿Qué ocurre? ¿Acaso te gusta Edimburgo?*

—¡Claro que me gusta! ¿Por qué no iba a gustarme?

—*Ese es el problema. Tienes que escribir sobre ciudades que no te gusten, si no, estamos haciendo lo mismo que las guías de viajes.*

—Aclárate, Pierre. No hay derecho que me echaras de la redacción precisamente por escribir como me apetecía y ahora vengas diciéndome que vuelva a hacerlo porque estamos perdiendo lectores —hablo sin medir la hostilidad en el tono—. Reharé dos o tres frases, no más. Y te advierto una cosa, es la última vez que te hago caso.

—*Soy tu jefe, harás lo que te pida* —dice enfadado—. *¿Qué ciudad es la próxima?*

—Roma. ¿Te parece bien? —pregunto con ironía.

—*Sí, y ya que estás en Sherkin, plantéate escribir sobre ella en el número de septiembre.*

—¿Estás loco? —exclamo incrédula—. Aquí no tienen capacidad para acoger turistas, no hay nada que ver salvo prados y rocas. ¿Qué voy a recomendar?

—Cyn, tú no recomiendas nunca. Los lectores te leen porque les hace gracia cómo escribes, la ironía y los palos. No te centres solo en la isla, incluye lo que más te haya chocado de sus gentes, Cork o algunos pueblos que tengan algo interesante, pero en tu línea.

—No puedo hacerlo, Pierre. Si escribo sobre esto como quieres, ofenderé a personas que me tratan bien y me importan. No me parece lógico, ni para la revista ni por mí, lo siento.

—¿Desde cuándo te preocupa levantar ampollas? No has tenido problemas hasta ahora, es más, defendiste con ahínco tu forma de escribir cuando te pedí que la suavizaras. ¿Qué ha cambiado en Sherkin?

—Nada —respondo sin pensar, al instante, añado—, y todo. No voy a hacerlo, Pierre.

—¡Me lo debes! ¡Estás en mi casa! ¡Por tu culpa he perdido mucho dinero! —grita, hace una pausa—. No quiero despedirte —dice con frialdad—, pero como no acates mis órdenes en septiembre estás en la calle.

Pierre corta la comunicación y, con las mismas, lanzo el teléfono en el sofá, pensando que su actitud ronda la locura; y más desde que vendió una buena cantidad de acciones de *La Vie* para tener más tiempo libre y menos responsabilidad. En su día aplaudí esa decisión, incluso lo animé a delegar, pero a estas alturas, después de un año de aquello, con las exigencias y las reprimendas que le he aguantado, concluyo que está desequilibrado o tiene un

punto cruel rayando lo macabro. No comprendo cómo prefiere que despelleje esta apacible isla cuando puedo escribir sobre miles de ciudades con mucho más potencial turístico. Entiendo que se haya impuesto con contundencia y amenazas, siempre lo hace, es su marca de la casa, en cambio, esta vez no voy a ceder aunque me quede sin empleo. A fin de cuentas, no sería la primera vez que me encuentro en una situación parecida. Ya viví en mis carnes el injusto despido del *Daily Telegraph* en abril de 2012, por publicar un artículo sin pelos en la lengua sugiriendo que Maria Miller, secretaria de cultura del partido conservador, reclamó la devolución de los intereses hipotecarios y otros costos asociados a un segundo hogar, violando las normas relativas a las dietas parlamentarias. Tanto al editor como a mí nos acusaron de librar una venganza personal contra la señora Miller y nos despidieron. Ese mismo mes David Cameron forzó la dimisión de Miller cuando toda la opinión pública conocía al detalle sus chanchullos gracias a los periódicos. Por aquel entonces conocí a Sam, que me presentó a Pierre, y empecé a trabajar en *La Vie*. Aunque pude volver al *Daily Telegraph* y seguir con la actualidad política, me sedujo probar en un entorno menos estresante, con libertad de expresión y un salario más que aceptable comparado con el otro. Sin embargo, tolerar ciertas imposiciones y el tono bronco de Pierre por miedo, ahora, no va a condicionarme; no consiento amenazas de nadie, y menos de quien dice ser mi amigo y usa su posición para intimidarme.

Tras muchos minutos dándole vueltas al cinismo de mi jefe, salgo para despejarme antes de que la maldita jaqueca logre machacarme la cabeza.

Sin rumbo ni ánimo, ando por el camino con una idea fija en la mente: alejarme hasta tener bien organizados los argumentos contra la exigencia de Pierre. La temperatura agradable de este día luminoso es reconfortante, al menos puedo ir en pantalón corto, camiseta de tirantes y chanclas sin temer a la lluvia. Bordeando la casa de los McNamara —una sólida construcción de piedra, con un buen número de ventanas y dos chimeneas en el tejado— un tufillo penetrante a marihuana capta por completo mi olfato. Extrañada, arrugo el ceño al dirigirme hacia un pequeño invernadero, donde había creído que tendrían un huerto y parece ser hay otro tipo de cultivo. Por descartes, mi principal sospechoso es Lonnie; aunque tenía entendido que estaba faenando con Kieran; eso significa que han vuelto, y me siento contenta al instante.

El olor es más intenso conforme me acerco a la estructura de plástico, medio traslúcida y menor de cinco metros de largo por tres de ancho. Moviéndome con sigilo, abro la portezuela y casi me ahogo bajo una nube blanca, que impide ver ni distinguir nada.

—¡Lonnie! —grito, creyendo que sus reflejos no estarán en condiciones de detectar intrusos—. ¡Soy Cynthia! —Avanzo unos pasos y escucho una sacudida entre las plantas, al fondo—. ¡Lonnie, no te escondas!

¡Te prometo que no se lo diré a tu madre! —Me hace gracia hablarle como a un niño. Si Kieran estuviera aquí probablemente se enfadaría.

—Hola, Cynthia —dice Bonnie, apareciendo como un espectro tras la densa niebla.

—Hola... —Sonrío, pasmada. Ahora comprendo mejor la impresión que tenía de ella. Siempre me había parecido demasiado tranquila, y aquí está el motivo—. ¿Estás fumando maría? —pregunto innecesariamente.

—Un poco —responde. Sostiene el porro encendido en una mano. Durante unos segundos algo raros Bonnie permanece en silencio mientras no sé qué decir—. ¿Te molesta?

—No, me has dejado asombrada, pero me da igual que fumes.

—Me gusta y me relaja —dice con sencillez, le da una calada y me lo pasa.

—No la pruebo desde hace años —comento al cogerlo, me lo llevo a los labios y aspiro.

En cuanto el humo me atraviesa la garganta, siento cómo raja y toso de forma compulsiva.

—Ten cuidado, es un poco fuerte —dice, y vuelve a cogerlo.

—¿Qué tal lo pasasteis en Cork?

—Muy bien, vamos todos los años. ¿Y tú? —Sonríe—. ¿Cómo te lo pasas con Kerry?

—¿Con Kerry? —repito alucinando de nuevo.

—Sí, ¿no estáis saliendo juntos?

—Algo así —respondo con timidez.

—¿Cuántos años tienes?

—Cuarenta y tres —contesto, mirándola fijamente.

—No lo parece, te echaba treinta y tantos.

—Gracias, supongo que aparento menos edad porque me cuido.

—Debe ser... —admite—, también influye la forma de vestir y la actitud.

—Sí, y ser curiosa. Las personas que envejecen, no solo físicamente, sino mentalmente, suelen creer que ya vienen de vuelta de todo y se convierten en unos pedantes insoportables —hablo sin pensar que puedo molestarla—. No sé...; aprender a diario es una especie de rejuvenecimiento para mí, me ayuda a afrontar el éxito y el fracaso sin alegrarme o decepcionarme demasiado. —Encojo los hombros, con una pizca de indiferencia—. La juventud es un estado, hay gente con poca edad más viejos que algunos ancianos.

—No estoy juzgándote, Cynthia, los dos sois mayores de edad. Pero si en vez de Kerry fuese Lonnie, ten por seguro que me disgustaría —explica. Aprieto los labios, asintiendo—. No te lo tomes a mal —dice en un tono suave—, quizás en Londres esté bien visto, pero aquí es bastante raro.

—Ten por seguro que en Londres no llamaríamos la atención por la calle, en cambio, tú no darías dos pasos fumándote un porro sin que te detuvieran —comento con suavidad, pero disparando a darle donde le duele.

—Soy su tía, y sé que a sus padres no va a hacerles mucha gracia.

—Es pronto para presentaciones familiares —digo, y sonrío breve—. Si hubiésemos tenido esta conversación hace quince días, habría estado de acuerdo contigo, sin embargo, ahora no puedo darte la razón. No voy a mentirte, me preocupa lo que piensen los demás de nosotros, pero no voy a permitir que eso me prive de conocerlo bien.

—¿Y qué harás si decidís tener una relación formal?

—Eso es algo que no te concierne —comento con sequedad.

Bonnie, que acaba de bajar los ojos al suelo, asiente de cabeza. Parece avergonzada, pero no me siento mal por haberla frenado.

—Discúlpame —dice en un susurro—, peco de cotilla.

Escucharla llega a conmovirme porque pienso que debe encontrarse muy sola y aburrida.

—No quería ser borde, pero, entiéndeme, es mi vida, y por aquí tenéis tendencia a hablar más de la cuenta. No me gusta estar en boca de nadie, no estoy acostumbrada.

—Esto es muy pequeño, Cynthia... —habla y parece súbitamente insegura—. Me gustaría que fuésemos amigas, no tengo —dice sonriendo

amable.

Durante unos segundos flota entre nosotras un silencio lleno de mutua comprensión.

—¿Me das otra calada?

Bonnie afirma sonriendo, y cambia por completo el talante a partir de que cojo el porro. Ahora somos dos mujeres que se respetan pese a tener diferentes visiones y experiencias de la vida. La maría nos brinda la oportunidad de charlar sin tapujos y de descubrirnos a base de buen humor. Después de un rato, cuando Bonnie debe marcharse al pub, nos despedimos en la puerta del invernadero. A ella apenas se le nota un leve efecto en los movimientos pausados, esa relajación que buscaba; en cambio, en cuanto ando unos pasos hacia casa, mi cuerpo oscila yendo en eses por el camino y aprecio con más intensidad la naturaleza que me rodea. El campo parece un tapiz alegre plagado de puntos rojos, amarillos y violetas; es una representación puntillista de las flores mecidas por una brisa cálida y arrullada por el sonido envolvente de las olas. Sin pensarlo, me dejo caer tumbada boca arriba para sentir el sol. Cierro los ojos, relajada, y me pierdo en un agradable letargo mientras siento un hormigueo por las piernas, que me pica y hace cosquillas a la vez. Sonrío en éxtasis, de nuevo en comunión con esta indómita naturaleza llena de un poder sobrecogedor capaz de hacerme feliz disfrutando de sencillos placeres, rozando la eternidad de lo sublime.

«No hay nada más peligroso que la conciencia de un fanático»

George Bernard Shaw

UNOS DÍAS DESPUÉS, espero sentada en un taburete del pub a que Bonnie me traiga el pan de soda cuando Eoghan O’Driscoll franquea la puerta. Al acercarse a la barra, donde soy la única clienta, se quita de la cabeza una gorra negra y con ademán despreocupado se alisa el abundante cabello gris.

—Buenas días, señora —saluda Eoghan, echándole un vistazo a la hilera de picotazos que tengo en las piernas—, ¿pulgas?

—Ni idea —respondo indiferente, con rascarme y aliviar el picor a base de aplicarme cáscara de plátano, siguiendo la sugerencia de Bonnie, voy servida. El sueñecito en el campo fue uno de esos momentos maravillosos con efecto secundario maligno. Al recordar una palabra que relaciono con su perro, por ser medio amable, pregunto—. ¿Cómo está *Guapo*?

—¿También piensa secuestrarlo?

—¿Disculpe? —hablo, y frunzo el ceño.

—No se haga la tonta conmigo —espetta—, mi nieto es un hombre y puede hacer lo que quiera, pero al perro no se le ocurra tocármelo.

—Tranquilo, no le gusto.

—Es listo —dice, echándole otra mirada a mis piernas—. Conoce a

las personas por el olor. —Encoge la nariz—. Usted apesta a plátano.

—Sí, es la colonia de moda en Londres —hablo con una sonrisa.

—Está perturbada —afirma, abriendo los ojos de par en par—. ¿Por qué no vuelve a su casa y deja de incordiarnos?

Bajo la cabeza y resoplo, harta pero sin ganas de iniciar una discusión. Bonnie sale en este momento de la cocina con el aromático bollo espolvoreado en harina, que deja en la barra.

—Tío Eoghan —dice Bonnie, sorprendida—, ¿qué haces aquí?

—Quiero uno de esos —responde con brusquedad, señalando el pan.

—¿Por qué no me has llamado? —pregunta Bonnie—. Te lo habría llevado esta tarde.

—Lo quiero para comer, no para cenar —dice intransigente, gira la cabeza hacia mí—. Veo que ya le gustan nuestras tradiciones.

—Sí, entre otras cosas —replico irónica. Al bajarme del taburete, pongo un billete de cinco euros encima de la barra, me centro en Bonnie, y añado—. Cóbrame, por favor.

Con prisa por desaparecer, nada más tengo el pan envuelto lo agarro.

—Ha sido un placer verle, señor O'Driscoll, como siempre —hablo y muestro una sonrisa dulzona al girar la cabeza y enfocar a Bonnie—. Te veo mañana.

Simpática, la mujer me guiña un ojo —somos cómplices en

actividades ilegales que unen bastante— y enfilo la puerta. No llego a recorrer la desierta terraza cuando tropiezo con Kieran, Lonnie y Nicky. El trío se detiene al verme. Por las mochilas que portan en los hombros, el olor fuerte a pescado, sudor y las indumentarias llenas de suciedad deduzco que acaban de desembarcar. Sonrío feliz al rubio desaliñado, que se acerca y me planta un beso en los labios delante de sus amigos. Ellos son discretos, nos dejan a solas y entran en el pub.

—Estaba loco por llegar —dice Kieran, me sujeta la mano y me lleva hasta la esquina. No lo piensa y vuelve a besarme, esta vez más impetuoso. Viene con hambre atrasada y quiere devorarme con una lengua impulsiva. Tampoco me importa, al contrario. Levanto los brazos y le rodeo el cuello, sintiendo la solidez de su cuerpo apretándome—. Los días se me han hecho eternos, te he echado de menos.

—Y yo —admito—. ¿Qué tal la pesca?

—Excelente —responde, risueño—. Tengo una sorpresa para ti.

—¿El qué? —pregunto. Por descontado, no tengo intención de compartir que tengo otra en forma de amenaza: el artículo que “debo” escribir y va a costarme una dura negociación que pienso hacer en persona.

—¿Te gusta el centollo?

—No lo recuerdo, hace tanto tiempo que no como marisco...

—Pues hoy vas a hartarte —comenta resuelto. Vuelve a guiarme de la

mano hasta la puerta del pub—. Voy a despedirme de los chicos.

—Te espero aquí —digo, y retiro la mano.

Kieran no se muestra incómodo, pero le ha molestado. Aprieta los labios y durante un instante me sostiene la mirada. En cuanto entra, me siento en uno de los bancos y contemplo el mar, escuchando la voz grave de Eoghan. Hablan de la pesca y de los precios en la lonja. No me menciona, y es algo que agradezco porque no quiero entrometerme en la relación que mantienen. En unos minutos, ambos salen, pero prefiero continuar dándoles la espalda.

—Adiós, señora Pinkerton —dice Eoghan.

No hago ni el amago de ser amable, me limito a mover la cabeza. Luego, observo de reojo al anciano cuando baja por el camino con un paquete envuelto en papel de periódico en la mano. Camina ligero, con una agilidad impropia para alguien de su edad.

—¿El abuelo te ha dicho algo? —pregunta Kieran, detrás de mí.

—No. ¿Qué planes tienes?

—Estar contigo. —Se inclina y me besa el cuello—. ¿Me invitas a tu casa o tengo que invitarme solo?

—Estás invitado. —Sonrío contenta—. Incluso permitiré que te des un baño.

—¿A qué hueles tú?

—A *eau* de banana, es tendencia

—Me gusta... —susurra.

Mientras una olla con agua hierve al fuego, Kieran se asea. Poniendo la mesa para comer en la terraza, entro y salgo varias veces de la casa con el mantel, cubiertos y copas, con una de las botellas de vino blanco que compramos en Baltimore, la ensalada y la sopa fría de tomate que he preparado. Contemplo la composición de la mesa, encantada por la simetría y coordinación, cuando la sombra de una silueta recorta el sol e interrumpe mis halagos mentales. Miro hacia atrás y veo a Kieran inmóvil en la puerta. Viste una camiseta blanca y unas bermudas camel, descalzo. Lleva el cabello recogido en un moño y se ha afeitado, para que no pueda dejar de pensar en lo guapo que es. En un gesto involuntario pero delator, me paso la lengua entre los labios. Después Kieran se aparta de la puerta, y la claridad sobrecogedora se desliza sobre su cabeza desvelando el destello de unos dientes perfectos, la anchura de su pecho fornido bajo la tela blanca de la camiseta, los brazos musculados, bronceados, y un anillo de plata en el dedo anular de la mano derecha, que extiende en una invitación irrechazable.

—Estás muy atractivo.

Unas manos firmes se deslizan por mis costillas, la suavidad de su apasionada boca, caliente y constante, presiona mi cuello y consigue

estremecerme.

—No voy a poder comer si antes no te echo un polvo —murmura—.

Lo he pasado muy mal en el barco por tu culpa.

—¿Mucho? —pregunto medio derretida, y no precisamente por la temperatura abrasadora de este día sin nubes ni viento.

—Más —afirma, arqueándose contra mí para frotar una erección impresionante en un sugestivo movimiento—. Vas a volverme loco.

Sin otra cosa en la cabeza que esas manos, el bulto delicioso empujando en mi sexo y la excitación que me causa su voz, me quito la camiseta para desatar a la fiera. Al momento, me arranca los pantalones cortos y el tanga, el sujetador ha durado unos míseros segundos. Necesito sentir en las yemas de los dedos su piel y, con la misma fogosidad, lo desnudo recreándome en el esplendor viril de este hombre que tambalea mi cuestionable cordura. Dobla ligeramente las rodillas, me agarra los muslos con fuerza y me levanta a pulso. Y así, eludiendo más provocaciones, nos amamos como la primera vez; en el mismo sitio, a diferente hora pero con las ganas aun más tremendas. Aquel día descubríamos y ahora podemos exigirnos al saber que estamos bien compenetrados.

Después comemos tranquilos. No reprimo halagos a la centolla, que tomamos cocida y es un placer para el paladar. Me ha explicado que suelen pescar tanto hembras como machos, pero que ha preferido traer una hembra

porque el sabor es más suave y también tiene más carne gracias a su gran caparazón. Tampoco reparo en medir el volumen de mis exclamaciones cada vez que coge un rodillo de madera, como único objeto contundente encontrado en la cocina, y golpea las patas para facilitarnos el uso de los cubiertos. Él se ha encargado de limpiarlo, trocearlo y servirlo en una bandeja.

—Está buenísimo —digo repetitiva—. Voy a cobrarte uno de peaje cuando vengas.

—No tiene comparación con la sopita de tomate —comenta, chupando una pata—, menos mal que uno de los dos tiene algo de sensatez. Espero que te quede carne para mañana.

—Tú solito la acabaste toda; comes por cuatro.

—Soy grande, tengo hambre —dice, y mueve los hombros—. Tendré que recurrir a mi abuelo; supongo que todavía le quedará cordero... —Kieran habla para sí mismo—. Si no, que mate uno.

—¿No lo estarás diciendo en serio, verdad?

Mordiéndose los labios, Kieran inclina ligeramente la cabeza. Abro la boca y los ojos, como platos, alarmada ante una barbarie que le resulta divertida.

—Tienes unos ojos preciosos, Cindy, son de un azul bestial —comenta—, pero desorbitados dan miedo. ¿Por qué te extraña? Los animales

se crían para eso.

—Es una salvajada. No lo hagas, por favor.

—No solo quieres matarme de hambre a mí, piensas cargarte a toda la humanidad.

—No hace falta consumir carne para mantener una buena salud. Está demostrado que los carnívoros mueren antes que los vegetarianos. Además de otras muchísimas cosas, consumir la cantidad de carne que estamos consumiendo ahora contribuye a que suframos enfermedades más resistentes a los medicamentos porque en las granjas a los animales los inflan a antibióticos. También, al cebarlos en muy poco tiempo, necesitan tal cantidad de cereales que contribuye a que millones de personas mueran de hambre.

—¿Y crees que dejando de comer carne solucionarás los problemas del planeta?

—No —respondo seria—, pero cada vez hay más vegetarianos y si con esta dieta le salvo la vida a un solo animal para mí ya merece la pena.

—Me parece absurdo —dice, entornando los ojos—. Esos animales nacen, se crían y mueren para alimentarnos.

—Es tu postura, pero no somos nadie para decidir con la vida de ningún animal porque haya nacido en cautividad.

—Según ese razonamiento, también estás en contra de la piscifactoría.

—Sí —afirmo con suavidad. Kieran baja la vista, incómodo. Me duele

molestarlo porque sé que está ilusionado con su proyecto, sin embargo, no me gusta traicionar unos principios morales importantes para mí aunque desde hace una semana me contradiga—. No te enfades —comento para aliviar la tensión que de repente nos envuelve—, lo que realmente me amarga es el sufrimiento de los animales en las granjas de cebo; es inhumano, no es propio de una especie desarrollada.

—Ya, pero no tienes reparos en comerte a otro ser vivo que no puede defenderse. Eso es un trato discriminatorio. ¿Quién te ha dicho que las plantas no sufren?

—Kieran, por favor... —Sonrío condescendiente—. No tienen cerebro ni médula, así que difícilmente pueden sentir dolor.

—No está demostrado —replica, y se mete en la boca una buena ración de ensalada—. Estoy de acuerdo en que todo en exceso es malo, pero necesitamos proteínas cuando estamos creciendo.

—Tú todavía no has debido desarrollarte —digo con sarcasmo—, y sí, es cierto que necesitamos proteínas, pero no tienen por qué ser de origen animal. En los alimentos vegetales y en los preparados, tipo tofu, hay proteínas. Una dieta vegetariana es más saludable, causa menos enfermedades y terminaría con el maltrato animal. Podemos hablar horas y horas, pero siempre hallaré razones para rebatir tus argumentos.

—¿Si los animales no sufrieran, serías más permisiva? —pregunta con

los ojos clavados en los míos, como buscando acallar su conciencia.

—Claro, creo que en las granjas ecológicas los animales son felices, pero no representan apenas una mínima cuota de mercado porque esas carnes son mucho más caras que las de granjas de cebo. ¿Estás planteándote hacer la piscifactoría ecológica?

—Siempre la he planteado así —responde de inmediato—, pero la haré como negocio, igual que seré carnívoro toda mi vida porque me gusta. —En su tono de nota el cinismo. Sonríe mientras se lleva a los labios la copa de vino—. Por cierto, ¿mataste a las pulgas que te han comido las piernas o como son seres vivos las perdonaste?

—Algunas sobrevivieron —contesto y aprieto los labios.

—¿Dónde te metiste?

—Es una larga historia, además de clarificadora y asombrosa — respondo encantada por la conversación y su forma de cambiar el tema—. Me fumé un porro con Bonnie —suelto casual.

—¿Tú? —Arruga la frente y ríe—. Vaya..., miss Pink, además de pija, porreta —dice antes de carcajearse.

—No exageres, ni una cosa ni la otra. No fumaba desde la universidad, y de pija tirando a poco. Una cosa es que me guste la calidad, y otra que sea medio imbécil.

—Puedes tener razón, pero no me negarás que eres coqueta.

—No, no lo niego, pero de ahí a la Beckham hay un abismo que va desde los Red Hot hasta Metallica pasando por los Ramones, así que no desvaríes.

—¿Quién es la Beckham?

Entorno un ojo; tiene la habilidad de desorientarme.

—¿No lo sabes? —pregunto incrédula. Él niega en silencio, y sonrío abiertamente—. Desde luego, eres un trébol de cuatro hojas.

—Irlandés cien por cien, muchos siglos de historia avalan mis genes.

Durante un rato hablamos del clan O'Driscoll y decidimos ir a Baltimore a ver el castillo donde vivieron sus antepasados. Aunque recuerdo la cita que tengo en Londres y digo:

—¿Cuándo vuelves a faenar?

—Acabo de llegar —responde sorprendido—. A lo mejor descansamos unos días, ¿por qué?

—El viernes tengo que ir a Londres. Estaré fuera hasta el martes. —Al ver la decepción en sus ojos, aclaro—. Necesito hablar con mi jefe.

—¿De la casa?

—No, es por un asunto laboral. La casa la tengo a mi disposición hasta septiembre —comento, si bien es algo que él sabe—. ¿Quieres venir conmigo?

Kieran meneaba la cabeza, negando despacio.

—No puedo, el lunes acompaño a mi abuelo al médico.

—¿Qué le pasa? No parece enfermo.

—Nada —responde con sequedad. Tras unos segundos pensativo—.

Entonces... —empieza a decir—, tendremos que aprovechar el tiempo.

—Eso parece.

—Dalo por hecho —habla sin rastro de malestar.

Animoso, se pone en pie y recoge los platos de la mesa. No vacila al encontrar el bote de lavavajillas ni en fregar todos los utensilios, mientras tanto, leo en la tablet siguiendo su consejo. La comilona, el vino, la música y el sol ayudan a adormilarme en la hamaca hasta que escucho:

—¿Dónde has puesto el aceite de lavanda?

—En el armario del baño, ¿para qué?

—Voy a enrollarme contigo.

—¿Un poco más?

—En el buen sentido.

Me incorporo para verlo, pero es más rápido y ha desaparecido subiendo la escalera. Deseo saber qué planea, y tardo poco en soltar la tablet y las gafas. Noto la emoción brincar alegre por la expectativa, o quizás sea felicidad al sentirme a gusto con él. Es innegable la química que fluye entre nosotros, la tolerancia ante opiniones encontradas y la diversión cómplice que compartimos con una naturalidad parecida a la que tienen los viejos amigos.

Por todo, no puedo atacarlo para que la revista gane más dinero; aunque no fuese de manera directa si consiguiera escribir un artículo medianamente objetivo. Como mínimo debería ser sincera, evitándole una desagradable sorpresa, pero no puedo. Ahora sé que no deseo contar nada hiriente de esta isla porque aquí tengo lo que buscaba: un refugio. En este bonito rincón de Irlanda, donde a veces el tiempo se detiene, desciendo diariamente a la profundidad de mi alma, aprendo a conocerme y creo que por fin me he encontrado; sería una traición deshonesta hacia mí misma escribir algo que lo menospreciase. También, porque este hombre admirable está alejando el gris que había entristecido mi vida y ya no me siento perdida ni defraudada con el mundo; él me hace feliz con detalles inesperados, o con tonterías que me traen de vuelta las sonrisas alegres de la chica soñadora que un día fui; y por eso, y porque soy incapaz de decepcionarlo, no renegaré públicamente de su hogar. Ahora ya lo considero un poco el mío.

—Date la vuelta —dice Kieran cuando regresa con una sonrisa radiante, sin la camiseta y el frasco de aceite de lavanda en una mano—. Voy a curarte las picaduras de tus amiguitas saltarinas.

—¿Vas a hacerme un masaje? —pregunto al levantarme.

Kieran me besa los labios, abre el frasco y aspira el penetrante aroma.

—A ver si resisto y paso de las piernas —comenta, sentándose a un lado de la hamaca. Tumbada boca abajo, doblo los brazos y apoyo

cómodamente la cabeza. Se extiende el aceite en las manos y las frota. Al instante las tengo en las pantorrillas, apretando suavemente—. Quítate los shorts.

—No vas a cumplir...

Hablo con conocimiento de causa porque prescindí de volver a ponerme el tanga antes de comer.

—Eres un desafío —dice confiado, tira de la cinturilla de mis pantalones y los baja un poco—. Joder, Cindy, me lo pones muy difícil.

—Nunca te he dicho que fuera fácil.

No habla, se limita a mover las manos abarcándome los glúteos.

—Esto es una derrota cantada —admite muy cerca de mi oído—. No respondo de mis actos.

—No respondas —digo en un ronroneo—, pero mueve esas manos.

21

«El amor no tiene cura, pero es la única cura para todos los males»

Leonard Cohen

BEATRICE ME OBSERVA. Las gafas que usa con la montura de pasta negra apagan sus bonitos ojos azules; aunque no dejo de admirarlos, igual que los rasgos refinados de su rostro y la melena castaña que le cae por los hombros. Hasta que no terminamos de cenar ni ella ni Imogen han mencionado de pasada a Kieran, pero ahora, cuando estamos las tres solas recogiendo la cocina —gracias a que los niños, Lewis de diez años y Ashley de ocho, en un acto de consideración extrema hace un rato se fueron a dormir, dejándonos sin su alegre y agotadora compañía—, ninguna se priva en darme consejos con la intención de sonsacarme, o indagar veladamente, aspectos íntimos de nuestra relación que soy reacia a compartir. Como las dos me conocen, llegados a un punto no insisten y se conforman con halagarlo.

—Aparte de estar bueno —dice Imogen, volviendo la cara hacia Beatrice—, es encantador, y, lo más importante, no está viciado con las tías.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Beatrice.

Imogen se sienta en la mesa, estira las piernas y coloca las manos en su vientre, donde ya se advierte la curva prometedora del embarazo de cuatro meses largos.

—Nunca ha tenido novia —aclara—. Supongo que por eso está tan entregado.

No aparto los ojos de ella.

—¿Eres la primera? —Beatrice parece asombrada—. Vaya, vaya... estás pervirtiéndolo.

—Novia y experiencia sexual no van de la mano, Bea —matizo sonriendo cínica—. Te aseguro que no lo he desvirgado.

—De alguna manera, sí —comenta Imogen, se palmea con suavidad la barriga—. ¿Habéis hablado de tener hijos?

—¿Estás loca o qué? —exclamo, perdiendo la paciencia—. No llevamos juntos un mes, ¿crees que es una pregunta lógica?

—En otras circunstancias —responde Beatrice—, no; pero en vuestro caso, cuanto antes aclaréis hasta dónde queréis llegar, creo que es lo mejor.

—¿Pero qué dices? —Desvío la vista hacia Imogen—. ¿Tú y Mark lo hablasteis tan pronto?

—Fue nuestra primera conversación seria —dice, y asiente—. Hay temas que son mejor aclararlos desde el principio, Cyn. Estáis en etapas diferentes, como Mark y yo, y es algo clave si busca estabilidad.

—No pienso sacarle el tema —digo con dureza—, por dos motivos: uno, porque me parece precipitado; y dos, porque no creo que la estabilidad de una pareja solo se consiga formando una familia con hijos.

—De acuerdo. —Beatrice habla, dándome una botella de champán—, pero no lo dejes mucho para no llevarte un chasco.

Mientras Beatrice saca copas de un armario, la sigo con ojos un poco recelosos. No tardamos en salir de la cocina para reunirnos en el patio trasero con Steve y Mark. Los hombres hablan entretenidos, sentados en los sillones de rafia que hay en un rincón acogedor. Steve tiene cuarenta y seis años; un porte distinguido por las sienes plateadas y las facciones afiladas pero agradables de su rostro; ojos oscuros pequeños y sagaces; y como rasgo llamativo, un fino sentido del humor que disimula bajo una apariencia severa.

—Cyn —dice Mark—, tu novio me ha mandado un mensaje. —Al escucharlo, casi me atraganto. No por el mensaje, que entiendo porque ambos se cayeron bien, sino por el súbito nerviosismo que me dispara el corazón—. Va a empezar ya con el papeleo de la piscifactoría y me ha pedido que se lo gestione.

—Ah, qué bien —digo algo decaída. Tontamente, por un momento he pensado que iba a aparecer.

—¿Qué va a criar? —pregunta Steve.

—Salmón —respondo, sintiendo una punzada de orgullo por el Cavernícola emprendedor—. Ahora es pescador. Tiene su propio barco.

Steve tuerce la boca hacia abajo.

—Menudo cambio, guapa. O es un portento o estás perdiendo

facultades.

—Voy a hacer como que no he oído nada.

—Si lo conocieras —dice Imogen, mirando a Steve—, no pensarías que Cyn está perdiendo facultades, al contrario, creo que con este ha triunfado.

Durante un buen rato escucho a mis amigos repasar las virtudes de Kieran, algunas ciertas y la mayoría basadas en la percepción de Mark e Imogen, que parecen ser sus máximos partidarios. No entro a esclarecer ni a refutar nada, me dedico a recordarlo con el ánimo por los suelos. Es hasta agobiante pensar que todavía tendré que pasar varios días sin verlo, con la reunión en *La Vie* por medio y unas mínimas ganas de estar sola en mi casa, incluso me parece mentira echarlo tanto de menos; es una sensación casi claustrofóbica muy entristecedora.

La risa fuerte de Imogen hace que torne a la realidad. Parpadeando varias veces, salgo del aislamiento mental para observar el gesto afectuoso que tiene con Mark. Acaba de acariciarle la cara y él, inclinando la cabeza, le habla al oído. Ella vuelve a reír, y ese sonido alto y alegre llena el patio de diversión. Imogen muestra una imagen desenfadada, rejuvenecida por el amor, que me trae un pensamiento inquietante hasta ahora siempre alejado de mi mente. Viéndola, tan embarazada, rebotante de felicidad al lado del padre de su hijo, me planteo si sería capaz de ser madre ahora, cuando tengo ya una

gran experiencia vital y el carácter asentado. No lo sé, pero tampoco lo descarto como habría hecho unas semanas atrás. Por supuesto, el responsable de este cambio irrumpe en mi memoria con la misma fuerza que ha tenido para asaltar mi vida llenándola de momentos felices. Me veo en la cocina, tres días atrás, aprendiendo a hacer el pan de soda con el profesor más sensual que podía haber buscado. No tengo claro si sabré cocinarlo sola, sin embargo, la clase me brindó otra oportunidad para seguir reconociendo en él a un excelente cocinero y mejor compañero. Terminé con harina hasta en el ombligo, con unas manos afanosas por limpiarme y con unas carcajadas parecidas a las de Imogen.

Noto el enamoramiento, es tan cierto como que brillo con él y disfruto rayando la desesperación cada minuto de su tiempo, y siento su presencia como un regalo que no sé si merezco, la verdad. Para explicarme esta dependencia emocional, la única razón sensata que encuentro, a veces creo que inmadura, es tener la certeza de estar enlazada a él por algo mágico. Igual, es recíproco. Kieran podría haber elegido a cualquier otra mujer, alguien menos resabiada que le ofreciera ese futuro estable con hijos tan perseguido por la gran mayoría de personas; en cambio, voluntariamente, me prefiere a pesar de que a simple vista no encajamos; pero es solo eso: una apreciación superficial, porque en el fondo antes de conocernos éramos dos gotas de agua ahogándose en charcos separados y al unirnos hemos fusionado

nuestras moléculas compenetrándonos y agrandándonos. Este pensamiento me asusta y al mismo tiempo me devuelve la esperanza que había perdido tras mi último fracaso matrimonial. He sufrido el desamor y creo haber aprendido de lo vivido, al menos, ahora tengo más seguridad en mí y poco miedo al futuro porque las experiencias me han dado madurez para afrontar la adversidad. Ya no creo ni siquiera en la felicidad como un estado permanente, sino en los instantes en que me siento alegre y satisfecha, esos que comparto con Kieran y son los momentos maravillosos donde tengo la plena conciencia de ser feliz. Tampoco voy a pensar en que las emociones que él me despierta pueden estar magnificadas, ni en cuánto duraremos, porque tengo la firme intención de hacerle caso a mi corazón, aunque no sea de fiar si me baso en los palos que he vivido gracias a sus consejos. Lo único que tengo claro es mi cambio en Sherkin, cómo he ahuyentado a los demonios que me condicionaban y que Kieran se ha colado en mi vida por derecho. ¿Y no dicen que las mejores cosas son las que suceden de forma inesperada? ¿O que cuando menos lo esperas aparece el amor? De momento, solo puedo afirmarlo y callarme la boca tras despotricar como una estúpida de los flechazos, la inmadurez de todos los hombres, en particular los muy jóvenes, o las costumbres propias de cada lugar porque ahora creo en el Destino, amo sin medida y admiro la sencillez de un pueblo antiguo curtido en historia.

—Cyn —dice Beatrice—, ¿dónde estás?

Sacudo la cabeza, volviendo al patio, rodeada por mis amigos.

—Lo siento, estaba pensando en mis cosas.

—Sí, sí —dice Imogen—. En algo muy grande...

—Tienes razón, Gene —admito, y bebo el champán, que está tibio—.

Es enorme, pero no sabes cómo se amolda.

—Por fin vas a darnos detalles. —Beatrice reclina el cuerpo en el sillón y cruza una pierna sobre la otra—. Cuenta, me tienes en ascuas.

—Pues ya estás quemándote —digo con ironía, y me pongo en pie—.

Me voy a casa, estoy cansada.

—¿Vas a dejarnos con la intriga? —pregunta Imogen.

Elevo las cejas, negando ligeramente con la cabeza, y me despido sin dilatar salir más de lo necesario para volver a perderme en mi mundo. Marcharme es hasta egoísta, pero no soy buena compañía cuando no escucho más que una voz grave con un acento tan cerrado como excitante, o veo solo un cuerpo rotundo, una boca sensual y unas pupilas azules con toques de vivos verdes y grises inteligentes. Echo de menos estar con él y, desde luego, buscar la soledad me ayudará a tenerlo un rato conmigo, igual que cuando lo conocí, con fantasía, lascivia y esmero.

*«La decepción es una especie de bancarrota, la bancarrota de un alma que
gasta demasiado en esperanza y expectativas»*

Eric Hoffer

LA MAÑANA DEL LUNES, como el día es soleado, me visto con un traje de lino blanco y unas sandalias de tacón para ir a la revista. Lo he hecho sin prisas, a sabiendas de que Pierre no suele aparecer por la redacción antes de las diez. Empleo un buen rato en maquillarme, otro tanto en repasar el contenido del bolso y varios minutos en esperar un taxi en la puerta de mi edificio sin prestar atención al ritmo frenético de la calle. Aunque me molesta el ruido del tráfico, estoy concentrada en la retahíla que voy a soltarle si continúa con su postura intransigente.

Tras pagar la carrera y darle una propina al taxista, camino hacia *La Vie* ajustando el balanceo de las caderas a la confianza que me gusta transmitir, casi siempre mayor a la realidad, me da aplomo ante mis compañeros y sirve para obligarles a guardar las distancias.

A las diez y media decenas de redactores, animados con los timbres de los teléfonos y todas las voces de un combate de boxeo, atestan la redacción. Entro a la sala principal y echo un vistazo. Por el pasillo transitan personas casi corriendo, en las mesas otras realizan con frenesí el trabajo; y el ruido es tan ensordecedor que no puedo distinguir ninguna palabra pronunciada, algún

taco exaltado como máximo.

Al llegar a la zona de mi mesa, me detengo un instante por vacilación y terrible sorpresa. Una chica rubia ocupa mi silla, mi espacio, escribe en mi teclado con soltura, confiada.

Mientras me aproximo, la observo atender el móvil atusándose el cabello largo. Tengo un instante de profunda rabia, pero continúo andando hasta pararme delante. Ella sonrío y señala con un dedo el móvil, como si creyera que soy ciega. Se gana dos disparos azules, cargados de una soberbia parecida a la que uso al inclinar la cabeza y falsear sonrisas saludando a algunos compañeros.

—Hola —dice en un tono cantarín, que no le dedicaría ni a un bebé—, ¿en qué puedo ayudarla?

—Me temo que en nada —respondo—. ¿Eres la nueva becaria de Pierre?

La expresión hipócrita de la chica pasa a molesta.

—No, soy periodista. ¿Y usted quién es?

—Cynthia Pinkerton, la usuaria de este puesto.

—Hola —repito cortada al levantarse. Lleva una camiseta roja, que le marca una gran delantera, y una minifalda negra. Tiene una estatura ridícula, si pasa del metro sesenta es por los tacones; y es monina de cara, aunque no voy a darle ni un milímetro de cancha. Extiende la mano, la controlo con

desdén y ahí se queda—. Soy Sable Hoeschst —habla percibiendo una clara hostilidad, y aun así, sigue con el tono irritante de colegiala—, es un placer conocerte al fin.

—¿No me digas?

—Me encantan tus artículos. Por aquí eres una institución.

—¿Qué haces exactamente? —pregunto, pensando en la cantidad de inútiles que podrían eliminarse de golpe usando adecuadamente un hacha.

—La sección de moda.

Extrañada, disimulo al oírla.

—¿Por qué sustituyes a Tracy?

—No lo sé, me contrataron hace dos semanas.

—Muy bien —digo para cortar la charla, sin intención de contemplarle la cara por más tiempo—. Hasta otra.

Encamino los pasos hacia la pecera de Pierre y entro tras golpear suavemente el cristal. Él está en la mesa, como siempre poco abarrotada de papeles y fotografías. La claridad deslumbrante en comparación con el resto de la redacción durante unos segundos me despista del seguimiento de los ojos azules que no parecen alegrarse de verme. Pierre esgrime una sonrisa, que no consigue engañarme. Le noto un deterioro físico bastante preocupante: bolsas pronunciadas bajo los ojos, posiblemente por la falta de sueño; arrugas más marcadas en el rostro, palidez, y más entradas en el

cabello. Quizás por las pocas ganas que tenía de venir a esta reunión estoy percibiendo tanta negatividad.

—¿Cómo te va en la isla?

—Fenomenal —respondo sin dejar de observarlo. Cuando tomo asiento, voy directa al grano—. No pienso escribir el artículo.

—Entonces, estás despedida.

—¿Es una amenaza? Porque no voy a ceder. Fuiste tú quien me obligó a suavizarme, ahora pretendes que vuelva a mi estilo escribiendo sobre un lugar que no tiene ningún interés para nuestros lectores. ¿Por qué?

—Te lo dije por teléfono, pero no quieres enterarte. Los lectores están acribillándonos a quejas y las ventas han bajado. O vuelves a escribir como sabes o te quedas en el paro.

—No me niego a escribir, me niego a escribir de la isla Sherkin. No puedo entender tu fijación. ¿Por qué no puedo hacerlo sobre una ciudad que sea interesante para los lectores?

—Porque aquí mando yo —dice con firmeza. Arrugo las cejas, interiormente. A él le enseño una tibia sonrisa—. Tengo que presentar resultados al grupo o me veré obligado a vender más acciones, y no me da la gana. —Pierre hace una pausa—. Ese artículo podría ser un revulsivo. —Modera el tono—. ¿No te das cuenta del filón que tienes? Los lectores se volverán locos.

—¿Estás insinuando que mi absurda sección es el motor de la revista?

—Sacudo la cabeza—. ¿Por qué no atosigas a los columnistas de opinión? ¿O a los de actualidad? ¿O por qué no les metes caña a los comerciales para que consigan más publicidad? —hablo rozando la indignación—. ¿O es que soy la única gilipollas a la que te atreves a joder?

—A todos les he advertido que la situación es crítica. Pero ninguno ha tenido el descaro de contradecirme, tú eres la única.

—Será porque soy la única que valora algo el cometido de su sección —digo con seguridad. Me levanto para dejar definitivamente el trabajo al comprender que no merece la pena seguir en un sitio donde no prima la calidad ni el respeto—. Te entregaré Roma y con eso termino mi andadura en tu revista.

—Tú decides, piénsatelo bien. Y no creas que eres insustituible, porque cualquiera puede escribir con mala leche y burla.

—Estás muy equivocado en los dos planteamientos. Si pensara que nadie puede sustituirme, como dices, habría intentado sacar tajada, cosa que no he hecho. Y aunque te resulte difícil de entender, jamás he escrito ningún artículo con mala leche. He dado mi opinión con ironía y no ha habido nada de lo que haya contado que no fuese cierto, y no sé dónde habrás visto burla, porque nunca ha habido —explico severa.

—Hagamos una cosa, dame Roma en tu línea —dice y se pone en pie

para rodear la mesa—. ¿Después va Berlín, no? —pregunta, y asiento—. Muy bien. Pues tienes de plazo hasta agosto para pensarlo.

—No creo que cambie de opinión, Pierre —comento, sintiendo pena—. ¿Qué te pasa? No pareces el hombre que conozco.

—Soy el mismo, más viejo, pero afortunadamente aún conservo algo de testosterona para mantener el interés.

Alzo las cejas. Si está bromeando, en vez de gracioso me resulta patético.

—¿De quién? ¿De Sable? ¿Por eso la has contratado?

—No digas tonterías. Mi tope sois las mujeres de tu edad —responde con mejor humor, andando conmigo hacia la puerta—. Podría ser su abuelo.

—Pues no hables como el típico madurito con ansias de parecer un semental. Si sales con señoras eres atractivo, pero si te empeñas en señoritas eres un perverso.

—Gracias por recordármelo. ¿Qué te parece? Tuve que contratarla porque Tracy ha decidido dejar de trabajar para ocuparse de sus niños.

—Vaya... —Por un momento me quedo sin palabras. No creía que aún las mujeres abandonaran sus carreras profesionales para dedicarse a la familia. Cuando reacciono, recordando a la ingenua periodista usurpadora de puestos, comento—. Si te soy sincera, no creo que ella sea el remedio para tus problemas. A veces todos somos idiotas en mayor o menor grado, sin

embargo, asumirlo como estilo de vida es contraproducente. Y esa, sin ir más lejos, lo tiene asumido.

—Parece que vais a ser íntimas.

—Seguro —admito sonriendo—. Mírale el lado positivo, aunque haga la sección de moda y no sepa donde tiene la cara, ni el más ligero gusto, la chica no es una completa inútil, puede servirte como mal ejemplo para los becarios.

Pierre me mira concentrado. Al cabo de unos segundos, esboza una sonrisa.

—Te ha sentado mal que esté en tu mesa —habla satisfecho por su sagacidad. Entorno los ojos, negando—. Ahora dime tu verdad —agrega—. ¿Qué ha cambiado desde que te fuiste?

—Algo fundamental —digo sin vacilar—. Estoy aprendiendo a vivir la vida.

—¿Sola?

—Sí —miento, y lo hago para no dar pie a otra conversación que no le interesa y prefiero mantener en la intimidad, además de que así me ahorro que pueda llegar a oídos de Sam cuando hablen de mí—. Te agradezco mucho la casa, no sabes hasta qué punto me están viniendo bien estas vacaciones.

—Me alegro. Y no lo olvides —añade como una sutil advertencia.

Salgo de la revista con una sensación agridulce y con un pensamiento fijo: regresar a Sherkin. Tengo por delante un montón de horas de trayecto, un tiempo precioso para recapacitar en si es una buena idea compartir el ultimátum del artículo con Kieran. ¿Estoy haciendo una montaña de un grano de arena? ¿Entenderá que no es nada personal? ¿A quién le gustaría que ridiculizaran su tierra?

23

«Puesto que ignoras lo que te reserva el mañana, puedes darte permiso para ser feliz hoy»

Omar Jayam

LA NOCHE QUE APARCO el coche en la puerta de mi hogar en Sherkin reina la calma. Cuando termino de sacar la ropa de la maleta no me queda voluntad para ducharme, me pongo una camiseta larga y ni siquiera ceno antes de salir a la terraza. Tumbada en la hamaca contemplo el cielo estrellado, pensando cómo se verá en alta mar si ya desde aquí es un espectáculo precioso gracias a la poca contaminación lumínica. En estos ratos donde solo disfruto de la belleza siempre me prometo aprender a distinguir algunas constelaciones; aunque es otro de esos buenos propósitos que nunca cumplo.

Obnubilada por la inmensidad empiezo a recordar la conversación con Pierre. Y repito en la cabeza la única respuesta que me salió del alma cuando no dudé en afirmar que estaba aprendiendo a vivir, el presente, por supuesto. Aquí he descubierto que el pasado no puede herirme, al igual que el futuro. Del mismo modo que he ido aceptando solo el presente como tiempo verdadero, a pesar de ser un instante fugaz sin apenas consistencia porque es escurridizo y corre para dar paso al futuro e, inmediatamente, se disuelve en el pasado, es lo único que tenemos, una sola oportunidad de vivir un momento irrepetible en continuo cambio y sin vuelta atrás, me propongo

actuar con la conciencia de que el tiempo es efímero. No voy a desperdiciarlo porque he podido comprobar cómo suceden nacimientos y muertes, o alegrías y tragedias; vienen, van y nunca se quedan, con tiempo se deslizan hasta arraigar en el pasado. Así pues, vuelvo a convencerme de mi decisión; hago lo correcto al elegir disfrutar del presente. Ahora sé que es un don valioso, que me sirve para progresar y crecer, y debo aprovecharlo al máximo. Este es mi mayor desafío. También, siendo consecuente conmigo misma, empiezo a ver la idea de replantearme de nuevo la vida como otro empujón para dejar Londres de manera permanente y establecerme aquí. El despido laboral lo tengo garantizado, el piso puedo alquilarlo para minimizar el descalabro económico que sufriré sin ingresos y, sin dudas, porque con Kieran a mi lado me siento fuerte. Regresando a la vida que he llevado hasta ahora quizás laboralmente consiga antes alguna oportunidad, sin embargo, en Cork también hay periódicos y revistas donde podría intentarlo. Incluso el nivel de vida, más barato que en Londres, y la calidad —sin parangón, superior— comienzan a luchar en mi mente contra el temor por alejarme de mis amigos o la sensatez que aboga por el sosiego ante una decisión tan drástica que le daría otro giro, esta vez un triple mortal sin red, a mi vida ya de por sí complicada.

—¿Vuelves y no me avisas?

Cierro los ojos un segundo, estremecida por el ronco sonido de una

voz que trata de parecer molesta aunque no sabe disimular. Kieran está tan feliz como yo. Y tan impaciente por tocarme que no me da tiempo a poner los pies en el suelo cuando siento sus manos en la cintura, amoldándome a él con la elasticidad que tanto le gustaría ver a mis amigas; aunque se quedarán con las ganas. Estos son los presentes continuos íntimos que me dan los mejores instantes de felicidad y satisfacción, son de él y míos; en exclusiva soledad.

Después de un apasionado recibimiento, cuando estamos en la cama, muevo la mano con dejadez por la piel caliente y sudorosa del torso más impresionante que he tenido la suerte de acariciar.

Kieran, que tiene el cuerpo completamente estirado y un brazo bajo la cabeza, abre despacio los párpados.

—He traído una langosta para que la pruebes.

—Suenas sugerente —susurro, dibujando una línea con el dedo desde su pecho hasta el ombligo—. Seguro que me gusta.

—¿Cómo te ha ido la reunión?

—Bien, sin sorpresas —comento, y sonrío para alejar cualquier sombra de preocupación—. Mark me dijo que le habías mandado un mensaje. ¿Vas a empezar ya con el proyecto?

—Sí. Hablé con mi abuelo y me animó a no dejarlo. Mientras se gestionan los permisos iré haciendo el curso.

—¿Qué le dijo el médico?

—Nada nuevo —responde evasivo.

Es la segunda vez que noto rechazo a darme explicaciones acerca de su salud, y está incrementando mi curiosidad.

—¿Qué edad tiene?

—Ochenta y cinco.

—¿Por qué no quieres contarme lo que le pasa?

—No le pasa nada —responde seco—. Tiene los achaques típicos de la edad.

—No pretendo molestarte, solo quiero interesarme por algo que te afecta.

Kieran observa el techo durante unos segundos.

—Está demasiado mayor —dice en un tono muy bajo. Gira la cabeza, enfrentando los ojos, tristes en este momento, a los míos, que expresan compasión—. No puede seguir viviendo solo, pero es demasiado cabezota para admitirlo. Mi padre ha estado mirando residencias en Cork, y ninguna le parece bien. No sé cómo convencerlo. Y me da miedo que cualquier día le pase alguna desgracia y no haya nadie con él.

—Podéis incapacitarlo legalmente.

—Sí, pero no queremos llegar a ese extremo porque de momento se maneja bien.

—Es duro, aunque tenéis que pensar en lo mejor para él. ¿Tu padre

hace mucho que no le ve?

—Unos tres meses. Hablan por teléfono, el abuelo no quiere que venga aquí y no se plantea ir a Cork. Mi tía Bonnie es la que suele estar pendiente de él cuando yo no estoy.

—¿Bonnie es hija de su hermano, no?

—Sí. Mi abuelo solo tenía un hermano, Breandán. Murió hace muchos años. Bonnie, Shawn y el tío Tim son sus hijos.

Kieran me cuenta durante un rato cómo murió Shawn O’Driscoll, el padre de Ewan. Fue en un accidente pescando, similar al que le ocurrió al marido de Odele Canavan, aunque en su caso no se dudó de la casualidad. Escucho con atención cuando se extiende hacia otras ramas de su familia, si bien, percibo con claridad que él solo considera como tal a los hijos y nietos del hermano de su abuelo, el resto son parientes lejanos con los que no tiene relación; aunque deja bien claro que todos son descendientes del mismo hombre: Íth.

—¿Solo un hombre? —pregunto con ironía.

—Bueno, seguramente, habría alguna mujer por ahí metiendo baza.

—¿Seguramente? —cuestiono riendo.

—Fijo, Cindy, fijo —admite con dejadez—. El caso es que gracias a ese hombre Irlanda es hoy lo que es. Por vengar su muerte, su sobrino Míl derrotó a los Tuath Dé Danann, un pueblo inmortal que usaba la magia para

mantenerse en el poder.

—Si eran inmortales... No les haría falta mantener nada; lo tendrían siempre, ¿no?

Kieran resopla.

—Es una especie de cuento seudohistórico, tampoco le busques los tres pies al gato. Para preguntas raras, mi padre es tu hombre.

—Te prefiero a ti.

—Gracias —dice, y añade—. Con las leyendas es mejor no plantearse la lógica. Y con esta en concreto, menos; porque está contrastado que a partir de los descendientes de Íth se trazaron las genealogías de casi todos los jefes irlandeses.

—Cuéntame su historia —susurro.

Al rato, me quedo embelesada con su voz narrándome la leyenda de Íth. Vivía en Brigantia, en el norte de España, donde su padre construyó una torre tan alta que siendo niño fue capaz de divisar las verdes y húmedas tierras de Irlanda. Al hacerse mayor, zarpó con tres barcos y treinta hombres en una misión de reconocimiento, pero murió asesinado por los tres reyes Tuath Dé Danann... Feliz, sonrío, pensando en grandes guerreros celtas con cuerpos parecidos al suyo, armaduras, el cabello largo..., y cierro los ojos, soñando.

24

«La victoria y el fracaso son dos impostores, y hay que recibirlos con idéntica serenidad y con saludable punto de desdén»

Rudyard Kipling

TRAS DIEZ DÍAS SIN separarnos más que algunas horas —en las que Kieran ha visitado a su abuelo, hemos ido a Baltimore a comprar y tengo ya estructurado el artículo de Roma—, decidimos ir al pub a la actuación de una cantante local. No pierdo demasiado tiempo en arreglarme, aunque el mínimo necesario para salir bien maquillada, tener el cabello peinado con las puntas hacia fuera y vestirme con un pantalón corto, camisa sin mangas y las sandalias de tacón no me lo quita nadie. Kieran lleva un rato desesperado, no entiende que esto no es tardanza, sino una dedicación imprescindible. Cuando me ve bajar la escalera, alza la vista del libro que lee y lo aparta a un lado. Se levanta del sofá y avanza hacia mí. Por la mirada recorriéndome el cuerpo y la concentración que percibo, diría que no está enfadado. Él lleva pantalones vaqueros, camiseta blanca y unas deportivas negras de lona; no se ha tomado la molestia de afeitarse, con el cabello recogido en un moño da por buena su imagen; que corroboro; y con el olor a gel acaba de ganarse un beso de aceptación en los labios.

Luego, Kieran aparca el Tiguan en el muelle y caminamos de la mano hacia el pub, donde antes de entrar el jolgorio es tan llamativo como el de

aquel sábado que asistí sola al concierto del cantautor, nadie parece querer perderse este. Sin soltar la firme mano de Kieran, llego a la barra, llena de gente vociferando al pedir las consumiciones mientras los McNamara al completo y dos camareras tratan de servirlos. Kieran usa su envergadura para hacerse un hueco, me agarra de las caderas y me coloca delante de él. No me gusta esta aglomeración, y soy incapaz de disimular cuando Lonnie nos saluda con el buen humor de siempre.

Poco a poco la barra se despeja y por fin puedo beber medio tranquila. De inmediato, en el mismo escenario improvisado de la otra vez tres músicos ocupan unas sillas. Y, cual es mi asombro, al ver subir a la chica del discreto vestido turquesa. Esta noche lleva un pantalón estrecho y un top verde con lentejuelas nada favorecedores para su silueta. Empieza a cantar con una voz dulce y potente cautivadora, opuesta a su escaso gusto para lucir curvas de manera elegante.

—No sabía que tu amiga es cantante.

—Lleva cantando desde que era una niña, es aficionada —dice Kieran, detrás de mí—. Trabaja en Baltimore de peluquera.

—Se nota —murmuro, observándole el cabello. El flequillo parece cortado con los ojos vendados, a lo que salga—. Es atractiva.

—¿Tú crees? Yo la encuentro más bien fea.

Aprieto los labios al escucharlo, complacida. Con la sagacidad de

alguien curtido en muchas guerrillas, Kieran agarra un taburete y se sienta con las piernas abiertas, al instante me coloca en medio para que me apoye en su cuerpo. Las canciones se suceden al ritmo de los perezosos. La actuación se me está haciendo eterna, posiblemente porque me aburren las letras en gaélico que no entiendo y me recuerdan a los juglares del Medievo. Entretenida con el atento público y en beber sidra, no presto atención a las manos de Kieran en mis costados hasta que empieza a rozarme los pechos. Con complicidad, y los grados de la sidra, reclino la cabeza hacia atrás para que me bese el cuello. Estamos sincronizados, también observados por los sorprendidos ojos oscuros de la peluquera. A veces me ha dado la impresión de que cantaba para él.

Al finalizar el concierto, Kieran se disculpa para ir al servicio. La cantante, después de recibir un caluroso aplauso y las felicitaciones de varias personas, se acerca a la barra. La ignoro.

—Hola —dice en vista de que no me arranca ni una palabra—. Nos conocimos en la boda de Nicky.

—Discúlpame, no te recuerdo. Soy horrible para recordar caras.

—No pasa nada. ¿Te ha gustado la actuación?

—Sí, una maravilla —respondo, esperando que se canse pronto y no pretenda que la halague.

—Te he visto con Kerry —comenta, como si fuese una novedad.

Claro que nos has visto, guapa, le has dedicado el puñetero concierto. Ajena a mi sarcasmo mental, sonrío—. Es un hombre muy especial. ¿Estáis saliendo?

Muevo la cabeza afirmando mientras me muerdo la lengua. Ahora mismo me gustaría cerrar los ojos para dejar de ver una cara rancia llena de rabia contenida. Kieran regresa y la saluda con dos besos en las mejillas, hablan unos minutos y, con la natural sencillez que le caracteriza, coloca la mano en mis nalgas. En otra situación me habría molestado, en cambio, delante de esta mujer, sin duda interesada en él, agradezco un gesto posesivo que establece y aclara nuestra relación. Con las mismas, le rodeo la cintura con un brazo. Ahora sí, a partir de este preciso instante, atiendo de forma interesada la charla de la mujer. Pero, qué lástima, a los pocos minutos nos abandona y me deja tan desolada que no contengo más las ganas de besarle la boca a mi encantador cavernícola, es tan especial...

A eso de las dos de la madrugada, me desvelo. Kieran no está a mi lado, lo encuentro en el salón, tumbado en el sofá medio desnudo —lleva unos bóxers negros y una camiseta— con mi portátil en las piernas. A otra persona jamás le habría permitido tocarlo, pero no me molesta que él lo use. Desvía la vista al verme y sonrío despacio mientras me recorre el cuerpo con los ojos bien atentos en el camisón blanco que me he puesto al salir de la cama.

—¿Qué haces?

—Estoy leyendo el artículo de Roma, no podía dormir —responde concentrado en la pantalla del ordenador. Espero unos segundos que siga hablando pendiente a sus largas y musculosas piernas. Como no suelta prenda, me dirijo a la terraza y contemplo la costa, a estas horas camuflada en el mar por la oscuridad, no es fácil verla pese a saber que está ahí—. ¿Y esto le gusta a la gente? —Escucho que pregunta Kieran, y con el ceño fruncido, giro el cuerpo—. *La cirugía estética de los hoteles puede ocasionar más fiasco que ver a Madonna sin Photoshop, morirás al tenerte que vestir pudorosamente en pleno verano para acceder al Vaticano si antes la interminable cola no ha hecho que sufras un cortocircuito cerebral o el caótico tráfico no ha reventado tus tímpanos.* —Lee, y sonrío al entornar los ojos—. *Por otro lado, no voy a descubrir que la ciudad hay que recorrerla caminando ni que posee un patrimonio monumental exquisito. Roma es dinámica, bulle frenética entre magnetismo artístico, bellas plazas y fuentes para ahogarte o donde recargar las botellas de agua después de cumplir con tontas leyendas o tras emular escenas de películas míticas. Y cuando hayas cumplido con las reliquias del Catolicismo, nada mejor que degustar sus típicas pizzas, que llegan a venderlas por metros en vez de porciones, disfrutar con un cucurucho de sus famosos helados y hasta alucinar viendo a los inmigrantes ilegales correr como liebres para evitar que los Carabinieri*

los detengan y os impidan comprar las fabulosas imitaciones que tratarán de venderos como seáis un poco educados y les dediquéis una sonrisa apenada. Consejo: en Roma no hay que tener piedad, debéis sentirnos como el César perdonando vidas en el Coliseo o moriréis tratando de descubrir en pocos días un vasto imperio. —Kieran se detiene—. Cómo te quemas, Cindy. No me extraña que a tu jefe le lluevan las demandas.

—Déjalo, por favor —digo seria.

—No pretendía molestarte al leerlo, sentía curiosidad.

—Pues ya la has saciado.

—Así es normal que ofendas... ¿Por qué no cuentas nada positivo?

—Esa es otra verdad, me limito a describir mis experiencias, para vender viajes existen las agencias turísticas.

—¿En serio esto es lo que recuerdas de Roma? ¿Y la belleza de los monumentos, el arte o la buena gastronomía?

—No son artículos para que la gente lea lo mismo de siempre, la idea es otra.

—Puedes decir lo que quieras, pero desde mi punto de vista solo hablas de los aspectos negativos.

—Los lectores de la revista no opinan como tú. Pierre me pidió que moderara el tono para evitar las demandas, pero ahora se ha retractado porque las ventas han bajado y piensa que estos artículos son importantes para

mantener a los lectores.

—Chorradas —dice despectivo—. No es necesario tirar por los suelos a nada ni a nadie para vender una revista o lo que sea. Si tu jefe realmente piensa eso, es un gilipollas. —Kieran me sostiene la mirada, que no aguanto y bajo la cabeza—. ¿Te has planteado dejarlo? —pregunta con dureza.

—Sí —respondo en un murmullo sin atreverme a encarar sus ojos—. Voy a acostarme, estoy cansada.

No pasan ni cinco minutos cuando Kieran entra en el dormitorio con el semblante serio, se quita la camiseta y se tumba en la cama girando el cuerpo hacia mí.

—¿Por qué estás triste? —susurra, sujetándome la barbilla.

—No es tristeza —hablo sin ánimo—, es amargura.

—No era mi intención cuestionar tu trabajo, perdóname.

—Gracias por disculparte, aunque no hace falta porque tienes razón. —Trato de esbozar una sonrisa tranquilizadora, le beso los labios con la misma suavidad que él me acaricia el costado mientras decido si sincerarme contándole uno de mis sueños. Cuando me aparto, vuelvo a hablar—. He pensando muchas veces en escribir una novela, pero nunca lo he intentado en serio.

—Pues deberías. Supongo que al principio será complicado, pero con constancia y teniendo la historia no creo que se te resista, la base ya la tienes

—dice al atraerme encima de su cuerpo para quedar alineados—. Hazlo, no te quedes con las ganas.

—Desde que me fui de Londres no me privo —comento antes de besarle el mentón—. Lo intentaré —susurro.

—Bien —admite y desliza las manos bajo el camisón en un recorrido sensual por mis muslos hasta apretarme las nalgas. El roce de nuestros cuerpos es excitante. Nos besamos sin vacilaciones, abriendo las bocas con provocación, deleitados en alargar la danza acompasada de dos lenguas poseídas por la locura—. Tengo que coger un condón —dice Kieran.

—Vale —susurro entrecortada, agradeciendo no tener nunca que recordárselo.

Mientras lo saca de una caja que guarda en la mesilla de noche, medio mareada, me quito el camisón. Al momento, abre el envoltorio y, sonriendo, me lo tiende para que haga los honores de enfundárselo. No me tiembla el pulso al ser consciente de sus ojos pendientes en la destreza de mis manos, en cambio, en cuanto veo acercarse su cuerpo, invadiendo por completo el escaso espacio que me queda, el deseo de golpe me sacude las entrañas y atraviesa mis pezones como una lanza de fuego. El corazón me late acelerado, tan rápido como el galope de una manada de caballos salvajes, y al sentir unas manos ardientes curvándose en mis pechos creo que estoy a punto de desfallecer bajo un cúmulo de suaves pero posesivos estímulos a los que

mi cuerpo no parece acostumbrarse.

—¿Qué te pasa? —pregunta observador.

—No lo sé —hablo jadeante, le aparto el pelo del cuello y tiro de él para besarlo.

Kieran cede, se arquea sobre mí y, sin prisas, empieza a lamerme los pezones. Disfruta con este sugerente preámbulo hasta derretirme en un mar estremecedor. Intento que deje un juego innecesario, pero esquiva mis manos apremiantes y no le disgustan los arañazos en la espalda. Logra que lo desee como a nadie, con una ferocidad irracional. Esta noche es un despliegue de sensualidad; no existe el tiempo ni medidas para él; me quiere rendida y no cejará hasta licuarme rogándole clemencia.

Entregado por completo a su instinto, pasea tranquilo la voracidad de su insidiosa lengua persuasiva por todo mi cuerpo, y enredo los dedos en un cabello largo que invita a tironearlo como justo castigo a una penitencia demasiado duradera. Echa hacia atrás la cabeza, con el cuello tenso y una mueca de dolor en el rostro, y de un impulso me incorporo para morderle el labio inferior con más presión de la que pretendía.

—¿Quieres guerra? —pregunto, atenta a unas pupilas azules dilatadas.

—Me has hecho daño —dice asombrado.

—No, te lo has buscado. —Le empujo el cuerpo para tumbarlo boca abajo y me siento en su cintura, procurando balancearme para que note sin

dudas mis nalgas presionando en las suyas—. Ahora vas a saber lo que es bueno de verdad.

Kieran traga despacio y se relame el labio antes de que cuele la lengua en su oído, dejando que sienta mis pechos en la amplitud de su espalda. Luego trazo una senda de húmeda lascivia desde su cuello hasta sus costillas, me aparto para estar más cómoda. Y él, creyendo que he terminado, suspira de alivio. La pequeña tregua dura apenas unos segundos.

—¿Qué haces? —pregunta al notar que trato de darle la vuelta.

—Gírate.

—¿Para qué?

—Para demostrarme que eres un niño muy bueno.

Cierra los puños conforme lo invado arrasando por una sedosidad abrasante, le arranco gemidos tan fuertes como el deseo que me guía, hasta detenerme sin otra cosa en el pensamiento que el placer sublime de amar siendo amado. Unos minutos después, la hipnótica mirada de Kieran no puede disimular ni tampoco sabe reprimir un gruñido gutural mientras intento ser menos escandalosa que él al soltar un enardecido grito. No lo consigo. Vivo y renazco así, cayendo sin fuerzas encima de un pecho sudoroso donde escucho el ritmo loco de un corazón desbocado.

—La próxima vez que me digas que estás cansada —comenta resollando—, recuérdame que te ponga una camisa de fuerza.

—¿No se suponía que me tenías calada? —hablo y sonrío despacio—.

¿No te ha gustado?

—He alucinado, aunque espero no volver a hacerlo dentro de un mes...

Kieran no termina la frase.

—Mierda —murmuro alargando la palabra al recordar el tirón que le he dado al preservativo; en ese momento, un estúpido obstáculo. Ahora...

—Vamos, Cindy, no te preocupes; dudo mucho que por una vez tengamos que lamentarnos.

—Cosas más raras se han visto —rezongo, y abandono su cuerpo—, pero tienes razón, es complicado que me hayas dejado embarazada de un solo polvo.

—Uno, pero menudo uno —dice alegre.

Tumbada boca arriba, inspiro hondo.

—Has estado perfecto —digo sincera—. No entiendo aún cómo has podido estar tanto tiempo sin novia.

—Porque estaba esperándote —susurra con ternura y se gira para enfrentarse a mí.

—En serio, ¿nunca ha habido nadie que te interesara lo suficiente?

—Ya te lo conté, no —habla, acariciándome el vientre—. He conocido a mujeres que me han gustado, pero con ninguna he querido hablar

o salir por ahí. Piensa también que cada mes paso embarcado la mitad, cuando llegaba me venía con el abuelo y luego mis salidas se limitaban al pub, y ya has comprobado que no hay mucho donde elegir.

—Pero imagino que alguna que otra vez te irías de fiesta con Lonnie y Nicky.

—Sí, pero consistían en emborracharnos en cualquier pub o como mucho en el Festival de la Cerveza de Cork, y es una vez al año.

—Pues en Londres no habrías durado sin novia ni un asalto.

—Lo dudo, a no ser que hubiésemos coincidido. Tú y yo estábamos predestinados a estar juntos, aquí o en Londres.

—Pues no sabes cuánto me alegro.

—Lo sé porque estamos igual —dice, pasando del tono ligero a uno tristón—. ¿Qué haremos cuando te vayas?

—Ya veremos —respondo, mostrando una ligera sonrisa. Me pongo el camisón con el remordimiento de no haber tenido valor para hablarle del despido laboral que espero en septiembre y me dejará en una situación de desamparo económico sostenible solo unos pocos meses. Y si deberé recortar gastos, viajar para verlo será uno importante. De momento prefiero pensar que encontraré otro empleo en breve, pero hasta que no empiece a buscar no sabré a ciencia cierta cómo se me presentará el panorama. Para agobiarme, sé que la incertidumbre la tengo garantizada. Y por no preocuparlo, haré algo

que nunca se me ha dado mal: eludir los problemas mirando hacia otro lado

—. ¿Queda lasaña?

—¿Quieres cenar de nuevo?

—Sí, tengo hambre.

—¿Eres consciente de que lleva carne, verdad?

—Muy consciente. —Le beso los labios, y entrecierra un ojo con algo de desconfianza—. ¿Qué?

—Eres una vegetariana de pacotilla —dice al ponerse los bóxers—. Pobres vacas, las traicionas a la primera de cambio.

—El amor es traicionero —suelto alegre, y salgo del dormitorio rápidamente—. No tengo la culpa de estar enamorada de un cavernícola carnívoro.

No recorro más que unos pocos pasos cuando siento en el brazo la mano de Kieran, sin parar de observarme con unas pupilas que ahora irradian un magnetismo de esperanzadora felicidad.

—Repítame lo último que has dicho.

—Me has oído, además, ya lo sabías.

—Pero no es lo mismo que escucharlo. —Se inclina sobre mí, con las manos rodeándome la cintura—. Venga, miss Pink, sé valiente y dímelo a la cara.

—Eres hombre muerto.

—Lo sé —susurra con satisfacción. Mantengo apretados los labios, desafiante pero embargada por la alegría. Kieran me roza la boca con un ligero beso y mueve la cabeza hacia el lóbulo derecho de mi oreja, acariciándome la piel con el aliento—. Voy a morir muy a gusto.

25

«Solo cerrando las puertas detrás de uno se abren ventanas hacia el porvenir»

Françoise Sagan

EN UNA COLINA AL noreste de Cork, desde donde se divisa el río Lee y toda la ciudad, está Montenotte, que es una zona residencial llena de vastas propiedades con cuidados jardines y estrechas carreteras entre muros de piedra. Mentiría si pensara que ir distraída con la panorámica y la conversación de Kieran me ayuda a mantener la calma ante la inminente comida familiar con los O'Driscoll. No es así. Entiendo la curiosidad de Annie y Patrick, sus padres, porque durante las últimas semanas me han invitado a conocerlos varias veces y hasta hoy he podido rechazarlos de manera convincente y sutil; sin embargo, esta vez no me ha parecido apropiado eludir el cumpleaños de Deirdre. Bueno, sería más acertado decir que no he querido fallarle a Kieran. Él no puede reprimir sentirse ilusionado, ajeno por completo a mi temor, y eso ha sido clave para no posponer más tiempo algo inevitable que sentará las bases de la relación que mantendré con su familia directa.

Dejamos atrás la empinada y tortuosa carretera, llena de casas escalonadas en la colina, cuando Kieran toma un desvío y detiene el Tiguan delante de un portón de madera. Al instante, tras cruzarlo, empezamos a

circular despacio sobre un camino de grava entre árboles frondosos. En unas decenas de metros, aparece la señorial pero sencilla residencia de los O'Driscoll y, por un instante los nervios me traicionan. Mientras Kieran conduce con suavidad, aprecio una construcción grande, de forma rectangular, dos plantas con numerosas ventanas —todas iguales con la carpintería blanca y apertura vertical—, y un porche en la entrada adelantado bajo dos finas columnas. La hiedra cubre parte de la fachada de ladrillo rojizo y pardo, y unos arbustos espesos ocultan parcialmente las esquinas.

En cuanto nos bajamos del coche, se abre la puerta principal de la casa y salen Annie y Patrick. La mujer, de cincuenta y seis años, es alta, con un ligero sobrepeso aunque tiene las piernas finas. Por su rostro armonioso, adivino que ha debido ser una belleza pese a las arrugas que rodean unos expresivos ojos azules. Pelirroja de cabello, lo lleva en una melena con un corte recto descubriendo la nuca, parecido al mío. Viste una camisa clara, falda vaquera y unas cómodas sandalias planas. Kieran, que la abraza cariñoso, se le parece; sin embargo, después de saludar con dos amistosos besos a Patrick, creo que ha heredado lo mejor de ambos, si bien, la altura indudablemente es de la rama paterna. Patrick tiene un aspecto agradable sin ser un hombre guapo: buen porte, rostro bronceado, el pelo canoso rizado en las puntas, los ojos alegres azules grisáceos como los de su hijo, tan atentos como cálidos tras unas gafas de pasta negra, y barba bien cuidada sumergida

en gris. Él también viste de manera informal unas bermudas oscuras, un polo blanco y unos veraniegos mocasines de piel.

Hablando del trayecto entramos a un amplio vestíbulo, con techos altos y suelos de madera oscura, interconectado al salón y sala de estar. Aunque atiendo la charla, no dejo de fijarme con disimulo en los muebles modernos, la elegante chimenea de mármol, y en la inmensa cocina con una isla central que hay al fondo. El orden es llamativo, ni siquiera veo un cuchillo por medio.

—¿Te gusta la casa, Cynthia? —pregunta Annie, saliendo hacia el jardín por la puerta francesa del salón.

—Sí, es preciosa —respondo con una sonrisa tibia. Noto en ella un escrutinio constante, aún así, molesta, añadido con amabilidad—. ¿La has decorado tú?

—Sí, claro. Veo que te interesa la moda —dice, mirándome de arriba abajo. Hoy me he puesto un vestido blanco de Carolina Herrera, de línea sobria, con unos tacones beige.

—Es una experta, mamá.

A Annie el comentario de Kieran no parece interesarle, y a mí termina por convencerme del poco agrado que le causo; en cambio, no voy a plantearme ser hostil. Al igual que he venido por complacerlo, tengo aplomo suficiente para mostrar mi mejor versión porque poniéndome en el lugar de

sus padres puedo entender que conmigo se hayan ido al traste las expectativas que albergasen para él. Y más, al observar cada pocos minutos la complicidad que comparten entre ellos.

La llegada de Deirdre disipa la atención de Annie en mí y permite que indague algo en la personalidad de Patrick durante la comida. La conversación sobre mis hábitos alimenticios, que de nuevo me salto ante un menú carnívoro, me lleva a los alegatos de siempre para defenderme a pesar de que el hombre está brillando por su inteligencia al plantearme algunas paradojas en las que nunca había pensado.

—Estoy de acuerdo en que debe haber un equilibrio en la dieta porque es saludable —comenta Patrick—, pero es curioso que una minoría de la población se gaste el dinero en comprar productos higiénicos hechos a base de cereales, vitaminas o derivados lácteos cuando la mayoría consume comida llena de productos químicos.

—Imagino que con el tiempo —empiezo a hablar— la gente entenderá que así no se puede seguir.

—Yo creo que el mundo está loco —dice Kieran—. No es normal que una minoría viva obsesionada por no engordar y una mayoría muera de hambre. O que unos solo piensen en comprar y gastar, pero no sepan disfrutar de lo que tienen.

Deirdre, que hasta ahora mantenía una conversación paralela con

Annie, mira a Kieran y mueve despacio la cabeza.

—Parece mentira, Kerry —dice—. Ahora no eres nadie si no tienes la mejor casa, entendiendo por mejor la más grande, y sin embargo las familias son cada vez más pequeñas. ¿Acaso eso es normal?

—No —responde Annie, observándola y sonriendo—. Pero mucha culpa de eso es de las mujeres, retrasan tanto ser madres que cuando quieren tener hijos ya es tarde —comenta sin dirigirse directamente a mí—. ¿Qué opinas, Cynthia?

—Cada cual es libre de hacer lo que quiera —contesto en un tono amable.

—¿No has descartado ya la maternidad? —pregunta Annie.

—No —digo cortante, amagando otro gesto suave sin intención de darle explicaciones, aunque llevo intuyendo un buen rato que este tema es importante para ella.

—Una amiga de Cindy —dice Kieran—, está ahora embarazada de su primer hijo.

Sonrío al escuchar el diminutivo, que solo usa él, y porque percibo que trata de aliviar la preocupación de su madre, pero no añado nada.

—¿Qué edad tiene? —pregunta Annie.

—No lo sé —responde Kieran—. Supongo que será como tú, ¿no? —pregunta mirándome.

—Sí, exactamente como yo. —A mi rubio inocentón le sonrío dulcemente, en cambio, al encarar a Annie la misma sonrisa se transforma en una línea cínica—. También ha estado casada, como yo; aunque le gano, ella solo se ha divorciado una vez.

En cuanto me escucha, Annie abre los ojos de par en par. No voy a decirle el dato que quiere saber, si se atreve, puede preguntármelo. Pasan unos segundos silenciosos interminables hasta que Deirdre diluye la tensión del jardín con gran habilidad reconduciendo la charla hacia ella misma.

Luego, cuando creo haberme relajado, Patrick se interesa por la salud de Eoghan y no tarda en comenzar un debate acerca de los beneficios que tendría viviendo en una residencia. Como no pinto nada, me entretengo pensando en no dilatar más una conversación con Kieran que había descartado por creerla precipitada y en este momento ya encuentro imprescindible.

Sobre las seis de la tarde nos despedimos para regresar a Baltimore. Annie ha estado correcta, a pesar de haberme ignorado a partir de saber que soy divorciada; no imagino cuántos maridos me habrá echado ni me preocupa. Supongo que ya se ha formado una opinión de mí y nada la hará cambiar sus anticuados pensamientos.

Mientras anochece circulamos hacia el sur por una monótona carretera

con un carril para cada sentido y apenas tráfico. Kieran disfruta conduciendo ajeno a la batalla interior que estoy lidiando al calibrar cómo afectará a mi vida la expectativa que él tenga.

—Me gustaría llevarte mañana a la nave —comenta—, para que me des tu opinión.

—Vale, ¿qué te ha dicho tu padre?

—Que no haga nada sin licencia. Piensa que es una inversión demasiado costosa, aunque por otro lado está contento porque dejaré el barco.

—Es normal que se preocupe —digo con suavidad, algo dispersa en mis propios problemas. Al cabo de unos segundos, le pregunto—. ¿Hasta dónde quieres llegar conmigo?

—¿Ahora?

—No, a largo plazo —respondo seria.

—No me lo he planteado, ¿por qué?

Aliviada al confirmar que nos une hasta la dejadez para planificar, comento:

—Cuando era adolescente no había móviles —digo, él arruga el ceño y me echa un vistazo de reojo—. Para quedar con tus amigos había que llamar al fijo y lo habitual era que mi madre fuese el buzón de voz. Ella cogía los recados, aunque no era nada fiable porque nunca se acordaba de quién me había llamado. —Sonrío, recordando aquellas escenas que ahora me parecen

divertidas pero en su momento originaban agrias discusiones—. Tú eso no lo has vivido —concluyo.

—No, ¿y qué?

—¿Por qué no quieres verlo? —pregunto—. Tus padres se han sorprendido al conocerme, no esperaban que fuese mayor que tú.

—¿Y qué? —repite—. ¿Me ves preocupado?

—No, pero deberíamos ser honestos y hablar de lo que buscamos el uno en el otro.

—Joder... Pensaba que no querías casarte ni tener hijos.

—Y no quiero —replico—. ¿Tú tampoco?

—Claro que no —dice asombrado—. El matrimonio me la trae al fresco y en los hijos la verdad es que no he pensado, no porque no quiera tener, sino porque no me veo de padre, al menos, no por ahora.

—Ya, pero por eso te he contado la historia del móvil. Estamos en etapas de la vida diferentes y ciertas cosas no pueden elegirse cuando uno quiera; como tener hijos, por ejemplo.

—Lo entiendo, pero no me apetece tenerlos ahora solo porque tú seas mayor que yo y dentro de unos años no puedas. Ante eso, prefiero no ser padre.

—¿Estás seguro? Porque si más adelante cambias de opinión será tarde.

—No sé cómo pensaré dentro de unos años, y si tu temor es que terminemos porque no puedas tener hijos, estás muy equivocada conmigo; hay más posibilidades de que me dejes tú a mí que al contrario —comenta severo—. El tema de los hijos biológicos es una decisión que deberíamos tomar juntos y no son la única alternativa si cuando me entrasen unas ganas locas de ser padre tú ya no pudieras tenerlos.

—Ni nuestros ni adoptados, Kieran. Estoy acostumbrada a vivir a mi aire y sé que conforme vaya envejeciendo será más complicado que cambie de opinión.

—Hablas como si fueses una anciana —dice incómodo, y entorna los ojos. Al cabo de unos segundos, veo una sonrisa en su rostro—. Puedes pensar lo que quieras de ti misma, pero sé que estás ilusionada con el bebé de Imogen y Mark y no me extrañaría que te hubieses planteado tener uno —comenta, y me mira—, mío.

¡Vaya, soy traslúcida! ¿Cuándo se habrá dado cuenta?

—Alucinas solo —hablo indiferente.

—Cindy, tú no filtras tus pensamientos antes de soltarlos.

—Lo sé, pero como bien dices, “pensamientos” —recalco la palabra— que me reservo.

—Te tengo calada, ¿niegas haberlo pensado?

—Sí, rotundamente; no quiero niños.

—Eres una mentirosa —añade bromeando—, seguro que hasta te los has imaginado. Rubios, altos, ojos claros...

—Sigue describiéndote, es lo máximo que vas a tener.

—No, lo máximo que pienso tener eres tú. Con eso me conformo.

De pronto me siento imbécil.

—No me gustaría que renunciaras a algo tan importante como la paternidad por mí, no es justo.

—Para mí no sería justo obligarte a tener hijos —dice en un tono bajo—. No elegimos de quién nos enamoramos ni qué nos deparará la vida, es aleatorio y a veces sorprendente. Estoy muy bien contigo, quiero y necesito que tú también lo estés conmigo, así, nosotros y nuestra historia sin que nos influyan los demás.

—No me habías dicho que te has enamorado.

Con una mano le acaricio la pierna.

—¿No lo sabías? —pregunta, y muevo la cabeza—. Mentirosa —susurra—. Si yo sé que estás enamorada de mí, tú sabes perfectamente que lo estoy de ti. ¿Vas a negarlo?

—No —respondo sonriendo—. Lo que siento por ti no se merece seguir oculto, no voy a hacerlo, aunque tampoco lo pregone.

—Entonces, como siempre, miss Pink, estamos de acuerdo.

—Qué manía con el dichoso diminutivo —rezongo—. Te juro que voy

a matar a Lonnie.

—¿Por qué? —Ríe contento—. El recorte se me ocurrió a mí.

—¿Ah, sí? Pues ya verás qué gracia va a hacerte el recorte de esta noche.

—Ninguna, pero ya sabes que puedo ser muy persuasivo. ¿Tenemos aceite?

—Estás encarrilándolo —digo alegre, pensando en sus manos pringosas recorriéndome el cuerpo—. Si preparas también la cena, te perdono.

—¿No estás columpiándote un poco? La primera vez que me invitaste a cenar hiciste aquellas berenjenas rellenas y hasta hoy.

—¿Disculpa? —hablo exagerando una ofensa inexistente—. Te he hecho un montón de comidas. Si quieres, las enumero.

—No, gracias, prefiero olvidarlas.

—Continúa restando puntos, luego te aplicarás mejor.

—Soy un niño muy aplicado —dice, y me mira un segundo—, miss...

—Se muerde los labios antes de terminar—, Cindy.

Aprieto la boca por no reír, aunque claramente esté haciéndolo. Kieran tiene una facilidad pasmosa para divertirme o emocionarme por igual sin darme tregua, tan constante como el raudo transcurrir del tiempo, tanto como que estos tres últimos meses han volado uniéndonos para desengañarme de

prejuicios absurdos o quizás demostrándome que él es mi contrapunto perfecto, o sencillamente para que afronte sin temores toda la felicidad que esta relación me ofrece.

26

«Aquel que más posee, más miedo tiene de perderlo»

Leonardo Da Vinci

HOY, VIERNES 7 DE agosto, se cumplen tres días desde que el *Bandit* debía haber regresado al puerto de Baltimore tras una semana faenando. Cuando aparco el Tiguan en el muelle la lluvia arrecia, y la previsión del tiempo para las próximas horas no es nada halagüeña. He intentado mantener la calma, pero sola en casa empezaba a volverme loca.

No he dudado en recorrer la inhóspita carretera para rodearme de personas que comprendan esta terrible angustia, además de estar esperanzada en que los McNamara puedan darme alguna noticia positiva. Rezo sin ser católica para que la suerte les esté acompañando y no hayan tenido ningún problema; sin embargo, es más lógico pensar que el mal tiempo, con tormentas y unos vientos fortísimos azotando estas costas, en alta mar aun sea mucho peor. Soy aprensiva por naturaleza aunque trate de disimularlo, y más, ahora que pronto se cumplirán cinco meses desde el día en que coincidí con Kieran por primera vez y cambió completamente mi vida. Revivo aquella ocasión como en una imagen nítida pero deformada; se ganó a pulso mi total atención en un choque drástico de emociones encontradas cuando me puso perdida de barro mientras conducía distraído hacia Clomacow y luego,

después de otra copiosa lluvia, tuvo el detalle de ofrecerme una ayuda que rechacé, negándome a aceptar lo cierto. Él insistió, fue paciente, constante, hasta que no pude ignorarlo y cobré conciencia de que estaba alejando uno de mis más temidos demonios. Por eso, aparte de los sentimientos que nos unen, necesito que vuelva o, como mínimo, tener la certeza de que está sano y salvo.

Al subir la ligera cuesta de la carretera hacia el pub me doy cuenta de que no sirve de nada llevar puestas las botas de agua ni el chubasquero, el agua cae con violencia en todas direcciones y corre en cascada dificultando que acelere el paso.

Como esperaba, la terraza delantera está vacía. Franqueo la puerta de madera y la cierro deprisa. Tengo que dejarme caer encima para contrarrestar el empuje del viento. Pensando en la humedad que me empapa la ropa y ante la idea de pillar un resfriado en pleno verano, acabo de quitarme el chubasquero, que dejo en un rincón de la barra, y, atusándome el cabello, echo una ojeada al solitario local.

—¡Bonnie! ¡John!

De repente oigo el choque entre algunos objetos de cristal. Bonnie sale de la cocina y muestra una expresión de sorpresa al verme.

—Cynthia, ¿qué haces aquí?

—Estoy muy preocupada por Kieran y los chicos. Tendrían que haber

vuelto el martes. ¿Sabes algo?

—No —responde, y percibo con claridad el desasosiego en sus ojos—. Lonnie no tiene costumbre de llamar, aunque si han tenido cualquier contratiempo lo habría hecho.

—No tienen ni wifi —digo, me siento en uno de los taburetes y me sostengo la cara entre las manos—. Me asusta el mal tiempo, Bonnie.

—Y a mí, pero confío en que estarán bien. Lo más probable es que hayan encontrado un buen caladero y estén aprovechándolo.

—No lo creo, siempre van a los mismos. Kieran no está presionado para llenar la bodega.

—Tengo entendido otra cosa —comenta, yendo a la cocina—. ¿Quieres un café o un té?

—¿Qué tienes entendido? —pregunto elevando la voz.

—Lonnie me ha dicho que Kerry ahora mismo necesita bastante dinero para montar la granja de salmón.

—Es una inversión muy fuerte, pero que yo sepa no está apurado por el dinero.

—No te lo habrá dicho para no preocuparte —comenta, y la escucho moverse.

—¿Dónde está John?

—En casa, haciendo chapuzas. He preferido venirme aquí a estar

escuchándolo.

Aunque me sorprende la respuesta, en este momento solo Kieran ocupa mi mente. Reflexiono en una posibilidad que no había contemplado. Es cierto que con la obra de adaptación, la compra de las piscinas, honorarios técnicos y licencias el pellizco a su economía es monumental, en cambio, cuando hemos hablado del tema siempre ha dejado entrever que podía hacerle frente con cierta solvencia.

Bonnie reaparece con dos tazas de café, las coloca en la barra y sale para sentarse a mi lado.

—Kerry es un chico muy responsable, Cynthia, ya verás cómo este retraso está bien justificado.

—Normalmente, nos mandamos mensajes —digo con pesar, echo un sobre de azúcar en la taza y me distraigo meneando dentro la cucharilla—. ¿No estás preocupada por Lonnie?

—Claro que sí —contesta sonriendo—, soy su madre; pero confío en él por muy desastre que sea. —Bonnie también se abstrae cuando le da un sorbo al café. Está tan tranquila que me hace pensar en la maría, aunque no voy a preguntarle—. Él y Kerry son más que familia, son amigos desde que eran críos, se protegen y se ayudan, seguro que están bien.

La oigo en la lejanía de mis propios pensamientos, parece que intenta convencerse para no caer en la misma desesperación que tengo.

—Háblame de ellos. ¿Cómo eran de niños?

—Inseparables y traviosos. Kerry era el ideólogo de las trastadas y Lonnie el brazo ejecutor. No ganábamos para sustos —dice en un tono nostálgico que no expresa tristeza, sino alegría—. Kerry ha estado desde siempre muy apegado a mi tío, solía pasar aquí los veranos enteros. La tía Deirdre sentía pasión por él. —Ahora sí se hace evidente el dolor de la tristeza en su voz.

—Su abuela, ¿no? —pregunto sin necesidad. Bonnie afirma moviendo la cabeza. Alguna vez Kieran la ha nombrado, de pasada, dando a entender que no quería recordarla; por lo que ha contado con mi respeto o, según se mire, indiferencia—. ¿De qué murió?

—Un infarto mientras dormía. Mi tío se dio cuenta cuando se despertó por la mañana —explica, y suelta un breve suspiro—. No ha vuelto a ser el mismo desde entonces, lleva veinte años culpándose por no haberla socorrido; fue una pena..., era una gran mujer.

—Debió serlo —admito con una sonrisa, imaginando que para lidiar con Eoghan no pudo ser de otra manera.

—Estoy convencida de que mi tío no la ha olvidado.

—¿Por qué tendría que haberla olvidado? No creo que sea necesario para mantener otra relación. Se puede seguir adelante, si uno quiere.

—Yo creo que no, Cynthia. Es imposible amar a otra persona cuando

tu cabeza no olvida.

—Dependerá de la marca que te haya dejado en el corazón —concedo, reflexionando.

—¿No piensas nunca en tus exmaridos?

—A veces, pero no con nostalgia. Me casé con el primero, Julian, a los veinticinco. Estuvimos juntos diez años, pero con dos habría sido suficiente. Más que una pareja, fuimos compañeros de piso. Me mentí mucho tiempo, dándole una oportunidad tras otra cuando en el fondo sabía que había dejado de amarlo. Le tengo cariño porque es un buen hombre, aunque el divorcio no fue tan civilizado como habría querido. —Hago una pausa, apuro el café y añado—. Ahora nos vemos muy poco, pero tenemos buena relación.

—¿Se ha vuelto a casar? —pregunta con curiosidad.

—No, pero tiene pareja. No la conozco personalmente.

—¿Y el otro?

—Es un cabrón, ha sido el gran error de mi vida —respondo beligerante—. Se tira cualquier cosa que se mueve, es un embustero y encima tiene complejo de víctima. Divorciarme de él es lo mejor que he hecho, ni lo recuerdo ni pienso hacerlo. Sam dejó de existir para mí el mismo día que firmamos el divorcio. Espero que todo le vaya bien, pero muy lejos de mí.

—A algunos hombres habría que echarles de comer aparte. Menos mal que yo he tenido suerte con John. Discutimos todos los días, y todos los días

nos reconciamos —dice contenta—. Quien no nos conozca puede pensar que nos llevamos mal, pero nada más lejos de la realidad; no somos nadie el uno sin el otro.

—El equilibrio en el amor es fundamental —comento, dándole unas palmadas en la mano—. Es una suerte que lo hayáis encontrado, cuidadlo.

—¿Y qué me dices de ti y Kerry?

—Poco —contesto, sin reprimir el brillo delator que irradian mis ojos—. Seguimos en fase de descubrimiento.

—¿No tenéis planes? Todas las parejas suelen hacerlos.

—Es complicado, de momento así estamos bien. —Al hablar de Kieran vuelvo a sentirme nerviosa, de nuevo preocupada por su paradero—. No tengo madera para soportar esta incertidumbre. Sabía que la vida de los pescadores era dura, pero ahora pienso que es mucho peor la de sus mujeres.

—En cuanto monte la piscifactoría esto se acaba —concluye animosa.

Durante un buen rato charlamos saltando de un tema a otro, hasta tocamos el recibimiento que Patrick y Annie me dieron en Cork. Con prudencia pero sobrada de confianza, Bonnie intenta justificar la actitud de sus primos, sobre todo de Annie, para no dejarme otra opción que admitir sus infundados miedos maternos, basados en prejuicios, con la novedad de estar ya solo centrados en los hijos. Por supuesto, no le cuento que nunca seremos padres para salvaguardarme ese egoísmo que no entendería. Prefiero dejarle

entreabierta la puerta de la esperanza porque pienso que ciertas mentiras piadosas evitan confrontaciones absurdas cuando se tienen puntos de vista opuestos.

Poco después de las doce, cuando la lluvia ha suavizado su intensidad, se abre con contundencia la puerta y la corpulenta sombra de Eoghan O'Driscoll acapara la leve iluminación amarillenta que hay justo encima. A su lado, *Guapo*. Los dos parecen mojados hasta los huesos, pero mientras el pequeño perro moteado de negro se sacude el corto pelaje, el hombre observa a Bonnie y desvía la vista para que enfrentemos nuestros ojos.

—Tío Eoghan —exclama Bonnie, sale rápido a su encuentro con un paño seco en la mano—, ¿cómo se te ocurre salir de casa?

—La lluvia es saludable —replica, y rechaza el paño con un gesto brusco. Se quita lentamente el chubasquero oscuro, lo deja en el suelo y se acerca a la barra con andares pesados, parece como si tuviera las piernas entumecidas. El perro ladra, enfilándome—. *Guapo*, no pierdas el tiempo —dice en un tono duro—. ¿Funciona la emisora? —pregunta a Bonnie.

—Supongo —responde al sentarse de nuevo—. Ya sabes dónde está.

Eoghan rodea la barra y se dirige a la cocina. El perro me gruñe y lo vigilo con cara de pocos amigos; la hostilidad es recíproca.

—¿Con esa emisora se puede hablar con el barco?

—Sí, pero no sé cómo funciona —responde Bonnie, le da un trozo de

pan duro al perro, que se aleja como si llevara un tesoro entre los dientes, y vuelve a mirarme—. John y mi tío a veces la usan para comunicarse con ellos.

—Esperemos que haya suerte.

—Deja de preocuparte, si les hubiera pasado algo ya lo sabríamos; las malas noticias vuelan.

El sonido distorsionado de las frecuencias de la radio cuando Eoghan la pone en marcha capta nuestra atención. Escuchamos su voz identificándose, silencio durante unos segundos, no hay respuesta, y otra intentona; de nuevo, sin ningún éxito. Tras insistir varias veces, le entra un arrebato de ira y maldice con una agresividad que me asusta.

—Más le vale al inútil de Lonnie no haber hecho alguna de las suyas —dice Eoghan con mala leche al salir de la cocina—. Nunca llegaré a entender qué ve Kerry en él.

Sorprendida por la pasividad de Bonnie, digo:

—A un buen amigo —comento con un talante severo—. Es comprensible que usted no lo entienda.

—Estoy hablando con mi sobrina, ¿no sabe usted lo que es respetar la intimidad?

—Tío Eoghan —dice Bonnie en tono conciliador—, Cynthia puede opinar lo que quiera... y deja tranquilo a Lonnie, llévaslo con la misma

cantinela desde que era pequeño.

—Porque la criatura perdió el norte el día que lo pariste —replica seco—. Es un atolondrado.

Bonnie menea la cabeza y resopla cansada a la vez que Eoghan se sienta en uno de los taburetes y empieza a balancear las piernas hacia delante y hacia atrás, como intentando reactivar la circulación de la sangre.

—¿Aparte de para meterte con Lonnie has venido por algo más? —pregunta Bonnie.

—Deja la hierba porque también te está afectando los oídos. ¿No tienes bastante con estar siempre ciega?

Tuerzo una sonrisa apretada al escucharlo.

—Piensa lo que te dé la gana —dice Bonnie.

—¿Cuándo vuelven?

—Ni idea —responde Bonnie sin que sea posible detectar en su tono algún indicio de enfado—. De eso estábamos hablando. Kerry le dijo a Cynthia que el martes.

Eoghan centra su atención en mis ojos.

—Entonces, es normal que no quiera aparecer por aquí.

—Señor O'Driscoll —empiezo a decir—, le agradecería que me ignore. —comento con ironía. Él levanta la cabeza, mirando a su alrededor—. No voy a entrarle al trapo, pero tampoco tengo intención de aguantarle todas

las chorradas que suelta amparándose en su edad.

—Escúcheme atentamente —dice con frialdad—. He dicho lo que he pensado toda mi vida, siempre —recalca—. No busco complacer a nadie, no tengo tiempo ni interés. Si le fastidia lo que oye, es su problema. Como comprenderá, no voy a cambiar a estas alturas de mi vida.

—Por supuesto que no espero ningún cambio de usted, las personas no cambian —digo sin dejar de observarlo—, pero por lo menos tenga el detalle de no dirigirse a mí. —Hago una pausa, pensando en Kieran, y añado—. Aunque le moleste, tendremos que tratarnos, así que seamos civilizados, medianamente educados y tengamos la fiesta en paz.

—¿Quiere a mi nieto?

—No pienso responderle. ¿Quería a su esposa?

Eoghan bate las mandíbulas, y Bonnie alterna la vista entre nosotros.

—Tampoco voy a responderle. No es algo cuestionable.

—Me alegro, por fin empezamos a entendernos.

En este momento solo se escucha la lluvia, tintinea en los cristales. Durante unos minutos parecemos tres estatuas de bronce petrificadas por la sinceridad. Incluso pienso que la soltura verbal del anciano sea producto de la demencia, pero no una demencia senil, sino que es fruto del dolor por la pérdida de su esposa. Por más que intento ponerme en su lugar no soy capaz de imaginarme lo que debió sentir al despertar y encontrarla muerta, en la

sensación de impotencia que lo aturdió con remordimientos por no haberse enterado mientras dormía. Divago con la mirada perdida en las gotas que chorrean lentamente por las ventanas, suponiendo que este anciano gruñón, malhablado y altivo buscó refugio en la locura de su cabeza para burlar una trágica experiencia. No lo justifico, no me parece una forma correcta de enfrentarse al dolor porque se advierte su amargura y hace daño a personas que no merecen cargar con sus demonios. Pero también, teniendo en cuenta cómo escribo, o la nula relación con mis compañeros de trabajo, puedo solidarizarme con él comprendiendo esas salidas sarcásticas como rasgos innatos de una personalidad huraña y temperamental, tan parecida a la mía antes de conocer a Kieran que llega a avergonzarme. Me alegro muchísimo al haber perdido de vista la parte cínica de mi carácter, porque si la gente opinaba de mí tal y como lo hago de Eoghan entonces podría asegurar que en los últimos años he tenido la suerte de cara.

—Parece que haya pasado un ángel —dice Bonnie, que se levanta para entrar en la barra.

El anciano me mira un segundo, lo controlo y enfoco los ojos en el vaso que Bonnie me coloca por delante. Pone dos más y, sin preguntar, los sirve con West Cork, un whisky de malta de 10 años elaborado en el precioso pueblo de Skibbereen que visité recientemente con Kieran. Saboreo el licor, recordando la excursión que hicimos en kayak ese mismo día. Recorrimos los

estrechos del lago que atraviesa el pueblo y nos dirigimos al mar Celta, donde descubrimos unas cuevas y arcos marinos llenos de misterio y vida. Comimos unos bocadillos en la playa, tomamos el sol hasta medio derretirnos y regresamos por la costa de otro pequeño pueblo cercano a Baltimore para devolver el kayak, que aun siendo doble solo usó hábilmente Kieran al contar con una experimentada trayectoria como remero. Siempre he defendido que cada cual debe dedicarse con afán a la tarea que mejor ejecute. Y habría sido un disparate que me hubiera sacrificado remando cuando él se brindó entusiasmado y posee una fortaleza física incomparable a la mía. El caso fue que pasamos un día memorable y divertido, tanto como las risotadas que provienen de la terraza. Miro a Bonnie antes de dar un bote para bajarme del taburete. El Atolondrado y el Cavernícola por fin han vuelto.

Nada más ver las pupilas dilatadas de Kieran, arrugo las cejas; aunque esgrimo una sonrisa feliz, aliviada. Tanto él como Lonnie, por la ausencia de hedor a pescado, no parecen recién salidos del barco. Traen mojado el cabello, sus ropas y las mochilas están empapadas, incluso sucias. Tras un efusivo saludo —Kieran me ha besado en la boca delante de unas miradas curiosas que habría preferido evitar—, ambos empiezan a hablar de forma atropellada, sin que Bonnie o Eoghan muestren rastro alguno de desconcierto. Entre exclamaciones y risotadas, entiendo que regresaron de pescar hace cuarenta y ocho horas, dedicadas a emborracharse en Baltimore,

evidentemente.

Conteniendo un cabreo mayor por momentos, me muerdo los labios al oírlos, no rechazo los brazos del Cavernícola juerguista cuando me rodea por detrás la cintura para enfocar los ojos en la expresión comprensiva de Eoghan, la sonrisa de felicidad pintada en el rostro de Bonnie y en los ademanes torpes de su hijo, que sirviendo unas pintas parece un elefante en una cacharrería. Desde luego, si en circunstancias normales Lonnie tiende al desastre, verlo ahora, con las pupilas azules ensangrentadas, explicando con la lengua de trapo que Dios le ha otorgado cómo les ha ido la campaña y las manos de mantequilla incapaces de sostener las jarras sin volcarlas, es cuanto menos una experiencia curiosa.

—¿Nicky no os ha acompañado? —pregunto en un tono suave.

—Ha preferido a su mujercita —responde Kieran, balanceándome el cuerpo—. Aún están de luna de miel.

—Es comprensible —añado. Eoghan eleva y baja el ceño, y observa un instante a Kieran, con una expresión relajada—. Está muy bien que os divirtáis, pero habría estado mejor si nos hubieseis llamado cuando llegasteis. Hemos estado muy preocupadas por vosotros.

—Hable por usted —espetea Eoghan.

—He dicho “preocupadas” —aclaro—. Género femenino plural, o sea, que me refería a Bonnie y a mí. Ahora bien, está en su derecho de travestirse

cuando quiera.

Al terminar de hablar me gano una mirada de advertencia, que desafío mostrando una sonrisa cínica. A lo suyo, Lonnie empina el codo y deja la jarra por la mitad.

—Nunca te llamo, mami —dice zalamero—. ¿En serio has estado preocupada?

—No tanto como Cynthia —contesta Bonnie—, pero sí. Hemos tenido unos días con el tiempo horroroso. No os habría costado nada hacer una llamada.

—¿Estabas preocupada por mí? —susurra Kieran cerca de mi oído.

Con la sutileza que puedo, aparto la cabeza. No respondo, creo que un gesto es más descriptivo que mil palabras. Los McNamara puede que no lo hayan advertido, sin embargo, el viejo O'Driscoll lo ha pillado alto y claro. Minutos más tarde, cuando estoy harta de escuchar tonterías, comienzo a despedirme. Y Kieran, que efectivamente también ha notado mi enfado, no tiene otra ocurrencia que ofrecerse para llevar a Eoghan y a su amado perro hasta Clomacow. En mi coche, por supuesto. Como soy una persona educada, piadosa con la tercera edad, secundo la generosa oferta sin cuestionarlo. Estoy reservándome la artillería pesada para una escaramuza casera, alejada de posibles aliados que tomarían parte del bando favorecido por el alcohol.

La lluvia apenas es molesta cuando salimos a la calle; a diferencia de la insidiosa rabia que me sacude el cerebro, tan machacona que llegando al muelle no me da la gana dejar a Kieran conducir.

—Dame las llaves —dice, junto a la puerta del maletero—. Será mejor que *Guapo* vaya aquí para que no ensucie la tapicería.

—Qué detallista —comento sobrada de ironía, aprieto el botón del mando a distancia que abre todas las puertas del coche, y levanto el portón del maletero. El perro da un salto y se mete dentro—. Conduzco yo.

Kieran me observa un segundo, baja la vista y hace una inclinación de cabeza. No exterioriza ninguna emoción, para mi sorpresa. Con amabilidad, abre la puerta del copiloto y le ofrece asiento a Eoghan. Él entra en la parte trasera, y arranco el motor.

No hablan durante el trayecto, no sé si porque ambos prefieren ir atentos a la embarrada carretera y no quieren ponerme nerviosa o si lo hacen porque las malas vibraciones nos rodean y con esta actitud cautelosa pretenden evitar una discusión.

Pasada media hora, detengo el coche en la puerta del caserón. El anciano, con un respeto inesperado, me agradece el gesto antes de apearse. Kieran también sale, abre el maletero para que *Guapo* —otro que se ha comportado rayando la docilidad— dé un brinco y salga veloz. Kieran acompaña a su abuelo, alejándose, charlan como si tal cosa. Espero unos

minutos, hasta que echo un vistazo por el retrovisor y veo a Kieran cerrar la puerta de la casa, y con ademán despreocupado se alisa el abundante cabello rubio, todavía bastante húmedo. Nuestras miradas coinciden cuando él se acerca y abre mi portezuela.

—Cámbiate de sitio —dice seco.

—No.

—Como quieras —admite. Sin mediar más diálogo, se inclina sobre mí y desabrocha el cinturón de seguridad que sigo llevando colocado. No duda al verme asombrada, mete un brazo bajo mis piernas, con el otro me sostiene la espalda, y me saca del coche, también ignora mis gritos. Me deja caer con cierta brusquedad en el asiento del copiloto, sonrío engreído y, no satisfecho con mi reacción, tiene la desfachatez de besarme rápidamente los labios—. Cabezona, mentirosa, temeraria —dice al sentarse tras el volante—. Tienes unos defectos muy feos.

—Será que tú eres un dechado de virtudes.

—No, pero no hago el tonto si puedo evitarlo.

—Claro, borracho es difícil calibrar el nivel de estupidez que despliegas.

Kieran no me presta atención cuando el Tiguan vuelve a rodar en dirección a mi casa por la carretera entre vallas de madera y arbustos, ahora a más velocidad. Con pericia y sin cambiar a una marcha corta, Kieran toma

una pronunciada curva, botamos y el parabrisas se llena de barro, y de forma mecánica activa los limpiaparabrisas, que dificultan la visibilidad al extender el barro por toda la superficie acristalada.

—Ve más despacio —hablo severa, y me fijo en las olas calmadas después de unos días infernales.

—Siento no haberte llamado, si es por eso por lo que estás tan borde.

—Esto es el colmo. Encima de que no has tenido la más remota consideración, encima, resulta que ahora la borde soy yo.

—¿Consideración por qué? —pregunta irritándose—. No he hecho nada del otro mundo. ¿Desde cuándo tengo que pedirte permiso para salir con mi amigo?

—Desde nunca. No soy quién para permitirte o prohibirte nada.

—Cindy, no saques las cosas de quicio. No he salido con Lonnie para cabrearte, surgió de manera espontánea, nos liamos y perdimos la noción del tiempo.

—No me des explicaciones. He pasado dos días que para mí se quedan. No sabía cómo estabais pasando el temporal, me he preocupado y he sido tan estúpida que he creído merecer una simple llamada tranquilizadora. Me he equivocado, lo reconozco. No volverá a ocurrir.

Kieran adopta de nuevo la actitud prudente, concentrado en la carretera. Mientras tanto, olvido su presencia mirando el luminoso mar,

pensando en uno de los problemas que peor llevé con Sam para hundirme en los tenebrosos recuerdos de las infidelidades. No estoy preparada para vivir lo mismo con Kieran pese a amarlo. Eso sería como andar hacia atrás.

Al llegar a casa ya tengo decididas las palabras exactas que acabarán esta relación. Puedo parecer demasiado drástica, pero la experiencia me ha demostrado que ciertos comportamientos son preferibles atajarlos de raíz. Me dolerá y sangraré al principio, pero será una herida limpia que cicatrizará en poco tiempo. Sin embargo, dejar que la desconfianza haga mella, cuando más adelante terminaré de todas maneras, infectará la herida con un resentimiento que podría acabar siendo odio y prevalecería durante muchos años, quizás para siempre.

—¿Preparo la langosta?

La voz de Kieran me confunde. ¿De qué diablos habla? ¿Cómo es posible que esté pensando en comer? Ah, claro, el alcohol debe haberle abierto el apetito.

—Haz lo que quieras —digo, parada delante de la escalera de caracol.

—¿Te gusta a la plancha?

¿En serio? ¿De verdad está preguntándome cómo me gusta algo que como por no disgustarlo? ¿No se da cuenta de que obviando un problema solo consigue agrandarlo?

—Kieran, haz lo que te dé la gana.

Con este tono arisco acabo de aclararle dos cosas básicas: la langosta me importa tanto como la vida de las amebas y sigo muy enfadada, mucho más siendo realistas. Inmóvil, me observa. Doy la vuelta, dirigiéndome por la escalera al dormitorio. No he hecho más que sentarme en la cama para quitarme las botas cuando sube. Veo que ha sido rápido desnudándose —ya está descalzo, sin camiseta, solo con los vaqueros—, entra en el cuarto de baño y abre el grifo de la bañera. De pronto, la fragancia a lavanda inunda todos los rincones.

—¿Te falta mucho? —pregunta, apoyado en el quicio de la puerta con las manos en los bolsillos traseros del pantalón.

—Tenemos que hablar —digo, pendiente a sus ojos. Noto claramente el movimiento de su nuez al tragar saliva—. Una de las mejores cosas de ir cumpliendo años es que aprendes las lecciones de las experiencias que vives, las buenas y las malas. Antes te he dicho que había sido una estúpida al esperar que me llamaras y que no volvería a ocurrir. —Cojo una buena bocanada de aire. Kieran ni siquiera parpadea—. Es mejor que lo dejemos aquí.

—Vale —dice, y entra en el baño—. El agua está lista.

—¿Me has escuchado? —pregunto elevando la voz.

—Sí. No tardes.

Desde luego está logrando descuadrarme. Me asomo al baño. Kieran

está desnudo, a punto de meterse en la bañera.

—¿Qué haces? ¿Te digo que hemos terminado y como réplica te das un baño?

—¿Qué estupidez estás hablando ahora?

—Las tonterías las haces tú. Acabo de terminar contigo.

Kieran sacude la cabeza, entornando los ojos, y se sienta dentro de la bañera llena de espuma.

—Venga, déjate de rollos y desnúdate de una vez.

—No sabes cuánto estás cabreándome.

—Uno... —Al oírlo, termina de rematarme. Cruzo los brazos y resoplo. Él, encima, sonrío—. Dos..., se te acaba el tiempo, tres...

Me dirige una mirada llena de soberbia, se pone en pie sin preocuparse por el agua que rebosa en cascada y sale con toda su chulería.

—Métete, ya —dice amenazador.

—¿Crees que usando la fuerza vas a hacerme cambiar de opinión?

—Si te refieres a darte un baño conmigo, sí. Y si te refieres a que lo nuestro ha terminado, también. Tú y yo no vamos a terminar, ni ahora ni nunca. Olvídalo, y déjate de gilipolleces.

—No estoy dispuesta a revivir el infierno que pasé con Sam.

—Lo comprendo, pero no nos compares. Mi único delito ha sido emborracharme con Lonnie porque estábamos de celebración. He cometido el

fallo de no llamarte, punto. Tampoco volverá a repetirse. Y ahora, desnúdate o lo haré yo. —Kieran tarda unos pocos segundos en pasar a la acción. Introduce las manos bajo mi camiseta, y levanto los brazos. Él sonrío sabiendo que acabo de rendirme—. Voy a tener que añadir a tu lista de defectos lo impulsiva que eres. —Con delicadeza me acaricia los pechos—, pero estas van a salvarte.

Esbozo una sonrisa y me pongo de puntillas para darle un beso en la boca, con todo el ímpetu que reservo para él; solo para él. Las manos que le recorren las nalgas inician otro viaje, encaminadas a un miembro que las reconoce y se endurece al notarlas.

—Pues este —hablo con los labios pegados a los suyos y sigo invadiéndolo con manos posesivas—, va a salvarte por la juega.

—Es tan obediente como yo.

Kieran se agacha para quitarme el pantalón y las bragas, sin perder la ocasión de mostrarme que incluso empapado es capaz de traspasarme la piel con unos dedos ardientes a la vez que suelta obscenidades sobre lo que piensa hacerme. No creo que lo sepa, pero su voz grave me resulta más excitante que cualquier caricia; es más potente que el mejor de los afrodisiacos, tanto, que floto envuelta en un oscuro deseo. Él lo percibe, pasea la lengua por mi cuello buscando oírme gemir. Y cuando se da por satisfecho, usa la fuerza de sus brazos para levantarme del suelo como si no pesara.

—Dejemos el baño para luego —dice mientras anda apresurado hacia la cama—, ahora prefiero estar más cómodo.

—Y yo. Me debes una buena disculpa.

—Ya sabes que vas a tenerla. —Me tumba en la cama y se coloca a horcajadas encima—. Estoy muy arrepentido.

«Siempre hay un tiempo para marchar aunque no haya sitio a donde ir»

Tennessee Williams

«**F**AUNA SUBURBANA Y hombrecillos verdes. La ciudad es pura dualidad, posiblemente, arrastra todavía el peso del muro que separó durante décadas el comunismo del capitalismo, o quizá eso es otro estigma más y en el fondo la extraña mezcla entre el surrealismo posmoderno de encontrar un loro o hasta los perros de los mendigos usando el metro, con su ticket y todo, que los alemanes no hacen nada gratis, o una playa en el lago Wannsee llena de hamacas idénticas, donde la gente se agolpa como sardinas enlatadas o borregos proletarios, solo sea para recordar su pasado marxista como partes extremas de una adaptación caótica. Descubridlo, porque Berlín merece la pena. Es la meca para los creativos y los extravagantes, sinónimo de cultura urbana, ocio sin límites horarios y música electrónica. Sorprende encontrar en el antiguo Berlín la figura del hombrecillo verde y rojo con sombrero en casi todos los semáforos, barrios pintorescos sacados de otra época aunándolos entre nostalgia con el Berlín moderno, donde el arte es tendencia, hay hasta una isla de los museos, la moda está presente en cualquier rincón y, encima, es asequible a los bolsillos más maltrechos. Incluso la comida será aceptable si eliges medio bien, sin abusos ni

porciones ridículas. Los alemanes son grandes en todo y para todo, a lo bestia, para que no surjan dudas sobre quien domina Europa, a pesar de que lo hagan con una mujer al frente. En definitiva, la ciudad tiene una mezcla atractiva de lo viejo con lo nuevo, de la tradición más germana al mestizaje de las tendencias más cosmopolitas, y algo vital para fluir con autonomía en el siglo XXI: está en constante evolución.»

Dejo así el artículo, pensando en que para mí la despedida de la revista está clarísima, aunque es posible que los lectores no la lean igual, y recojo el portátil. Kieran entra por la puerta con una carpeta bajo el brazo y el teléfono en la mano.

—¿Cómo te ha ido? —pregunto de buen humor.

—Tienes delante al propietario de *Monks Psalms, Organic Salmon* —contesta, y me da un beso rápido en los labios. Deja la carpeta en la mesa y se asoma a la parte trasera de la casa—. ¿Salimos y te lo cuento?

—Empieza ya —sugiero cuando coloco el portátil y mis apuntes en un lado de la mesa.

Al cabo de un rato, acomodados en las hamacas, sigue contándome al detalle la reunión con el equipo técnico que realizará el proyecto. Kieran hace breves pausas mientras observa mis expresiones, que oscilan entre el asombro y la diversión al conocer a grandes rasgos la historia de San Kieran, uno de los doce apóstoles de Irlanda y el elegido para el homenaje que está

rindiéndole con el nombre de la granja. Casi oigo el sonido de sus pensamientos, alegres, cuando me narra algunas anécdotas del erudito monje.

—Lo importante es que te guste a ti —digo en cuanto termina de hablar—. Pero de todos modos, no es un juego de palabras complicado. Salmonk Organic también suena bien.

—¿Es repetitivo *Monks Psalms, Organic Salmon* ^[1]?

—Respóndete solito —digo sonriendo—, eres un niño muy listo.

—Vamos..., Cindy, ayúdame. ¿Te gusta o no? —pregunta indeciso. No quiero decirle la verdad, y no respondo; aunque al igual que soy capaz de oír sus pensamientos, él puede hacer lo mismo conmigo—. El nombre es provisional, mañana lo cambiaré —resuelve.

—Kieran, por favor —comento—, si te gusta, déjaselo. Es tu empresa, tu sueño, llámala como te apetezca.

—Es que me ha gustado más Salmonk Organic —reconoce, y se pone en pie—. Tengo que ir a ver al abuelo, le ha pasado algo con las ovejas. ¿Vienes?

—¿Por qué no?

En el trayecto hacia Clomacow, Kieran me habla de las características de las jaulas, que cumplirán con las normas que se exigen para las condiciones de cultivo del salmón orgánico, por eso quería incluir la palabra

en el nombre de la compañía, además de que garantizarán el bienestar de los animales y la sostenibilidad ambiental. Aunque él parece entusiasmado, desde mi punto de vista será un trabajo colosal ponerla en funcionamiento, y más, como él quiere. Pretende situar las jaulas en una parte de la costa donde los cambios de las mareas pueden ocasionar un quebradero de cabeza para el equipo técnico. Está empeñado en que esos cambios asegurarán la calidad de su producto, sin que haya en la zona ningún referente, basándose en su experiencia como pescador. Tampoco tiene intención de que haya más de 20 000 peces en cada jaula. Cree que optimizando la densidad y alimentándolos con una dieta natural los consumidores notarán la acusada diferencia entre su salmón y el convencional, y eso hará que la excelencia de su producto sea la que impulse el negocio.

La pick-up sigue circulando por la encabritada carretera mientras observo varios vehículos aparcados cerca de los acantilados que rodean la isla. El mes de agosto ha atraído a los veraneantes y los días soleados propician que se lancen a las playas, algunos, porque otros prefieren surcar estas costas navegando en los numerosos veleros que diariamente veo desde mi casa. Al pensar en la casa de Pierre como si fuese mía, me doy cuenta de que es curioso cómo tendemos a considerar nuestros los espacios o sitios donde nos sentimos cómodos. Eso me sucede con esa casa que dentro de nada me veré obligada a dejar. Debo regresar dentro de unos días y no solo

eso, sino que además estoy convencida de que en cuanto entregue el artículo de Berlín y persista en la negativa de escribir sobre esto estaré en el paro. Mantengo mi postura, tanto con el artículo como con no contarle a Kieran qué me ocurrirá cuando vuelva a Londres. Creo por otro lado que nos vendrá bien algo de distancia para centrarnos en nuestros planes laborales inmediatos. Los de él están claros: hacer el curso de Gestión Empresarial y arrancar con su negocio; en cambio los míos siguen emborronados entre pesimismo y desilusión. Es bastante triste haber dedicado tanto tiempo a un trabajo, que tampoco me ha llenado profesionalmente, y por ser fiel a una ética elemental verme en la calle cuando más necesitaría el apoyo de mi jefe. Hay momentos en los que soy muy derrotista, me invade una sensación de temor que no me permite pensar con claridad, por suerte, no suelen durarme demasiado porque siempre tengo la esperanza de que esto es un bache como otros muchos que he superado con voluntad y constancia. Igual que empecé de cero tras el divorcio de Julian y durante varios años salí adelante con soltura, ahora debo tener fe en mí misma y no arrojar la toalla sin ni siquiera haber comenzado en serio a buscarme otro trabajo. La luz cegadora del sol me llena de energía positiva, creo que me fortalece para no tener solo pensamientos oscuros. Son inevitables, porque me gustaría quedarme aquí, porque en esta isla he descubierto a mi verdadero yo y porque me he enamorado del hombre que siento como la parte que me faltaba y jamás

tendré por mí misma. Entre todas las preocupaciones que voy reservándome, no ser una carga para él es quizás la que me da más pena. Tiene un futuro prometedor y si se enterara de que me voy por no tener mi propio medio de subsistencia es posible que intente detenerme y no puedo consentirlo cuando llevamos de relación unos pocos meses. Como mujer independiente prefiero quemar mis naves en un mar conocido, en un medio donde sé desenvolverme, y si no lo consigo, entonces, y únicamente entonces, le pediré ayuda.

En cuanto nos aproximamos a la destartalada casa de Eoghan O’Driscoll, Kieran, que ha respetado mi silencio ensimismado en sus propios pensamientos, levanta el pie del acelerador y aparca con suavidad al lado de un todoterreno verde.

—¿Quién es? —pregunto al bajarme de la pick-up.

—El veterinario —responde, y cierra su puerta de un sonoro portazo—. Espérame dentro —comenta, andando hacia el vallado—, voy a ver qué me cuenta.

—No tardes, por favor —digo de forma casual. Estar un rato a solas con su abuelo no es algo que me agrade, aunque intentaré ser amable para suavizar mi relación con él. Antes de llamar a la puerta, se abre en mis narices. Impresionada, doy un repullo. El anciano me mira, nos medimos. Y el perro por no variar su hospitalidad, gruñe y ladra como un descosido—.
Hola, señor O’Driscoll. ¿Cómo está?

—Hasta hace un segundo, perfectamente —dice, y le da un manotazo a *Guapo*. ¡Qué considerado! No me muevo de la entrada, esperando que me invite a pasar y pensando en retirar mi propósito de alto el fuego. Este hombre no tiene enmienda. Se aparta de la puerta, dejándola entornada, y regresa al anticuado interior—. ¿Va a entrar o necesita una invitación formal?

Espiro cansinamente, y cuento hasta diez.

—Con un simple adelante me habría bastado para saber que soy bienvenida.

—Señora —comienza a decir con una expresión burlona—, no me tire de la lengua —habla meneando la cabeza, me observa un instante y desvía la vista hacia la ventana. Kieran está cerca de los coches con un hombre corpulento de mediana edad que sostiene un maletín negro en la mano. No sé qué problema tienen con las ovejas, pero no haré ni el intento de preguntarle para no llevar la conversación hacia otro tema en el que este “caso perdido entrado en años” puede vapulearme. El anciano huele mi ironía, o eso me parece cuando vuelve a mirarme—. ¿Hasta cuándo va a jugar a las casitas con mi nieto?

Sonrío, dejándole entrever la respuesta:

—No es asunto suyo.

—¿Va a quedarse? —pregunta. Percibe que no pienso responderle y me da la espalda, buscando algo en un mueble de la cocina—. Usted no se

adaptaría a esto. Está acostumbrada a vivir en un sitio con el aire viciado — comenta, y veo que ha sacado tres vasos de cristal—. En las grandes ciudades la gente tiene el alma contaminada, no sabe vivir sin tecnología ni vicios, ni se toma la molestia de conocer a su vecino, solo se preocupan de aumentar sus ingresos, no sus valores. Aquí se funciona de otra manera.

—Para tener una edad, es usted un incauto —digo con algo de burla—. Todavía no ha aprendido que generalizar es de necios, y dudo mucho que lo haga.

—¿Acaso me equivoco? —pregunta suficiente, y llena los vasos de vino tinto.

—Mire, señor O’Driscoll, no sé cuándo ni dónde ha vivido aparte de en esta isla, sinceramente me da exactamente igual; pero no me cuente historias. No creo que sea la persona más adecuada para decir que en las ciudades la gente no se preocupa de conocer a sus vecinos cuando los suyos no le soportan. Me parece que algo falla...

—No confunda las cosas. Resentimiento no es desconocimiento — dice sosegado, y me ofrece un vaso—. Conozco a todos los que viven aquí, me llevo bien con todos. —Bebe un trago, pendiente a mi expresión de asombro—. Supongo que ha hablado con Odele y le habrá contado cualquier sandez sobre mí, basada en el rencor, en lo que ella cree, que no significa que sea verdad. Porque le aseguro que no lo es. Su marido murió por un

accidente, no tuve nada que ver, ni mi barco. Sucedió porque en el mar ocurren desgracias sin que se pueda hacer nada para evitarlas. ¿Alguien más le ha hablado mal de mí o de mi familia? —pregunta con soberbia—. Nadie. —Se responde—. Ni nadie hablará, porque no pueden, o mejor dicho, porque saben que de hacerlo mentirían, y si una cosa se valora en esta tierra es la integridad. ¿Sabe de lo que le hablo?

—Por supuesto, y también sé lo que es el respeto y la cortesía. ¿Y usted?

El anciano sonríe.

—Me limito a proteger lo mío. No se ofenda.

—Vuelve a equivocarse —replico—. Kieran no es un objeto, ni un niño. A usted no le gusto desde que me conoció, y voy a ahorrarle mi opinión de ese día porque su actitud conmigo rozó la grosería y la legalidad. Me dejó tirada en las rocas sin preocuparse siquiera del daño que me hizo su perro. — En cuanto lo nombro, el animal se levanta y gruñe. Él lo amansa con unas caricias. ¿Entenderá lo que estoy diciendo? Me hace dudar. Es feo con avaricia, pero más listo que el hambre. Al verlo tranquilizarse, continúo—. Dudo mucho que atacándome proteja a su nieto. Lo hace porque no le gusto o porque se aburre y no sabe entretenerse solo. Debe pensar que así volverá a tenerlo a su disposición cuando a usted le dé la gana. Será que me ve como una amenaza y le fastidia.

—Ha dado en el clavo... Vivo aquí porque no sé valerme por mí mismo —dice con un rastro desdeñoso en la mirada—. El calor está dañándole el cerebro. Póngase un sombrero la próxima vez que salga, así evitará perder la poca sensatez que le queda.

—Gracias por el consejo, lo tendré en cuenta. —Doy un sorbito al vino, y para mi sorpresa se convierte en un compañero delicioso. Ignoro al anciano y bebo, viendo a Kieran parado mientras el todoterreno del veterinario se aleja por el camino—. Se ha interesado por saber si voy a quedarme, ¿y usted?, ¿hasta cuándo piensa vivir aquí aislado?

—Hasta que me muera —responde rotundo—. No pienso dejar mi casa.

—Con la piscifactoría, Kieran no podrá venir a verlo cuando usted quiera.

—No me preocupa. Ahora tampoco viene mucho. —Eoghan me ve bajar la cabeza, negando, porque capto la indirecta—. No lo digo por usted —aclara—. Tiene una facilidad asombrosa para darse por aludida. —Tuerzo una sonrisa—. Lo digo por la pesca. —La puerta se abre, entra Kieran y deja un frasco pequeño en la mesa. Nos mira alternando los ojos, y el anciano cambia por completo el semblante—. ¿Está solucionado? —pregunta dirigiéndose a Kieran.

—Sí, tienes que echar esto en el agua durante diez días. Si ves que no

mejoran, tendrás que llamarlo otra vez.

Ahora sería el momento apropiado para interesarme por las ovejas, pero no voy a hacerlo porque no pretendo dilatar la visita. Eoghan, a pesar de la opinión de Kieran, no tiene ningún tipo de problema, ni físico ni mental, y como me ha dejado claro cuánto aprecia mi presencia prefiero ir a perder el tiempo en la playa. No voy a tener muchas más oportunidades de relajarme y lo necesito antes de enviar el artículo a la redacción; entonces, estaré sentenciada.

28

*«Solo dos legados duraderos podemos dejar a nuestros hijos: uno, raíces;
otro, alas»*

Hodding Carter

AGOSTO TOCA A SU FIN cuando vamos a Baltimore, quizás a hacer la última compra en el supermercado. Llevo una semana esperando noticias de Pierre, no llegan y eso consigue desconcertarme. Kieran nota mi nerviosismo, creyendo que es solo por abandonar la isla para volver a mi vida en Londres, creyendo también que exagero porque tiene la firme intención de visitarme en cuanto termine de organizar el papeleo que le queda y haya empezado el curso.

Damos una vuelta por el pueblo, que conserva el sabor añejo de un pasado lleno de historias, su tradición marítima intacta y restos de naufragios, otros prehistóricos y Dún na Séad, o el Castillo de las Joyas, que vigila el pueblo y el puerto desde lo alto de una colina. En todos estos meses todavía no lo he visto por dentro y, aprovechando que me acompaña uno de los sucesores de sus legendarios propietarios, paseamos por la carretera costera hasta donde se alza medio camuflado entre hileras de casas antiguas. Subimos por las escaleras del peñasco rocoso sobre el que se asienta y entramos con un grupito de turistas tras pagar un módico precio.

Primero vemos un pequeño museo, con fotografías del castillo antes

de que lo restauraran y armas de guerra; luego recorreremos varios salones, de piedra y madera, y salimos por una estrecha escalera a la azotea. En este caluroso y despejado día resulta fascinante la vista panorámica del puerto desde las almenas; aunque me resulta extraño pasear de la mano de Kieran por aquí. No dejo de pensar que este fue el hogar de sus antepasados durante cuatrocientos años hasta que las turbulencias del poder, o las guerras por mantenerlo, lo dejaron hecho una ruina y ahora, los McCarthy, artífices de la formidable restauración, son sus legítimos propietarios cuando no tienen ninguna vinculación sanguínea con el clan O'Driscoll.

Algo después, al entrar en el Gran Salón aún se me hace más extraño. El espacio tiene mucha altura por la cubierta inclinada de madera, calidez por la claridad que entra a través de las ventanas, suelo de tarima, dos chimeneas de buen tamaño y varios muebles antiguos, ninguno original: una lámpara de diseño medieval, un candelabro de pie con velas y alacenas de madera troquelada más propias del siglo XIX. La mezcla es variopinta, pero rezuma carácter y, sobre todo, se nota el cariño de quien lo considera un verdadero hogar. Compartimos una charla con la actual propietaria. Es una mujer de mediana edad, robusta, con ojos de un intenso azul y cabello negro. Nos cuenta interesantes datos, y me llama la atención que su apellido coincida con el del clan que saqueó el castillo siglos atrás; es una rara casualidad, o un guiño del Destino. Mientras hablamos con ella, que, aparte de ser una erudita

acerca de su casa, es encantadora, me llega toda una inspiración para profundizar en la historia del clan O'Driscoll. Desde que Kieran me contó la leyenda de Íth siento con más fuerza el impulso de enfrentarme a otro reto personal y quizás sea el momento de escribir ese libro que tanto me gustaría, uno de esos sueños que nunca me he atrevido a realizar por falta de tiempo. Siempre me ha gustado la investigación, también adoro las leyendas y pienso que ahora dispondré de la soledad suficiente para recopilar toda la información que necesitaré. Y así, tal y como me animo con un proyecto ilusionante, de nuevo me embarga la tristeza. De forma mecánica me despido de la mujer, Kieran le tiende la mano, sin que ella sepa su identidad porque ha usado el Mullen al presentarse, y salimos del castillo.

Camino del ferri observo su rostro enormemente agraciado, bien moreno por las sesiones de sol, y se me empañan los ojos de lágrimas. Si alguien me hubiese dicho —o mejor, ni siquiera dicho, sino insinuado— unos meses antes que iba a sentir de esta manera tan dolorosa marcharme de aquí lo habría tildado de infeliz; y sin embargo, ahora que no soy capaz de quitarme la dichosa despedida de la cabeza, no creo que sea dolor; es una opresión angustiante en el corazón que me hace agonizar. He pasado en esta tierra cinco meses, que a todas luces no es un periodo largo, pero si en vez de medirlo en minutos y horas lo comparo con todo lo vivido, con las experiencias que he sentido y con los descubrimientos que he hecho de mí

misma, si me paro a pensar en esta época como la más gratificante de mi vida, si caigo en ese error, entonces, comprendo la profundidad de mis emociones para sumergirme en el vacío sin esperanza que tanto me asusta. En definitiva, nada de lo que he tenido antes de llegar aquí me había calado tan hondo. Es difícil de entender, pero desde primera hora noté este mar, estos acantilados, campos y gentes como míos, con un poder que me abrumó. En aquel momento me rodeó el misticismo, la magia de su naturaleza salvaje, y ahora, cuando también tengo el amor de este hombre, al que no quiero decir adiós, se me hace imposible imaginarme en otro sitio; no quiero vivir alejada de mi isla.

—Cindy, ¿estás llorando?

—No —respondo, y carraspeo—. Tengo un poco de alergia.

Kieran admite la excusa, mirándome fijamente un instante.

—Vamos a pasarnos por mi casa, tengo que recoger unos libros.

—¿Del curso?

—Algunos sí. —Sonríe, mirándome con esos ojos azules que la luz del sol convierte en perlas grises, y me besa la mejilla, rezumando ternura—. Otros son novelas.

—¿Cuál estás leyendo ahora?

Al preguntarle, consigo dos cosas que necesito: desviar su atención de mí e interesarme por sus gustos. Es un lector empedernido, sin

condicionantes de género. Y esa afición, que me sorprendió gratamente porque no esperaba que la pudiera tener alguien de su edad, ha hecho que pasemos muchas horas hablando de literatura. Kieran ha logrado quitarme la venda de rechazo que me impedía relacionarme con naturalidad con hombres mucho más jóvenes que yo; los prejuicios y la mala fortuna de conocer a las personas equivocadas habían hecho que los midiera a todos con el mismo rasero cuando era injusto. Tiene treinta y un años; y ya no me pesan por muchas razones. Enumerarlas me llevaría un tiempo demasiado valioso, por ello elijo la más sobresaliente, esa que siempre he valorado como imprescindible para amar a alguien: la admiración. Sé que sueno como una tonta, y a estas alturas de nuestra relación sería hipócrita pensar de otra manera, pero no encuentro otra forma de expresar las emociones que siento estando a su lado. Lo admiro por ser inquieto, tanto de mente como en actos; porque es un trabajador infatigable, sin amilanarse ante los problemas, al contrario, le suponen un desafío y se crece para resolverlos; por su curiosidad, que denota una inteligencia brillante; y por la sencillez con que vive cuando otro en su situación habría estado explotando los recursos de su familia sin pegarle un palo al agua. Empezar a pensar en él es como iniciar un trayecto infinito a través de una personalidad que me ha conquistado con la templanza de los buenos guerreros. Poco a poco ha sabido colarse en mi interior, a base de retirar las capas absurdas de mi carácter que intentaban

alejarme para hacerse imprescindible en mi vida; incluso para que seriamente me plantee la maternidad o deshacerme de las cosas materiales que tengo en Londres para empezar de cero con él, aquí, en su tierra. Llego a ser tan idiota como para reservarme estos pensamientos, y ni siquiera sé por qué lo hago cuando compartiéndolos con él lograría hacerlo feliz. Imagino que el responsable es el miedo. Soy consciente de que ahora mismo es mi mayor enemigo, el que está ahuyentando la sensatez de mi cabeza para llenarla de desesperación. Pero, ¿por qué actúo como una inestable cuando todavía no he hablado con mi jefe?

A media tarde nos montamos en el ferri, sin rastro del *Miccionador*. Supongo que estará de vacaciones. Kieran no hace ningún comentario al respecto, y por mi parte, con mis propias inquietudes y el poco interés que me suscita Ewan, también lo ignoro.

Disfrutamos de un trayecto apacible pero ruidoso gracias a las voces de las personas que nos acompañan en la cubierta superior. El verano ha atraído a numerosos turistas a la isla, que por suerte no suelen pasar de visitarla durante un único día o, como ahora, en expediciones que durarán hasta la noche. Dos niños gemelos, calculo que no tendrán más de cinco o seis años, rubios, de ojos claros, juegan con un balón pequeño en medio del pasillo que hay entre los bancos. Sus risas y exclamaciones cada dos por

tres copan el murmullo general cuando anotan en un marcador imaginario. Kieran no deja de observarlos, sonriente. En un descuido, el balón le cae a los pies, inclina el cuerpo y lo recoge, al tiempo que uno de los niños se acerca a recuperarlo. El pequeño es muy guapo, tiene los ojos de un color azul verdoso bastante extraño y un lunar encima del labio, que le otorga un punto divertido y granuja.

—¿Quién va ganando? —le pregunta Kieran. Sostiene el balón sin dárselo, pese a que el niño está ante él esperando.

—Yo —contesta, y sonrío abiertamente, mostrando unos dientes blancos como la nieve y tan ordenados como un escuadrón de guerra—. ¿Quieres jugar? —pregunta con desparpajo.

—No, soy muy grande.

—Da igual, papi juega con nosotros y es igual que tú.

—¡Alex! —grita una voz masculina a nuestra espalda. Al instante, un hombre en torno a los cuarenta y cinco, con una incipiente barba, ojos verdes, y una gorra con la bandera de Escocia cubriéndole la cabeza, llega hasta nosotros. Juraría que lo conozco de algo, pero no estoy segura. Sonríe amablemente, y coloca una mano en el hombro del niño—. Disculpad a mi hijo —dice el hombre—, es un poco travieso.

—No te preocupes —comenta Kieran—, no nos ha molestado.

—Es una cuestión de tiempo —replica el hombre—, dos minutos más

y te aseguro que no opinarías igual. —Vuelve a sonreír de una forma sincera, y pienso que además de atractivo es feliz; si no, sería difícil expresar esa alegría. Me observa unos segundos e inclina la cabeza con brevedad, desvía la atención hacia Kieran, que le ofrece el balón, y añade—. Gracias por la comprensión.

Con firmeza, sin apartar la mano del hombro infantil, el hombre desaparece con su hijo. Y de forma espontánea, me inclino sobre Kieran y le beso la mejilla.

—Se te cae la baba con los niños.

—No con todos —matiza, y me devuelve el beso—. Estos dos me han hecho gracia porque me recuerdan a Lonnie y a mí. Era superior a nuestras fuerzas estar quietos un rato, no podíamos por más que lo intentásemos.

—Porque vuestros padres lo consentían. Mira este hombre, ha tardado dos con dos en venir a llevárselo. Creo que cuando los niños son pequeños, lo que más les influye es la educación que sus padres les transmiten. Si los vuestros os dejaban hacer lo que queráis, en el fondo, cómo os comportaseis era su responsabilidad. No me valen esas excusas de que los niños son así o asá; los niños serán lo que sus padres quieran que sean, ni más ni menos.

—En parte tienes toda la razón y estoy de acuerdo contigo, pero hay niños y niños. Y desde ya te digo que Lonnie y yo éramos de los difíciles.

—Por lo que tengo entendido, Lonnie solo se dejaba arrastrar por ti.

No lo metas en tu saco, Mullen, asume que tú eras el difícil.

—Asumido... —Kieran ríe encantado—. ¿Cómo eras de niña?

—Hace tanto tiempo que ni me acuerdo.

—No te salgas por la tangente de la edad, miss Pink, porque no cuela.

Venga, cuéntame alguna batallita divertida.

Con pelos y señales recordé con una claridad vívida mi afición a montar en bicicleta. En aquella época creía que cuánto más rápido pedaleara más libre era. Noté de nuevo el viento en la cara, el pelo largo enmarañado y la falta de aliento. También las caídas, que fueron varias y algunas peligrosas, en concreto le hablé de una, de la que conservo una cicatriz con forma de pico en la rodilla derecha, que no tendría si mi padre no se hubiese pasado con las tijeras el día que me retiró la gasa cuando la herida ya estaba casi curada. El buen hombre no se dio cuenta y me cortó la piel, y otra vez necesité varios días para que la nueva herida cicatrizara. Es probable que ahí empezase mi particular relación con Murphy, que desde entonces ha sido imparabile; siempre a más y a peor.

Kieran me ha prestado atención, sonriendo, aunque el corto trayecto en el barco no da para alargarse demasiado. En la cubierta inferior, atestada de turistas, nos montamos en el Tiguan, uno de los pocos coches que la ocupan y con amabilidad volvemos a despedirnos del hombre de la gorra, que ahora lleva en brazos a una niña mientras espera haciendo cola para bajar

junto a una mujer rubia. Ella también nos saluda con los gemelos de la mano. El hombre la observa atentamente, y de pronto caigo en su identidad. Sonríe cuando salimos los primeros y los dejamos en la cubierta, recordando a toda su aristocrática familia; pero no lo comparto con Kieran porque si no sabía de la existencia de la señora Beckham dudo bastante que sepa nada de él cuando vive discretamente en plena campiña inglesa y solo se prodiga en la prensa para promocionarse como escritor o al acudir a alguno de los eventos benéficos que celebran en su fabulosa finca de Salisbury. Tampoco me extrañaría coincidir otra vez con ellos. Una de las cosas que tienen en común los lugares pequeños, y en este caso mal comunicados, es que la mayoría de turistas se concentra en los mismos sitios. Por lo que el pub y el restaurante The Islander's dentro de unos minutos estarán a rebosar, igual que la tumba megalítica que hay en el extremo occidental sobreviviendo al tiempo tras cuatro o cinco mil años; las ruinas del convento franciscano al que todo el mundo se refiere como "la Abadía", que está aquí al lado, y fue establecido en 1460 por Fineen O'Driscoll, jefe de la zona en esa época y antepasado de Kieran; o la parte costera donde puede apreciarse el faro de Baltimore. Esos suelen ser los puntos clave para el turismo que, como siempre, se deja llevar por la masa y obvia la verdadera esencia de esta isla descubierta por el hombre hace diez mil años. Al haber tenido la posibilidad de conocerla palmo a palmo no puedo más que considerarme afortunada, y hasta compadecerlos

porque nunca se les clavará en el corazón como ha hecho conmigo. Sin duda, el roce hace el cariño; y vivir aquí —sintiendo el ímpetu de su viento, la bravura de su mar y la hospitalidad de su gente— me ha cambiado. Hace meses llegué siendo una persona prepotente, de vuelta de todo, cínica hasta rayar la intransigencia e independiente por soberbia, y aquí he aprendido a ser tolerante aun cuando ciertas prácticas me desbordaron; como el día que conocí a Odele Canavan y me explicó cómo hacía el guiso de cerdo o vi colgado el salmón seco cual adorno, o cuando pillé a Bonnie fumando maría, anclada en los años sesenta, como si para ella el tiempo se hubiese detenido en esa década. Con poco que eche la vista atrás solo puedo reconocer lo feliz que he sido tan alejada de mi mundo, porque en esta isla he estado más cerca que nunca de mí misma y he rozado la eternidad, sola y acompañada. Por eso siempre llevaré a Sherkin en el corazón, y lo haré sin esfuerzo porque ya forma parte de mí como un patrimonio indisoluble que me ha engrandecido con simplicidad. He crecido tras tocar fondo cuando no tenía esperanza en el amor, posiblemente, gracias a los desengaños que han ido abonando mi espíritu, hasta florecer con la primavera como la rama nueva de un árbol que despojado de todas sus hojas muertas renace tras un duro otoño. Así siento Sherkin en mi vida; como la alegre primavera.

—Cindy, ¿dónde estás?

De golpe giro la cara, realmente no he sido consciente del trayecto

hasta mi casa.

—Lo siento, me he despistado con el paisaje.

Kieran entorna los ojos.

—No sé qué le ves especial —dice antes de detener el coche—, ya deberías tenerlo muy visto.

Encojo los hombros.

—Me gusta, no me canso de las cosas que me gustan.

—Es bueno saberlo. —Kieran abre el maletero y empieza a sacar algunas bolsas del supermercado—. Espero entrar en ese grupo.

—Tú eres la estrella —comento bromeando, y me dirijo a la puerta de entrada.

—Y tu sherpa por lo que veo.

Hago oídos sordos, no porque no quiera ayudarle, sino porque necesito entrar en el baño. De todos los buenos hábitos que he adquirido aquí, controlar las ganas de orinar cuando estoy a punto de entrar en casa no ha sido posible, y menos después de haber bebido dos pintas de cerveza cuando comía. Por suerte, Kieran está acostumbrado al esfuerzo físico y no me lo tiene en cuenta.

Luego, por aprovechar el sol antes del atardecer, nos acoplamos en las hamacas y hablamos de cómo vamos a organizarnos a partir de ahora sin entrar en profundidad. Percibo en él ese ánimo derrotista que no sé remediar

si pienso en el futuro cercano, hasta creo que elude el tema cuanto puede para no entristecerse. Esta separación es un golpe traicionero que ambos conocíamos, sabíamos desde el principio que terminando agosto se acababa mi estancia en la isla, y sin embargo no podemos encararlo; ninguno estamos preparados para decirnos adiós.

—Escúchame bien, Cindy, no vamos a dejar que esto destruya lo que tenemos —dice severo, acariciándome el rostro con sus cálidas manos—. Me has dicho un montón de veces que has pasado por distintas etapas a lo largo de tu vida, te has caído y te has levantado, y siempre has salido adelante. Pues ahora vamos a salir adelante los dos. Nos costará y nos echaremos de menos, pero tenemos que darnos tiempo. No nos vengamos abajo antes de que te hayas ido. Nos queda un día y una noche, y quiero disfrutarlos sin pensar en que pasado mañana estaré solo.

Muevo la cabeza, afirmando, incapaz de coordinar unas palabras de agradecimiento. Kieran tiene la facultad de robármelas para que no me quede otra opción que besarle la boca. Entrelazo nuestras lenguas con una mezcla de hambre y desesperación, sin pensar. Y si algún pensamiento osara pasar por mi mente, estoy segura de que sería no perder el calor de su cuerpo ni la humedad de sus labios; no quiero ni estoy en este momento para absurdas composturas; las siguientes cuarenta y ocho horas serán íntegras para él.

«A veces hace falta un ramalazo de locura para construir un destino»

Marguerite Yourcenar

MIRO HACIA ATRÁS antes de salir de la redacción, por encima del hombro, dando los primeros pasos hacia un nuevo horizonte. Sonrío ligeramente a la señorita Hoechst, que permanece hierática observándome junto a mi antigua mesa, y no pierdo ni un segundo más en este sitio. Hasta llegar al ascensor mantengo la apariencia altiva, con un matiz desdeñoso para seguir con la actitud confiada que he tenido desde que crucé el umbral de la revista a primera hora de la mañana. Pierre no me ha sorprendido, no ha dudado al despedirme en cuanto ha notado que no iba a cambiar de opinión con el artículo de la isla. He sido agradecida cuando le he devuelto las llaves de su casa y al recordarle los años que he trabajado en la revista, en parte porque necesitaba irme con elegancia y por reprocharle con sutileza su transformación. Me voy con energías renovadas, incertidumbre y algo de rencor, pero con la conciencia tranquila; sin remordimientos, aunque ni siquiera haya podido despedirme de González porque aún estaba de vacaciones; creo que lo comprenderá.

Mientras espero el ascensor no dejo de pensar que es curioso cómo en ocasiones cuesta entender que ciertas etapas profesionales deben extinguirse,

por los motivos que sean. De hecho, aceptar este cambio me ha supuesto un desgaste psíquico importante hasta que lo acepté estando de nuevo en mi casa rodeada por mis cosas íntimas y ahora no puedo más que dirigir la mirada hacia un futuro mejor. No quería formar parte de un equipo vendido al dinero ni me apetecía continuar desperdiciando mi tiempo en unos artículos que no me aportaban nada. Es la hora de dar otro giro. Tengo pensado recuperar mi profesión, pero en un entorno donde se valore la integridad y pueda desarrollar de nuevo el periodismo de investigación que tanto me gustaba; y si no lo encuentro, saltaré al vacío para tomarme un descanso y preparar la novela del clan O'Driscoll. Todavía no la tengo bien estructurada, solo vislumbro retazos en mi cabeza con algunos argumentos y escenas. Mi intención es mezclar ficción con algunos pasajes del *Lebor Gabála Éren*, o *El libro de las invasiones de Irlanda* donde se recogen las hazañas de los ancestros mitológicos de los irlandeses. Creo que puede ser interesante dotar de vida a algunos de los guerreros más sobresalientes de la mitología y para mí supone un reto bucear en el pasado e inventar tramas atrayentes para los lectores. Aún no se lo he contado a Kieran, pero imagino que apoyará esta empresa porque ha sido bastante duro conmigo criticando mi trabajo en la revista. Incluso he pensado mantenerlo en secreto para darle una sorpresa. De momento tampoco le he dado explicaciones de los motivos que me hicieron dejar el *Daily Telegraph* para dedicarme a los artículos de viajes, ni me las ha

pedido, y por no abrir esa herida mal curada es posible que nunca se las dé. Kieran tiene la virtud de hacerme disfrutar del presente sin el lastre del pasado aunque esas vivencias sean imprescindibles porque me han curtido y me ayudan a tomar nuevas decisiones. No sé cómo lo logra, pero es algo que nunca llegaré a agradecerle totalmente. Pensar en él me inspira, incluso me atrevo a creer que él es quien está marcando mi nuevo rumbo. Al menos lo siento así, y eso me da confianza.

Llego a Marylebone para comer con Imogen y Beatrice en Nagoya, uno de los restaurantes que antes de marcharme a Sherkin me privaban entre las calles Baker y George; en cambio, en cuanto entro, de forma extraña me repelen la pulcritud y el silencio. Resulta artificial. Hay más gente de lo que cabía esperar por sus precios, aunque supongo que seguir la moda y mostrarse entendido con este tipo de comida logra minimizarlo. Me acerco a la mesa donde están mis amigas, mentalizándome para pasar un buen rato a pesar de los altibajos emocionales que me traicionan cuando pienso en el futuro o en mi pescador favorito. Ese que dentro de nada ocupará nuestra charla como no sea capaz de desviar la atención de Beatrice hacia otro tema. Las dos se levantan, y en este preciso momento no puedo fijarme más que en la barriga de Imogen. Va a explotar. Beatrice viste siguiendo su línea descuidada —vaqueros desgastados, camiseta y sandalias morunas—; aunque

se ha maquillado un poco para ocultar las ojeras, visibles tras la montura de las gafas, y también lleva la melena bien peinada. Imogen se ha puesto un vestido estampado, muy amplio, pero no le disimula nada el embarazo; los kilos le salen hasta en los mofletes, y su imagen dista bastante de la sofisticación que solía tener. No se me ocurrirá decírselo, entre otras cosas, por la felicidad que transmite.

—Estás guapísima. —Beatrice me sujeta la mano y se aleja unos pasos para examinarme a conciencia. Visto unos pantalones pitillo negros, un top rojo y mis sandalias de tacón preferidas—. Qué bien te sienta el bronceado.

—Pues esto no es nada —digo—, he llegado a parecer una watusi. —Miro a Imogen y añado—. ¿No dabas a luz a finales del mes que viene?

—¿Estoy muy gorda?

¡Mierda!

—No, qué va —hablo, y suelto el bolso en la silla—. Estás muy bien.

Nos sirven unas copas de vino a Beatrice y a mí cuando hemos terminado con una puesta al día rápida, sin que de momento haya salido a relucir nada sobre mi trabajo ni Kieran.

—Bueno, Cyn —empieza a hablar Beatrice—, ¿sigues con tu chico o ya le has dado puerta?

—Sigo —respondo, y me centro en mirar la carta.

—Ha llamado varias veces a Mark —comenta Imogen—, quiere que le asesore. De mis servicios prescinde hasta que el negocio esté en marcha — explica sin que parezca una pérdida para ella—. Supongo que te lo habrá contado —concluye atenta a mis ojos.

—Sí —miento, porque llevo sin hablar con él dos días—; aunque ahora está embarcado y no podemos comunicarnos a diario.

—¿Cuándo va a venir para que lo conozcamos? —pregunta Beatrice.

—Esta es su última campaña, luego tiene que hacer un curso. Estará liado un tiempo; pero me ha prometido que vendrá pronto. —Sonríó con ironía—. A verme a mí, no a mis amigas cotillas.

—Curiosas, mejor —matiza Beatrice sin pizca de malestar.

—¿Cómo te ha ido en la revista? —pregunta Imogen.

Resoplo levemente. No tenía intención de hablarles de mi despido, pero es una tontería que las engañe porque no me llevará a nada y podrían ofenderse si lo hiciera. Así pues, de manera breve les cuento que estoy en el paro. Durante unos minutos las dos despotrican a gusto de Pierre, pasan a darme ánimos y terminan ofreciéndome todo su apoyo. No esperaba menos.

Al cabo de un rato comemos sushi recién hecho, sopa de miso y compartimos un plato variado de langostinos, tempura de verduras, salmón a la plancha, nigiris, teriyakis de pollo y ensalada de hojas verdes. Estos sabores logran que olvide mis problemas, además de recordarme por qué me

gusta tanto este restaurante.

—¿Sabes algo de Sam? —pregunta Beatrice. Meneo la cabeza, y ella desvía la mirada un instante hacia Imogen—. Steve se lo encontró la semana pasada. Va a casarse otra vez.

Tardo unos segundos en reaccionar, y no por sorprenderme; me molesta escuchar nada de él.

—Compadezco a la desgraciada que sea —digo sin solapar el desdén—. Si no os importa, prefiero hablar de otra cosa.

—¿De Kieran, por ejemplo? —pregunta Beatrice sonriente.

—Aunque no te lo creas —digo—, no tengo mucho que contar.

—Cyn —dice Imogen—, nos conocemos desde que íbamos a la universidad, no pretendas ir de lista con nosotras. Además, recuerda que yo te he visto con él. Así que no cuela. ¿Por qué estás tan reservada?

—No sé de qué hablas.

—Cynthia Pinkerton —dice Beatrice en un tono que mezcla la seriedad con la ironía—, es la primera vez que estás ocultándonos a un hombre —habla sonriendo, con una mirada azul que me hace suponer por dónde va a ir a continuación, aunque cojo con suavidad mi copa de vino y doy un sorbo para disimular el nerviosismo que siento al recordarlo—. No quieres hablar de él porque no puedes, porque lo echas de menos y te duele demasiado tenerlo presente sin que esté contigo. ¿A que te has enamorado?

—No —respondo sin vacilar—. Es imposible que me haya enamorado de alguien como él, y mucho menos en tan pocos meses.

—¿Estás loca? —exclama Imogen—. Por supuesto que estás enamorada de él. ¿Qué tiene que ver el tiempo para enamorarse de una persona? Lo estabas en mayo y sigues estándolo, y mucho más que entonces.

—No sé para qué me preguntáis. Sabéis más de mí que yo misma.

—No sabemos —dice Beatrice, y pincha unas hojas de lechuga—, observamos tu comportamiento y sacamos conclusiones. Venga, Cyn, reconócelo. No seas niña, has caído como una tonta.

—Tengo cuarenta y tres, como muy bien sabéis las dos —digo con soberbia, y sonrío alternando los ojos entre ellas—, llamarme niña es una idiotez, y reconocer algo que no puedo es una doble idiotez.

—¿Por qué no puedes? —pregunta Imogen. Advierto un sutil cambio en su voz, posiblemente esté enfadándose—. ¿Otra vez por la maldita diferencia de edad? ¿Porque ahora estás aquí y ya no te parece adecuado relacionarte con él? ¿Por qué, Cyn? Acláramelo.

Bajo la mirada un instante.

—No es por la edad, Gene —hablo encarando de nuevo sus pupilas celestes, tan limpias como un cielo despejado—, no puedo reconocerlo porque no lo sé.

—No te creo —dice borde—, es posible que te dé miedo, pero a estas

alturas debes saber si estás enamorada o no. —Hace una pausa—. Cuando Mark y yo empezamos a salir también me costó admitir que me había enamorado, y era por mis miedos; sobre todo, porque no esperaba encontrarme tan bien con él después de todos los desengaños que había tenido —comenta mientras Beatrice y yo parecemos dos estatuas de sal—. No soy quién para darte consejos, pero si admites uno, te diré que al menos a él le dejes las cosas claras. No es justo, y es totalmente absurdo que a nosotras, tus mejores amigas, nos niegues algo evidente. Haz lo que te dé la gana, y cuenta los rollos que quieras, pero sé un poco honesta contigo misma y reconoce la verdad.

—Es mi verdad —digo incómoda—, mía y de él. ¿Queréis que reconozca que me he enamorado de él como nunca antes de nadie? ¿Que a veces pienso que esto es una broma de mi destino? ¿Que no me gusta hablar de él porque me paso el día entero pensando en él? ¿Que lo echo muchísimo de menos? —Aprieto los labios con fuerza, negando con la cabeza—. Pues no pienso hacerlo.

No aguardo sus reacciones, ambas están inmóviles, con las expresiones serias, y me levanto de la mesa. Mantengo unos andares calmados al dirigirme hacia el aseo, en cambio, el corazón pretende matarme de un infarto. ¿Por qué me cuesta tanto admitir la verdad de mis emociones cuando es cierto que divago constantemente en este amor? ¿A qué le tengo

miedo? Es como si creyera que por sentirme feliz pronto alguna desgracia me hará caer de nuevo en el negro abismo de la soledad. No sé a qué ha venido esa duda de Imogen, ni tampoco el porqué de este encontronazo cuando las dos me conocen de sobra para no sorprenderse por mi actitud. Soy la única que sabe hasta qué punto amo a Kieran, se lo he dicho a él, y ambas deberían respetar que pretenda mantenerlo para nosotros. Paso unos minutos observándome en el espejo del baño, me miro los ojos, vidriosos al aguantar las lágrimas, y me animo a salir para disculparme.

—¿Por qué te empeñas en ser indiferente al amor? —pregunta Imogen.

—Déjame tranquila —rezongo. Traía la buena intención de pedirles disculpas, pero se me esfuman—. No tengo ganas de daros explicaciones. Cada persona tiene una forma de ser. Si a ti te apetece estar todo el santo día diciéndole a Mark cuánto le quieres, lo respeto; pero yo no soy así.

—Voy a decirte algo, Cyn —dice Beatrice—. En base a mi propia experiencia, he ido viendo cada vez con más claridad que la comunicación entre las parejas es esencial para estar conectados. Entiendo que sientas pudor al hablar de Kieran con nosotras, aunque espero que a él hayas tenido la franqueza de reconocérselo —comenta seria. Niego con la cabeza, pensando que ninguna va a salir de aquí sin haberme dicho lo que piensa o qué esperan de mi relación—. Podrás estar en desacuerdo, pero hasta que no seas sincera

no te quedarás en paz.

—¿Y qué te sugiere que ahora no estoy en paz?

—Cynthia —dice Beatrice indolente—, estás a la defensiva. Comprendo que seas reacia a airear tu vida amorosa, pero hazme el favor de no quedarte a mitad del camino con tu chico. Sé valiente.

—Gracias a las dos, no esperaba este recibimiento —hablo con reproche—. Y gracias sobre todo porque acabáis de demostrarme que no tenéis ni idea de cómo soy en realidad. Cada persona viene al mundo con una forma de ser, que se distorsiona a lo largo de la vida por muchos condicionantes, pero es una distorsión externa, en nuestro interior esa manera de ser innata se mantiene inalterable. Pues bien, yo he tenido la suerte de volver a conocerme. En Sherkin he aprendido más de mí misma que en un montón de años aquí, allí he conectado conmigo, con mis creencias, circunstancias y con mis temores —explico, y me detengo unos segundos—. Kieran es una parte fundamental de aquello, me ha dado tanto que no tendré tiempo suficiente en esta vida para agradecerse, pero también ahora tengo la fuerza necesaria para mantenerme fiel a mi carácter. Y no voy a traicionarlo con una declaración forzada solo porque vosotras deseéis verme admitiendo algo que no quiero. Creo que al único que le debo un reconocimiento es a Kieran, y como no está, es respetable mi opción.

—Por supuesto —dice Imogen en un tono arisco—, a mí ya me has

aclarado lo que quería escuchar.

Resoplo por la nariz, enfadada. Es posible que me haya pasado, habría sido más sencillo admitir que estoy enamorada; sin embargo, no me apetecía. Así y todo, tampoco era mi intención crear esta tensión cuando llevo meses sin verlas y las he echado mucho de menos.

—Me alegro de que te hayas reencontrado contigo misma —comenta Beatrice, y sonrío—, de verdad. Pero no olvides que compartir, reír o llorar con tus amigas es parte también de la vida. No queríamos hacerte sentir mal.

—Gracias, Bea —digo esbozando una sonrisa prudente, miro a Imogen—. Perdonadme, estoy de un intenso que me salgo. —Sonríen, y levanto mi copa de vino—. Brindemos por expresarnos con sinceridad, y porque estemos juntas hasta el infinito y más allá.

—Hasta el infinito y más allá —corean a la vez.

Esto es lo que engrandece nuestra amistad, este talento natural para perdonarnos los fallos. Beatrice es sensata desde que la conozco, fuerte de carácter para contradecir su desprecio a modas pasajeras. Imogen es la voz de mi alma, la que sabe tirarme de las cuerdas para tensarme, para que vuelva por mi fuero de forma natural. Y supongo que mi aporte es la capacidad de mostrarme firme, o testaruda, porque al verme descubren perspectivas que no intuían, que a veces usarán sabiendo que tampoco es un error ser sincera, y otras, quizás las más, desecharán porque ser plenamente lo que uno es en

realidad casi siempre es peligroso. Tener el coraje de seguir tu verdadero yo no está bien visto, daña y molesta. En cambio, y dentro de la coherencia que me impongo desde que me conozco mejor, rebuscaré la manera de vivir en equilibrio entre quien soy y quien finjo ser por no ofender a nadie. He palpado con las manos el tesoro de la plenitud siendo fiel a mis ideas y sentido la oscuridad del fracaso por traicionarlas; y ahora, con mi albedrío intacto no caben las dudas en mi conciencia. Seré yo por encima de todo. Voy a atreverme a ser lo que soy. Tengo el propósito de darle la mano a mi corazón para que me marque el camino, porque ya no me siento rara, sino confiada. Eso me repito para darme un impulso más, el que me falta para agarrar las riendas de mi vida siguiendo el eco de la voz que resuena en mi alma. Es quizás el último empujón que reciba de mi isla, y quiero que sea el que guíe mis pasos hacia el futuro que anhelo.

—Voy a escribir una novela —digo segura.

Imogen entrecierra un ojo, dejando escapar una sonrisa leve. Y Beatrice, que levanta un poco la barbilla, me desafía con una mirada fija.

—Cambiarás tu forma de escribir, supongo —comenta Beatrice, con un deje de advertencia, sin dejar de observarme.

—Todavía no he empezado, y me llevará un tiempo documentarme, pero sí; he cerrado el capítulo del sarcasmo con el despido de *La vie*.

—Cuéntanos qué tienes pensado —incita animosa Imogen.

Sonrió abiertamente y empiezo a hablarles de la leyenda que Kieran me contó de Íth. Luego les explico lo poco que hasta ahora he podido leer del *Libro de las invasiones de Irlanda*, una recopilación de leyendas irlandesas realizada en el siglo XII. Me centro en Míl Espáine, Golam en la mitología, pero antes de explicarles más necesito que entiendan donde me emocioné hasta el punto de decidirme a escribir mi propia historia. Fue un destello, una especie de clic en el cerebro que me dio la visión global del argumento.

—Según la leyenda, existió un caudillo celta, Breogán, que conquistó la Península Ibérica y antes de morir fundó la ciudad de Brigantia. Allí mandó construir la Torre de Breogán, que siglos después los romanos convertirían en la Torre de Hércules, el faro romano más antiguo que se conserva. Más tarde, su hijo Íth vio desde lo alto de la torre las verdes tierras de Irlanda.

—Conozco esa torre —dice Beatrice—. Cuando fuimos a España el verano pasado, estuvimos unos días en La Coruña. Creía que era un faro romano.

—Esto es una leyenda —matizo de nuevo—, pero creen por las descripciones y la correlación entre esa parte de España e Irlanda que puede ser verdad. Un profesor de genética humana de la Universidad de Oxford ha tomado muestras del ADN de más de 10 000 voluntarios para trazar el mapa genético de los pobladores prehistóricos de Irlanda, y los resultados hablan de

unas coincidencias asombrosas entre los irlandeses, los vascos y los gallegos. Eso da algo de veracidad a las leyendas.

—Al final todos somos de todas partes —concluye Imogen—. Es una lástima que mis antepasados no fuesen suecos... —habla soñando con los ojos abiertos—. Me habría encantado ser rubia natural y medir veinte centímetros más.

—No seas pesada —dice Beatrice—, estás siempre con la dichosa altura y el pelo. A ver si ahora con la niña empiezas a valorar más lo que tienes. De entrada, tus fabulosas mechas van a desaparecer...

—De eso nada —replica—. Mi prioridad es la niña, pero pienso seguir cuidándome. Adelgazaré y me quedaré tan mona como siempre.

—Te acordarás de mí. —Beatrice no cederá, entre otras cosas porque está harta de escucharla meterse con su imagen—. Pero, en fin, es posible que tengas suerte y Mark se apiade de ti.

—Por la cuenta que le trae, lo hará —sentencia confiada. Enfoca sus pupilas en mis ojos, y dice—. Venga, Cyn, no admitas más interrupciones, que quiero saber el argumento de tu novela.

—Será la historia de Íth y de su sobrino Míl. Tendré que incluir muchas partes inventadas, pero lo que es el hilo conductor de la conquista de Irlanda quiero basarlo en la leyenda. —Emocionada por su interés, me exployo contándoles la profecía que auguraba que los descendientes de

Breogán gobernarían Irlanda. No se sabe con certeza qué hay de verdad en ella, pero disfruto con el romanticismo de una historia llena de amor filial, superación y venganza—. Cuando fue mayor, Íth zarpó con tres barcos y treinta hombres hacia las tierras que había visto. Hizo escala en las islas Casitérides, donde algunos amigos se unieron a su expedición, y tras vencer muchos peligros, llegó por fin a Eirín, una tierra tan verde y húmeda como el reino de su padre tal y como vio desde la torre. La expedición se encontró con una terrible guerra fratricida entre tres hermanos: Mac Cuill, Mac Grené y Mac Crech por la sucesión del trono de su padre, Neith, rey de los Tuath Dé Danann, los quintos pobladores de la isla por aquellos tiempos, supuestamente poseedores de una magia oculta. Mac Cuill decidió dejar las armas por el bien de su pueblo, pero los otros hermanos eran más ambiciosos que él y no estaban dispuestos a compartir el trono como les propuso Íth. Mac Grené intentó llegar a un acuerdo con Mac Crech para echar a Íth y sus hombres porque pensaba que solo querían que depusieran las armas para quedarse fácilmente con sus tierras. Al final la sangre pudo más y los tres hermanos conspiraron para matar a Íth, pero como Íth sospechaba que iban a asesinarlo decidió abandonar sus tierras. Marchando hacia la costa con el resto de su expedición sufrió una emboscada. Lo derribaron de su caballo, del que no se había bajado en ningún momento desde que salió de Brigantia siguiendo el consejo de su padre, y fue cuando lo mataron. Los seguidores del

valeroso jefe celta lo montaron de nuevo en su caballo y lo llevaron así en el barco todo el camino de vuelta. Una vez en Brigantia, su pueblo entero lo despidió con tristeza y clamaron venganza. Míl, nieto del rey Breogán y sobrino de Íth, decidió entonces invadir Eirín, pero esa vez llevaría treinta y cuatro barcos, con soldados mujeres y niños para establecerse tras la conquista. Al arribar a las costas irlandesas, la magia que convocaron los druidas de los Tuath Dé Danann les obligó a permanecer tres días en alta mar, perdidos y sin rumbo hasta que el poeta Armirgin entonó un cántico a la tierra esmeralda para que esta le concediese su gracia, calmase las olas y disipase las brumas mágicas de sus enemigos; peticiones que le fueron concedidas. Las tres diosas de Irlanda: Banba, Fódla y Eiru, los recibieron una vez habían pisado la isla y les garantizaron su protección cuando se enfrentaron en varias batallas a los Tuath Dé Danann. Los derrotaron en tres ocasiones seguidas y les obligaron a llevar sus reinos a las profundidades del subsuelo irlandés, donde aún hoy habitan convertidos en los señores de los duendes y las hadas, alimentando las fábulas mientras los descendientes de los celtas se enorgullecen de su pasado.

Al terminar, sonrío. En este momento, las expresiones asombradas de mis amigas son un gran aliciente para confirmar que la historia les ha interesado.

—Es bonita —dice Imogen—, explota la parte de la magia. A la gente

suele gustarle que la realidad se confunda con la fantasía.

—Tengo claras muchas cosas —comento—, y si sigo con estos relatos mitológicos no sería una rareza que mezclara a los humanos con los duendes y las hadas. Aún necesito madurar mejor mis ideas.

—Procura no creerte Tolkien —dice con ironía Beatrice—, no te pases con los seres de fantasía.

—Tranquila, ni Tolkien ni Barrie —concedo sonriendo—. Haré lo que pueda. ¿Queréis ir leyéndola conforme vaya escribiendo?

—Sí —responden sin pensarlo.

No esperaba este entusiasmo, y me conmuevo.

—¿Y podemos darte ideas? —pregunta Beatrice.

—¿Cómo que podéis? —digo contenta—. Debéis.

—Vamos a hundirte en la miseria, Cyn —bromea Imogen.

—Tú ya estás hundida —replico—, me parece que poco vas a aportarme...

—Qué manía —exclama—, ¿tanta pinta de mala madre tengo?

Aprieto los labios, inclinando la cabeza. Imogen frunce el ceño.

—¿Para qué preguntas? —comenta Beatrice, sonriente—. No es que tengas mala pinta, es que no sabes a lo que te enfrentas. Vas a salir de la burbuja con Mark en breve.

—Puedes seguir proyectando tu frustración en mí —dice con desdén

—, entiendo que cada uno habla por su experiencia, y claramente tú estás resentida con Steve porque no te ha ayudado con los niños. Pero no será mi caso, te lo aseguro.

—¿Y si lo es? —pregunto intrigada.

—Pues mira —dice Imogen, observándome—, peor para ti. Cuando tengas un hijo, te va a tocar soportar el resentimiento de las dos.

—¿Un hijo? —pregunto arrugando la cara—. ¿Yo? —De pronto, suelto una carcajada—. Desde luego... —hablo entre risas, y miro a Beatrice—. Tienes razón, vive en una burbuja de color rosa. —Al escucharme, Beatrice asiente—. Menudo nivel...

—Cuando tu semental de treinta años te diga que quiere ser padre —empieza a decir Imogen en un tono cínico—, acuérdate de mí. ¿No tengo yo que acordarme de ti? —pregunta dirigiéndose a Beatrice, desvía la vista hacia mis ojos—. Pues tú, te acordarás de esta conversación.

—Lo siento, Gene —digo con falsa candidez—, pero mi semental no quiere ser padre. —Ahora sonrío—. Has fallado.

—Sí, lo que él diga es ley intocable. —Imogen sigue en plan a mí no me engañas, he pasado por eso; y me molesta, aunque no va a saberlo—. ¿Le gustan los niños? —Escucho su pregunta y me muerdo los labios. No pienso darle el gusto de una respuesta afirmativa—. Le gustan, ¿verdad? —dice como leyéndome el pensamiento.

—¿Y qué? —pregunto con un poco de chulería—. No es lo único que le gusta y sabe que nunca tendrá.

—Acabas de caerte con todo el equipo —comenta Imogen—. Eso de que nunca tendrá, me ha sonado a posesivo puro y duro. ¿Das por hecho que vas a ser la única mujer de su vida? —pregunta con sarcasmo, y resoplo. Como esto dure mucho, va a conseguir que eche humo por las orejas—. Y que no es lo único que le gusta —prosigue ajena al gesto contrariado que no disimulo—, estoy segura; pero también estoy segura de que te ha dicho que no quiere tener niños porque tú le habrás dejado claro que no quieres tenerlos. Con treinta años los hombres no suelen pensar en ser padres, pero si le gustan los críos, en cinco años, está queriendo tener uno suyo.

Beatrice acaba de hacer la misma cuenta que yo porque leo en sus ojos una especie de compasión incómoda.

—No todos los hombres son iguales, Gene —dice Beatrice—. Si él le ha dicho que no quiere tenerlos, será por algo.

—Sí, claro —replica Imogen sin ser consciente de que me he perdido recordando la conversación donde Kieran cedió ante esa pretensión. Y tiene razón, sé que en el fondo le encantaría ser padre. Ella nota mi ausencia mental y habla en un tono más comedido—. Piensa bien las cosas, Cyn. Lo que hoy no es un problema, puede serlo cuando no tenga solución por tu parte.

—Gracias por decirme algo que tengo bastante asumido.

—No lo tienes asumido. Si lo tuvieras asumido, no pensarías que nunca los tendrá —comenta obstinada—. Mira a Ashton Kutcher y Demi Moore hace unos años, sin niños, ¿por qué? —Beatrice entorna los ojos mientras soy incapaz de despegar los míos de Imogen—. Y míralo ahora con su nueva mujer, ya va por el segundo. ¿Crees que le dijo a Demi que quería tener hijos?

—De nuevo, gracias, Gene —hablo conteniendo las ganas de estrangularla—, has sido muy descriptiva.

—De nada. Ya sabes que soy tu conciencia.

—Y una mosca cojonera —añade Beatrice—. ¿No tenemos bastante contigo preñada? ¿Te imaginas lo que nos caería encima si ella siguiera tu ejemplo?

Esto ya es el colmo.

—No sufras, Bea —digo al ponerme en pie—. No se dará el caso.

—¿Te enfadas y nos dejas? —pregunta Imogen.

—Os dejo porque me he hartado de escuchar tonterías y tengo cosas que hacer.

—Pide la cuenta, Gene —dice Beatrice, sacando el monedero de su bolso.

—Invítadme, ¿vale? —sonrío—, estoy sin blanca.

—Sin pasta —dice Beatrice—, sin trabajo, sin novio reconocido... eres un regalito.

—Pero os tengo a vosotras. —Beso a Imogen en la cara, a continuación a Beatrice—. Os quiero, chicas. Nos llamamos en unos días.

Salgo del restaurante contenta, distraída yendo pendiente al ruido de la ciudad. No ando de prisa, me apetece pasear sintiendo un ajetreo que tenía medio olvidado. Lo bueno de vivir en el centro es que puedo moverme con cierta independencia sin conducir y, si como hoy, la distancia es relativamente escasa, nunca me planteo ir en metro o autobús. Al pasar por la estación de Oxford Circus decido callejear por Argyll para llegar al Soho sin recorrer la calle Oxford, porque en este punto ya me he saturado de gente y prefiero la tranquilidad de las calles estrechas menos concurridas. También es ahora cuando empiezo a hacer balance de la comida, y sonrío. Creo que he pasado por todas las emociones posibles, contenta al estar bien acompañada.

Noto cómo vibra el bolso, lo abro con rapidez y saco el móvil, sonriendo al ver KO en la pantalla. Nunca le podrían haber descrito mejor dos letras, al menos con respecto a mí; ya que ha logrado dejarme fuera de combate sutilmente hasta hacerme renacer con él, cuando ya estaba aguerrido con firmes raíces en mi corazón. Hablamos de manera cariñosa durante unos minutos, los dos no somos ni nuestras sombras cuando estamos solos; parecemos adolescentes atolondrados por el amor. Pero nos consuela esta

ternura y no nos supone ningún esfuerzo extraordinario, es espontánea al tener que vivir separados.

—*Tengo una noticia* —dice Kieran alegre—. *Nicky va a ser padre.*

—Qué bien. Debe estar emocionado.

—*Insoportable lo define mejor* —comenta—, *pero habrá que aguantarlo hasta que se le pase la euforia. Por cierto, ya he llegado a un acuerdo con Mark. Va a encargarse del papeleo.*

—Lo sé, me lo ha dicho Gene. Acabo de comer con ella y Bea.

—*¿Cuándo da a luz?* —pregunta con interés.

—Dentro de un mes. Es otra que está inaguantable. Me ha dado una comida...

—*Es normal* —admite—. *Parece que vamos a estar rodeados de amigos con bebés.*

—Sí, espero que no sea una epidemia contagiosa.

—*Nosotros estamos vacunados* —dice con guasa.

Sonrío al escucharlo.

—Bueno, cuéntame cómo os ha ido la campaña.

Durante un rato Kieran habla sin parar. Voy acortando la distancia hacia casa sin que se me haga pesado el recorrido. En cambio, cuando guardo el móvil en el bolso no pienso en las toneladas de camarones que han pescado ni en la succulenta cifra que Kieran acaba de cobrar, sino que tengo copado el

cerebro con el tema de los hijos para recordarme la maldita diferencia de edad que tantos quebraderos de cabeza me ha dado y creía tener superada. Pienso en lo injusta que ha sido la vida conmigo, porque de haber conocido a Kieran a los veinticinco, estoy segura de que habría sido feliz teniendo un hijo con él. Y sin embargo, cruzó en mi camino a un hombre que no quise lo suficiente para dar el paso, y al innombrable es mejor que lo aleje cuanto antes de mi pensamiento, porque gracias a él descarté por completo la maternidad. Y en bendita hora. ¿Entonces? ¿Por qué estoy triste si es algo que tengo descartado desde hace años? No soy capaz de imaginarme como madre, sería pésima, aunque asalta mi cabeza una imagen de Kieran con un niño en brazos y de golpe se me empañan los ojos de lágrimas. ¿Cometo otra injusticia al privarlo de un deseo instintivo? No lo sé, pero acabo de decidir hacerle caso a Imogen. Este tema puede ser decisivo en nuestra relación. No es admisible una concesión tan importante solo porque él piense en mí. Tendré que ser muy sincera cuando hablemos, me juego mucho en este enroque y no me gustaría perderlo; pero sería infinitamente más doloroso que él renuncie ahora y me lo reproche dentro de unos años; o lo que es peor, que me abandone cuando ya no tenga solución. Esta decisión es crucial y, como tal, debemos hablarla cara a cara. Exactamente, la próxima la semana. Ese es mi plazo para saber su verdad.

30

«A veces podemos pasarnos años sin vivir en absoluto, y de pronto toda nuestra vida se concentra en un solo instante»

Oscar Wilde

EL AEROPUERTO ME CONVIERTE en una tonta histérica. No recuerdo cuántas veces he mirado las pantallas ni cuántas a continuación el reloj. Para una vez que llego antes de tiempo a algún sitio, precisamente, el vuelo de Cork viene con retraso. Vuelvo a sentarme en una silla de plástico, incómoda como mi desesperación, y hago un esfuerzo para no pensar en el tiempo. Kieran está a punto de llegar, estaremos juntos cuatro días, y serán estupendos. Ese es el bucle que me repito mientras observo a la gente que transita los amplios espacios de esta zona, para mí, la más feliz de cualquier aeropuerto del mundo porque es donde pueden apreciarse la autenticidad de las emociones humanas. Es tan sencillo ver el amor entre amantes que se reencuentran como la gélida frialdad de aquellos que solo están de paso o la inmensa ilusión de los que empiezan sus vacaciones. A veces he hecho referencia a los aeropuertos en mis artículos porque son la primera pista del ritmo y talante que tienen las ciudades, y aquí se siente sin dudas cómo es Londres: variopinta, multicultural, excesiva y, cómo no, gracias a la policía bastante segura. Veo agentes por todas partes, alerta buscando sospechosos; aunque nadie les presta atención centrados en sus propios asuntos. De repente se

desplazan los letreros de la pantalla digital que tengo delante, y de forma automática mi corazón se desboca. El vuelo de Kieran ha aterrizado.

Pasan muchos minutos y el trasiego por la puerta de salida es constante, individuos solitarios, parejas maduras, grupitos de amigos y ancianos en sillas de ruedas tiradas por el personal de asistencia en tierra. Bufo cansada, y doy un paseo hasta una mampara que anuncia un musical exitoso: *The book of Mormon*, que lleva varios años representándose en el Teatro Príncipe de Gales del West End. Tomo nota, quizás le plantee a Kieran ir a verlo. Vuelvo la vista hacia la salida, algo mareada al discriminar a la gente que no me interesa, cuando mis ojos detectan la figura enorme de mi irlandés rubiales. ¡¿Qué se ha hecho en el pelo?! No puedo creerme que haya tenido el valor de cortárselo, ¡pero si parece un militar! ¿Dónde están sus mechones? ¿Y desde cuándo usa gafas de vista? ¿Pero quién me visita? ¿El cavernícola o un broker de la City? Menos mal que no se ha afeitado ni vestido con un traje de chaqueta, eso sería lo último viniendo de él. Sin remediar el shock que me ha paralizado las piernas, espero inmóvil que se acerque. No hay duda, es Kieran O’Driscoll el Felino. Esos andares lentos, seguros y suaves han sido y son sus señas de identidad. No trae equipaje de mano, solo echada al hombro su mochila oscura, por lo que deduzco que el cambio de imagen se reduce al cabello y las gafas.

—¿Por qué te has cortado el pelo?

Kieran eleva una ceja, y mantiene la corta separación entre nuestros cuerpos.

—¿Ni hola?

Esbozo una sonrisa leve, que amplió conforme su cabeza reduce mi campo de visión, y le beso con ternura y brevedad en la boca. Kieran se conforma, comprendiendo mi escasa propensión al exhibicionismo. Coloca una mano sobre mi hombro y nos dirigimos a la salida de la Terminal 3, hablando del vuelo sin más pretensiones que la corrección de la cortesía.

Llegamos al Tiguan, aparcado con acierto en el subterráneo que hay enfrente, solitario, bien resguardado de inesperadas interrupciones, y dejamos la elegancia para fundirnos en un apasionado abrazo mientras nos besamos con la ansiedad de los lobos hambrientos. Kieran me sujeta la cabeza, marcando el ritmo frenético que necesita, al que correspondo con un entusiasmo feliz. ¡Dios! El corazón se me para, estoy a punto de meterle mano, encantada por resultarle un bocado tan apetitoso. Él podría convertirse en mi desayuno como sigamos rozándonos.

—Joder... —Kieran rechina los dientes—, te juro que tenía la intención de esperar a que estuviésemos en tu casa, Cindy, pero me estás poniendo malo.

Al escucharle, paso a la acción. Pongo una mano en su bragueta, y sí, no miente; está como una piedra, y aprieto acariciando maliciosa. Kieran da

un repullo, desconcertado.

—No sabes las ganas que te tengo —susurro cerca de su boca, manteniendo la presión en la mano. Él sonríe, aunque no sé si maldiciendo por el lugar o ante las expectativas que debe estar creándose—. Sé un niño bueno, entra y bájate el pantalón.

Kieran encara mis ojos y veo cómo la orden le dispara la excitación, sus pupilas azules resplandecen con destellos grisáceos y verdes.

—¿Estás segura?

Si actúo ya, lo estoy; pero si pierdo el tiempo con pensamientos sensatos, también me perderé el desayuno. Empujo su cuerpo fornido dentro del coche, él ajusta el asiento delantero para poder estirar las piernas, y sin quitarme los ojos de encima, empieza a bajarse el pantalón. Mantengo la portezuela entreabierta, con mi cuerpo parapetando la visión turbadora y tremendamente erótica que contemplo. Kieran deja las gafas en el salpicadero y me quito con disimulo las bragas, que me arrebatara de las manos para oler con una inspiración larga. Es un inconsciente. No tiene ni idea de cómo me he mojado con ese gesto. También soy afortunada, esta vez he tenido el acierto de ponerme un vestido veraniego que va a facilitarme montarme en sus piernas y mantener el decoro, porque aunque no lo parezca, es importante guardar las formas cuando se echa un polvo en público.

No tardamos en sentir cómo nos embarga el deseo, nuestras lenguas

erráticas empiezan a derretirnos y los sonidos húmedos del sexo pleno suenan a sugerente melodía, hasta que Kieran se detiene para dejarme con la miel en la boca. Sonríe, y me saboreo los labios. Entonces, perdemos cualquier atisbo de vergüenza lanzados al frenesí de una oleada apoteósica entre descargas eléctricas, caricias excitantes y besos que arrasan con dos lenguas hipnotizadas por la fascinación. Los dedos de Kieran se enredan en mi cabello, y me aprieto más en su pecho, hasta que juntos temblamos pegados como uno solo, sin respiración ni otra cosa más allá de la física natural.

Nos miramos a los ojos, observando la intensidad del deseo y la magnitud de nuestra unión, y decido en este preciso instante ser honesta con él. Este hombre se ha ganado a pulso mi respeto, admiración y amor, y es justo que lo sepa. Ya no vale un simple “me gustas” ni bromear o hablar con ligereza de enamoramiento, las cosas por su nombre. Lo que siento por él es amor, y del bueno. Recorro con la yema de los dedos su pelo, que parece terciopelo dorado, y deslizo las manos por las facciones de su rostro hasta topar con la arisca incipiente barba rubia. Ríe al sentirla, como él.

Esta mirada embelesada es el aliciente de mi vida, el centro del diminuto universo que quiero ver todos los días.

—Tengo que decirte algo —empiezo a hablar, y Kieran cambia el gesto. A saber qué estará pensando. Me armo de valor, aspiro profundamente y continúo hablando—. Desde que he vuelto, he tenido mucho tiempo para

pensar en nosotros —comento, pendiente a la incertidumbre en sus pupilas inmóviles—. Reconocer que te he echado de menos es de tontos porque salta a la vista. —Me detengo al detectar movimiento en el aparcamiento. Agazapo el cuerpo pegándome al torso ancho de Kieran. Él me estrecha con tanta fuerza como delicadeza mientras dos hombres tirando de un carro con maletas pasan por detrás del coche. Cuando se alejan, sigo—. Quiero decirte tantas cosas que no sé por dónde empezar...

—No hace falta que me las digas —comenta, conteniendo una sonrisa—, las siento todas. —Inclina la cabeza hacia delante y me besa despacio los labios. El contacto me relaja, incluso logra alejar mi loable propósito—. Sabes tan bien como la buena birra —dice relamiéndose.

—¿Tú crees? —pregunto alegre. Puede sonar extraño, pero teniendo en cuenta que está comparándome con uno de sus mayores placeres es un gran piropo—. ¿No soy demasiado amarga?

—No. Tienes la proporción ideal de amargor, dulzor y espesura —explica antes de jugar en mi boca con otro beso ardiente—. Perfecta.

Sin dejar de amasarme los pechos, pasea despacio su hábil boca por mi barbilla y asciende por la cara. No resisto esta sensación, él y yo nos pertenecemos. A su lado siento tantas emociones, tan profundas, que no me imagino otra vez sola. Llego a amarlo con locura, la única manera sensata de corresponderle; por eso incluso pienso que si no estuviese en mi vida podría

volverme loca, y sería otro tipo de locura. Mientras una hace que renazca rozando el cielo, la otra acabaría conmigo hasta consumirme como una vela en la oscuridad.

31

«Como todos los soñadores, confundí el desencanto con la verdad»

Jean Paul Sartre

LA NOCHE SIGUIENTE NO habría esperado ninguna visita en mi piso; pero me ha parecido adecuado invitar a cenar a Patrick y Annie, ya que están aquí tras la asistencia de él a un seminario en la Universidad de Londres. Con una puntualidad exquisita, suena el timbre del portero electrónico. Echo un vistazo a la mesa y lo veo todo en orden: una mantelería clara sin arrugas, los servicios bien colocados y un centro de mesa que compré en Ámsterdam para aportar algo de modernidad al clasicismo de la vajilla y la cubertería. Y por equilibrar cocina tradicional con exótica, gracias a Kieran y Nagoya, tengo preparado un menú a base de carne y sushi.

Kieran sale de la cocina con un trapo en el hombro, despreocupado, y abre la puerta. No se toma la molestia ni de preguntar quién es. Con una mirada lenta recorre mi cuerpo, sonrío, aprieta levemente el ceño observándome los ojos; supongo que admirando mi vestido negro. Tiene un favorecedor corte diagonal en el pecho.

—Estás muy guapa, pero se te ha ido la mano con el maquillaje.

—¿En serio? —Su apreciación me descoloca, aunque es cierto que he pretendido esmerarme y quizás me haya pasado. A fin de cuentas, esto no

deja de ser una cena informal—. Recíbelos tú, voy al baño —hablo nerviosa.

—No seas tonta —dice, agarrándome el brazo cuando paso por delante—. Acabo de decirte que estás muy guapa.

—Ya, pero no quiero dar una impresión equivocada.

Lo único que me faltaba es que su madre me viera como la típica madurita maquillada hasta resultar un esperpento. Salgo con rapidez del salón y me encierro en el baño. Al mirarme en el espejo tampoco veo ningún maquillaje excesivo, pero me falta tiempo para impregnar un algodón con la crema desmaquillante y aplicármelo acelerada. Este error de apreciación va a costarme algunos minutos. Impaciente, empiezo de nuevo. Ahora voy a limitarme a un poco de base, colorete y un ligero toque de rímel. Ni labios rojos ni sombra de ojos oscura. Ciertamente gano naturalidad, y también van a marcarse más los años de diferencia entre nosotros. Encima, se ha afeitado y con el nuevo corte de pelo todavía parece más joven.

Escucho las voces de Patrick y Annie saludándolo, fijo la vista en el espejo y ensayo algunas caras amables. Intento animarme, pero al cabo de varias me canso. Suelto un ligero suspiro, apago la luz y salgo hacia el salón con esa compostura que falseo como nadie.

El padre de Kieran sonrío al verme. Por el brillo de sus ojos hasta diría que parece alegre. Al ser iguales a los de Kieran no debería equivocarme interpretándolos. Tiene buen aspecto. El traje de chaqueta oscuro le aporta

distinción, aumentada por las sienes y la barba pintando canas. De buen talante, me besa en la mejilla después de un saludo sobrado de gentileza. Annie, que hoy ha cuidado más su apariencia que cuando me recibió en su casa, viste un conjunto sobrio de chaqueta y falda oscura, también me besa en la cara. Ella es más parca, sin embargo percibo cómo intenta comportarse con cierta amabilidad.

Kieran ejerce de anfitrión y les ofrece unas copas de vino, moviéndose con soltura por mi casa. Y como todo un caballero, no olvida rellenar la mía ni entregármela. Pasado un momento, sentados en los sillones y el sofá, charlamos del seminario en el que Patrick ha participado. Muestro interés e incito la conversación, no me pesa porque realmente pienso que la Historia es fascinante y aprecio la pasión de Patrick por su trabajo.

—Ha sido una sorpresa que coincidamos aquí —comenta Annie, dirigiéndose a Kieran—. ¿Cuándo empiezas el curso?

—La semana que viene —responde, y se centra en su padre—. Tengo un comprador para el *Bandit*.

Escucho la noticia, y esbozo una ligera sonrisa para camuflar mi asombro.

—¿El abuelo lo sabe?

—No, se lo diré cuando vuelva.

—¿Le molestará? —pregunto.

Los tres O'Driscoll se miran entre ellos un instante.

—No —contesta Kieran, entornando levemente los ojos.

Esa negación no logra convencerme. He observado los gestos severos de Patrick y Annie y llego a la conclusión de que Kieran pretende quitarle hierro al asunto. Y como conozco un poco al anciano, no dudo que se opondrá.

—¿Estás contenta con tu vuelta a la normalidad? —pregunta Annie.

—Sí, claro —miento, sopesando qué quiere saber realmente. No he sido capaz de sincerarme con Kieran, ni le he dicho que me han despedido ni tampoco he vuelto a intentar declararle mi amor. Bebo un sorbo de vino y, por no darle pie a enfocarse en mí, cambio de tema—. ¿Tenéis pensado quedaros muchos días?

—Mañana nos vamos a Oxford —responde Patrick con satisfacción—. Creo que no hemos venido nunca sin acabar yendo. Es una ciudad preciosa, nos gusta mucho a los dos.

—Sí, lo es —admito pensativa.

—Cuando os apetezca, cenamos —dice Kieran animoso—. He hecho tu cordero —comenta complaciente, hablándole a su madre, que tuerce los labios hacia abajo mostrando una inesperada sorpresa—. Y Cindy ha comprado sushi variado.

—Habrà que probarlo —comenta Patrick, y se levanta.

—¿Os gusta? —pregunto curiosa.

—Ni idea —responde Patrick—. Nunca lo hemos comido.

¡Mierda!

—Vaya... —empiezo a hablar—. Kieran me ha dicho que os gustaba.

—Cindy, si te digo que no lo han probado en su vida, no lo habrías comprado —explica tranquilo—. Y como tú vas a comer carne, si ellos hacen un esfuerzo y prueban algo nuevo no van a morir.

¡Qué facilidad sobrehumana para martirizarme! ¿Debo entender que comer sushi es un riesgo para sus vidas? ¿O es una penitencia para compensarme? Disimulo un enfado incipiente y dirijo mis pasos hacia la mesa. Un rato más tarde, ayudada por la desinhibición del vino olvido el tema de la comida. También, el buen apetito de Patrick y Annie contribuyen a que me relaje. Han repetido varias veces con el sushi y halagado su sabor de una manera nada sospechosa. Imagino que de no haberles gustado, ni siquiera habrían repetido. Mantenemos una conversación ligera, hablando de las diferencias entre Londres y Cork, amena podría decirse, hasta que el Cavernícola inconsciente no tiene otra ocurrencia que mencionar a Mark por el tema de la piscifactoría. El embarazo de Imogen tarda dos minutos en salir a colación.

—Los niños dan estabilidad a las parejas —comenta Annie.

—O no —añade Kieran—. Una pareja funciona por muchos motivos,

los hijos pueden acercarlas porque crean un vínculo de por vida, pero no fomentan la unión; creo que más bien al contrario.

Bebo sin ánimo de intervenir, recordando la charla con mis amigas. ¿Por qué todos se empeñan en intentar convencernos de que sin hijos una pareja no está completa? Por arte de magia, Murphy irrumpe en mi cabeza. ¿Estará haciendo ya de las suyas? Con lo bien que estaba saliendo todo...

—Kerry tiene razón —dice Patrick. Insinúa una sonrisa y, mirando a Annie, agrega—. Los Farrell y los O'Hara no tienen niños y eso no les ha afectado para ser dos de los matrimonios más bien avenidos que conocemos.

—Ahora, Patrick —matiza Annie en un tono rotundo—, porque ya se han hecho a la idea, pero recuérdalos hace algunos años. Intentaron tenerlos de todas las maneras posibles. ¿Que son felices?, sí, por supuesto; pero han sufrido mucho viendo cómo todos sus amigos formaban sus familias y ellos no podían.

—Eso es una gilipollez, mamá —espeta Kieran—. Su familia son ellos, con o sin hijos.

—No voy a discutir, Kerry, pero ser padres es un instinto primario de supervivencia, es irracional, y aunque no quieras admitirlo está presente en nuestras vidas —explica sencillamente—. ¿Qué opinas, Cynthia?

La observo un instante, enlazando palabras en mi cabeza para no sonar desagradable, y digo:

—Que cada cual tiene derecho a elegir cómo quiere vivir su vida. Comparto contigo eso de que la mayoría de parejas en algún momento intentan tener hijos, pero no estoy de acuerdo con que sea un instinto primario. A través de la evolución hemos aprendido a controlar nuestros impulsos instintivos, precisamente para mejorar como especie. De algo tiene que servirnos la inteligencia —sentencio con un matiz de ironía.

—Sí, Cynthia —dice Patrick—, pero mi mujer tiene razón en que el instinto sexual impulsa el acoplamiento entre hombres y mujeres con el único fin de conservar la especie.

—Muy bien, pero tenemos el razonamiento para voluntariamente modificar, anular o reprimir ese instinto —comento convencida—. Otra cosa es reprimir un instinto de supervivencia. —Me detengo unos segundos, buscando algún ejemplo—. Entiendo que el hambre o la sed no se repriman porque de hacerse matarían, igual que proteger nuestra integridad física, luchando o huyendo, o buscar guarida para evitar las inclemencias del clima, de ahí que las aves migren, eso son reacciones innatas para mantenernos vivos. Pero procrear, dentro de mi humilde opinión, dejó de ser un instinto primario cuando salimos de las cavernas.

—Te equivocas —dice Annie—. Según el desarrollo en la escala evolutiva de cada especie, las conductas innatas son proporcionalmente más complejas. Aunque todas, sin excepciones, velan por el mantenimiento de la

vida. —habla sin que me sienta molesta, algo que le agradezco, y si a esto añadido que es psicóloga, me temo que hay debate para un buen rato. Y pese al tema, como está confundiéndose sin rozarme, empiezo a disfrutar, entendiendo de dónde le viene a Kieran el talante conversador. Annie, que por supuesto ignora mi capacidad para ausentarme aun estando presente, sigue dándonos una clase magistral sobre comportamiento humano—. Sin ahondar mucho —dice afable—, el instinto de escapar es muy difícil de controlar, casi como es imposible suprimir el miedo que sentimos hacia situaciones que pueden quitarnos la vida. Ante un peligro, de forma automática llegan señales de alerta por el nervio óptico al cerebro y este activa las glándulas suprarrenales para que descargue adrenalina, prepara nuestro cuerpo para afrontar un peligro en una fracción de segundo. ¿Qué consigue?

—Que respiremos más profundo —responde Kieran con voz apática. No sé por qué, parece cansado de su madre—, para bombear más sangre y que se oxigenen bien los músculos.

—Eso es —admite Annie satisfecha—. Así responderán mejor para luchar o huir. Otros instintos son más selectivos, supongo que son a los que te referías —comenta dirigiéndose a mí. Muevo ligeramente la cabeza asintiendo—. También son instintos, aunque refinados a lo largo de la evolución...

Annie nos cuenta detalladamente cuáles son los patrones de conducta propios del ser humano y un puñado más de animales inteligentes, que tienen la finalidad de proporcionar placer y aumentar el bienestar. Según ella, la sexualidad así se desliga de los fines procreativos para encaminarse hacia la relación placentera. En esa búsqueda del placer añade consumos innecesarios, como el tabaco, el alcohol y las drogas, con el único fin de estimular los sentidos. Sonríe al escucharla, porque acabo de acordarme cómo Bonnie estimula sus sentidos. Kieran me lee el pensamiento y, sin que sus padres le vean, vocaliza “maría”. Y en este preciso momento suelto una risa espontánea que me hace parecer una niña, o quizás una borracha empedernida. No lo sé, y como Annie no interrumpe su monólogo, me recompongo dignamente para centrarme en lo que dice. Prefiero este interés en el conjunto de la raza humana a otro particularizado en mí. Así pues, atiendo sus palabras, aunque por las caras de Patrick y Kieran no sabría definir hasta qué punto comulgan con ella, y, para ser sincera, con tal de eludir el tema de los hijos tengo la intención de mostrarme cómplice por este camino; aparte de una salvación, está resultando muy esclarecedor para conocer mejor la mentalidad abierta de los O’Driscoll. Annie es la realista, Patrick tiende al romanticismo; y ahí reside su equilibrio como pareja, y les envidio. ¿Seremos capaces Kieran y yo de conseguir algo parecido?

«Hay que sentir el pensamiento y pensar el sentimiento»

Miguel de Unamuno

EL DOMINGO, DESPUÉS DE comer en casa de Imogen —Kieran también ha aprovechado para tratar con Mark el tema de la piscifactoría—, cuando le he propuesto ir al teatro a ver el musical *The book of Mormon* se ha ilusionado de forma desmedida. Luego he sabido que sería su primera vez, y me ha contagiado; soy feliz al atesorar con él recuerdos solo nuestros.

Al salir del espectáculo, que ha sido sublime, damos un paseo hacia la Plaza Trafalgar. La grandiosidad se disipa con el bullicio, del que Kieran rehúye, y por sorprenderlo, se me ocurre llevarlo no muy lejos de aquí, a un viejo bar con ese regusto a auténtico que tanto aprecia.

Gordon's Wine Bar, en la calle Villiers, por fuera no da pistas de lo que esconde. Kieran es prudente cuando entramos, observa con disimulo el espacio bastante estrecho. Hay una escalera empinada de madera y un largo pasillo al lado, con paredes de viejas tablas oscuras y un zócalo rojo lleno de desconchones; muy cutre. En silencio, me sigue por la escalera que baja a la bodega. Su percepción no mejora al ver los dos expositores con comida, aunque en esta zona, también descuidada, las paredes están cubiertas por recortes de periódicos históricos enmarcados y fotografías antiguas. Al techo,

de momento, es mejor no mirar. Las tuberías, cables y luces se pelean por encontrar hueco bajo la estructura de madera.

—La hostia... —murmura a mi espalda.

Giro la cabeza, y sonrío. Avanzo por el interior poco concurrido sin detenerme a observar los toneles de la barra ni las numerosas pizarras con un extenso surtido de vinos, cervezas y unos quesos deliciosos, hasta la primera bóveda por la que se accede a la antigua bodega. El sitio es especial, es como retroceder en el tiempo. Además, no solo es pintoresco por estas bóvedas de piedra, muy bajas para alguien alto como Kieran, sino también porque en este edificio, en la década de 1890, cuando era una especie de pensión, estuvo alojado Rudyard Kipling y escribió en su dormitorio *La luz que se apaga*.

Kieran llega inclinado a la destartalada mesa que elijo entre varias libres —todas tienen botellas de vino en el centro con velas encendidas—, sorprendiéndome por su silencio. Un camarero acude rápidamente para tomar nuestra comanda: vino tinto y una tabla de quesos, y cuando volvemos a estar solos, le pregunto:

—¿No te gusta?

—Estoy decidiéndolo —responde, echando un vistazo alrededor—.

Nunca había estado en un sitio tan raro.

—Es lo bueno de las ciudades grandes con historia, puedes encontrar de todo.

Así iniciamos una conversación entretenida, que combinamos con el excelente vino y los quesos que el camarero nos sirve poco después. Hablamos del musical, de la piscifactoría y cómo no... acabamos con el embarazo de Imogen. Si bien él no me ataca en ningún momento, hay algo en su manera de hablar que me recuerda otra vez la conversación en Nagoya con Imogen y Beatrice, y ahora creo que ha llegado el momento ya que anoche no fui capaz de sacarle el tema cuando sus padres se fueron.

—Dime la verdad, ¿en el fondo no aspiras a tener hijos?

Kieran me observa con un rastro de malestar en la mirada, una especie de alerta para advertirme que va a mentir.

—No. ¿A qué viene la pregunta? —habla a la defensiva—. ¿Me ves hablando con Mark y sacas en conclusión que quiero ser padre como él?

—No, pero los dos estáis en una situación parecida —comento sin necesidad de recordarle que Imogen y yo tenemos la misma edad—, y no es un tema desdeñable porque si cambias de opinión dentro de unos años, y seguimos juntos —añado—, para mí será tarde aunque quisiera darte un hijo.

—¿Darme un hijo? Joder, hablas como una ñoña de la Edad Media —dice con poco aguante. Durante unos segundos encara con dureza los ojos en mí—. Dejemos el tema, ¿vale?

—No, no vale —respondo obstinada—. Si fuese algo con solución, ten por seguro que lo dejaría; pero esto puede afectarnos más adelante y no estoy

dispuesta a mirar hacia otro lado solo porque no quieras aceptar la verdad.

—¿Qué puta verdad, Cindy? —pregunta siseando. No eleva el tono, pero inclina el cuerpo para que nuestras cabezas queden demasiado cerca—. ¿Mi verdad o la tuya? ¿Qué quieres oír? —habla indignado. Es la primera vez que lo veo tan brusco. Trago despacio, afectada, a sabiendas que he echado la noche al traste; pero con la convicción de estar cosiendo un fleco vital entre nosotros. Él espera que añada algo, y como no lo hago, bebe un trago largo de vino y de malas maneras se rellena la copa. Olvida la caballerosidad, ni mira mi copa vacía, y empina el codo hasta tomársela de golpe. Algo más sosegado, vuelve a llenarse la copa, y ahora sí tiene el detalle de incluir la mía—. No quiero tener hijos, ni ahora ni nunca —comenta en un tono frío—. No vuelvas a nombrarlos.

Asiento despacio. No tengo moral para seguir buscando una confesión que no quiere hacer. No me queda otra que aceptar “su verdad”. Y sin embargo, después de pasar mucho tiempo pensando en este tema, cuando había asumido esta mentira como una forma de cesión, incluso cuando debería sentirme feliz porque los dos coincidimos, a pesar de todo lo bueno, hay algo que no me convence. Es una emoción extraña que me entristece, inexplicable pero tangible. Parecida a contener unas lágrimas amargas cuando no se pretende llorar, y al final, es más doloroso que romper en un llanto liberador; a fin de cuentas, de una manera se encuentra consuelo mientras que

tragándonos las penas solo conseguimos acumularlas en el alma, y el día menos pensado puede estallar harto de soportar tanto sufrimiento absurdo. Debería tener coraje y poner en práctica con él mi nueva idiosincrasia. En cambio, me callo y bebo tratando de diluir en el silencio estos últimos minutos. Solo nos queda otro día para estar juntos y sería un error no disfrutarlo por más que el futuro me torture con una hipotética ruptura. Así pues, no voy a dejar de vivir este maravilloso presente cuando es en definitiva lo único que no quisiera perder por mis malditos temores. No sé cuándo nuestro tiempo se consumirá, ni siquiera si verdaderamente está limitado; solo sé que voy a vivir con la máxima plenitud porque este ahora es lo único que tenemos.

—¿Qué haces? —pregunta Kieran al salir recién duchado del baño.

Recojo rápido las notas que tengo esparcidas al lado del portátil

—Nada —respondo, y alzo la mirada para ver la planta imponente de uno de los descendientes de Íth. Está guapo con esos vaqueros viejos y otra de sus camisetas negras—. Vamos bien de tiempo, ¿no?

—Sí, siempre y cuando no se te vaya el santo al cielo arreglándote.

—Tranquilo —digo al levantarme del sofá—, seré rápida.

Con el loable propósito de cumplir mi palabra, me dirijo al dormitorio; pero al pasar por su lado, Kieran me agarra de la cintura.

—Podemos perder un ratito.

Veo en sus ojos la expresión salvaje del deseo.

—Eres tú quien tiene que coger un avión —comento, y le echo los brazos al cuello.

Huele a limpio.

—Lo sé —admite rozándome los labios con su aliento—, y no me apetece nada.

—Quédate unos días más —murmuro.

Nos besamos. Ni él toma las riendas del beso, ni yo; solo dejamos que fluya con la levedad de una caricia húmeda. Sin darnos cuenta empezamos a ahogarnos. Nuestros labios deciden el rumbo que tomamos con las manos, ahora ya no tenemos medida. Esta sensación no puede compararse con nada, porque es grandiosa y solo con él logro sentirla.

Kieran nunca se precipita al aferrarme a su cuerpo, tiene la cualidad de saber comedirse dentro de la irracionalidad. Explota como nadie el tacto, sin avasallar pero asediando hasta convertirme en ardiente líquido, hasta colarse entre mis piernas sin que sea consciente de haber llegado a la cama ni del apremio desesperado de mis lastimosos jadeos. Él se descontrola antes de barrerme la lucidez.

Luego, abrazados somos un cúmulo de desmotivación.

—Esto es una mierda, Cindy.

No quiero moverme ni abrir los ojos. Escuchar su voz grave, sin filtrar el cabreo por la despedida, es suficiente para que intente prolongar este instante. Despacio torno a la realidad que no quiero ver por no desanimarme más, y es imposible. Kieran no hace el amago por ocultar su enfado. Tiene las pupilas con un brillo tan deslumbrante que no distingo la extraña amalgama de azules, grises y verdes que suelo interpretar sin equivocarme. Esto es nuevo; parece impotencia contenida en lágrimas sin derramar.

—Si tú no quieres irte —digo con un nudo en la garganta—, imagina las ganas que tengo de quedarme sola.

—Está en tus manos —sentencia con una mirada desafiante—. Hazlo por mí.

Y de nuevo la gravedad de su tono de voz me conmueve.

—Déjame que lo piense.

—No hay mucho que decidir —matiza, me besa los labios y abandona mi cuerpo—. Te estoy pidiendo algo sencillo.

—Para ti —digo en un susurro, tan leve como triste—, yo tendría que cambiar mi vida entera.

Kieran fija los ojos en los míos, perfila una sonrisa para dispersar su malestar y recorre con la punta del índice de su mano derecha el contorno de mi boca.

—Hazlo por mí —repito suavizando el tono—, por nosotros.

Cierro los párpados al notar el roce de sus labios. Esta vez es un contacto breve. Kieran no insiste más, se levanta de la cama y va al baño mientras me pierdo en el sombrío abatimiento de una decisión que no quiero tomar a la ligera. El miedo es ahora quien rige mi comportamiento, quien lo justifica con cientos de razones lógicas sin darme tregua ni dejarme voluntad para creer en el infinito poder de este amor. Necesito más tiempo, o tener la capacidad de encontrar la esperanza suficiente para arriesgarlo todo. Debo olvidarme de los bienes materiales que tengo aquí, el cariño de mis amigas es intransmutable, siempre lo tendré; debo recordar que todo es posible, y que estar con él es lo que más me colma de felicidad; y debo ser consecuente conmigo misma. Esta es una de esas encrucijadas en medio de un camino, la bifurcación sorpresiva que te hace dudar cuando no se tiene claro el destino. Pero en mi caso sé adónde voy. ¿Entonces? ¿Por qué no soy capaz de elegir? ¿Por qué me cuesta tanto tomar esta decisión si estoy convencida de que es lo mejor para mi bienestar? ¿Qué maldito temor me condiciona?

33

«El supremo arte de la guerra es doblegar al enemigo sin luchar»

Sun Tzu

DISTRAÍDA OBSERVANDO UN grupo de personas con los mismos chalecos verdes, espero en un kiosco del aeropuerto que Kieran compre un nuevo libro. No tarda en reaparecer sonriendo al levantar el ejemplar de este mes de *La Vie*.

—No pierdas el tiempo —comento cínica.

—Me entretendrá en el avión —dice, la guarda en la mochila y me sujeta la mano—. A ver qué chorradas cuenta.

—Un sinfín, seguro.

—Tampoco seas tan borde —habla con un matiz de burla—. Ya te daré mi opinión sobre tu artículo.

—Como quieras... —admito—, tampoco te ensañes mucho.

—Descuida, ya sabes que mis críticas siempre son constructivas aunque no lo parezcan —comenta indolente—. Habla con tu jefe para que te cambie la sección, seguro que escribiendo algo que te motive más consigues encontrar tu sitio.

—En ello estoy —hablo evasiva, y nos dirigimos al Control de Seguridad. De repente me amarga una desazón provocada por el

arrepentimiento. He sido incapaz de sincerarme, respecto a mi despido y sobre lo que siento por él, y ahora me parece precipitado e inoportuno—. Me ha encantado tu visita. Para la próxima te llevaré a uno de mis rincones favoritos de Oxford, tu padre es posible que lo conozca.

—Si hay cerveza, te lo garantizo.

—La hay, y es tan rústico que te sentirás como en casa.

—¿Cómo en la mía? ¿O hablas de la tuya?

—¿Desde cuándo mi casa es rústica? —digo, dándole un ligero manotazo.

Él se ríe por la tontería, e intento parecer alegre; realmente tengo motivos para estarlo. Hemos pasado un fin de semana estupendo, con momentos verdaderamente mágicos y otros más tensos pero bien solventados a base de diálogo. Kieran ha sido complaciente sin perder su esencia, manteniéndose en su sitio entre luces y sombras, igual que yo; y eso me alienta a pensar que podemos ser una pareja duradera.

—Sé que soy un pesado —empieza a decir cuando nos detenemos delante de la cola del Control—, pero como no podré venir hasta el mes que viene, organízate y vente unos días.

—Lo tendré en cuenta. —Esbozo una sonrisa que no me despega los labios aun agradecida por su falta de insistencia; es un consuelo para mí que no me presione—. Pero si tienes que estudiar, no creo que te beneficie mi

compañía.

Kieran me agarra con fuerza de la cintura y se inclina sobre mí.

—No seas tonta —dice con ternura—, tú siempre me beneficias.

Levanto la mano para acariciarle el rostro, suave gracias al afeitado apurado, advirtiendo el destello romántico en su mirada fija en mis ojos. Cuánto ha cambiado desde que lo conozco. Busco al desgredado pescador que puso mi mundo patas arriba y no lo hallo porque me aprieta el cuerpo el flamante dueño de Salmonk Organic, el que me centra y alegra mi vida.

—Intentaré ir cuanto antes.

Al escucharme, Kieran se lanza contra mi boca; con ese ímpetu brusco que solemos dedicarnos en privado; aunque en este instante prima en él la desesperación de la despedida.

—¿Cynthia?

Impulsivamente, me aparto de Kieran para toparme con el último hombre que habría deseado ver. Sam nos observa sorprendido. Echa una ojeada rápida a Kieran y frunce los labios. Mantiene un buen físico y la ropa de calidad ayuda a acentuar su aspecto elegante. Comparado con mi chico, su estatura es mediana; de facciones regulares y atractivas, que no espléndidas como otras que admiro; y sus ojos castaños son grandes aunque no vibren conteniendo indómitas mareas como los que en este instante lo diseccionan. Y si repaso su cabello oscuro salpicado de canas, también interesante,

prefiero áureos mechones suaves como la seda, a pesar del actual rapado, porque puedo revivir su tacto en las yemas de los dedos mientras espero unos pocos meses para volver a acariciarlos, en cambio, el blanco asediará la cabeza de Sam sin marcha atrás.

—Hola, Sam —saludo por ser educada.

—Menuda sorpresa —dice tan tranquilo, hasta parece contento—. No esperaba encontrarte aquí.

—Pues haz como si no me hubieses visto, no quiero traumatizarte.

—Veo que sigues igual —comenta impasible al sarcasmo, le sonrío a Kieran—. Soy Sam Rhodes —dice, tendiéndole la mano—, su exmarido, supongo que habrás oído hablar de mí.

Con aplomo, Kieran acepta el firme apretón.

—Lo siento, pero no he oído nada de ti —habla con naturalidad.

—Vaya... —Sam disimula la mala leche que percibo está corroyéndole la sangre y agrega—. ¿No sabías que está divorciada?

Kieran arquea una ceja, mostrando una sonrisa comedida.

—Por supuesto —responde en un tono rotundo donde no hay rastro de amabilidad—, pero cuando no se tiene un buen recuerdo de alguien lo mejor es olvidarlo. —Kieran sonrío al hacer una pausa—. Ahora que lo pienso... Algo sí he oído de ti. —Gira la cabeza para mirarme—. ¿Este es el cabrón o el otro?

—Este —respondo con ganas de estallar en una carcajada.

Sam está rígido, se le inflan las aletas de la nariz. Da media vuelta y se pierde entre la gente con rapidez. El inesperado encuentro logra eclipsar la tristeza y por fin suelto la sonora carcajada que estaba conteniendo. Kieran, que no ha dejado de sonreír, vuelve a abrazarme. Rodeo su cuello con los brazos y pego nuestros labios sin importarme qué puedan pensar las personas que tenemos alrededor o qué imagen damos; no somos diferentes a las demás parejas de enamorados despidiéndose; eso somos, dos enamorados aprovechando un ínfimo tiempo envueltos en romanticismo, simplemente.

—¿Quién te ha dicho que Sam es un cabrón?

—Lonnie —contesta seguro y me da otro beso, esta vez un roce rápido—. Se lo dijo su madre.

Recuerdo el día exacto que le conté a Bonnie, o alias Fuma Cotilla, algunas perlas de mis exmaridos. No fue hace tanto, aunque me parezca una eternidad. Aquel temporal terrible es otro de los momentos imborrables que atesoro de la isla Sherkin. Pasé mucho miedo por Kieran y los chicos, y no pensé en mi propia seguridad cuando conduje hasta el pub para interesarme por ellos. No sé definir con certeza qué me sucedió cuando llegué en abril. Solo soy capaz de advertir desde la distancia que allí cambiaron mis prioridades; fui aprendiendo a valorar en su justa medida los problemas. Gracias a eso me resulta tan divertido lo que acaba de suceder con Sam, no

hay nada mejor que saber darle a cada cual la atención que merece. Y precisamente ahora, quien se merece mi concentración absoluta no me suelta la cintura cuando nos ponemos los últimos de la fila para acceder al Control de Seguridad.

—Voy a echarte mucho de menos —digo con la voz apagada.

—Porque quieres —susurra pegando la boca a mis labios—. Déjalo todo y vente conmigo.

—Ojalá fuera tan fácil.

—Esto lo es, Cindy. Nosotros decidimos nuestro destino.

—Ya... —Cojo una buena bocanada de aire intentando sosegar la pena de verlo alejarse de mi vida. No quiero escenas dramáticas, aunque me cuesta mantener a raya las lágrimas—. Adiós, grandullón —digo por sonar ligera.

—Adiós, miss Pink —replica antes de besarme sonoramente la boca.

Entorno un ojo, y él sonrío.

—Eres hombre muerto.

Kieran encoge los hombros con la burla reflejada en el rostro, y doy la vuelta para salir de la fila. Tengo el impulso de volver, de seguirlo sin otra cosa que mi cuerpo acompañándolo, obviando todo lo material para ir solo con lo intangible que nos une. Y como siempre, me guardo ese pensamiento para salir del aeropuerto con la terrible angustia de estar dejando escapar una

oportunidad maravillosa.

Acelero el paso camino del coche con la intención de retrasar las ganas de llorar.

—¡Cynthia!

Vuelvo a oír la voz de Sam en un tono malhumorado, giro el cuerpo y lo veo en la parada de taxis. Advierte la mirada desdeñosa que le dedico y se acerca.

Sam me sujeta el codo.

—Suéltame ahora mismo.

Aparta la mano, pero sigue invadiendo mi espacio.

—¿Ahora soy el cabrón de tu exmarido?

—Sí, te lo has ganado a pulso. Hazme el favor de no volver a dirigirte a mí, me veas dónde me veas.

—No te habría visto si no hubieses estado dándote el lote con un tío en un lugar público.

—¿Te pone mirar?

—No, he sentido vergüenza ajena.

—Lo siento por ti —digo con una sonrisa cínica—, hasta nunca.

Sin una pizca de malestar, lo dejo plantado en la entrada del aeropuerto. No corro hacia el subterráneo donde tengo el coche por los tacones que llevo, si no, estaría esprintando. Me planteo lo curioso, e incluso

desagradable, que es haber compartido varios años de mi vida con alguien para terminar detestándolo. Con Sam no es solo el rencor por la desastrosa convivencia de los últimos meses de matrimonio, también influye otra sensación que me ha calado más hondo: el tiempo perdido, irrecuperable. Eso logra hacer que siga prevaleciendo la negatividad para no permitirme tratarlo con indiferencia, pese a haber ido asumiendo que ha sido otra experiencia más para curtirme. Con él no puedo comportarme como si no me afectara, de ahí que lo rehúya como la peste, porque todavía sigo enfadada. Y lo peor es que en el fondo soy consciente de que este enfado permanente ni siquiera es con él, sino conmigo misma; por idiota, por confundir el deseo con amor, por esos tres años perdidos cuando pudo ser escasamente uno y sin necesidad de casarnos. Ese error me fastidia hasta un límite insospechado porque me hace sentir insegura con Kieran cuando no debería. A mi edad sé distinguir la lujuria del amor, igual que tengo claro que en nuestra historia, como en la mayoría, al principio está siendo primordial y excesivamente grato el deseo. Sin embargo, conforme nos conocemos mejor estamos desarrollando sin apenas notarlo otros sentimientos, que crecen fuertes y nos unen más. Hasta es significativa la voluntad para arreglar las diferencias que a veces nos separan, o cómo llegamos a un punto intermedio teniendo en cuenta nuestras opiniones. Esta conexión jamás la sentí con Julian o Sam. Tampoco la confianza, afecto y felicidad que me emociona al sentir el compromiso de

Kieran, y ni voy a recordar su sacrificio al claudicar en el tema de los hijos porque me martiriza. La falta de egoísmo y las expectativas que tiene en nuestra relación son suficientes para plantearme dejar mi vida aquí. Lo siento golpeándome el corazón con insistencia, es el hombre del que estoy enamorada con todas las etéreas fibras de mi alma y soy quien debe actuar para demostrarle que podemos tener el futuro que anhela. Con estos pensamientos me siento al volante, y de manera mecánica echo un vistazo por el retrovisor. Cuando veo mis ojos ante el espejo, me doy cuenta de que la vida me ha servido en bandeja otra oportunidad y debo considerarme afortunada. Aún tengo el brillo azul nítido en la mirada, la fuerza en el cuerpo para afrontar nuevos retos y, encima, a un magnífico hombre a mi lado que me sostendrá si flaqueo. Entonces, de pronto, un rayo de lucidez atraviesa mi mente. En el peor de los casos, solo me quedará regresar tal y como pienso irme a Sherkin: sin nada.

34

«El orgullo de quienes no pueden edificar es destruir»

Alejandro Dumas

NO PASAN MÁS QUE TRES días cuando estoy despidiendo en la puerta del apartamento a las dos chicas que han venido a verlo con la intención de alquilarlo. Una es morena y alta, con pinta bohemia y desparpajo; la otra, menuda, de cuerpo fibroso, ruda en sus ademanes y tímida. Mientras hablamos amigables, Imogen y Beatrice salen del ascensor. Prudentemente, ambas se detienen a unos metros sin abrir la boca.

—Nos ha encantado, Cynthia —dice la chica morena.

—Me alegro —admito—, y ya sabéis, llamadme para cualquier duda.

Pasan al lado de mis amigas, las saludan con unos escuetos “holas” y desaparecen en el ascensor. Beatrice me sorprende con unas mechas rubias en el cabello, entra en casa balanceando las caderas con demasiada feminidad, quizás necesaria por la falda de tubo que viste; algo también rarísimo. Imogen hoy lleva un ligero vestido oscuro para disimular inútilmente su tremenda barriga, me saluda con dos besos en las mejillas.

—¿Cómo estás, miss Pink? —pregunta Beatrice, soltando el bolso encima del sofá.

Aparte de la ironía que detecto en su voz, el diminutivo me confunde.

—No me llames así, por favor.

—¿Por qué te extraña? —pregunta Beatrice.

—Porque nunca me llamas así.

No veo conveniente referirme ni a Kieran ni a Lonnie, los únicos que osan desafiarme, porque supongo que Imogen ya se ha tomado la molestia de ponerla al día. Tampoco aludiré al escaso entusiasmo que siento ante el uso de ese diminutivo cuando solo, y por motivos evidentes, se lo permito a Kieran.

—¿Quiénes eran esas? —pregunta Imogen, se sienta con pesadez en el sofá—. ¿Ahora haces tríos lésbicos?

—¿Esperas una contestación o eres capaz de darte tú misma una?

—Pues no sabría decirte —agrega—, viniendo de ti, ya espero cualquier cosa.

—Gracias por tenerme en tan alta consideración —hablo con sarcasmo—, pero todavía me gustan los hombres y no pienso cambiarme de bando.

—Es grato saberlo —dice Beatrice, entra en la cocina y husmea en el frigorífico—. ¿No tienes agua fría?

—No —respondo—, puedo ofrecerte una copa de vino.

—Miss Pink —empieza a decir Imogen—, son las doce... ¿Ahora también empinas el codo sola?

—¿Queréis dejar de llamarme miss Pink? —hablo comidiendo la exasperación—. No lo soporto.

—Si no te gusta —dice Beatrice alzando la voz desde la cocina—, ¿por qué has firmado el artículo usándolo?

Acabo de quedarme pasmada.

—¿De qué hablas?

—Cyn, por favor —dice Imogen—, del artículo de Sherkin que ha salido en la revista de este mes —comenta, mirándome a los ojos—. Creía que Berlín era tu último artículo. —Menea la cabeza, sonriendo—. Pero te entiendo, yo también habría usado un pseudónimo para escribirlo.

Aprieto las cejas, procesando esa información.

—Miss Pink no es un pseudónimo —aclaro empezando a saturarme—, es un diminutivo, y solo se lo transijo a Kieran. No he firmado nada con él.

—Lonnie te llamaba miss Pink —contradice Imogen—, y no cuentes rollos, ese artículo lo firmas tú.

—Estáis hartándome bastante —digo severa—. Todos los he firmado siempre como Cynthia Pinkerton, las dos lo sabéis. El último que entregué fue el de Berlín. —Hago una pausa—. Parece mentira, os conté que Pierre me despidió por negarme a escribir sobre la isla...

Los ojos azules de mis amigas, en sus tonalidades diferentes, no se

apartan de los míos; parecen incrédulas.

—¿No has escrito nada de Sherkin? —pregunta Beatrice tras beber y dejar el vaso en la mesa.

—No —exclamo—. Por eso me echó. Creo que no es tan difícil de entender. —La expresión de mis amigas cambia de inmediato. Las sonrisas con un rastro cínico pasan a labios apretados que indican la contención perturbadora antes de transmitir una mala noticia—. Contadme qué ocurre.

Y desde luego me lo cuentan. Rígida, con los cinco sentidos concentrados en sus palabras, escucho la mayor traición profesional que he sufrido en mi vida. Tenía claro que Pierre se había vendido al dinero, incluso que estaba enfadado conmigo porque consideraba una ingratitud por mi parte el rechazo a escribir sobre Sherkin cuando me ha dejado vivir gratis en su casa; sin embargo, nunca pensé que llegaría a este extremo para vengarse. Medio aturdida, paso los siguientes minutos explicándoles la despedida de Kieran en el aeropuerto. Así como obvio por completo el encuentro con Sam, recuerdo al detalle su parada en el quiosco, la compra de la revista y su voz diciéndome que tenía intención de leerla en el avión. Y desde entonces, silencio. Llevo tres días justificándolo, incluso he llegado a achacarlo a sus obligaciones para no creer que está ignorándome adrede, porque hasta ahora no tenía sentido. En cambio, esta noticia arrastra la venda que he tenido en los ojos.

—Quizás no lo haya leído —dice Beatrice.

—Lo ha hecho —afirmo, y resoplo.

—Debes denunciarlo, Cyn —espeta Imogen con dureza—. Habla con Mark.

—Sí —agrega Beatrice—, hazlo. No lo dejes pasar porque ese artículo es pura basura.

Por lo que acaban de contarme, el artículo ofende la cultura y tradiciones de la isla, llevándose por delante a sus habitantes. Ninguna duda que Kieran esté enfadado porque, como es natural y también le habrá pasado al resto de lectores, lo más lógico es pensar que sea yo la autora, ni cejan en que aclare la situación usando todos los medios legales a mi alcance.

Algo más animada me pongo unos zapatos planos, sin fijarme en que el vestido rojo no pega con este turquesa brillante, y salimos del apartamento con destino al despacho de Mark.

Por supuesto, hago una breve escala en el supermercado del barrio para comprar el ejemplar de septiembre de *La Vie*. Y en medio de la calle, a la velocidad del trueno, hojeo las páginas. Las paso en abanico derecha a mi sección, hasta detener los dedos al tiempo que persigo con los ojos las letras del artículo. Es en este momento cuando me sobreviene una arcada. No soy capaz de seguir leyéndolo. Podría calificarlo de muchas maneras: delito flagrante, infamia hecha con saña o puñalada traperera; todas denunciables, y

en cambio, no puedo pensar en ese tipo de Justicia; tengo que hablar con la única persona que me importa. Lo necesito tanto como el aire.

—Gene —digo—, tienes mi permiso para firmarle a Mark cualquier documento para denunciar a la revista. Me voy.

—¿Adónde? —pregunta Beatrice en un tono alto que atrae la atención de una señora mayor.

—A Sherkin —respondo dando la vuelta—. No puedo perder más tiempo.

35

«A menudo el sepulcro encierra, sin saberlo, dos corazones en un mismo ataúd»

Alphonse de Lamartine

VUELO HACIA CORK SUMIDA en una depresión profunda, roza el masoquismo al releer por quinta o sexta vez el artículo. No sé qué busco exactamente, es posible que intente averiguar quién lo ha escrito por el estilo. Es evidente que ha tratado de imitarme, ningún lector apreciará las diferencias entre los que realmente he escrito yo y este. Y, pensando en Kieran, me duele de forma descorazonadora lo que estará aguantando por parte de sus amigos y vecinos, y, encima, creerá que lo he engañado —aparte de otras muchas cosas— porque de no ser así habría hablado conmigo. Al releerlo, la rabia empieza a consumirme. ¿Cómo alguien puede atacar un lugar sin conocerlo? ¿O cómo alguien es un desalmado sin preocuparse por el daño que puede ocasionar? ¿Dormirá tranquilo? Al instante me respondo: por supuesto. Por desgracia, a veces unos pocos periodistas ocultan detrás de sus palabras tanta frustración que llegan a dar asco. ¿Cómo, si no, sin ser un cobarde vanidoso puede escribirse esto?: *«Palurdos, holgazanería y cerveza. Sherkin, esa roca grande llamada isla al sur de Irlanda, todavía mantiene la esencia de unas tradiciones ancestrales donde la magia de los duendes se confunde con las ovejas y el salmón. Al llegar en barco, porque sería inviable construir un*

aeropuerto sin que la pista de aterrizaje invadiera el mar, aconsejo abrir la mente para evitar decepciones. La Abadía es la primera referencia de su pasado con que toparéis, eso sí: olvida Westminster. En esta remota isla tienen la insana afición de renombrar con grandilocuencia sus ruinas, aunque no son los únicos, ya que a solo unas millas está el Castillo O'Driscoll y no pasa de caserón con almenas. Igual que el Faro de Baltimore, sin luz ni uso desde hace siglos, hasta sin forma de faro, pero lo tienen como otra de las muchas reliquias para recordar el pasado. Hay algo en los irlandeses que les hace disfrutar con su propia desgracia, aunque son especialmente acogedores y dicharacheros. Como norma, hablan por los codos siempre que no les digas nada de Irlanda del Norte o cometas el error de incluirlos en el Reino Unido, entonces se acabó la charla; eso puede enfurecerlos. Y como otra costumbre destacaré su deporte nacional, en el que son los amos del universo: beber cerveza. Sienten predilección por esta bebida, y hallaréis tantas marcas locales que elegir una se convertirá en una decisión de horas, por lo que es conveniente pedir asesoramiento a alguno de los expertos que con certeza habrá sentado en la barra del pub de turno. Bueno, en este caso, en el único que hay en la isla, porque el otro establecimiento donde podréis comer y beber decentemente es un restaurante con posada, también llamada por ellos hotel. Con un poco de suerte, si pilláis a alguien sobrio y vocaliza, os recomendará alguna aceptable. Si

decidís visitar la isla en verano, gracias a su clima intempestivo para pasar del sol extremo a la lluvia más salvaje que podáis imaginar, comprobareis cómo los campos se plagan de setas y por añadidura, su puerto con un único pantalán, o Marina para los lugareños, se infesta de veleros. Y un último apunte, para disfrutar mejor de la zafia humildad de la isla es recomendable mimetizarse con sus gentes, así que nada de afeitados para los chicos ni depilación para las chicas; si buscáis pasar inadvertidos lucid una espesa barba y un bosque en las axilas, y sin preocupaciones por el olor. Doy fe de que nadie se ofenderá; si son capaces de soportar la pestilencia del salmón cuando lo ahúman o lo secan, sobrevivirán transigiendo una exigua licencia a los turistas porque, queridos lectores, a pesar del orgullo que sus habitantes claman al viento, en la isla Sherkin llegan a bajarse los pantalones si hay de por medio dinero, exactamente igual que en cualquier otro lugar del mundo. Dios salve 5, 10, 20 y 50 veces a la Reina. Miss Pink»

Llego al muelle del ferri a la carrera, viendo a Ewan subir al puente de mando tras cerrar el portón de los vehículos. Empiezo a gritarle para que me espere. Ewan hace un gesto con la mano, indica con un dedo su muñeca. ¿Puntualidad? ¿Desde cuándo? Vuelve a hacer otro gesto, de despedida, y desatraca el barco. Enfadada, me siento en uno de los escalones de piedra sin apartar la vista del recorrido del barco hacia la isla. El sol tímido se esconde

tras unas nubes altas, la temperatura todavía es agradable y sopla brisa cálida del sur. Mientras espero, intento de nuevo localizar a Kieran. Y de nuevo, me quedo con las ganas. La humedad del mar logra erizarme la piel, ¿o es el miedo? Entre los innumerables pensamientos que barajo, uno que había desechado empieza a tomar fuerza. No sería extraño que Kieran hubiese bloqueado mi número de teléfono.

Siguiendo su horario, el ferri regresa al muelle. Ewan se percató de mi presencia cuando despide a dos hombres que bajan por la pasarela, y me ignora.

—Hola, Ewan —digo en un tono suave—. ¿Vas a tardar mucho en salir?

—Depende del pasaje —responde.

Echo un vistazo alrededor. No hay nadie.

—¿Tienes un cupo mínimo? —pregunto sorprendida.

—Sí.

Muevo la cabeza, afirmando, pendiente a su imagen barbuda y ropa de faena.

—¿Cuántas personas necesitas?

—El barco lleno.

—¡¿Qué?! Pero si acabas de llegar solo con dos pasajeros.

—Es una norma nueva —replica.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—Soy un palurdo, pero sé hacer cuentas para no arruinar mi negocio.

Búscate otro medio de transporte.

Mis peores temores se confirman. Todo Sherkin ha leído el artículo.

—Está bien —digo con una idea en la mente—. ¿Cuánto me costaría comprarte todos los pasajes?

—¡500 euros!

—De acuerdo —afirmo, y saco la cartera del bolso. ¡Mierda! Solo llevo dos billetes de 50 libras—. En este momento puedo darte 100 libras, mañana te pagaría el resto.

—¿Libras esterlinas? —Ewan niega de cabeza—. Lo siento, tu Reina por aquí no nos sirve.

¡Mierda! La referencia del artículo a los billetes y el salve final a la reina tiene que escocerles.

—Ewan, por favor —hablo en un ruego—. Entiendo que estés enfadado, pero no soy la responsable, te lo juro.

—¿Ah, no? Pues va a costarte convencerme. O me pagas 500 euros en metálico o te buscas a otro palurdo holgazán.

Si él supiera la furia que manejo ahora mismo estaría preparándose para un ataque mortal. Doy la vuelta y empiezo a buscar otros barcos, me servirá cualquiera mientras navegue. Un hombre mayor, supongo que rozará

los sesenta, camina por el pantalán con un cubo azul en la mano. Decidida, me acerco a él. Es bastante más bajo que yo, estrecho y curtido por la intemperie. En un tono amable, tras explicarle mi urgencia por llegar a la isla, le ofrezco las 100 libras solo por el trayecto de ida y, para añadir un toque dramático que lo conmueva, no vacilo al decirle que es un asunto de vida o muerte. Pierce O'Grady, así se llama el hombre, acepta el encargo y tiene la deferencia de no querer dinero por ayudarme. Esa es la nobleza de esta gente acostumbrada a auxiliarse entre ellos. No tardo en subirme a su bote, lleno de cabos y, por medio, el cubo azul donde lleva un montón de peces pequeños en agua. En otra circunstancia iría atufada y protestando; en cambio, en este preciso momento, no se me ocurre comentarle nada que pueda molestarle, incluso he usado el apellido Hastings de Julian cuando me he presentado. El caso es que ni cuando estuve casada con él lo llevé, pero ahora me ha parecido lo más apropiado por si este buen hombre también conoce la existencia de miss Pink.

En menos de quince minutos Pierce detiene el bote en La Marina, insisto para que acepte el dinero y, en cuanto admito que no va a claudicar, nos despedimos rápidamente. Acelero el paso hacia el pub apenas notando las rozaduras de los zapatos turquesas, que son planos y nunca me han molestado, aunque tampoco nunca los había llevado puestos más de tres o cuatro horas seguidas, y ya han pasado veinticuatro desde que ayer salí de

Londres con lo puesto. Ni siquiera he podido cambiarme de ropa interior en el hotel donde me he alojado. Esta vez estoy cumpliendo fielmente la idea que barrunté cuando me despedí de Kieran en el aeropuerto: regresar a mi isla sin nada, solo con lo intangible que nos une.

El patio del pub está tan vacío como la carretera. Atravieso el umbral de la puerta y el silencio sepulcral lo rodea todo.

—¡John! ¡Bonnie!

Escucho el crujido de la puerta trasera de la barra. John aparece con una expresión relajada, hasta que me reconoce y, sin mediar palabra, mirándome con desprecio, da la vuelta para salir por donde ha entrado. ¡Dios mío! Esto va a ser imposible. No he venido creyendo que podría defenderme fácilmente, pero tampoco estoy preparada para disculparme con todos los habitantes de la isla por un delito que no he cometido; no es justo.

Salgo del pub y regreso a la carretera del muelle, pensando en lo impulsiva que he sido. No tenía que haber venido en avión, si tuviese mi coche podría ir a Clomacow ahorrándome el gran paseo que voy a emprender. El día nublado no augura lluvia, pero aquí la temperatura no es tan agradable como en Baltimore.

Hacer de nuevo este camino me evoca unos recuerdos fantásticos, algunos rayaron el surrealismo y otros me cubrieron de gloria. Como el primer beso de Kieran la noche que regresábamos de la boda de Nicky. Hay

detalles que marcan para siempre, y, sin lugar a dudas, aquel beso fue el inicio de nuestra relación; jamás olvidaré sus labios exigentes ni la arrogancia de su voz retándome a mentirle. Él se lanzó al vacío y me arrastró. Ahora no puedo permitir que me abandone sin tener la oportunidad de defenderme. De nuevo, no es justo.

Trato de evadirme fijando la vista en el campo, fértil. Las ovejas pastan diseminadas en la lejanía. El sosiego me da un respiro y el sonido rítmico de las olas me ayudan a concentrarme en todos los argumentos que pretendo esgrimirle a Kieran. Estoy segura de que me escuchará, a fin de cuentas esto es un simple malentendido.

Justo antes de llegar al desvío que lleva hacia las casas de Pierre y los McNamara, escucho un ruido familiar y giro la cabeza. La Nissan pick-up se acerca veloz, botando, dejando tras de sí una estela de polvo. De pronto los nervios me traicionan, el corazón se me acelera y lo siento pulsar en la garganta. Distingo a Kieran tras el volante, con Lonnie a su lado. Imagino que habrán llegado en el ferri y, por seguir suponiendo, o bien por John o por Ewan, me decanto por este último, deben saber que he venido.

La camioneta me pasa de largo. Kieran lleva puestas unas gafas de sol y no le veo los ojos, pero la mirada de Lonnie es una clara advertencia de cómo les ha sentado mi visita. No voy a cejar en el empeño. Aunque no quiera verme, va a oírme. Plantada junto a la señal que indica el desvío,

espero el regreso de Kieran. No tarda más de cinco minutos en reaparecer a una velocidad imprudente. Debería frenar para incorporarse a la carretera, y así lo espero o me veré obligada a caminar hasta Clomacow. Cuando detiene la camioneta, me acerco rápido a su ventanilla. Kieran no mueve la cabeza, está ignorándome por completo. De repente, acelera con brusquedad y gira el volante hacia el sur. Logra cabrearme mucho, no creía que iba a comportarse así.

—¡Kieran! —grito—. ¡Vuelve!

Corro cuanto puedo. Al cabo de unos metros desisto, me encorvo para recobrar el aliento. La camioneta frena bruscamente, aparecen las luces blancas de la marcha atrás y las ruedas comienzan a acortar la distancia que nos separa, de nuevo a una velocidad temeraria. El frenazo y el golpe en la puerta que oigo confirman mis peores pronósticos; Kieran está indignado.

—¿Qué haces aquí?! —grita fuera de control.

El tono de voz y la mala leche de su mirada me impresionan.

—Tengo que hablar contigo. Yo no he escrito el artículo de la revista.

—¡No seas también cobarde! ¿No has tenido bastante con menospreciar mi tierra, mentir y dejarnos como unos peleles analfabetos?! — Kieran escupe su ira con una rabia feroz—. ¡Vete! ¡No quiero hablar contigo!

—No voy a gritar —digo conteniéndome—, pero voy a repetírtelo muy despacio para que no haya ninguna duda: no he escrito ese artículo, no

sé quién lo ha hecho, me han plagiado, y estoy tan enfadada como tú.

—¿Me ves como a un idiota? —sisea lleno de rabia. Estamos tan cerca que puedo oler la fragancia de su loción de afeitado—. ¡He leído todos tus artículos! ¡¿Por qué no tienes cojones de reconocerlo?!

—No voy a admitir algo que no he hecho y que Mark va a denunciar. ¡No he sido yo! —reviento—. ¡Mi jefe llevaba semanas detrás de mí para que lo escribiera! ¡Y siempre me negué! ¡No he sido yo! —repito—. ¡Jamás habría escrito menospreciando este lugar!

—No te creo —dice bajando el tono—. Has firmado como miss Pink. ¿Por qué?

—Kieran, no he sido yo. Te lo juro. Supongo que por hacerle creer a los lectores que era yo han usado ese diminutivo —explico mientras él meneaba la cabeza—. Es sencillo y quien lo lea supondrá que soy yo —digo perdiendo la fuerza—. No escribirlo me ha costado el empleo. Pierre me despidió cuando le entregué el artículo de Berlín.

Kieran empieza a dudar. Eso es bueno para mí.

—¿Por qué no me lo contaste la semana pasada?

—No lo sé, no quería que te preocuparas.

—¡Y una mierda! —explota—. ¡Te pedí que lo dejaras todo por mí! ¡No quisiste por tu trabajo!

—¡Eso no es verdad! ¡Te dije que necesitaba tiempo! ¡En ningún

momento te dije nada de mi trabajo! Cometí el error de no decirte lo del despido, ¡por no preocuparte!

—¿Seguro? ¿No fue para que dejara de insistir?

—¡Claro que no fue por eso! Estoy poniendo en marcha un proyecto nuevo, es una sorpresa.

—Lo siento, no te aguanto más sorpresas; he tenido bastantes.

—Solo una más —digo mirándole los ojos endurecidos por la cólera—. Te amo —murmuro al terminar. Kieran traga despacio, acabo de descuadrarlo por completo. No sé si alegrarme o entristecerme al pensar que el pobre no contaba con esta declaración porque había asimilado que nunca la escucharía—. Por favor, confía en mí. Nunca te traicionaría.

—Ya lo has hecho —resume sencillamente—. Vete, Cynthia. No eres bienvenida.

—Kerry, por favor, me dijiste que nunca terminaríamos.

—¿Ahora soy Kerry? ¿Así? ¿De repente? —Tuerce una sonrisa cínica—. Adiós, que todo te vaya bien.

—No, por favor... No soportaré perderte por una injusticia.

—Lo harás —dice serio—, igual que yo he soportado que no te la jugaras conmigo. Todo se supera, y en tu caso, con más razón.

Eso ha sido un golpe bajo. No voy a arrastrarme más.

Kieran parece arrepentido, veo cómo sus ojos se apiadan por la

bravura de sus palabras; pero el daño está hecho. No tenía ni idea de que mis divorcios le afectasen y ahora me doy cuenta de otro error mal calibrado. Lo subestimé, creyendo que su confianza ahuyentaría mi pasado, tal y como subestimé la inquina de Pierre y he salido perjudicada, por no decir descalabrada de por vida.

Al verlo subir en la camioneta, enmudezco. Es nuestro final, a pocos metros de donde nos dimos el primer beso; y a años luz de lo que sentí aquel día. El pulso me late desbocado y tengo un dolor en el pecho tan intenso que me cuesta mantenerme erguida cuando la humareda de polvo envuelve la trayectoria de Kieran alejándolo del camino, de mi vida. No puedo moverme, paralizada, ausente pensando en lo cobarde que he sido con él cuando he visto a personas luchar con uñas y dientes por acercarse a su sueño. Kieran está dolido por el artículo, pero he tenido la impresión de que en su fuero interno le pesaba más mi reticencia a vivir aquí. Me he dado mil excusas para no aceptar su proposición, y ahora ya no hallo nada que pueda reconfortarme; he reaccionado demasiado tarde cuando debería haber sido valiente, arriesgada por él. Nuestro amor habría encontrado la manera de sobrevivir, merecía la pena el riesgo, y sin embargo ya solo me queda despedirlo con un profundo respeto y la sensación más angustiante que he sentido jamás: adiós, Kieran O'Driscoll. Has sido con diferencia el hombre al que más he amado; el único que me ha partido el corazón.

36

«No hay mayor dolor que recordar los tiempos felices desde la miseria»

Dante Alighieri

COBIJADA BAJO LA CÁLIDA protección del edredón saco el brazo y apago la alarma del móvil. No he llevado la cuenta, pero esta debe ser la tercera que me recuerda la hora de comer. Es difícil volver a la vida cuando no soy capaz de comprender cómo he llegado a sentirme tan desgraciada. Debo afrontar mi pérdida, lo sé; pero han pasado dos semanas y todavía no lo he hecho. Solo encuentro consuelo encerrada en estas paredes, compadeciéndome y recordando. A veces pienso que necesito ayuda profesional; no me veo con fuerzas para superar esto con el único apoyo de mis amigas. La desconsideración de Kieran y su falta de confianza equilibran mi memoria, y honestamente, y para hundirme un poco más, no consiguen el olvido que persigo. El dolor es tan intenso que me ahoga. Apenas como, me cuesta salir de la cama y hasta he descuidado mi higiene, por supuesto, tampoco limpio la casa; todo me da igual. Retrocedo al pasado cada dos por tres, incluso espero, inútilmente, que Kieran aparezca y se disculpe. Este pensamiento es el peor para salir de la depresión y avanzar hacia delante. Mantener la esperanza me abate. Ya no solo soy una mujer frágil sin rastro de la altivez que solía protegerme, sino que también estoy rayando la locura al desear un imposible.

La escasa luz que mantiene una lúgubre penumbra en el dormitorio huye con el anochecer. Dormito, evoco los buenos momentos con Kieran, lloro y vuelvo a rendirme al sueño. En ese invariable orden; constante desde que volví de Sherkin. Las sombras del desconsuelo me hacen vagar en la oscuridad de las tinieblas hasta que oigo unos golpes en la puerta y me echo el edredón por encima de la cabeza para aislarlos. Imogen insiste. Sé que es ella por la cadencia del toque rápido.

Entender y superar. Estas dos palabras son las que Imogen repite hasta el desaliento. Llego a aborrecerlas. Hoy ni siquiera se ha tomado la molestia de machacarme por el desorden o la alimentación. Deseo con todas mis fuerzas que dé a luz pronto para terminar con este suplicio casi diario. En el fondo le agradezco que se haya autoproclamado mi enfermera porque me mantiene sujeta por un ligero hilo a la realidad, pero me vendría bien algo de la comprensión que nunca encuentro.

Después de obligarme a darme una ducha y a vestirme con unos leggins y un suéter, Imogen me ha hecho comer una sopa de pollo y una manzana, lo máximo que mi estómago podía aguantar. Pero no me ha permitido moverme del sofá, pese a no abrir la boca mientras la he escuchado sin prestarle atención.

—Mañana he organizado una cena en casa —dice casual—, vendrán Bea con Steve y los niños y unos amigos de Mark. Cuento contigo.

—No iré —murmuro.

Imogen me dedica una mirada dura.

—Es quizás la última antes de que nazca Zeta —comenta, nombrando a su hija con naturalidad—. Le diré a Mark que te traiga a la fuerza.

—Como quieras...

—Cyn, debes reaccionar. Si no estás dispuesta a volver a hablar con Kieran, o lo olvidas y sigues con tu vida o vas a terminar muy mal. Aunque te cueste, tienes que esforzarte por salir de este atolladero. Seguir así no va a llevarte a ninguna parte.

—No puedo —digo con los ojos vidriosos.

—Sí puedes —replica intolerante—. Claro que puedes. Eres una mujer fuerte, siempre has sido muy independiente, y vas a salir de esto como me llamo Imogen Rodgers. Es comprensible que estés hecha polvo, pero es preciso que te repongas. El mundo no se ha acabado para ti porque Kieran haya sido un capullo —comenta con seriedad, pendiente a mi mirada de advertencia. Soy la única con permiso para insultarle—. Esto a la larga te fortalecerá. Debes verlo cómo otra lección de la vida aunque te cueste aceptarlo.

—Estoy rota, Gene. Ha dejado de importarme todo.

—Eres una extremista —resume, y se levanta de forma trabajosa. Al verla, me conmueve su protección—. Kieran me ha demostrado que es un

inmaduro —dice al ponerse el abrigo—, pero tú me tienes harta. Antes la dignidad te sobraba... —La escucho, bajo la vista—, y ahora... —Imogen mueve la cabeza—. Te necesito, Cyn. —Pierde la voz, y por mis mejillas empiezan a descender unas lágrimas de impotencia—. Vas a ser la madrina de Zeta, y no se merece conocerte estando así. Quiero de vuelta a la Cynthia que admiro, la todoterreno, la prepotente, la estilosa, la divertida... Por favor, vuelve a ser tú.

Acongojada, lloro. Imogen pretendía que reaccionara y lo logra. Acaba de empujarme por un desfiladero lleno de retos, aunque no estaré sola porque cuento con la fidelidad de mis amigas. Ellas son el refugio de mi alma.

—Lo intentaré —digo cuando logro enlazar dos penosas palabras.

—Hazlo, Cyn —habla rotunda, se dirige a la puerta—. Una cosa más —dice de pronto—, creo que deberías abandonar la novela. No va a beneficiarte recordar constantemente.

—No —digo rápido—. Quiero continuar.

—No es una buena idea. Retómala más adelante. Ahora es el momento de anular de tu cabeza cualquier cosa o tema que te recuerde a Kieran, y si sigues con esa novela no vas a conseguirlo. Hazme caso. Intenta hacer otra, te sobra talento para escribir. No creo que te sea difícil inventar otra historia.

—No quiero, Gene. Tengo casi acabada la documentación, solo me faltan algunos detalles para empezar a escribir.

—Pero no has empezado. No seas cabezona. Posponla hasta que seas capaz de pensar en él sin que te duela.

—Va a dolerme el resto de mi vida. Abandonar la novela no es la solución.

—No, desde luego. Es solo una ayuda, pero algo es algo.

—Tú me ayudas más —reconozco con una leve sonrisa. Imogen regresa sobre sus pasos y me envuelve en un abrazo prieto y reconfortante—. Gracias.

—No las merecen. —Imogen me limpia las lágrimas y me besa la cara—. Sal de aquí, recupérate y, sobre todo, vive. No consientas que nadie te hunda.

—Es complicado, pero lo intentaré.

—Lo sé, Cyn. Perder a alguien querido siempre es duro, y en tu caso, perderlo por una injusticia es aún más duro; pero has hecho lo que debías. Fuiste a buscarlo para aclarar las cosas, no quiso entrar en razón; pues hasta ahí. A partir de ese momento Kieran pasó a formar parte de tu pasado, pero no por eso tu vida ha terminado. No seas tonta, eres una mujer espectacular, brilla de nuevo.

Imogen tiene razón, debe regresar la Cynthia que conoce, la que

siempre ha estado ahí y se evaporó en algún punto del camino. No sé exactamente dónde. Quizás al principio de nuestra relación, por entregarme con muy pocas reservas. O quizás al final, por pensar que Kieran cometía una terrible injusticia y volvería para pedirme perdón. Lo único que soy capaz de reconocer es que he perdido el rumbo, divagando entre recuerdos y ensoñaciones de un futuro que nunca será y no me lleva a ninguna parte. Espero con agonía el momento en el que su ausencia sea llevadera, el día que no escuche el eco de su voz y deje por fin de anhelar sus caricias. Todavía está lejano y antes debo acostumbrarme a la soledad para volver a disfrutar de mi propia compañía sin tristeza, entonces habré aceptado que nuestro final fue mi principio. Pero hasta que llegue ese día seguiré vagando entre nostalgia, mentiras y desamor.

«La ira ofusca la mente, pero hace transparente el corazón»

Niccolò Tommaseo

ANTES DE ATRAVESAR LA PUERTA del despacho de Mark, mientras su secretaria acude a atender una llamada telefónica, contemplo mi apariencia en el cristal de una ventana. La ropa de calidad —falda recta, camisa y zapatos de tacón negros— y el nuevo corte de cabello con la nuca rapada y el flequillo largo acentúan la solemnidad elegante que me gusta transmitir. También que he perdido bastante peso y es posible que parezca una viuda, y sonrío un poco por la idea. Claramente, no lo soy; aunque sea como me siento cuando nadie me ve. Después de un mes esperando una señal de Kieran sin tenerla, empiezo a asumir que todo ha terminado entre nosotros. No tiene sentido perseguir un sueño que ya nunca se hará realidad. Lo amé, me amó y se acabó. Es así de cruel y realista. Ahora tengo que inventarme de nuevo, alzar el vuelo y ser objetiva alejando la rabia para no caer en el odio. Por ahí no quiero pasar aunque Kieran merecería que lo odiase hasta el final de mis días. No puedo.

Un rato después atiendo la explicación de Mark sin creer realmente que esté desamparada. Él, con esa apariencia clásica que potencia en su terreno, me observa con preocupación al razonar los escasos argumentos

contra la revista. No ha existido plagio alguno, puesto que no han copiado ningún texto de mi autoría. Ahora bien, está convencido de que podemos demandarles por daños y perjuicios. Según Mark, *La Vie* induce a error a los lectores de forma engañosa y desleal porque silenció que el artículo no lo escribí y también induce a confusión al imitarme y usar un nombre sospechosamente similar al mío.

—Ten en cuenta —dice Mark—, que para el lector es imposible apreciar la diferencia. Omitieron aclarar que no era tuyo y lo publicaron en la sección que realizabas como si tal cosa. Acabo de decirte que no hay plagio porque no se copia nada que pertenezca a nadie. Tampoco usurpación de identidad porque tú nunca has escrito ningún artículo con ese nombre. —Mark deja de hablar, pensativo. Al cabo de unos segundos, sigue—. Me has contado que Kieran y Lonnie a veces te llamaban miss Pink. ¿Crees que pueden estar detrás del artículo?

—No —exclamo conmovida—. Es una sandez. Para ellos llamarme así era una broma, lo hacían para picarme. Ninguno tiene nada que ver con el artículo, Mark; puedo asegurártelo. Kieran estaba indignado, y no solo él, con Lonnie no tuve oportunidad de hablar, pero lo vi, y estaba tan enfadado como todos los habitantes de la isla. Quédate tranquilo, esto es cosa de Pierre. Es una coincidencia, pero si lo analizas de manera independiente verás que recortar mi nombre y quedarte con Pink es de cajón y añadirle

“miss” es una forma de dar a entender que detrás hay una mujer; o sea, yo.

—De acuerdo. Entonces, demandamos a la revista por daños y perjuicios. Tendrán que indemnizarte para reparar el daño moral. Creo que medio millón es una buena cifra. Primero intentaré llegar a un acuerdo con el señor LeBlanc, pero si se niega iremos a juicio. Este es el camino, Cyn.

—Confío plenamente en ti, pero no busco dinero. Quiero que la revista inserte una rectificación para restablecer el descrédito, denigración y menosprecio que ese artículo infringe a la isla, que también me exima de responsabilidad y que ponga letra a letra el verdadero nombre del autor o autora.

—No sé si eso último es ético.

—Me da igual —agrego intolerante—. Quien sea se ha amparado en el anonimato para joderme la vida, quiero saber su nombre.

—Cyn —empieza a hablar con suavidad—, que Kieran y tú hayáis roto por ese artículo no es algo que quien lo redactó supiera a priori. El artículo desacredita la isla, pero no ofende individualmente a nadie y desde luego no te ataca a título personal. La revista lo único que hace es aprovecharse de tu nombre para continuar vendiendo ejemplares. Vuestra ruptura es consecuencia de un devenir casual.

—Déjate de gilipolleces, Mark —digo con dureza—. El puñetero artículo es el causante de nuestra ruptura. Eso sí, es algo privado que ellos

nunca van a saber. Plantea la demanda como veas conveniente —hablo, y me levanto con intención de terminar la reunión—, me doy por satisfecha con una rectificación pública y con el nombre del autor. —Mark asiente poco conforme—. Si el juez no estima oportuno ese punto, no pasa nada. —Sonrío—. Lo averiguaré por mis medios.

—¿Por qué ese empeño en saber su nombre?

—Porque quiero tenerlo enfrente para decirle dos cosas a la cara.

—No te busques más problemas, Cyn.

—Te prometo que eso no será un problema, Mark. Eso será una liberación.

A paso rápido y decidido entro en la redacción de la revista. González acude a mi encuentro con las gafas de vista en la mano. No me detengo, abro sin llamar la puerta de la pecera y cierro de un portazo. Pierre está sentado tras la mesa, alza la cabeza con un movimiento reflejo y abre los ojos como platos.

—Has tardado en venir —dice con aplomo.

—¿Recuerdas cuando me preguntaste si quería verte en la indigencia? —hablo sin ironía, en un tono casi cordial si no fuese por la mirada hostil que denota mala leche. No le doy tiempo a que responda; no me interesa—. Sí, quiero. Y voy a ver cómo te arruinas. Voy a hacer todo lo que esté en mi

mano para dejarte sin nada.

—Inténtalo. Los mismos abogados que han salvado tu bonito trasero tantas veces te hundirán profesionalmente. Qué mal has aceptado el despido.

—Sabes perfectamente que no estoy aquí porque me despidieras, es lo único bueno que has hecho por mí. —Al escucharme, de inmediato rectifico—. No, no es cierto. También me prestaste tu casa. Esas son las dos únicas buenas acciones que recordaré de ti. El resto, lo olvidaré —digo con soberbia—. Pero antes cumpliré mi palabra. No tienes escrúpulos ni ética, eres un hijo de puta que ha jugado con mi nombre y vas a pagármelo.

—¿Qué? —pregunta al levantarse para intimidarme con su corpulencia. Inclina el cuerpo hacia delante—. El artículo que me diste era una mierda. Hice lo que tenía que hacer. Lo que habría hecho cualquier director preocupado por la calidad de su revista.

—Correcto —admito esgrimiendo una sonrisa conveniente. No va a lograr amilanarme aludiendo a la calidad—. Cualquier buen director lo habría hecho, pero tú no eres un buen director. Tú eres un tirano vendido al mejor postor. Jamás has supervisado el contenido de la revista, es más, ni siquiera te has tomado la molestia de conocer el nicho al que te diriges. El que sabe evaluar todos los aspectos de cada edición y revisa cada detalle es González. Él te informa y tú sacas el látigo para hacer ver que dominas esto, pero no tienes capacidad de organización, ni creativa ni de escritura. —Compongo

una expresión fría—. No eres profesional. Hasta ahora habías tenido suerte, pero se te ha acabado.

—¿Por qué? ¿Por publicar un artículo inofensivo? Dudo que nadie en Sherkin se haya enterado. De haberlo hecho, ya nos habrían demandado. Deberías saberlo, Cyn —dice destilando cinismo—, gracias a ti nos enfrentamos a varias demandas.

No voy a decirle que toda la isla está al tanto del artículo, pero me mata la curiosidad:

—¿Quién lo escribió?

—Miss Pink —responde—. Es muy buena, como tú antes de que tuvieras tantos remilgos.

Pierre desvía los ojos hacia la izquierda. Giro un instante la cabeza y veo a Sable Hoechst de pie en el centro de la redacción, atenta a nosotros.

—Lo escribió ella, ¿verdad? —afirmo, tanteando. Pierre vuelve a mirarla y le guiña un ojo. Ese gesto puedo interpretarlo de varias maneras. O intenta tranquilizarla porque ella es la responsable y al verme en el despacho está nerviosa, o tienen bastante complicidad porque están liados. Y... ¿por qué no ambas posibilidades? Calibro las consecuencias de reprochárselo y decido no hacerlo; es preferible hablarlo con Mark por si existiera algún tipo de acoso que pueda beneficiarme—. ¿Por qué insististe en ese artículo? Tengo claro que el comité editorial no tuvo nada que ver. Fue una decisión

tuya, ¿por qué? ¿Qué tienes en contra de la isla cuando me dijiste que era un paraíso?

—En contra de la isla, nada —contesta—. En contra de la nueva Ley de Costas de Irlanda, todo.

—¿Has usado la revista para un asunto personal?

—Tengo esa casa desde hace veinte años, no quiero perderla porque ahora no cumpla con una ley nueva; es inaceptable.

—¿Y menospreciando Sherkin vas a mantenerla? —Entorno los ojos—. Con esto acabas de reafirmarme; no eres profesional.

Salgo de la pecera con mucha serenidad. Cruzo entre mesas la redacción ignorando adrede girar la cabeza hacia donde sé está mi sustituta. Hace un rato me la habría comido con dos frases, pero ahora ya no quiero. Sería como escupirle fuego por la garganta además de contaminarme los ojos con una imagen que detestaré mientras viva. Gracias a ella y a la poca ética de Pierre he perdido mi bien máspreciado, aunque en este instante no pueda culparla porque quizás en su situación habría hecho lo mismo: acatar las órdenes de mi jefe. Así pues, Pierre LeBlanc es el blanco de la furia que me corroe. Todavía no entiendo cómo no sospeché en su día que el empecinamiento en el artículo ocultaba un motivo personal; fui tonta. Dudé brevemente, y sin embargo me convenció con prepotencia para anular el instinto periodístico que me advertía. Eso me conduce a pensar que jamás

vuelva a fiarme de nadie cuando perciba cualquier indicio extraño.

Animada por el descubrimiento, llamo a Mark. Camino hacia el metro, contándole el contenido íntegro de la conversación con Pierre. Al principio se enfada, piensa que puede perjudicarme, luego me entiende en cuanto abandona el modo abogado y se activa como amigo. Es listo, y sabrá sacarle partido a todo; no lo dudo. Contenta, tengo el impulso de llamar a Kieran y busco su número en la memoria del teléfono; pero, para mi sorpresa, cede con rapidez. No es una buena idea. Con sangre fría, guardo el móvil en el bolso y sigo mi camino, pensando en él, preguntándome si me echará de menos, recordando aquel rotundo “tú y yo no vamos a terminar, ni ahora ni nunca”, dando por concluida definitivamente nuestra historia de amor. Aquí por fin soy capaz de despedirlo de mi cabeza, o eso intentaré.

38

«Hay puñales en las sonrisas de los hombres; cuanto más cercanos son, más sangrientos»

William Shakespeare

DISIMULO EL TEMBLOR DE mis manos al sostener en brazos a Zeta. Es la primera vez que lo hago, durante su breve estancia en el hospital no fui capaz. Preciosa, ese es el adjetivo que abarca mi mente. Es pequeñita, con la cara redonda y sonrosada, con una buena mata de pelo oscuro, heredado de su padre, y unos ojos azules bien parecidos a los de su madre. Reconozco que me encanta sentir este leve peso, me inspira ternura.

—Te ha cambiado la expresión —dice Imogen. Tumbada en la cama no pierde detalle de mi maña—. Los niños tienen un poder especial, nos sacan nuestros mejores instintos.

—Sí —admito, acariciando el rostro terso de mi ahijada—. Es buenísima, Gene. —Veo cómo Zeta aprieta la cara y se pone roja—. Me parece que acaba de hacerse caca.

—Límpiala —dice resuelta—. En el baño están sus cosas de aseo.

—Mejor que la cambie Mark. No tientes a la suerte —hablo, oliendo un tufillo apestoso—. ¡Mark! Tu hija te necesita.

En un instante, Mark se asoma a la puerta del dormitorio.

—Para ser su madrina —empieza a decir—, eres un desastre. No tiene

ciencia ponerle un pañal limpio. —Mark me quita con pericia a la niña—. Anda, cariño... —le habla en un tono dulce a Zeta—, la tía Cyn solo te quiere para lo bueno.

—Tampoco exageres —replico—, tengo que cogerle práctica.

—¿Y cómo piensas cogerla? —pregunta Imogen con sorna—. Ni la cambias ni te fijas para aprender.

—Todo a su tiempo, ya me espabilaré.

—Pues no sé cuándo... —comenta Imogen. El móvil de Mark empieza a sonar encima de la mesilla de noche. Imogen alarga el brazo, mira la pantalla y, antes de contestar, desvía los ojos hacia los míos—. Hola, Kieran. ¿Cómo estás? —El cuerpo se me paraliza—. Todo perfecto —dice Imogen, sonrío. A los pocos segundos, vuelve a hablar—. Sí, es un cambio enorme; pero merece la pena. —Otra pausa—. No, qué va. Todo fue muy rápido. —Escucha y agrega—. Pesó tres kilos y medio, y mide cincuenta y dos centímetros. No es muy grande, pero lo importante es que está bien —por unos segundos no me mira—. Está cambiándola, le digo que te llame en cuanto acabe. —Imogen vuelve a escuchar—. Muchas gracias por llamar, es un detalle por tu parte. —Esboza una sonrisa—. Hasta luego.

—Qué bien lo tratas para pensar que es un capullo inmaduro —comento destilando rabia.

—He sido amable. Además, no confundas las cosas. Es cliente de

Mark, tienen muy buena relación y que contigo se haya portado mal no quita para que le tratemos con la misma deferencia que él tiene hacia nosotros.

—Pues que os vaya bien con él —añado en un tono sarcástico.

—Mark me ha dicho que va a arreglar la casa de su abuelo.

Frunzo las cejas, sorprendida.

—¿Le ha pasado algo?

—Creo que van a ingresarlo en una residencia, debe estar enfermo.

—Llámalo loco —comento con malicia.

—¿Tiene demencia senil?

—No —respondo, pensando en la rotunda afirmación de Eoghan—.

Según él, se iría de su casa cuando muriera. Habrá entrado en razón. Es mayor para vivir solo y aislado.

—A nadie le gusta abandonar su hogar, Cyn —dice con un deje de resignación.

—Está claro, Gene. Pero te aseguro que a Eoghan O'Driscoll menos que a nadie. El hombre no era consciente de las limitaciones de su edad, y no creas que agradecía el apoyo de su nieto o de su sobrina. Es un déspota.

—Las personas mayores se vuelven intransigentes.

—Este nació así, sin duda.

Mark reaparece con la niña adormilada en sus brazos y se la pasa a Imogen, momento que aprovecho para despedirme ahorrándome escuchar

otra charla telefónica que va a endemoniarme un poco más.

El aire frío me da un bofetón en el rostro cuando salgo a la calle. No llevo abrigo ni ninguna prenda gruesa —visto un pantalón pitillo blanco, camisa azul y unos cómodos mocasines de pelo de potro con estampado animal—, así que apresuro el paso para no resfriarme.

Andando cabizbaja tropiezo con un hombre que de manera inoportuna sale de una tienda. Es un hombre apuesto, calculo que rondará los cincuenta. De pelo espeso vetado de canas, ojos oscuros y rasgos equilibrados. Lleva un traje gris con chaleco, camisa celeste y corbata de seda, le sienta como un guante, y sus lustrosos zapatos negros me despistan un segundo. Él sonrío levemente y como disculpa inclina la cabeza con cortesía. Respondo con una mirada directa a sus ojos, bajo la vista y continúo hacia casa. Es la primera vez desde que Kieran me dejó que me fijo en otro hombre. ¿Es posible que esté recuperándome?. De momento, estoy logrando que no me afecte haber escuchado su voz y tengo suerte, eso creo. Al menos no corro el riesgo de encontrármelo al doblar una esquina con otra de la mano, sujetándola como me sujetaba a mí, o mirándola con la misma ternura que me dirigía. Ya he pasado lo peor. Vuelvo a frecuentar mis lugares habituales, tengo la compañía de mis amigos, me he reorganizado lo cotidiano y avanzo a buen ritmo la novela. Con todo, voy cubriendo el espacio que Kieran ha dejado

vacío en mi vida. Es verdad que aún no me planteo amar a otra persona, y también que es algo que nunca me planteé cuando estuve sola. Él llegó por casualidad, o de forma inesperada pero sin forzarlo. Del mismo modo que se fue sin darme ninguna oportunidad. Intento no darle vueltas, pero me cuesta la vida lograrlo unos insignificantes ratos. Sobre todo intento alejarlo cuando estoy con mis amigos, tema aparte es el vaivén de mis recuerdos cuando me encierro en mi apartamento. Entonces, no puedo dejar de ver su sonrisa devastadora, las pupilas azules donde detectaba sensualidad en su mirada profunda o sinceridad cuando me miraba fijamente con los ojos bien abiertos y era capaz de convencerme con destellos de verdes, azules y grises mágicos. Así entro en picado en mi memoria. El tacto suave de sus grandes manos al deslizarlas por mi cuerpo con una posesión salvaje; o la sedosidad de su melena, que me hacía cosquillas si colocaba la cabeza entre mis piernas. Un escalofrío me recorre la espalda. Desde luego, no ha sido un hombre cualquiera en mi vida; no es un hombre del montón ni corriente; ni cómo me lo había imaginado antes de conocerlo íntimamente. Kieran O'Driscoll empezó a gustarme contra mi voluntad. Más tarde comprendí por qué: tenía capacidad y paciencia para escucharme, conversaba de forma amena con inteligencia y es un trabajador infatigable. Con tesón se llevó por delante mi mayor miedo, tenía fuerza para empujarme en su dirección, pero nunca intentó imponerse. No solo me transmitía una energía potente y teníamos una

conexión sexual perfecta, sino que también brillaba con humor y persuasión. Por todo, siempre lo recordaré con cariño; y por todo, para no seguir haciéndome daño, con sensatez pienso que debería ser más fuerte y no permitirme estos recuerdos que al final terminan hundiéndome en la tristeza. Soy consciente de ello, aunque a veces prefiera pasar el tiempo obsesionada con su recuerdo a olvidarlo. Eso me supondría vivir angustiada y, pese a estar engañando a las personas que tengo alrededor, no me siento preparada para hacerlo. En mis horas bajas creo que buscando consuelo en otros brazos podría superarlo antes; pero no tardo en contradecirme; sería una relación para tapar el dolor y tampoco me beneficiaría. Ni creo que pudiese intentarlo. El hombre del traje gris me ha observado con curiosidad, me habría bastado un saludo para iniciar con él un diálogo, y no me lo he planteado. Me he limitado a sostenerle la mirada un segundo y a bajar la cabeza, porque todavía no estoy preparada para otra relación y dudo seriamente que vuelva a estarlo algún día. Vivo en una montaña rusa emocional, con más bajadas que subidas, con la desoladora pena de mantener estos sentimientos en secreto y con todo Kieran machacándome el corazón, sin apenas voluntad para afrontar el futuro sin él.

39

«La sorpresa es el móvil de cada descubrimiento»

Cesare Pavese

UNAS SEMANAS DESPUÉS, entro en Nagoya para retomar con Imogen y Beatrice nuestra comida semanal. Fijándome en el atún crudo que tiene un comensal en el plato, siento una extraña repulsión. La achaco a las prisas por llegar a tiempo, me han revuelto el estómago. Ahora que he ganado algo de peso, porque desayuno a lo grande y como casi de todo, a veces tengo molestias. Cambiar mi alimentación está siendo otro paso para superar la ruptura. Intento hacer una dieta sana sin abusar de las cantidades pero sin restricciones, duermo más horas y voy al gimnasio. Nada va a lograr el olvido que busco, aunque en conjunto me siento mejor.

Es curioso cómo los recuerdos se diluyen, todos menos los relacionados con Kieran. Esos, que son precisamente los que más me afano en alejar, son los que no quieren marcharse. Compongo una sonrisa alegre para mis amigas, así evitaré sus consejos y podré seguir ocultando la verdad que nunca les cuento.

Hablan distraídas sin advertir mi presencia hasta que estoy en la mesa. Por supuesto, el tema es la maternidad. Imogen se ha recuperado del parto y con una fuerza de voluntad encomiable ha perdido gran parte de los kilos que

ganó durante el embarazo; de nuevo luce la imagen sofisticada que tanto le gusta. Y Beatrice viste sus acostumbrados vaqueros y un jersey de lana blanca; también de vuelta a su línea informal. Por mi parte, ya no me abandono. Hoy estaba animada y me he puesto uno de mis vestidos favoritos de Carolina Herrera, beige con detalles en piel negra, unos zapatos nuevos negros de tacón —un capricho que me puedo permitir gracias a la solvencia económica que Mark me ha proporcionado— y me he maquillado con esmero.

—Estás genial, Cyn —dice Beatrice tras saludarme, vuelve a ponerse las gafas—. Y felicidades, era lo justo.

—Sí —admito, y me coloco la servilleta en el regazo—. Es menos de lo que habría sentenciado el juez; pero le hemos hecho mucho daño donde más le duele.

—¿Cuándo harán la rectificación pública? —pregunta Imogen.

—En el número de diciembre —contesto—. A ver cómo la redactan.

—Lo importante es que van a hacerla —comenta Beatrice—, y que tú has cobrado. El dinero te viene muy bien para darte tranquilidad hasta que termines la novela.

—Sí, parece mentira —digo—, pero es un alivio poder trabajar sin presiones.

—Dedícate a escribir a tu ritmo —dice Imogen— y a disfrutar de tu

tiempo libre. Ocúpalo en ti. Si estás bien de ánimo, piensas en positivo. Recuerda que nosotros mismos a veces somos nuestros peores enemigos.

—Lo sé, Gene, y tienes toda la razón del mundo —comento con sensatez—. Estoy disfrutando de mi soledad. ¿Cómo está mi niña? —pregunto por no centrar la conversación en mí.

Es una táctica evasiva infalible. La mirada de Imogen se ilumina al hablar de Zeta. Sin duda, atraviesa su mejor momento personal; el más estable y feliz que le he conocido nunca. Con la amena conversación entre anécdotas de la niña, los aportes de Beatrice como madre experimentada y el menú que pedimos, el tiempo vuela rodeado de complicidad. Hasta que el camarero nos sirve un tataki de salmón para compartir y otra vez me siento indispuesta. Apenas lo pruebo, me repele un olor imperceptible que nunca había notado.

—Cyn, estás pálida —dice Beatrice—. ¿Por qué no comes?

—No puedo más —respondo. Atribuyo mi malestar a la ingesta masiva del desayuno; aunque enumerando mentalmente lo que he comido no considere haberme excedido tanto, añado—. He desayunado mucho.

—Cuando te llamo extremista —comenta Imogen, y entorna los ojos—, tengo mis motivos. Que hayas dejado de ser vegetariana no quiere decir que ahora debas atiborrarte de todo. Medida, Cyn —habla con ironía—, todo en su justa medida.

Pongo los ojos en blanco.

—Gracias por el consejo. Si no me lo dices, nunca lo habría pensado.

Imogen levanta las cejas.

—¿Cuándo vas a darnos el primer capítulo? —Beatrice rellena las copas con la botella de vino blanco—. Tengo ganas de empezar a criticarte.

—Os pido un poquito de consideración —comento antes de beber un sorbo—. No os hacéis una idea de la complejidad que tiene montarle a Íth una vida creíble. Entre traiciones, guerras, conquistas y romances esa gente no paraba quieta un minuto.

—Entonces, ¿Íth es el prota? —pregunta con interés Beatrice.

—Sí, él lleva el peso de la novela. Pretendo ir mezclando hechos históricos reales con ficción, pero como los documentos que he leído no profundizan mucho tendré que inventarme algunas cosas y no quiero que se noten demasiado.

—Lo harás bien —dice Imogen—, pero no tardes porque empiezo a trabajar en enero.

—¿Por qué tan pronto? —pregunto confundida—. Creía que estarías de baja hasta la primavera como mínimo.

—Esa era la idea inicial, pero no va a poder ser porque me han ofrecido asociarme en el despacho —suelta.

—¿En serio? —hablo en un tono alto. Imogen asiente de cabeza, con

una gran sonrisa en el rostro. Tenía la aspiración de convertirse en socia desde hacía varios años; era su sueño laboral—. Me alegro mucho, Gene. Es una noticia excelente.

—Un poco inoportuna en este momento —matiza Beatrice—, aunque las cosas suceden cuando tienen que suceder y está claro que las oportunidades están para aprovecharlas —dice mirando a Imogen—. Ya verás como Zeta no se entera, y con la ayuda de Mark seguro que te organizas sin ningún problema.

—No soy la única mujer que compatibiliza su vida personal con la profesional —explica Imogen—. Me da pena porque tenía pensado disfrutar de Zeta unos meses más, pero no puedo rechazar asociarme en el despacho; era mi meta.

—Lo sabemos —concluye animosa—. Mark es un padrazo, todo os irá de maravilla.

—Venga, hagamos un brindis —dice alegre Beatrice. En cuanto alzamos las copas, añade—. Por nosotras, chicas. Que se cumplan todos nuestros sueños.

Sin sentirme triste, al contrario, comparto la felicidad de mis amigas, bebo, hablo y río ignorando el malestar de estómago. Luego, nos despedimos en la puerta.

Empiezo a caminar de regreso a casa, pensando en las buenas

vibraciones que me transmiten estas comidas. Los ratos que paso acompañada me alivian la cabeza y renuevan la confianza en mí misma que a veces pierdo cuando estoy sola. De forma súbita me sobreviene una arcada, como un amago. Espero que pase apoyada en la fachada de un edificio mientras controlo la respiración para relajarme. Al recomponerme, decido coger un taxi. Llego a creer que esto sea un ataque de ansiedad; aunque no siento opresión en el pecho ni tengo el pulso acelerado. No le encuentro explicación. Intentaré descansar toda la tarde, y si mañana sigo igual no me quedará otro remedio que acudir al médico.

El día siguiente me despierto con la alarma de las ocho. Abro los ojos sin mucho ánimo y, al incorporar el cuerpo para apagar la maldita musiquilla, violentamente, siento unas náuseas que me llevan a salir corriendo hacia el baño. Inclínada en el inodoro, vomito de forma compulsiva toda la comida de Nagoya, la única que tomé al saltarme la cena para evitar precisamente esto. Después de lavarme los dientes y refrescarme la cara, contemplo mi imagen frente al espejo. Parezco demacrada, y sin embargo he dormido la noche entera de un tirón. Empiezo a preocuparme. Supongo que esto será un virus porque me encuentro débil y tengo dolor muscular, sin fiebre.

Hago acopio de optimismo, creyendo que no es nada grave, y me meto en la bañera para ducharme. El agua me renueva, desentumece mis músculos

y consigue espabilarme. Por fin empiezo a sentirme bien, o eso creo durante unos minutos, hasta pasarme la esponja por los senos y notarlos doloridos. Siento pánico. Repito la acción, a conciencia y con cuidado. No tengo dudas. El más mínimo roce me molesta, percibo un dolor similar en los dos senos. Soltando leves gemidos voy palpándomelos despacio pero sin dejar de buscar bultos. Trato de seguir bien las indicaciones de mi ginecólogo. No encuentro nada; algo reconfortante, y concluyo la ducha con más incógnitas que respuestas.

Por librarme de la lluvia intermitente y el húmedo frío de otra mañana otoñal, no voy al gimnasio. Además, hoy me supondría un desgaste demasiado titánico en mi lamentable estado. Desayuno un zumo y una tostada integral con mermelada y me encierro en el despacho para trabajar en la novela. La concentración dispersa las preocupaciones de mi mente; es el mejor antídoto para olvidar, para olvidarlo todo, incluido al causante del peor de mis males.

A lo largo del trascurso de las horas, la lluvia arrecia y su sonido se convierte en un rumor ensordecedor. No me afecta para continuar escribiendo, en cambio, el aviso de un mensaje en el móvil interrumpe mi inspiración: «*Necesito verte, Kerry*». Al leerlo, como un infame recordatorio, el mundo se me viene encima. ¿Ahora necesita verme? ¿Por qué? A partir de este momento ya no soy capaz de quitármelo de la cabeza, sus palabras

anulan mis loables propósitos con una contundencia demoledora. No hay derecho. Han pasado dos meses desde que le supliqué en Sherkin, dos meses en los que he sobrevivido como un alma en pena; pero lo he hecho; y ahora, cuando ya estoy consiguiendo no pensar constantemente en él, ¿me habla de necesidad? ¿Y lo que yo necesité en su día?

Durante este miserable tiempo he intentado alejar la rabia para no odiarlo, y ahora me resulta imposible, no dejo de maldecirlo. Imogen tiene razón, es un inmaduro, y no voy a consentirle que juegue conmigo ni un solo minuto más. Tuvo ocasión de escucharme, no quiso, y para más inri ha esperado dos puñeteros meses para dar señales de vida. ¡Perfecto, Kieran O'Driscoll! ¿Quieres verme? ¡Pues vas a quedarte con las ganas! Con un cabreo agresivo, salgo del despacho. Me pongo unos vaqueros, un suéter grueso y las botas de agua. Cojo el impermeable antes de cerrar la puerta. Bajo la escalera con rapidez, empujada por la mala leche, y me pongo la capucha cuando estoy en la calle. Él necesita verme, y a mí solo me apetece desaparecer.

Si hubiese sido cualquier día sin lluvia, habría pasado inadvertida; pero con este diluvio es una rareza ver a alguien andando sin correr. Me importa tanto como la necesidad del niño cavernícola. Echo humo al alejarme callejeando por el Soho.

De repente noto un ligero dolor bajo el estómago, en la zona de los

ovarios. Se intensifica con velocidad, y tengo que detenerme. Encorvada, con la mano bajo el vientre, me empapo a chorros sin poder apresurar el paso para regresar. Estoy a unas pocas calles de mi casa. Esto es el colmo de la mala suerte. ¿Precisamente tiene que bajarme el periodo cuando estoy en plena huída?

Entro en el apartamento muy enfadada, cierro la puerta dando un portazo que retumba en todo el edificio y me dirijo al baño para comprobar si la naturaleza se ha aliado en mi contra. Y no. Noto el dolor ovárico, pero aquí no hay rastro de periodo. Me sacude un ramalazo de lucidez, o locura absoluta, cuando echo mano al calendario del móvil. Negativo, negativo, negativo... No, no, no, no... Que no, que no, que no...

En estampida vuelvo a salir de casa. Recorro como una posesa las tres calles hasta la farmacia y, al llegar, con un hilo de voz, quizás por hacer todo el camino gritando mentalmente, pido uno de esos aparatos para confirmar embarazos.

Luego, pierdo totalmente el norte. Estoy ansiosa, solo pienso en el día del aeropuerto. Confié en mi edad como garantía de esterilidad, no recordé ni los meses sin el DIU ni el cariño especial que Murphy me profesa; no tengo perdón. Lo normal es que sean adolescentes alocadas quienes se queden embarazadas de sus novietes del instituto por no poner precauciones, no una mujer madura en pleno declive de su fertilidad. A favor de las adolescentes

diré que no es exclusiva de ellas comportarse sin pensar en las consecuencias de un acelerón libidinoso. En mi caso, y para darme cabezazos contra la pared, fatalmente calibrado. Y encima, aquel día en el coche con la adrenalina disparada por si éramos descubiertos, me sentí emocionada al arrastrar a Kieran sin sopesar otra cosa que no fuese resarcir el deseo por él. Hasta estoy segura que de haber sido pillados no me habría importado ni por salvaguardar mi imagen. Por él he sentido la fiereza incontrolable de una pasión arrolladora, tan sublime como irracional, hasta peligrosa por jugarnos nuestras reputaciones en público o, como poco, alguna bochornosa reprimenda. He sido una loca por él, llego a apiadarme de mí misma. Al principio me costó actuar con espontaneidad por la diferencia de edad, pero luego..., aprieto los ojos con fuerza, luego rocé el cielo con la punta de los dedos cuando fui yo misma, sin ambigüedades, y aspiré plenamente la felicidad. En cambio, ahora la desazón me tiene vencida. Este es el mayor contratiempo al que me he enfrentado nunca y no sé qué debo hacer. Mis opciones son claras y definitivas, seguir adelante o abortar; y decidir entre ambas me está generando una confusión estresante en lid permanente contra la sensatez. Debería consensuar esta decisión con Kieran, pero me niego a hablar con él después de cómo me trató. Además, la última vez que le nombré este tema se enfadó y me pidió que jamás volviera a hacerlo. Visto así la decisión parece sencilla, y no lo es. Lo más justo sería que ambos

estuviésemos de acuerdo, aunque mi instinto siempre dudara de su rechazo, intuí, y sigo intuyendo, que mentía por complacerme; de ahí la incertidumbre que está colapsándome la cabeza. Hay una parte de mí que grita para que me deje de egoísmo y siga con el embarazo, porque es un milagro inesperado que me dará una felicidad parecida a la que veo en mis amigas, y otra parte solo me ofrece argumentos para no renunciar a la buena vida que tengo.

Me encuentro abatida en un mar de dudas sin el apoyo de nadie y sin querer interferencias en esta difícil elección. Estoy convencida del consejo que me darían mis amigas. ¿Qué van a decirme siendo madres? Y también sé que en un futuro, muy cercano, es posible que me arrepienta de la decisión que tome. Si tengo este hijo, estará conmigo siempre; y si lo aborto, nunca estará; es así de rotundo, aquí no hay medias tintas; es una decisión crucial sin marcha atrás.

Tumbada boca arriba en la cama, me propongo ser honesta conmigo misma para escoger lo mejor. Disfruto de una situación económica desahogada, con una buena administración no me haría falta trabajar, aunque no es el caso porque quiero terminar la novela y ver qué sucede a continuación. Si no gusta, o si me resulta imposible publicarla, buscaría otro empleo como periodista, incluso freelance, pero para escribir artículos de buena calidad y de los temas que yo elija. Este apartamento es mío, con espacio suficiente para criar un hijo. No tengo experiencia como madre, pero

nadie la tiene cuando es primeriza. Posiblemente, mi edad conlleve algunos riesgos para el buen desarrollo del embarazo; aunque intentaría minimizarlos. En ese punto sería inflexible. Y a ciencia cierta, lo educaré sola. Trataría de hacerlo lo mejor posible, siguiendo las pautas de mis padres; tampoco les salí tan mal dentro de lo que cabe. Con ciertos pensamientos me animo, recuerdo cuando me arengaba en Sherkin con el positivismo; pero incluso si me dejo arrastrar por la ilusión que me tienta, no dejo de pensar en el cambio que dará mi vida, y me puede el pragmatismo si barajo todos los condicionantes que deberé superar. Uno importante es que Kieran vive en Irlanda y yo en septiembre renuncié a trasladarme con él; no es una opción viable. Aunque él pretendiera mantener una relación estable con su hijo, la distancia le impondrá una lejanía cotidiana. Aquí no hay dudas, de seguir con el embarazo: este hijo será más mío que de él. Sin contar con que mi percepción fuese errónea y en realidad no quiera ser padre. ¿Entonces? Expulso despacio una bocanada de aire de los pulmones, aceptando esta simpática jugada del Destino; esta vez me deja sola ante el último de mis demonios, el más temido: la maternidad.

40

«En tiempos de engaño universal, decir la verdad se convierte en un acto revolucionario»

George Orwell

EL DÍA 11 DE DICIEMBRE, un viernes cualquiera frío y desapacible, a primera hora de la mañana bajo al supermercado para comprar *La Vie*. No lo he hecho nunca, y me prometo que esta será la última vez. Con parsimonia busco la rectificación, ojeo la revista entera; y no la hallo. De nuevo, hago otra intentona. Y doy con ella, pero no en las condiciones que Pierre firmó en el acuerdo. En un apartado diminuto han escrito una fe de erratas, donde se disculpan sin entrar en detalles ni aludir a la demanda. La ira me colapsa los movimientos, pensando en la poca vergüenza de Pierre. No sé por qué le hice caso a Mark, un juez quizás le habría sentenciado a indemnizarme con más generosidad y estaría obligado a publicar en la revista una rectificación en las mismas condiciones que el artículo de la discordia y en todos los diarios de ámbito nacional. Ya me había decepcionado y era de esperar este tipo de reacción, y sin embargo, como una ilusa había pensado que al estar firmado en un acuerdo legal cumpliría su palabra. No sé cómo a estas alturas todavía confiaba en que le quedaba algo de ética profesional, o un ligero rastro de decencia, cuando he aprendido a base de desengaños que esperar imposibles es perder el tiempo.

La lista negra con los hombres que han pasado por mi vida para decepcionarme está saturada. Menos mal que nunca me ha dado por escribirla, si no, tendría bastante material para desarrollar una saga; la de los capullos. Así pues, Pierre no me deja otra opción que cumplir mi amenaza. Voy a arruinarlo. *La Vie* lo es todo para él, estoy segura de que la junta directiva no está enterada ni de la demanda ni de la cifra que me ha pagado. Imagino que habrá camuflado la salida del dinero con alguna escaramuza, ya que dudo mucho que haya salido de su bolsillo. Es cuestión de hacer pública la demanda. Pediré los favores que hagan falta a los contactos que aún tengo en los medios de comunicación; lo que sea por verlo en la indigencia.

Con una sed de venganza algo desmesurada, llego a casa para desayunar antes de dirigirme al despacho de Mark. Minutos después, empiezo a pensar que las hormonas me revolucionan las emociones. Quizás tienda a dramatizar un pelín. Mientras me tomo una ración de huevos revueltos con bacon y un zumo de naranja, más calmada, analizo la situación tratándola de forma realista. Es cierto que Pierre ha insertado la rectificación, aunque sea enana y nadie la leerá, y que me pagó a los pocos días de firmar el acuerdo, y también es cierto que en parte nos ha tomado el pelo. Odio a los dictadores como él.

—Mantente alejada de los hombres —digo en voz alta—, no traen nada bueno.

A veces me sorprendo hablándole a mi hija, me gusta pensar que está escuchándome y hace que me sienta acompañada. Daré a luz en primavera, a finales de mayo o principios de junio, y a pesar de que le hablo en femenino no sé su sexo. En general estoy contenta. Por ahora me conformo con que el embarazo se desarrolle bien, sigo al pie de la letra las indicaciones de mi ginecólogo y dentro de lo posible intento llevar una vida relajada. Por supuesto, obviando algunos picos radicales siempre motivados por terceras personas. Continúo en mis trece de no hacer partícipe a Kieran. Con un mensaje cubrió su necesidad de “verme”, reafirmando mi decisión; menudo interés, cualquiera de sus amados salmones habría sido más locuaz.

Con la sana intención de olvidarlo trabajando, me doy una ducha revitalizante antes de empezar. Al cabo de un rato, observo la incipiente curva de mi vientre mientras me seco el cuerpo. Gracias a mi constitución delgada solo es visible prestando la atención correcta, sobre todo, si llevo prendas ajustadas. Estoy peinándome el cabello mojado, pensando en ir a la peluquería para marcar el corte antes de la Navidad, cuando suena una de las alarmas recordatorio. El soniquete cesa con el timbre de una llamada, y este, por la entrada de un mensaje. Si también sonara el Whatsapp batiría un récord. Leo el mensaje de Beatrice: «*Regalo comprado, ya haremos cuentas*», y le devuelvo la llamada a Imogen, creyendo que tanta sincronía se debe a la fiesta sorpresa que está organizando para el próximo jueves con

motivo del cumpleaños de Mark. No he andado descaminada, él copa todos sus pensamientos; y los míos sortean un sinfín de frentes secretos. Todavía nadie sabe nada del embarazo, ni siquiera ellas y me encantaría compartirlo ya porque se enfadarán de enterarse mucho más tarde. A mi favor solo podré esgrimir la verdad que me repito para seguir ocultándolo. Mark está en contacto con Kieran, con exactitud desconozco la frecuencia, pero estoy convencida de que siendo como es, sensato e íntegro, apelaría a su solidaridad masculina y se lo contaría. No me siento orgullosa, y menos cuando lo tengo aceptado y conforme lo veo avanzar más me ilusiona, pero creo estar actuando con la frialdad que él se merece. Negarle el derecho a ser padre es cruel, desde su punto de vista, aunque si uno cambia el ángulo de visión y amplía el campo estoy limitándome a seguir la única petición acerca del tema que me hizo. Aquella noche en el bar Gordon's Wine su voz sonó a amenazante orden, y no le contradeciré. Intento convencerme por no caer en la sinrazón de mis propios remordimientos, me atosigan intensamente. A veces quisiera coger el teléfono y soltárselo, saborear un instante de placer al hundirlo en la misma desolación que siento, para que fuese consciente de lo que ha provocado. Pero nunca me atrevo a hacerlo, prefiero continuar martirizándome y mantenerlo alejado. ¿Qué conseguiría? Reparar este daño es imposible, no hay perdón.

Viviré asumiendo mis actos, quizás siga llorando mucho tiempo y tal

vez nunca lo supere, quizás cuando nuestra hija me pregunte por él no sea capaz de nombrarlo, o quizás todas estas emociones que ahora logran abatirme pasarán y saldré fortalecida. No sé qué me deparará el futuro, ni quiero saberlo. Vuelvo a conformarme con el presente, y en este momento no puedo afrontar a Kieran. Oírlo o verlo sería más doloroso que padecer las heridas que me ha dejado, otro error de cálculo. Y con él, ya he cometido demasiados.

Por distraer la mente intentando que Kieran no me absorba toda la energía positiva —como piense en él más de dos segundos lo consigue con una habilidad asombrosa—, me siento en la mesa del despacho y abro la revista, pasando las páginas con desgana. Si cuando trabajaba escribiendo en ella ya me parecía que su falta de contenido creativo era significativa, además de su lamentable calidad editorial, ahora la considero íntegramente banal. La saturación de publicidad, los artículos de opinión de algunos compañeros que no se encontrarían la cara ni mirándose en un espejo, las secciones fijas como la mía, que por cierto veo ahora firmada por Sable Hoechst, o las dos entrevistas a personajes populares tratando de parecer profundos cuando es un hecho comprobado que por desgracia solo piensan durante el tiempo que dura la grabación, respaldan este criterio objetivo. Hojeo sin molestarme en leer hasta que llego al final y una fotografía de Pierre en su pecera capta mi interés. No es un artículo largo, por lo que tardo nada en concluir que de

alguna manera me he vengado. La junta de accionistas del grupo al que pertenece la revista ha puesto fin a su carrera nombrando a Reese Hopkins directora ejecutiva. No tengo el placer de conocerla, imagino que siendo mujer la avalará una dilatada trayectoria profesional, y también que la excusa sobre la edad de Pierre para dimitir del cargo, es eso, una patraña que enmascara su salida por la puerta trasera.

Llego a sentir pena por él porque hubo una época que lo consideré mi amigo, aunque lo conocí a través de Sam y tenía motivos para no fiarme. Dentro de los parámetros donde Pierre se movía me respetaba y hasta es posible que sintiera cierta admiración por mí, que nunca fue correspondida. Esa es una de mis máximas con los hombres, si los admiro tienen mi respeto —excepto el único que me engañó— y él no la alcanzó ni de lejos. El tiempo se encargó de cambiarme el buen concepto que tuve de él en cuanto advertí que no era el gran profesional que pregonaba.

Entre estas reflexiones ante el adiós definitivo de quien fue mi jefe durante tres años se cuela una que nunca volverá a escuchar de mis labios, agradecerle que me permitiera vivir en Sherkin. Sin pretenderlo me dio la mejor etapa de mi vida, de la que conservaré un tesoro impagable y el recuerdo del amor más intenso que he sentido por nadie.

41

«El amor halla sus caminos, aunque sea a través de senderos por donde ni los lobos se atreverían a seguir su presa»

Lord Byron

LA FIESTA ESTÁ EN SU apogeo, observo desde un rincón del salón. Mark no suelta la cintura de Imogen mientras charla con algunos invitados, pletórico tras la conmoción por la sorpresa. Repaso entretenida el baile audaz de Steve y Beatrice, incluso se atreven a girar con dudosa pericia para deleite del jocoso público que los anima. Al acabar la canción, se besan en los labios. Mantengo la mirada inmóvil en ellos hasta que se separan. Beatrice me descubre y esgrime una sonrisa. No dudo ni un segundo que esta noche es feliz. Sin dejar de sonreírme, se acerca con dos copas de champán en la mano.

—¿Qué haces aquí sola? —pregunta, tendiéndome una copa, que agarro sin intención de llevarme a la boca.

—Verte hacer el tonto con tu marido.

Beatrice suelta una carcajada, y desvía la vista hacia Steve, que pendiente a ella en un corrillo le guiña un ojo.

—Lo estamos pasando muy bien —comenta con ingenuidad, como si no fuese evidente—. ¿Por qué no hablas con los amigos de Mark?. Son muy divertidos.

—Sí, tanto como los mejillones sujetos en las rocas.

De manera automática, Beatrice entorna los ojos.

—Dale una oportunidad a alguien, Cyn. ¿En serio no te gustan ni un poquito?

Resoplo, agobiándome por su insistencia. Los amigos de Mark me han saludado, he sido amable, pero no. Tras hablar con algunos cinco minutos tengo bastantes indicios para suponer los rasgos de sus personalidades que me incitarían a conocerlos.

—No, nada —respondo en un tono severo—. Sigue bailando con Steve y déjame tranquila.

Imogen gira la cabeza, sus ojos coinciden con los míos y me sostiene la mirada unos segundos. En un acto casi reflejo, antes de hablarle a Mark al oído, sonrío breve y ligeramente para después aproximarse hasta nosotras.

—Eres imposible —dice Beatrice—, te pasas el día sola. —Bebe un sorbo de su copa—. Espero que no te dé también por hablar sola, recuerda que eso solo se permite orando.

—Hace poco ha salido un estudio que dice que las personas que hablan solas son más inteligentes —interviene Imogen.

Hago una mueca altiva. ¡Por fin alguien reconoce la sabiduría de una buena conversación!

—No la animes —comenta Beatrice, parece leerme el pensamiento—,

solo nos faltaba que se volviera chalada.

—Tranquila, Bea —hablo y sonrío—. Cuando tenga el impulso de hablar sola me meteré en una iglesia.

—Haz lo que te dé la gana —agrega Imogen, mirándome—, pero intenta salir un poco más. Estar sin pareja no significa necesariamente vivir solo.

—Ni tener una relación estar acompañado —replico.

—No —dice Beatrice, cambiando el gesto de relajado a endurecido—, ni tampoco encontrarás pareja encerrada en casa.

—No la busco —matizo con suavidad, sin ganas de enfadarme cuando entiendo que el interés de las dos se basa en el cariño—, pero estás equivocada. ¿Quién te dice que no puedo conocer a alguien en Internet?

—¿Los veinticinco años que nos conocemos? —pregunta marcando la ironía.

—Cyn —dice Imogen—, eres inteligente y atractiva, no pienses ahora en relaciones. Haz tu vida con normalidad, ya te llegará el hombre de tus sueños. Tiempo al tiempo.

—Sois vosotras las que me dais constantemente la paliza —hablo sin filtrar un tono molesto—. Estoy saliendo más, trabajo en la novela todos los días... ¿Qué esperáis? No voy a tener rollos de una noche para demostraros nada.

—Ni estamos diciéndote que los tengas —aclara Imogen—. Solo queremos que entiendas que se debe seguir luchando para superar un fracaso. Darte tiempo puede ayudarte a ver las cosas con otra perspectiva, pero lo que realmente hará que las cosas mejoren es hacer algo para mejorar. Encerrada en tu casa, aunque estés trabajando, no hará que Kieran desaparezca de tu memoria.

—Lo intento... —hablo resignada ante el desamor—, y hay momentos que creo conseguirlo, pero todavía lo echo mucho de menos. Intento convencerme de que terminar ha sido un golpe que tenía que suceder, pero cuando me imagino que nunca volveré a verle es como sangrar por dentro; es una sensación muy dolorosa.

Imogen mira de reojo a Beatrice, un breve instante.

—Piensa que de haber durado más, podría haber sido peor —dice Beatrice, con una caricia amable en mi brazo.

Presionada por el remordimiento del secreto que aún no quiero contarles, bajo la vista y asiento afirmando con la cabeza.

—No quiero justificarlo —comenta Imogen—, porque apenas lo conozco, pero, por lo poco que lo he tratado y lo que Mark me cuenta de él, me equivocaría mucho si dejara las cosas así entre vosotros. Todos cometemos errores, y todos tenemos derecho a rectificarlos.

—Tuvo oportunidad de hacerlo y no le dio la gana escucharme —digo

enfadada—. ¿A qué crees que fui a Sherkin la última vez? No me hables de él, por favor.

—Estaba muy reciente, Cyn —afirma Beatrice con una suavidad que me molesta más que sus palabras—. Quizás deberías haber esperado unos días, hasta que se le hubiese apaciguado el cabreo gordo.

—¿Qué os pasa a las dos? Encima de que fui a aclararle las cosas, cuando no tenía por qué, ¿encima soy yo quien debería haber esperado? Él me debe una disculpa —digo rotunda, hago una breve pausa y añado—, que ya no espero ni quiero.

—No mientas. La has esperado durante semanas —dice Imogen, encarando mis ojos con un brillo compasivo—, y al no llegar, tu orgullo ahora no te permitiría perdonarle.

—Exacto —admito—, me conoces muy bien. Los gestos no me gustan a destiempo. —Veo a Steve apretar la frente y me dirijo a Beatrice—. Tu marido está preguntándose qué hacemos, será mejor que vuelvas con él. —Miro a Imogen—. Voy a despedirme de Mark, estoy cansada.

—Es temprano —dice Imogen—. Quédate un rato más.

—En serio, estoy cansada. —Esbozo una sonrisa—. Pero me lo he pasado muy bien.

—Al menos téminate el champán —agrega Beatrice con un poco de desdén—. Es raro que te dure tanto... Está bueno... —Reafirma estas

palabras apurando su copa.

—No me apetece beber —miento, y aclaro por evitar suspicacia—.

Llevo unos días con el estómago regular.

—Pues no te has privado en la cena, guapa. —Beatrice me echa un vistazo, con burla, pero al detenerse en mi vientre, de manera mecánica lo meto hacia dentro—. ¿Has engordado? —Tuerzo los labios y encojo un hombro—. Ese vestido antes no te quedaba tan estrecho.

—Es verdad —afirma Imogen, con los ojos clavados en mi barriga, ajena a que no puedo seguir sonriendo mientras me esfuerzo por disimularla—. Procura no hincharte comiendo, Cyn. El ejercicio da hambre —comenta, imagino que se refiere al gimnasio—, y la depresión también.

—Gracias a las dos por ser mi martirio —digo con sarcasmo—. Ahora volved con vuestros chicos y dejadme en paz. Hoy ya habéis cubierto conmigo el cupo para animarme.

—No te creas... —añade Beatrice con sorna antes de alejarse por el salón.

—Me voy, Gene. Te veo la semana que viene. —Me inclino para darle dos besos en las mejillas, busco a Mark con la mirada y, al no encontrarlo, le digo—. Despideme de Mark, ¿quieres?, no le veo.

—¿No puedes quedarte un ratito más? —pregunta melosa, y me agarra el brazo, tirando de mí hacia la parte del salón que está llena de gente. Es una

habitación amplia, donde han apartado los muebles—. Anda, Cyn —ruega bromista—, cinco minutitos, hasta que saque la tarta —habla y me da un ligero empujón—. Es de chocolate...

—Eres mala, Imogen —claudico sonriendo, y ella brinca feliz—, pero solo hasta que sople las velas.

De buen humor la sigo en un periplo de saludos que sin querer me hacen disfrutar de algunas conversaciones amenas, propias para evadir mi recuerdo de los fascinantes ojos azules que lo aturden. Tengo clavados en las retinas a fuego todos sus tonos, los grisáceos atrevidos y los destellos verdes que bullían hiperactivos cuando acompañaban una sonrisa definitiva, seductora y cómplice de tantas charlas como horas pasamos juntos. Esos momentos, sin duda, son los que más echo de menos y considero irremplazables.

—¿Te gustan los musicales, Cynthia? —pregunta el hombre que está a mi derecha.

—Sí, me encantan —respondo.

No recuerdo su nombre, me lo ha presentado Imogen. Muestro una sonrisa amable, y giro la cabeza para no prestarle atención. El hombre es atractivo, de rasgos más duros que elegantes y tez oscura. Viste ropa informal, calculo que tiene cuarenta.

—Me han hablado muy bien de *The book of Mormon* —comenta solo

para mis oídos—. Está en el Príncipe de Gales. ¿Quieres verlo?

—Lo vi hace unos meses. Te lo recomiendo, me gustó mucho.

—Vaya... qué lástima.

—Lo siento.

—¿Y otro? —pregunta sin darse por vencido.

—He visto la mayoría. —Distingo el interés en sus ojos, pero no voy a ceder a sus pretensiones—. Si me disculpas, tengo que ir al baño.

Con una ligera inclinación de cabeza, el hombre admite mi deserción. Unos segundos después, respiro aliviada al sentarme en el tocador de Imogen —un mueble antiguo rodeado de decenas de bombillas como las de los camerinos de los artistas— y aprovecho para repasarme el maquillaje eligiendo entre una vasta colección de productos carísimos.

—*Kerry, qué sorpresa* —dice Imogen cerca de la puerta del baño—, *pensaba que ya no vendrías.*

¡¿Qué?! No puede ser cierto.

—*He venido andando y me he perdido.*

Al oír su voz, me tiemblan las manos y dejo caer al suelo una coqueta caja de polvos traslúcidos, se hace añicos, y la observo inmóvil.

—*No te preocupes* —dice la traidora con cara de ángel—, *todavía nos queda un rato. ¿Has visto a Mark?*

—*Sí* —responde el Cavernícola inoportuno—. *Y me ha presentado a*

la niña —comenta en un tono jocos— *. Es muy guapa, Gene. Se parece a ti.*

¿Será pelota? Pero si Zeta es un calco de Mark. Añado la hipocresía a su larga lista de defectos.

—*¿Dónde te alojas?* —pregunta Imogen.

Eso, indaga. Cualquier información me viene de perlas.

—*En el NH de Kensington.*

No está mal, no debe ir justo de dinero. El sonido de sus voces se aleja de la puerta, por lo que deben haberse movido hacia el salón. ¿Y ahora qué hago? Tengo el pulso dislocado. ¿Salgo como si nada? No puedo. No voy a ser capaz de verlo y tratarlo con indiferencia, tampoco me gustaría montarle una escena aquí. Miro la cajita de polvos, sin ánimo de agacharme para limpiar el estropicio, pensando que lo recoja Imogen como castigo por jugármela. Dos golpes secos en la puerta. Entro en pánico.

—*Cyn* —dice Imogen—, *¿estás ahí?*

Abro lo justo para que pase.

—*¿Por qué no me lo has dicho?*

Mi volumen de voz, alto, es acorde a la rabia y frustración que siento.

—*¿Decirte qué?* —pregunta la desalmada.

—Imogen Rodgers, corta el rollo. ¡Ya! —grito—. ¡Me has engañado! ¡Creía que eras mi amiga, pero no! ¡Tenía que haberme ido cuando lo he pensado!

—¿Me has roto los polvos de Elizabeth Arden?

Imogen se agacha y coge la cajita.

—¡¿Eso es lo que te importo?! ¡Me vendes y lo único que te preocupan son tus polvos!

—¿Puedes bajar el volumen? —habla ignorando mi enfado—. Zeta está durmiendo.

—No uses a la niña para no escucharme —digo en un siseo mortífero—. Más debería molestarle la música y las voces, o que su papá la saque de la cuna para presentarle a extraños.

Imogen comprende al instante que he escuchado su conversación con Kieran. Se moja los labios antes de hablar:

—Llegó ayer —empieza explicando—. Tiene concertadas varias reuniones con proveedores de piensos y llamó a Mark para que le acompañe. Hablé un poco con él y me pareció adecuado invitarle. No te lo he dicho porque no me dio seguridad de que viniera. En ningún momento he pretendido engañarte.

—No me vendas un cuento chino. Aunque no supieses con certeza que iba a venir, deberías habérmelo dicho.

—Entonces no habrías venido.

—Es posible —admito—, al menos no me encontraría en esta posición.

—Actúa con él como te dicte tu corazón.

Suelto una sonrisa amarga.

—No puedo —digo desmoronándome—. Mi corazón es tan traidor como tú.

—Inténtalo, Cyn. Quizás no sea tarde para vosotros.

Meneo la cabeza. Esto no es justo. Y lo peor es que tengo que salir del baño y recorrer el salón.

—Sal y llévatelo a la cocina —comento resuelta.

—¿Ni siquiera vas a saludarlo?

—Exacto. La última vez que nos vimos, me despidió con un “adiós”.
¿No te suena a final? Porque a mí, sí. No quiero verlo, Gene.

Durante un instante nos observamos.

—Limpia eso antes de salir —dice enfadada, echando un vistazo a la mancha marrón del impoluto mármol blanco.

Pierdo varios minutos pasando sobre el suelo unas toallitas húmedas, casi guarreo más que limpio, hasta hartarme y desistir. Luego salgo con cautela. Me alegra comprobar que Imogen me ha hecho caso, y atravieso el salón con rapidez. Cuando llego al perchero del vestíbulo para ponerme el abrigo, se apagan todas las luces y los invitados empiezan a cantar el *Cumpleaños Feliz*.

—¿Te vas?

Cierro los ojos al oír a la espalda la voz grave que tambalea mis
cimientos.

42

«En la mujer, el orgullo es a menudo el móvil del amor»

George Sand

AMPARADA EN LA OSCURIDAD, me mantengo firme. Percibo el calor de su cuerpo, su olor fresco, hasta el aire que exhala por la boca. Kieran tampoco se mueve. Acaba la canción, vuelve la luz, y mi perdición como me gire y lo vea. Sin mirar atrás salgo de la casa.

Pulso con insistencia el botón del ascensor, pero le quedan demasiadas plantas hasta esta, suficientes para anular una ventaja que huele a derrota. El ascensor se detiene, las puertas automáticas se abren y entro en la cabina impulsada por las ganas de escabullirme.

De pronto, me acecha el peligro de una mirada turbadora reflejada en el espejo. Esa que he intentado eludir por evitar un enfrentamiento en el que la serenidad me fallará en el menor despiste.

Kieran no habla cuando el ascensor desciende, me observa con la paciencia de un cazador, y lo observo a través del espejo con la seriedad altiva que me otorga el desprecio. Está guapo, con el pelo otra vez creciendo libre; un tono de piel bronceado, barba de pocos días para mejorar su aspecto varonil, y viste como siempre de sport: vaqueros, camiseta, una cazadora negra de cuero y botas de suela gruesa. Él también me observa, pero solo

verá el abrigo y los zapatos de tacón; aunque se concentra en mi rostro.

—Tenemos que hablar —dice cuando el ascensor abre las puertas en la planta baja. No le replico mientras ando decidida hasta la calle. El frío de la noche no me impide acelerar el paso y encaminarlo hacia la parada de taxis que hay en la esquina. A Kieran no parece gustarle mi reacción y me sujeta el codo—. ¡Háblame, maldita sea! ¡Di algo!

—No tengo nada que decirte. Adiós, quizás.

Él capta el rencor, sonrío suavemente cínico.

—Lo siento, me superó la situación —dice con sosiego—. Por favor, no te vayas.

—A mí también me superó la situación, pero intenté explicarte qué había pasado. Ahora es tarde.

—No si aún me quieres.

Abro la boca con la intención de mentirle, pero vuelvo a cerrarla sin decir nada. Pienso que renegar puede complicarme la estampida. Por el gesto que tiene, apretando la mandíbula, sé que no va a dejarme tranquila si escucha mi voz temblorosa.

—Kieran, estoy cansada y tengo frío, no quiero discutir en mitad de la calle. Lo mejor es que nos despedamos con una mínima elegancia. Buenas noches.

—Llámame Kerry —dice ausente—, me gustó.

—No fue lo que me dijiste —reprocho—. Te sentó mal.

—Me jodió que eligieras llamarme así cuando creía que habías escrito aquella mierda de mi isla.

—¿Ahora ya no lo crees?

—Me equivoqué, Cindy —reconoce apesadumbrado—. Llevaba dos días sin pensar en otra cosa, escuchando chorradas de todo el mundo. ¿Qué podía pensar?

—Igual que los escuchaste a ellos, debiste darme un voto de confianza. No sé qué te metieron en la cabeza, pero me demostraste que tenías un concepto bastante distorsionado de mí. Tú sabías qué opinaba de la isla y el afecto que sentía por todas las personas que allí conocí; y no dudaste que fuese la responsable sin ni siquiera dejarme la oportunidad de defenderme.

—Lo sé, no tengo perdón.

—No, en eso estamos de acuerdo; no lo tienes.

—¿Aún me amas? —repite con suavidad—. No me has contestado.

—Ni pienso hacerlo —replico suficiente—. Buenas noches por segunda vez.

—Perdóname, no volverá a ocurrir —habla acelerado.

—Tienes la habilidad de no escucharme, ni queriendo ni sin querer —digo seca, atenta a sus ojos incrédulos—. No voy a perdonarte. Olvídame y

sigue tu camino.

—Déjate de gilipolces —habla con ese genio que ha intentado suavizar—. Vas a perdonarme. —concluye. Durante unos segundos se mantiene en silencio, mirándome a los ojos—. Tú y yo tenemos que estar juntos.

—No me provoques.

—Estamos llenos de habilidades, Cindy —comenta insinuando una sonrisa.

Se acerca más, por si la poca distancia entre nosotros no era ya demasiado escasa. Le veo la intención y echo la cabeza hacia atrás.

Kieran amplía la abertura arrogante en su boca para mostrarme una dentadura bien proporcionada de un blanco níveo.

—Tienes mucha desfachatez —digo con una frialdad sorprendente—. No eres nadie para aparecer ahora con exigencias.

Kieran eleva las cejas, soberbio.

—Sí, soy un suma y sigue capaz de hacer otras muchas cosas —admite bajando el tono de voz, que suena como una lija en mis oídos, tan grave y áspera que la siento rasparme la piel.

Crecido, con la chulería de un amante confiado, apresa mi cintura sin calibrar la fuerza al estrecharme a su cuerpo. ¡Por Dios! ¡Es un bruto! Pero... qué de sensaciones me recorren de arriba abajo otra vez. ¡Cuánto lo he

echado de menos!

Nuestros labios conectan con una complicidad despiadada, se avasallan alocados. Nos movemos ansiando más humedad y fuego; sin medida; recordando aquellos besos apasionados que nunca nos privamos de darnos. Mi boca encuentra un imán en la de él, y nuestras lenguas el aliciente ideal para zanjar esta distancia que me ha dolido tanto como vivir tres meses sin corazón. Recordarlo me convence; debo resistir sus embates o creerá que me tiene a su merced.

—No vuelvas a hacerlo —digo resollando.

Kieran aprieta los labios, disimulando una sonrisa vencedora. Tengo ganas de estrangularlo para borrarla.

—Lo haré cuando me apetezca —replica sobrado—. Ya tengo la respuesta que me debías.

—No te debo nada.

—¿Seguro?

Trago lentamente, sin apartar los ojos de sus arrogantes pupilas. ¿A qué se refiere? Es imposible que sepa nada del embarazo. ¿Es otra de sus chulerías? Lo desafío sin amilanarme; pero necesito dejar de verlo para que su imponente presencia no destruya mis defensas.

—Adiós, Kieran —digo cuando puedo vocalizar. Hago una pausa, recordando, y, a conciencia, añado—, que todo te vaya bien.

Él aprieta los labios, insinuando una sonrisa.

—A cabezona, mentirosa y temeraria, añado rencorosa.

De forma mecánica, arqueo las cejas. Complacida por su buena memoria. No solo recuerda detalladamente los defectos que él mismo me adjudicó, sino también las palabras exactas con las que se despidió cuando intenté ahorrarnos todo lo que ha venido tras el artículo.

—Hay cosas inolvidables.

—Nosotros, por ejemplo —dice, inclinándose hacia delante.

Echando la cabeza para atrás, elevo la barbilla.

—Ya no hay un nosotros, te encargaste de matarlo.

—No está muerto, nunca lo ha estado —habla rotundo sin alzar la voz, casi susurrando—. Ahora vete si quieres, pero volveremos a vernos. Estoy aquí por ti, y por ti esperaré el tiempo que haga falta hasta demostrarte lo equivocada que estás.

Escucho sus palabras sintiendo el poder extraordinario que ejerce sobre mí. No es comprensible esta fuerza suya, no después de tres meses odiándolo, o engañándome pensando que lo hacía. Es indignante que aparezca de buenas a primeras y olvide el calvario vivido por su rechazo. ¿Estoy enferma de amor? ¿O soy una loca obsesionada? Posiblemente sea eso y mucho más, o tal vez de manera subconsciente crea que sin él no seré capaz de vivir sola con nuestra hija. Habría preferido no volver a verlo, me sería

más fácil mantener mi decisión sin sentirme culpable.

Él es consciente de su poder, da la vuelta y desaparece dejándome paralizada, asumiendo que el orgulloso guerrero irlandés ha regresado para conquistarme.

43

«Un buen arrepentimiento es la mejor medicina que tienen las enfermedades del alma»

Miguel de Cervantes

MIENTRAS ME LLEVO A LA boca la taza de café pienso en Kieran, deseando que haya pasado una noche en vela como la mía. Es la primera vez desde que estoy embarazada que no me vence el sueño, incluso durante los peores días después de nuestra ruptura caía agotada. Analizo con detenimiento todas sus palabras, prodigiosamente las recuerdo por orden; aunque me centro en sus silencios y gestos. En él son pistas más fiables. Hasta en eso somos parecidos, podemos obstinarnos con una retórica convincente; en cambio, solemos delatarnos cuando mentimos porque los dos somos demasiado viscerales. Anoche me impactaron su arrogancia y humildad, reconoció sin titubeos la mala influencia de sus amigos —algo que llego a entender porque el artículo era despectivo e hiriente—, y no dejo de evocar el ímpetu fuerte de un beso largo, posesivo, que combinó como él solo sabe hacer con una gran delicadeza. Ahí me venció. Y sin embargo, regresé a refugiarme en estas cuatro paredes alejándolo de nuevo.

Echo una rápida ojeada al reloj redondo, un modelo ultramoderno con las agujas al revés, que hay colgado en la pared de la cocina, y me levanto desganada para encerrarme en el despacho a trabajar en la novela. A esta hora

debería llevar un buen rato escribiendo. Al sentarme tras la mesa, reviso el guión, pensando que podría terminar el capítulo antes del mediodía. He descubierto que si abordo los diálogos sin perder de vista adónde pretendo llegar, dosificando la información para crear intriga, como tengo claro el argumento y los personajes ya se mueven bien definidos en mi mente, es cuestión de canalizar a través de mis manos lo que imagino. Íth me tiene loca, se hace con el control de las escenas sin que pueda o quiera restarle peso. Tanto Beatrice como Imogene están encantadas con él, además de convencidas de que estoy describiendo a Kieran. Lo niego, rotundamente; aunque a veces sea cierto que base el comportamiento de Íth en algunos rasgos de su personalidad. Es posible que lo haga sin notarlo, igual que de forma natural me he acostumbrado a ambientarme con música celta. De improviso, el timbre del portero electrónico me desconcentra.

Abro el portal después de oír la voz de un mensajero. He tenido un instante de pánico al creer que era Kieran, pero por suerte ha pasado deprisa. No hay nada que me disguste más que consentirle estas perturbaciones de mi tranquilidad de ánimo, no estoy por la labor de permitirselas. No tardo en arrepentirme de haber abierto el portal. El ruin me ha engañado, y está disfrutando de otra victoria mientras me observa con una mirada lenta. Recorre desde mi cabello hasta las uñas rojas de mis pies, pasando por la estrecha camiseta blanca donde se aprecia la curva del vientre. Espero que le

atraiga más el rojo que el blanco.

—Hola —saluda, y sonrío. ¿Por qué? ¿No se da cuenta de lo devastadora que es su boca para mis sentidos? Hasta ha tenido el detalle de afeitarse, imagino que se las promete muy felices. Y no sabe que hoy no pienso caer bajo sus encantos, por más que derroche deseo con la mirada y tenga un cuerpo fornido que incite al vicio—. ¿Puedo entrar? —pregunta al verme bloqueada en la puerta.

—¿Ahora trabajas de repartidor?

—Algo así —responde casual—. No me habrías abierto si te digo que era yo.

Con lentitud logro apartarme. Al moverme, huelo el aroma que emana su piel. Es un olor agradable, traidor porque evoca un tiempo que añoro.

—No entiendo a qué viene ahora tanta insistencia, de verdad. Ayer te dije que me olvidarás.

Kieran se quita la chaqueta de cuero y la deja en el respaldo del sofá, en el salón. De nuevo no muestra interés por lo que acabo de decirle, despistándome con la sólida musculatura de su torso cubierto por una fina camiseta negra.

—Mientes mucho, Cindy —resume—, pero no me importa.

—Parece que te importo poco...

—Sí —afirma, y mueve las cejas—, tan poco como para que cancele

las reuniones que tenía previstas hoy. Tan poco, que no me importa rogarte para que vuelvas conmigo. Tan insignificamente poco, como para quedarme en esta maldita ciudad hasta que lo consiga. Tan poco...

—Basta —corto alzando la voz—. ¿Cómo que vas a quedarte hasta que volvamos? —pregunto alucinada—. ¡¿Y tu negocio?! ¡No puedes abandonarlo por esto!

—Puedo hacer lo que me dé la gana —replica, acercándose.

—No, no puedes. Has luchado mucho para tenerlo.

—¿Estás preocupada por mí? —deja caer con ironía.

—No. Solo me parece ridículo que esperes algo que no va a suceder y pierdas la granja en el intento.

—Eres una cabezona.

—Sí, también me llamabas impulsiva, entre otras lindezas.

—Porque lo eres. Soy un tío franco.

—Muy bien, tío franco —digo con sarcasmo—. ¿Por qué me mandaste un único mensaje y después ni siquiera has hecho el intento de llamarme?

—Estaba de bajón. —Suspira—. No te he llamado porque la disculpa que te debía no podía darse por teléfono.

—No es suficiente un “lo siento” o “un perdóname”. —Me dirijo a la cocina, y él me sigue—. Me humillaste injustamente. —Saco un vaso del

armario y lo lleno de agua. Bebo con sed, y vuelvo a hablar—. He pasado los peores meses de mi vida. Se me han juntado muchas cosas seguidas y no he tenido ninguna muestra de interés por tu parte.

—Podría pedirte perdón cada día hasta que me muera si sirve para que vuelvas conmigo. —Su tono de arrepentimiento es sincero—. No es excusa que te cuente lo liado que he estado entre el curso y la granja, ni que te diga que tampoco han sido unos meses buenos para mí. No lo han sido, Cynthia. —Mantengo los ojos clavados en los de él, magnéticos; aunque realmente me conmueve cómo me ha llamado. Es una tontería, pero la interpreto como una forma solemne de respeto—. Sé que aún me amas —continúa diciendo—, y yo no he dejado de amarte en ningún momento... Te he echado tanto de menos que no puedo imaginarme pasar más tiempo así. Me equivoqué al no confiar en ti, lo admito; y tú debes admitir que de haberme contado que te habían despedido no habría dudado de ti ni un solo minuto.

—Es posible, pero he pasado un calvario por tu indiferencia.

Kieran baja la mirada.

—En la isla te tacharon de Judas. Cuando llegué ya lo sabían todos. —Levanta la vista, parece avergonzado—. No me dio tiempo ni a leerlo por mí mismo. —Al escucharlo, frunzo el ceño—. No me acordé de sacar la revista de la mochila en el avión, la coloqué en el compartimento que hay encima de los asientos, y pasé el trayecto de vuelta dormido.

—¿Y cómo se enteraron?

—Odele y Bonnie habían comprado la revista. A las dos les hacía ilusión presumir de ser tus amigas y se la encargaron a Ewan. —Kieran encoge los hombros—. Son así de tontas.

Sonrío emocionada.

—No son tontas, son nobles.

—Tú también —afirma. Y es justo lo que necesito para llorar. Kieran enjuga mis lágrimas, no soporto más tiempo el roce de sus dedos y apoyo la cabeza en su pecho—. Te escondes detrás de un caparazón porque crees que así estás protegida, pero conmigo no te sirve. Conozco a la gran persona que ocultas a los demás, tus valores, y la fuerza para defenderlos. —Me aparta con suavidad de su cuerpo y sujeta mi rostro entre sus manos—. No me dejes, porque te necesito a mi lado, porque te amo —susurra—, porque sé que tú también me amas. —Kieran se inclina sobre mí para rozarme la boca—. Tenemos que estar juntos olvidando estos últimos meses para volver a retomar lo nuestro como lo dejamos.

—Va a ser difícil retomar lo nuestro como lo dejamos.

Kieran bate las mandíbulas, frustrado.

—¿Por qué? —pregunta, dándome espacio.

—Tenemos que hablar.

—¿No hemos hablado ya bastante? —dice molesto—. Te he aclarado

lo que pasó. ¿Qué tengo que hacer para convencerte?

—Para empezar, siéntate y trata de relajarte —ordenó, ligeramente irónica. Él entrecierra un ojo y bufa agobiado, observándome con una mirada dura. Sonríe breve, sin intención de descuadrarlo, todavía; y se deja caer en el sofá, estira las piernas, que deja entreabiertas, mientras sus ojos me persiguen. Está nervioso y manejando su enfado con un aplomo tan digno y admirable que me convence para no prolongarle la incertidumbre—. No podemos continuar como lo dejamos porque han cambiado algunas cosas.

—Lo sé. No hay problema.

—No estoy hablando de mi trabajo. Es algo... —Busco las palabras adecuadas para minimizarle el impacto. En este instante, sus ojos están fijos en los míos, ni parpadea. Respiro profundamente y me lanzo—. ¿No me notas nada nuevo? —Creo que acabo de cargármelo. Aprecio su minucioso examen, pasa de largo por mi vientre, y vuelve a encarar mis ojos—. ¿Recuerdas lo que hicimos en el parking del aeropuerto? —Al escucharme, Kieran asiente en silencio—. Estoy embarazada. —Y precisamente ahora, lo remato. Las pupilas de Kieran se dilatan por la sorpresa, las mueve hasta mi vientre, supongo que buscando la confirmación, y, conmocionado, ahí las deja—. Voy a tenerlo.

—Pero... ¿no decías que no querías?

—Ya me conoces —hablo con una ligera sonrisa—, digo una cosa y

hago otra. ¿Y tú?

—¿Yo qué? —pregunta aturullado.

—¿Estás dispuesto a ser padre?

Con la arrogancia de una genética combativa, se pone en pie. Luego, me sostiene la cara entre sus manos y esboza una sonrisa plena, donde la felicidad está fundida de esperanza. Su alegría instantánea me lleva a quererlo incluso más porque estaba dispuesto a renunciar a uno de sus sueños por mí; otra terrible injusticia, afortunadamente, con solución.

44

«El amor ama amar al amor»

James Joyce

MELOSO Y RENDIDO KIERAN es un peligro. Uno de los gordos. Lo supe cuando le conocí y con el paso del tiempo he ido confirmándolo. Me arrastra, sabe tocarme con una precisión escalofriante. Tiene una combinación perfecta de fortaleza y sensualidad, de generosa posesión con la ternura adecuada.

—Vamos a tener un hijo —murmura—. No tengo palabras para decirte lo que siento. —Sonrío embargada por su emoción. Con toda su envergadura, noto cómo soy quien le sujeta el cuerpo—. Te amo, y ya amo a nuestro hijo también.

Se ensimisma cuando me ve desnuda, recorre con las manos mi vientre y se arrodilla para pasear sus labios en un despliegue de protección. No sabe cuánto lo amo ahora mismo.

—Levántate —digo—, necesito sentirte dentro.

—Déjame a mi aire —replica, pero se levanta.

Tener a tiro la cinturilla de sus vaqueros es una tentación, que no ignoro, y pese al susurro ronco en mi oreja de su voz divertida, se los bajo con brusquedad. Al minuto, Kieran me muerde en el lóbulo, para que desee

pegarme más a él, bien consciente de la abrumadora masculinidad que me presiona la barriga. Jadea cuando lo acaricio, y pierde el equilibrio al desplazarnos hacia la cama. Nuestras voluntades se evaporan entre susurros entrecortados. Las manos no sacian la necesidad de unirnos, ni dos lenguas desatadas en un baile frenético son capaces de evitar el choque que nos encadena y nos retuerce para matarnos de placer. Estamos atados en un delicioso vaivén, tan fascinante como la mirada nublada de unos ojos azules que se transforman en llamas justo antes de escapar libres de este mundo. Es un momento de ceguera perfecto; es el de la rendición al amor.

Más tarde remoloneamos en un amasijo de cálida paz. A plena luz del día, con una lluvia serena que invita a no salir de la cama, hablamos en susurros, como si el sonido de nuestras voces pudiera romper la magia.

—Soy feliz, Cindy. —Pasea una mano por mi espalda—. Me has emocionado con la noticia del embarazo.

—Tenía planeado no decírtelo —hablo en un murmullo, sintiendo vergüenza—. Perdóname.

—No habrías podido ocultármelo —añade sin molestarse—. Ya sabes que soy muy listo cuando algo me interesa.

Sonrío con un halo de tristeza por haber dudado de él sin tener en cuenta la lógica cuando en un momento determinado llegué a plantearme que su reacción no la definió el artículo, sino el acoso al que estaba sometido. El

orgullo en aquel entonces me derrumbó y ha estado muy cerca de negarle un derecho que también la lógica me repetía era de él.

—Cuando me enteré... —empiezo a decir insegura, sin intención de ofenderlo pero con ganas de sincerarme—, el mundo se me vino encima. Dudé si tenerlo o no —La mano de Kieran se aparta de mi espalda—. Lo siento mucho...

El arrepentimiento inunda mis ojos de lágrimas, y él, generoso y falto de rencor, las seca y me besa la boca delicadamente.

—Dudar es bueno, Cindy. Tenías claras tus ideas y esto las trastoca —dice comprensivo. Cierro los párpados, incapaz de seguir viendo el respeto nítido en sus ojos brillantes, y me relajo un poco—. Pero quiero aclararte que a partir de ahora estamos juntos para todo, y nuestro hijo será prioritario. Pienso implicarme en cualquier cosa referente a él, en cualquiera —repite con voz firme.

—Tendrás que hacerlo —comento—, no me fío de mí misma como madre.

—Intentaremos aprender los dos —dice, y recibe un beso en la boca. Lo amo, me gusta y reconforta que sea consciente de ello; igual que soy consciente de su amor—. Además, para dudas, seguro que mi madre estará encantada en ayudarnos en lo que haga falta.

—¿Crees que tus padres reaccionarán bien?

—Eso espero —responde sosegado—. No empieces a darle vueltas a otra cosa. —Con astucia, Kieran capta el temor implícito en la pregunta—. Nosotros y nuestro hijo, como cualquier pareja; vamos a tener los mismos problemas y preocupaciones —habla medio intransigente, aunque no pierde la suavidad.

—No me gustaría que tuvieras problemas con ellos.

—Quédate tranquila —dice, y me coloca encima de su cuerpo—. Llevo semanas sin verlos porque no soportaba las charlas de mi madre... —Suelta un ligero ronroneo al apretarme las nalgas—. Me ha frito —susurra, y sonrío lascivamente—, si supiera dónde estoy, te aseguro que estaría muy contenta.

Enarco una ceja, imaginando qué clase de conversación ha tenido sobre mí con su madre, pero la expresión canalla de sus labios y el agarre posesivo de sus manos dispersan ese pensamiento y apremian mi atención en una mirada perversa. Kieran me incorpora, zambulle la cabeza entre mis pechos y comienza a mordisquearme los pezones, sin dolor, lo justo para despertarme la libido.

Sonriendo ante la visión de mis pezones erguidos, muy despacio, se frota contra mi entrepierna —a su aire, como le gusta excitarme— haciendo que la piel se me erice y la respiración se me acelere. Respondo a sus caricias como desea, sin tener opciones, que tampoco quiero, porque disfruto

sintiéndome presa en un cuerpo delineado con soberbia. Si Kieran me ve perfecta, sin serlo, recorrerle con los dedos su pecho cubierto por un suave vello rubio o besar un abdomen musculoso hasta recorrer con la punta de la lengua esa línea dorada que me lleva derecha al paraíso son algunos de mis mayores placeres. Amarlo anula mi sentido común, me convierte en una salvaje. Y hasta eso lo olvido. Kieran se entrega intensamente, y ante esta violenta pasión dejo que aflore mi instinto con cuidadosa agresividad. Jamás había sentido tan adentro a un hombre, quizás porque él es el único que me posee sin pretenderlo, o quizás porque me ha dado alas para volar y he elegido con libertad quedarme a su lado. No lo sé con seguridad, ni me importa. Vuelvo a ser positivista gracias a él y tenemos por delante un futuro prometedor. En eso voy a centrarme, y, por supuesto, en devolverle gramo a gramo la felicidad que siento cuando se hunde en mi interior, cuando creo ser un volcán a punto de estallar y cuando nos tensamos conteniendo la respiración.

Estar así, inmóviles, abatidos sin despegarnos, es el colofón insuperable para una de las mejores experiencias que vivo con él.

—Te amo, Kerry.

Tarda unos segundos en decir:

—Me gusta que me llames Kerry —reconoce—, pero me suena raro.

Es demasiado cariñoso para ti.

—¿Ah, sí?

—Sí, lo tuyo no son los diminutivos... —habla a la vez que sale de mi cuerpo, mueve las caderas buscando comodidad, mientras espero que se explique; pero no lo hace. Coloca una mano en mi vientre y lo acaricia—. Mi hijo y yo estamos muertos de hambre, ¿qué vas a prepararnos para comer?

—Haz lo que quieras, sabes manejarte muy bien en la cocina.

—Sigues siendo una pésima anfitriona.

—Y tú el mejor invitándote solo.

Sueno arisca, pero él sabe que bromeo.

—No me queda otro remedio, o me busco la vida o no triunfo —dice divertido, me besa y sale de la cama. Va al baño y, de inmediato, abre un grifo de la ducha. Se asoma desde la puerta, dándome una visión irresistible—. Dúchate conmigo y me luzco con la comida.

Acaba de ponerme la miel en los labios y cedo con súbita rapidez tentada a dos de los placeres que más me motivan. Hemos estado en la cama envueltos por la pasión y el deseo que llegaba irresistible en débiles caricias para convertirse en poderosas ráfagas desde hace horas y todavía necesitamos más, sin hartura, como si viviéramos con la única expectativa de amarnos, o como si no quisiéramos que este día especial terminara. Parece magia, y sin embargo tengo claro que no lo es; esto es vivir con plenitud

Intento centrarme en la conversación, lo juro; pero es ardua tarea cuando a una le están preparando el desayuno y tiene delante a un titán de la naturaleza impúdicamente vestido con unos ridículos bóxers negros. ¡No soy de piedra! ¡Y estoy embarazada! ¡Y no dejo de sonreír medio atontada! Si esto no es la felicidad absoluta que se le caiga la tostada del revés.

—Joder... —rezonga Kieran recogiendo la puñetera tostada del suelo.

Miro alrededor con disimulo. ¿Murphy me vigila? ¿Oye mis pensamientos?

—¿Se ha caído por el lado de la mantequilla?

—Por supuesto —responde—, siempre se caen por el lado de la mantequilla. ¿En qué piensas?

—En nada —digo por no darle pie a unos minutos de guasa, tengo hambre—. ¿Te falta mucho?

—No —contesta con paciencia—. Creo que te prefería vegetariana.

—Y yo a ti más rápido —replico. Pensando en algo que me dijo Imogen de su abuelo, y él me contó anoche sin entrar en detalles, le pregunto—. ¿Cómo lo habéis convencido?

—Tuvo una charla con mi padre —comenta evasivo.

—¿Por qué no te gusta hablar de ese tema? Es habitual que los ancianos estén en residencias.

—Porque sé lo importante que era su casa para él.

Creo que ahora capto la verdadera razón de Eoghan para no abandonar su casa.

—No era por su independencia —digo sin notar que hablo en voz alta —, era por tu abuela... Pensaría que yéndose, la dejaba a ella.

Kieran meneaba la cabeza, asintiendo.

—Nunca ha superado su muerte.

—Algo así es complicado superarlo —admito, con la ternura que me inspira verlo triste por esos recuerdos—. Él también debió ponerse su caparazón para sobrevivir a esa tragedia.

—Es un viejo gruñón, pero no tan fiero como puede parecer.

—Lo sé. No conseguimos conectar, aunque llegó a respetarme cuando entendió que no estaba jugando contigo. Mantuvimos una conversación muy reveladora el día que fuimos a verlo cuando las ovejas enfermaron.

—No me ha comentado nada.

—Ni lo hará. Aquella conversación se quedará entre nosotros —digo, y pensando en otro elemento subversivo, agrego—. ¿Qué has hecho con *Guapo*?

—Es mío, ¿qué voy a hacer? —Mueve los hombros—. Lo tengo en el apartamento, pero en cuanto abramos la granja, me lo llevaré a la isla. Está acostumbrado al campo. No se ha adaptado bien a vivir en Baltimore.

—No es ninguna novedad. Hasta habrás tenido problemas con los

vecinos...

—No demasiados —dice con una sonrisa—, los habituales con extraños. —Se sienta y sirvo el café—. Háblame de la novela.

Para saciarle la curiosidad, le cuento a grandes rasgos el argumento. Está sorprendido, pretende que se la desvele entera, y eso me lo prohíbo porque necesito que me dé su opinión crítica contando con el factor sorpresa cuando esté acabada.

—Me impresionó la leyenda —digo tras unos minutos—, pero investigando he tenido la oportunidad de comprobar cómo se desvirtúan y magnifican los hechos reales.

—Añade la imaginación irlandesa y tienes garantizado un despliegue de primera.

Gracias a las dotes de Kieran para conversar, pasamos el resto del desayuno hablando de sus antepasados. Como siempre, perdemos la noción del tiempo. Tras ojear el reloj de la pared; son las nueve y cinco, intento saciar mi curiosidad:

—¿Cuándo tenías las reuniones?

—Las he aplazado —responde casual—. Todo el fin de semana es para ti. —Sonrío encantada—. ¿Piensas acompañarme hoy al hotel? —pregunta, refiriéndose a trasladarse conmigo unos días. Empieza a untar una tostada, que me ofrece y acepto famélica—. Espero no tardar mucho en

recoger mis cosas.

—Sí, y luego podemos comer en el irlandés que hay aquí al lado. Te gustará. —afirmo. Él mueve la cabeza, asintiendo—. ¿Hasta cuándo tenías pensado quedarte?

—Después dices que no te escucho, ¿y tú a mí?

—Pensé que era una manera figurada de hablar.

—Mal hecho, es en serio. No voy a regresar sin ti.

—No puedo marcharme ya —digo medio asustada.

—Puedes y vas a hacerlo. No hay nada que te ate aquí —habla intolerante—. Si es necesario, esperaré contigo a que alquiles la casa; pero olvida que me vaya sin vosotras. Ni lo sueñes.

Escucharlo temperamental, ya amando a nuestra hija —cree que será un varón, pero hasta que lo confirmemos me ha prometido que seguirá tratándola en femenino—, me empuja a asumir el traslado a Sherkin. Deseé vivir allí desde que pisé aquella verde tierra, casi lo logro cuando decidí dejarlo todo para estar a su lado y, en este momento, estoy a punto de aceptar el nuevo rumbo que cambiará mi vida.

—De acuerdo, nos vamos a tu isla.

Kieran amaga una sonrisa, sin expresar su felicidad. Aunque puedo sentirla. Está pletórico.

—¿Cuándo?

Aprieto los labios, me encanta ver la impaciencia de mi cavernícola.

—La semana que viene —digo sin darle importancia—. ¿Habrás terminado las reuniones?

—Todas y cada una —afirma, echa el cuerpo hacia delante y me besa los labios—. No te arrepentirás.

—No, sé que no lo haré.

Le hablo sin trampas y llena de ilusión.

—Te amo, miss Pink.

—Eres hombre muerto.

Una carcajada retumba en este espacio, alegre, potente y, sobre todo, rauda para colarse en mi alma. Puedo amarlo con una fuerza sobrenatural, sin escapar de sí misma, afirmando que he encontrado el amor en este hombre: mi gran amor. Me ha costado viajar hasta lo más profundo de mi ser y distinguirlo, pero ni su juventud ni su grave error han conseguido anular mi esperanza en nosotros; no me equivoco, es él. Incluso he dejado de temerle a envejecer porque ahora tengo la certeza de que el paso del tiempo a su lado le dará sentido a mi vida. Él es mi reto, la oportunidad inesperada que me ilumina con la felicidad reflejada en sus ojos, el compañero que libremente elijo y todo lo que necesito.

Epílogo

«Soñar es el modo que el alma tiene para que nunca se le escape lo que se escaparía si dejamos de soñar que es verdad lo que no existe»

Pedro Salinas

JUSTO UN AÑO DESPUÉS DE instalarme en Sherkin, hoy se hará realidad otro de mis sueños: presentar mi novela por primera vez en público. He tenido la gran fortuna de contar con el apoyo de González, que en cuanto la leyó habló con varios editores para que valoraran su publicación. Al final decidí aceptar la propuesta de una modesta editorial de Dublín. Siempre he sabido que no escribía para un público masivo, realmente, esta novela solo tiene un destinatario: mi hijo. Fue todo un desafío terminarla cuando el embarazo estaba a punto de concluir, teníamos la vieja casa de Eoghan en plena reforma y Kieran pasaba unas jornadas interminables en Salmonk. Allí delega en Lonnie, como encargado de las piscinas, y en Nicky, que está demostrando una capacidad multifuncional asombrosa. Kieran se dedica sobre todo a la captación de clientes y la dirección del negocio. Desde que abrió, la piscifactoría es rentable; pero más esclava de lo que ellos imaginaban. Cumplir con los estándares de calidad que Kieran exige es una tarea difícil y frustrante, porque tiene un mercado más reducido que su competencia y unos costes mayores. Aun así, su intención es mantener esa calidad; es un soñador con malas pulgas, porque cuando me escucha hablar de adaptarla para

aumentar las ventas nos enzarzamos en agresivas discusiones que no nos conducen a nada. Toda la falta de rencor que tiene en cualquier ámbito de su vida le sobra al recordarme que fui vegetariana y ahora una carnívora despiadada. Suelo terminar claudicando, harta de sus alegatos insidiosos acerca de mis hábitos alimenticios; casi siempre me funciona mejor dejarlo manejar el negocio a su antojo, hasta el día que percibo de nuevo su impotencia y vuelvo a la carga. Hemos encontrado, o lo intentamos al menos, un equilibrio entre ilusión y realismo. Nos entendemos y respetamos siendo conscientes de nuestros defectos, sin intentar cambiarnos con chantajes emocionales ni manipulaciones. Ambos tenemos unas personalidades marcadas y no evitamos los enfrentamientos, podría decirse que es otra manera de conocerse, así como tampoco dejamos de amarnos. A veces somos complejos y otras pasmosamente sencillos, en definitiva: una pareja con una relación normal.

Mientras termino de arreglarme, recibo un mensaje en el móvil de Bonnie: «*Lleno absoluto*». Ella no sabe que acaba de ponerme más nerviosa. Está emocionada por ser la anfitriona del acto en el pub. Le echo un vistazo al traje oscuro de chaqueta y pantalón que visto, me atuso el cabello hacia los lados y, sin perder la costumbre, ensayo un par de caras frente al espejo.

—¿Qué haces? —pregunta Kieran sin franquear la puerta del baño que tenemos en nuestro dormitorio.

Observo su apariencia con los ojos de par en par. Lleva un traje negro que me suena de la boda de Nicky —firme en sus convicciones, no invierte en ropa elegante porque no “tira” el dinero—; el pelo recogido en un pequeño moño, imagino que pretende mantenerlo bien peinado un rato; y se ha recortado la barba, esto último es un detalle, ya que tiende al abandono por no perder el tiempo. Y con todo este desaliño, de forma natural, es estiloso; posiblemente, no tener conciencia de la atención que atrae, y no buscarla, hace que sea un imán para mis sentidos, y me temo que para los de otras mujeres. Aunque también es cierto que no soy celosa porque no me da motivos. Vive para su familia y la piscifactoría, con intensidad; su única manera de hacer las cosas.

—Estás imponente —digo con una pizca de ironía, ajustándole el nudo de la corbata. No sé por qué me gusta picarlo—. Es una lástima no verte así con más frecuencia.

—Puedes repetírmelo mil veces, no voy a comprarme trajes —sentencia, y se tira del nudo moviendo el cuello—; olvídale.

—Cabezón... —murmuro.

—Pesada...

Kieran busca algo en el armario, saca un abrigo negro de paño y se lo pone.

—¿Desde cuándo tienes esa reliquia?

—Me lo compró mi madre —responde poco afectado por lo anticuado del modelo—, no lo recuerdo.

—Va a llevarse una alegría viéndotelo puesto.

Entrecierra un ojo, aprieta los labios y me sujeta por la cintura.

—Estás hecha un flan, ¿verdad?

Esbozo una sonrisa lenta, encantada al contar con su sagacidad para detectar mis estados de ánimo; los conoce como nadie y sabe interpretarlos aún mejor.

Hablando, bajamos por la nueva escalera de madera hasta el salón. En esencia hemos respetado la distribución de la casa, limitando la reforma a las instalaciones, el suelo de madera combinado con piedra en los dos baños y la cocina, y en los muebles. Fue una satisfacción comprobar el asombro de Eoghan cuando vio el cambio. El hombre se emocionó, me abrazó y firmó conmigo una paz que dura desde aquel día. Sus palabras de agradecimiento por haber creado otra vez un hogar en esta casa me acompañarán toda la vida. De la misma manera que él siempre está con nosotros en cada celebración importante. Y hoy, no podía faltar.

Sentado en uno de los sillones, con *Guapo* tumbado a sus pies, con quien también he firmado un pacto de paz y llego a entenderme sin muchas negociaciones, está Eoghan sosteniendo en el regazo a nuestro hijo Íth. Pronto supimos que sería un varón, y no fue ninguna decepción para mí. Con

tener la seguridad de que nacería sin problemas y seguir con el embarazo tranquilo me conformé mientras Kieran rozaba el éxtasis. Hoy, a sus siete meses, Íth tiene una fuerza descomunal; y la alegría de una inocencia incansable. Es un mimado vividor de tez clara y cabello dorado con rizos juguetones; los ojos azules de Kieran, donde brillan sus grises y los verdes luminosos de estos campos; boca risueña, con encías limpias y dos filas con cuatro pequeños dientes iguales; y es alto y robusto, también como su padre. Mío habrá heredado rasgos de la personalidad, espero, porque de momento es O'Driscoll de pura cepa.

—¿Estáis listos? —pregunta Eoghan, y se levanta con algo de esfuerzo. La edad todavía no ha hecho mucha mella en su mente, no así en sus huesos doloridos. El pelo y la barba blancos, la envergadura que trata de enderezar y el cansancio de sus ojos, son el rastro inexorable del paso del tiempo en él.

—Sí —responde Kieran, y coge al niño—. Estás sudando... —le dice, con una caricia en la cara sonrosada.

Advertir la ternura de Kieran con Íth sosiega mis nervios; en realidad, ellos son los únicos que me dan la paz mental que necesito. La otra, la espiritual, suelo hallarla vagando sin rumbo por los numerosos parajes solitarios de la isla si el clima lo permite. Esos momentos me recuerdan la calidad de vida que he ganado y alivian algunas carencias insustituibles como

la amistad de mis amigas, que son a quienes más echo de menos. Pensando en ellas, me subo en el Tiguan al lado de Kieran. Eoghan e Íth ya están sentados detrás.

—¿Mejor? —pregunta Kieran al incorporarse a la carretera asfaltada.

—Algo —respondo evasiva—. Al menos, la mayoría son conocidos.

Espero que no se aburran.

—No te preocupes, tienen cerveza para distraerse.

—Qué consuelo —comento con cinismo—. Gracias por el ánimo.

Siempre es bueno saber que no leerán mi novela, pero ayudé a que se emborracharan.

—La cuestión es hacer feliz a la gente —dice Eoghan.

—Sí, en eso eres una eminencia —hablo, y entorno un ojo—. Gracias también.

Al pasar por el desvío que lleva hasta la casita de Pierre, pienso en la justicia redentora que está por encima de todos nosotros. En todo este tiempo no he vuelto a tener noticias de él, no sé a ciencia cierta si la amenaza de dejarlo en la indigencia se ha cumplido; en cambio, dispongo de información contrastada sobre la próxima actuación de la autoridad costera de Cork. El día que salió a la luz el artículo Pierre sentenció “su paraíso” y, en breve, se aplicará a rajatabla la Ley de Costas irlandesa, lo derribarán y él tendrá que costearlo por incurrir en varios delitos medioambientales muy graves, porque

edificó la casa falseando la documentación; pero, sobre todo, por creerse intocable al menospreciar estas tierras y sus gentes. Confundió con malicia la nobleza de un pueblo sencillo y, eso, nunca se lo perdonarán.

En menos de veinte minutos caminamos desde el muelle, con más vehículos aparcados de los que esperaba, hacia la cuesta del pub. Kieran lleva a Íth cargado en un brazo y a mí de la mano, Eoghan viene detrás charlando con Odele Canavan. La mujer se acercó a nosotros cuando salíamos del coche, me ha dado la enhorabuena y a continuación ha saludado a Eoghan como si tal cosa. Ahora que él vive en Cork parece que trata de evitar cualquier hostilidad cada vez que nos visita; o al revés, y es Odele quien se ha suavizado, porque, siendo honestos, él nunca la trató mal, solo correspondía su desdén.

El patio delantero del pub está lleno de gente, casi todos los vecinos han hecho acto de presencia. Una buena parte se disculpó conmigo cuando me trasladé con Kieran a la casa de Clomacow, el resto lo fue haciendo conforme íbamos coincidiendo. Una de las cosas que he aprendido viviendo en un sitio tan pequeño es mantener buena relación con los vecinos; nunca se sabe cuándo podrás necesitarles. Por supuesto, no a todos los considero amigos, pero sí a un buen puñado.

Los McNamara al completo más dos camareros de apoyo no dan

abasto en el interior de la barra, que está abarrotada por el espacio que ocupan las filas de sillas que han colocado y una tarima vieja, donde hay una mesa alargada, un micrófono y tres sillas. Me tengo que reír. Esto parece una improvisada sala de conferencias, al estilo isleño.

Entre la multitud aparecen de lo más elegantes mi maestro de ceremonia Patrick, Annie y Deirdre. Resplandecen al ver a Íth, y él se aprovecha. El bribón le lanza los brazos a su abuela, y Patrick le pellizca los mofletes soltándole una retahíla de tonterías. Deirdre nos besa en la cara. Está guapa con el cabello rubio recogido en un moño, lleva un favorecedor vestido negro, y a pesar de su timidez, tras animarme durante un momento, aquí se encuentra a gusto, se despide para hacerse un hueco en la barra. En las sillas ya es imposible sentarse, están todas ocupadas.

Miro el interior sin creerme este poder de convocatoria, incluso llego a pensar que las cervezas sean gratis. De pronto, me quedo paralizada ante una visión muy deseada que no esperaba dada la lejanía. Dirijo los pasos hacia la puerta, al encuentro de mis amigas. Las dos se adelantan a Mark y Steve para abrazarme, felices como yo después de muchos meses sin vernos. Perdemos un buen rato en una charla cómplice, con los niños y la novela como temas estelares mientras nuestras parejas están cerca, ya sujetando unas pintas de cerveza.

Con retraso, algo inevitable teniendo en cuenta el ambiente, cuando la

señora McCarthy, la actual propietaria del Castillo O'Driscoll de Baltimore, sube a la tarima y pide silencio a través del micrófono, Kieran se inclina sobre mí y me besa la cara.

—Suerte, cariño —susurra en mi oído.

Sonrío y le devuelvo el beso, aunque con celeridad desvío los ojos hacia la figura de la señora McCarthy. Con esa apariencia bonachona que la caracteriza y el desparpajo como rasgo sobresaliente, saluda al público, pero aguarda unos segundos y no empieza a hablar hasta conseguir su atención.

—Como sabéis —dice la señora McCarthy—, mi marido y yo compramos hace más de veinte años Dún na Séad, también llamado el Castillo de las Perlas, y como también sabéis, perteneció al clan O'Driscoll desde 1413. Para mí, que siempre me ha apasionado la historia, desde que tengo el privilegio de vivir en Dún na Séad no he hecho más que indagar en el grandioso pasado de una familia que cambió el curso de nuestro país. Dún na Séad es singular ya que es realmente un híbrido entre torre y casa fortificada, y es fascinante por sus características arquitectónicas como por algunos hallazgos arqueológicos que nos indican la variedad de problemas a los que se enfrentaron los O'Driscoll a lo largo de varios siglos. —Hace una pausa, y observa con detenimiento a Eoghan. Este, sentado en primera fila, inclina brevemente la cabeza—. El Castillo de las Perlas fue el principal asiento del clan, pero no el más importante. Estoy segura de que para Fineen

O'Driscoll, primer señor marítimo, también fueron especiales: Dún a Oir, o Castillo de oro, en Cape Clear; Dún na Long; Dún na Fort, aquí en Sherkin; Dún na nGall; Castlehaven, con una gran ubicación estratégica; y sobre todo, Cloghan Stony Place, en el centro del lago Hyne, donde vivió y eligió morir. Todos tienen en común su propósito, defender estas costas de invasores y transmitirnos una parte de nuestra historia fundamental para haber llegado a ser quienes somos actualmente...

—Espero que corte el rollo pronto —murmura Kieran—, la gente está empezando a bostezar.

—No lleva hablando ni dos minutos —replico, aunque observo al personal y tengo que darle la razón. El que no abre la boca para bostezar, la abre para tragar cerveza; las dos opciones son malas para mí.

De repente, resuena una carcajada desde el extremo de la barra. Rápido, casi todo el mundo gira la cabeza. Veo a un tipo pelirrojo rebosante de energía, o grasa en la panza, vestido con un traje azul oscuro, extrañamente, me resulta familiar. Está con Lonnie, hoy luciendo muy atractivo sin barba y con ropa bastante decente, y con Nicky, que ha venido solo, pero ha tenido la deferencia de acicalarse como el día de su boda. Supongo que él y Kieran han visto la oportunidad de amortizar sus trajes. El tipo pelirrojo hace un gesto con las manos pidiendo disculpas, en cambio, mientras la señora McCarthy continúa hablando no se muestra arrepentido.

Ha limitado su bochorno a bajar el tono de voz.

—¿Puedes decirle al gordo que está con Lonnie y Nicky que deje de reírse?

La mala leche no soy capaz de disimularla; si no le gusta este acto, lo entiendo, pero entonces... ¿qué diablos hace aquí?

—Díselo tú —contesta Kieran.

—No sé quién es —digo entre dientes.

—¿En serio? —Kieran se ríe.

Vuelvo a fijarme en los tres elementos grandullones de la barra... ¿Ewan? ¡Lo mato! Al darse cuenta de que ha generado una expectación indeseada, aprieta los labios sin dejar de mover el pecho. Con suave premura me abro paso y llego hasta ellos.

—Hola, miss Pinkkkkk —saluda Lonnie.

No le presto atención, su repertorio conmigo lo conozco de sobra.

—Hola, Cynthia —dice Nicky, más cortés y menos chistoso—.

Enhorabuena, prometo leerlo.

—Gracias, Nicky —comento amable. Le echo un vistazo de arriba abajo al *Miccionador*, que bebe de su pinta sin sentirse amenazado, y acerco la cabeza a la de él—. Estás irreconocible, pero te juro que hundiré tu barco como no te calles cuando empiece a hablar tu tío.

—No exageres, miss Pink —dice Ewan—, ¿no tienes en cuenta que

me he vestido de señor por tu libro?

—Tienes una pinta más sospechosa que la de un gitano haciendo footing —aclara Lonnie.

Acribillo a Lonnie con una mirada fija y dura, en vez de ayudarme consigue que vuelvan a reírse en mi cara.

—Es un detalle, Ewan, pero hazme el favor de comportarte acorde a tu indumentaria.

—Hecho —admite, y le da un trago largo a la cerveza.

Destila tanta elegancia que me abruma. Masco un desastre inminente. Kieran nota la impotencia en mis ojos y llega al instante. Su presencia ya logra que Ewan baje la cabeza, Lonnie regrese a servir copas y Nicky sonría, apoyando el cuerpo en la barra. Kieran susurra algo en la oreja de Ewan, una amenaza, supongo, y el cambio de actitud que busco es inmediato, porque si ya me parece grosera la interrupción a la señora McCarthy, que se atreva a repetirla cuando Patrick haga su presentación me parecería una falta de respeto imperdonable. Kieran es también consciente del esfuerzo e ilusión que su padre ha puesto al escribirme el prólogo, para él es tan importante como para mí, y debería serlo para Ewan como familiar y en definitiva para todos los que se han molestado en asistir. Es una cuestión de educación. Por suerte, Ewan así lo entiende y, en cuanto la señora McCarthy presenta a Patrick, tras un aplauso, mantiene la boca tan cerrada como el resto del

público.

Patrick saca dos folios doblados del bolsillo de su chaqueta, los extiende delante de él y antes de empezar a hablar cruza una mirada conmigo. Sonríe agradecida, sintiendo la mano de Kieran sobre el hombro.

—Buenas tardes. Estar hoy aquí para presentaros *El orgullo de un clan* de Cynthia Pinkerton es un honor para mí —habla sin leer, durante un segundo desvía los ojos hacia Eoghan, y sigue— y para mi padre. Agradezco a Cynthia que haya tenido la consideración de pensar en mi familia como referente para la creación de esta novela y desde aquí quiero expresarle mi más sincera felicitación. Después, ella misma nos desvelará lo que estime conveniente del argumento, yo, que he tenido el privilegio de leerla, solo puedo decirles que la obra tiene una riqueza lingüística y literaria digna de un autor con una larga trayectoria, así que podemos esperar de ella muchas más porque puedo asegurarles que a este humilde lector le ha encantado, y no solo a mí, ya que tengo noticia de las críticas positivas que la novela está mereciendo —comenta, para emocionarme—. No voy a analizar los aspectos lingüísticos, estilísticos ni literarios, porque no soy ningún experto, sino que me centraré en mi campo: la Historia.

Nombrar su pasión es el pistoletazo de salida para espolear una de las cualidades más llamativas de Patrick, hablar sin aburrir. Atrapa la atención de todo el público, incluso los dos periodistas de los medios locales de

Baltimore que han venido acompañados por dos fotógrafos dejan de tomar notas absortos en su voz. Tiene el arte de un narrador de cuentos. Nos zambulle en la leyenda de Íth, haciendo hincapié en detalles concretos que recojo en la novela, y crea un ambiente relajado al alternar hechos simpáticos que arrancan risas espontáneas. Halaga las descripciones de la naturaleza y la arquitectura de las ciudades, lee algunas frases como ejemplo, y las descripciones de los personajes centrales. Luego, conforme menciona el mérito de enlazar una leyenda histórica con ficción, de la vasta información que he necesitado para documentarme, me siento apabullada, recordando muchos elementos sobrenaturales, o de fantasía que mezclo con los hombres, guerreros de una raza superior, y con los dioses. Han sido horas y horas robadas a mi familia, a mis amigos, a vivir, por cumplir un objetivo que desde el principio me supo a desafío personal. Tuve claro cuando empecé que esto debía hacerlo por mí, para encontrar mi camino, o como creo ahora, para continuar caminando entre historias inventadas y mi propia realidad. Ese es mi equilibrio personal, la grandeza que he hallado en esta pequeña isla: conectar los pilares de mi vida con sueños imposibles.

La introducción de Patrick se alarga una hora. Y cuando es mi turno, arropada por un fervoroso aplauso, trago con lentitud; pero antes de encaminarme a la tarima, Kieran me sujeta la mano. Tiene una mirada especial, risueña como la sonrisa que insinúa su boca.

—¿Quieres ser Cynthia O’Driscoll?

No le respondo sin apartar los ojos de sus pupilas. Inspiro profundamente para relajarme al recorrer los metros que me separan de mi futuro laboral, llego a la tarima y beso a Patrick de manera cariñosa. Después, me siento entre él y la señora McCarthy. Miro al frente, saludo con ligeros parpadeos a mis amigas, busco a Íth sentado en el regazo de Annie y termino con los ojos puestos en el rostro de Kieran. Y vuelvo a no hablarle con los labios; no es necesario, acaba de confirmar mi respuesta.

—Buenas tardes a todos, muchísimas gracias por acompañarme en esta nueva aventura.

Agradecimientos

Me gustaría dar las gracias a mis hijas, por su apoyo incondicional y comprensión. A mis amigas Lore, Cristina, Rosalba y Marisa, por la desinteresada colaboración que me han brindado durante el proceso de escritura de esta novela, que ha sido un reto al alejarme conscientemente del suspense para abordar la evolución personal de una mujer con miedos e ilusiones parecidos a los de cualquier persona, y por tratar siempre de criticarme de forma constructiva para que no ceje en el empeño de ofrecerte, a ti lector, una historia interesante.

También, quiero expresar mi gratitud hacia Eva, Patricia y Virginia, porque, y pese a incorporarse a este proyecto cuando la primera versión estaba acabada, sus consejos, sugerencias y la inestimable ayuda que me brindaron fue otro revulsivo para mejorar.

Siempre, gracias de todo corazón a mi hermana porque la distancia física es insalvable, pero la del corazón nunca existe, y a las chicas de OeM por su apoyo y los ratos divertidos que pasamos. Realmente, gracias a todas las personas que he conocido a través de mis novelas. No defraudarlas es más que un afán de superación para mí, es una obsesión. Y por último, quisiera mencionar Irlanda, porque es un país que me fascina, que he tenido el placer

de conocer y me aporta unos escenarios increíbles llenos de paisajes preciosos y unas gentes maravillosas, acudiré a ella en otras ocasiones, seguro.

De nuevo, gracias a todos por confiar en mí y por permitirme entrar en vuestras vidas; seguiré haciéndolo cada vez que queráis.

R.A.M.

Rincón de la Victoria, enero de 2017

Sobre la autora

Rosa Alcántara Menéndez nació en Málaga y se ha formado en Barcelona, Bath y su ciudad natal, donde desarrolla su carrera profesional en el mundo de la arquitectura e ingeniería compaginándola con la escritura de novelas. Además de *La señora Pinkerton y sus demonios*, tiene publicadas entre otras: *Indestructible* (2014), *Ivory Manor* (2015), *Trébol rojo* (2015), *Un recuerdo indestructible* (2016), *Lágrimas esmeraldas*, *Boreal Róis* (2016) y *En honor a la verdad* (2017). Lectores de todo el mundo ya la han descubierto a través de Amazon y la recomiendan por su gran capacidad para meternos de lleno en otras vidas, ciudades y atmósferas. Con un sello propio, Rosa Alcántara no se limita a la romántica, destaca en sus novelas el suspense que atrapa con una lectura fluida, sin olvidar tramas sólidas salpicadas de humor, personajes con profundidad y un ritmo trepidante.

Páginas de interés

<https://www.rosamenendez.com>

<https://www.facebook.com/RosaMenendez/>

@RAlcantaraM

© Rosa Alcántara Menéndez 2017

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación de un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del titular del *copyright*.

[\[1\]](#) Salmos de los Monjes, Salmón Orgánico